

DOCUMENTOS DE LITERATURA

4

DICIEMBRE DE 1994

Narradores peruanos de los sesentas

Antología de José Antonio Bravo

Róger Rumrill, Marco Leclere, Alfredo Bryce, César Vega
Herrera, Guillermo Thorndike, César Calvo, Julio Ortega,
José Watanabe, Juan Morillo, Miguel Gutiérrez, Luis
Urteaga Cabrera, César Franco, Maynor Freyre, Tedy
Bendayán, Jorge Díaz Herrera, Rodolfo Hinostroza,
Winston Orrillo, Eduardo González Viaña, José Benavides
Gastelu, Luis Enrique Tord, Antonio Muñoz Monge,
Gregorio Martínez, Félix Huamán Cabrera, Luis Fernando
Vidal, Jorge Flórez Aybar, Feliciano Padilla Chalco,
Edmundo de los Ríos, Isaac Goldemberg, Harry Beleván,
Luis Freire, Carlos Calderón Fajardo, Ladislao Plasencki,
Omar Ames, Augusto Higa, Óscar Colchado Lucio, Miguel
Burga, Roberto Reyes Tarazona, Arnaldo Panaífo Texeira,
José Manuel Gutiérrez-Sousa, Alfredo Pita, Fernando
Ampuero, Pedro Benavides

ES UNA PUBLICACION DE:

másideas

UNMSM-CEDOC

DOCUMENTOS DE LITERATURA 4

DICIEMBRE DE 1994

Narradores peruanos de los sesentas

Antología de José Antonio Bravo

Róger Rumrill, Marco Leclere, Alfredo Bryce, César Vega Herrera, Guillermo Thorndike, César Calvo, Julio Ortega, José Watanabe, Juan Morillo, Miguel Gutiérrez, Luis Urteaga Cabrera, César Franco, Maynor Freyre, Tedy Bendayán, Jorge Díaz Herrera, Rodolfo Hinostroza, Winston Orrillo, Eduardo González Viaña, José Benavides Gastelu, Luis Enrique Tord, Antonio Muñoz Monge, Gregorio Martínez, Félix Huamán Cabrera, Luis Fernando Vidal, Jorge Flórez Aybar, Feliciano Padilla Chalco, Edmundo de los Ríos, Isaac Goldemberg, Harry Beleván, Luis Freire, Carlos Calderón Fajardo, Ladislao Plasencki, Omar Ames, Augusto Higa, Óscar Colchado Lucio, Miguel Burga, Roberto Reyes Tarazona, Arnaldo Panaifo Texeira, José Manuel Gutiérrez-Sousa, Alfredo Pita, Fernando Ampuero, Pedro Benavides

DOCUMENTOS DE LITERATURA

es una publicación de

MASIDEAS

Guillermo Dansey 2098. Lima 1. Teléf. 51 91 71

Director: Carlos Orellana Quintanilla

Editor: Oscar Orellana Casas

Publicidad: Carlos Lizana

Coordinación general: Patricia Miano

A partir de este número 4, DOCUMENTOS DE LITERATURA
aparecerá dos veces por año

Contenido

INTRODUCCIÓN	7
RÓGER RUMRILL GARCÍA	
<i>MATUNGO</i>	13
MARCO LECLERE	
<i>EL PUMA HABITA EN EL ALCANFOR</i>	19
ALFREDO BRYCE	
<i>CON JIMMY, EN PARACAS</i>	25
CÉSAR VEGA HERRERA	
<i>EL CABALLERO DE LA PAMPA</i>	35
GUILLERMO THORNDIKE	
<i>LA INOLVIDABLE FIESTA DEL MILLONARIO DE ÑOPLA</i>	39
CÉSAR CALVO	
<i>LAS TRES MITADES DE INO MOXO</i>	45
JULIO ORTEGA	
<i>EL MAR O LA MUERTE</i>	53
JOSE WATANABE	
<i>EL TRAPICHE</i>	57
JUAN MORILLO	
<i>PICHANA</i>	61
MIGUEL GUTIÉRREZ	
<i>EL BANQUETE</i>	67
LUIS URTEAGA CABRERA	
<i>UNA VOZ EN LAS TINIEBLAS</i>	73
CÉSAR FRANCO	
<i>SOBRE HERÁCLITO/A DOS AGUAS</i>	77
MÁYNOR FREYRE	
<i>LA MUERTE DE FACUNDO</i>	83
TEDDY BENDAYÁN	
<i>EL POZO</i>	89
JORGE DÍAZ HERRERA	
<i>UNA POR OTRA</i>	93
RODOLFO HINOSTROZA	
<i>LAS MEMORIAS DE DRÁCULA</i>	95
WINSTON ORRILLO	
<i>EL TRANVÍA</i>	115
EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA	
<i>EL PACTO</i>	119

JOSÉ BENAVIDES GASTELU <i>HAMBRE NO MATA HAMBRE</i>	123
LUIS ENRIQUE TORD <i>ORO DE PACHACAMAC</i>	129
ANTONIO MUÑOZ MONGE <i>KILINCHU</i>	139
GREGORIO MARTÍNEZ <i>SE ME SECA LA BOCA DE ESTARTE HABLANDO</i>	145
FÉLIX HUAMÁN CABRERA <i>MULA DE CANDELA</i>	149
LUIS FERNANDO VIDAL <i>ENTRE RASO Y ROSAS, LA MEMORIA</i>	157
JORGE FLÓREZ AYBAR <i>LA TIERRA DE LOS VENCIDOS</i>	161
FELICIANO PADILLA CHALCO <i>¡ME ZURRO EN LA TAPA!</i>	167
EDMUNDO DE LOS RÍOS <i>LOS JUEGOS VERDADEROS</i>	173
ISAAC GOLDEMBERG <i>EFRÁIN: CHEPÉN, 1932</i>	191
HARRY BELEVÁN <i>QUE EN PAZ DESCANSE ANTONIO B.</i>	197
LUIS FREIRE <i>V</i>	201
CARLOS CALDERÓN FAJARDO <i>EL PEREGRINO</i>	203
LADISLAO PLASENCKI <i>EL ARCÁNGEL DEL PUNKU</i>	205
OMAR AMES <i>CARNAVAL</i>	209
AUGUSTO HIGA OSHIRO <i>QUE TE COMA EL TIGRE</i>	213
ÓSCAR COLCHADO LUCIO <i>EL ÁGUILA DE PACHAGOJ</i>	223
MIGUEL BURGA <i>QUÉ SERÁ DE TI</i>	235
ROBERTO REYES TARAZONA <i>¿SE ACABARÁ LA RABIA?</i>	247
ARNALDO PANAIFO TEXEIRA <i>EL DUELO DE MACUITO</i>	259
JOSÉ MANUEL GUTIÉRREZ-SOUSA <i>V</i>	267
ALFREDO PITA <i>EXPULSADOS DEL PARAÍSO</i>	269
FERNANDO AMPUERO <i>FLORA</i>	273
PEDRO BENAVIDES <i>LA MALDICIÓN</i>	281
ACERCA DE LOS AUTORES	275
FOTOGRAFÍAS	285

INTRODUCCION

El registro de la vida y la obra de los escritores se ha realizado, desde siempre, en los tratados, historias literarias y en las antologías, así como también en aquellas publicaciones destinadas a estudiantes de secundaria y de la universidad; sin embargo, estos trabajos, por su propia razón de ser, en muchos casos, dejan de lado a algunos autores que, de una u otra forma, tuvieron, a su turno, una encomiable producción, pero breve, y que, por razones indeterminadas han ido desapareciendo del panorama de la producción literaria de alguna época, generación, promoción, escuela, movimiento o grupo, lamentable ausencia u olvido de la que no se escapan tampoco las antologías, porque su destino siempre será discutible.

Así ha sucedido con las que se supone son las más exactas antologías preparadas a lo largo de la época republicana en nuestro país.

El presente trabajo antológico de los narradores de los sesentas es una consecuencia del que realizamos con respecto a la llamada *Generación del '50*, la cual, cronológicamente, comprende a los escritores nacidos desde 1920 hasta 1935; lo cual significa que hay excepciones de entrada y de salida, en el inicio y fin de este período; así Enrique Solari Swayne (1915) está incluido al inicio de este ciclo porque, es en el año 1960, cuando pone su obra de teatro *Collacocha*; de la misma forma, Mario Vargas Llosa, nacido en 1936, debería pertenecer a la promoción (o generación) del '60, sin embargo nadie duda que pertenezca a la del '50, por muchas razones, entre ellas su vínculo, como creador, a Abelardo Oquendo (1930), Luis Loayza (1934), Carlos Germán Belli (1927) y José Durand (1925), en torno a *Cuadernos de Composición* y luego, la revista *Literatura* lo convierte en el precoz de la Generación del '50, así lo considera el mismo Vargas Llosa.

En el panorama cronológico que enmarca a los narradores de los sesentas (1936-1949), no incluiremos, por la razón ya expuesta, a Vargas Llosa, en la entrada; pero sí a Nilo Espinoza (1950) en la salida, pues él, con una visible precocidad se integró al Grupo Narración, en el que se encontraban escritores de los '50, como Antonio Gálvez Ronceros (1932) y Oswaldo Reynoso (1932), dieciocho años mayores que Nilo Espinoza; así como escritores propios de la promoción de los sesentas, como José Watanabe (1940), Juan Morillo (1940), Miguel Gutiérrez (1940), Eduardo González Viaña (1941), Gregorio Martínez (1942) y, entre otros, el más cercano a Espinoza, Augusto Higa (1947).

Los acontecimientos históricos que de una u otra forma influyen en el temperamento de los escritores del sesenta serían la Revolución Cubana, triunfante a los finales de los cincuentas; en el puente de los cincuentas y los sesentas, la dictadura de Manuel Prado, en cuyos últimos meses tuvo que soportar una larga huelga universitaria de más de seis meses y que obligó al presidente a dejar el país por un buen período y quedar en la Presidencia de la República, el vicepresidente, Luis Gallo Porras, quien logró, con gran inteligencia, resolver provisionalmente, el problema de la universidad peruana. Sin embargo, la crisis seguiría hasta el año 1962, cuando a raíz de las elecciones generales, el general Perez Godoy encabezaba un golpe de estado que, al poco tiempo sería revertido por el contragolpe del general Nicolás Lindley, quien convoca a elecciones que llevarán al poder al arquitecto Fernando Belaunde Terry, en 1963, en cuyos inicios se crea Cooperación Popular, lo cual origina una gran movilización entre la juventud universitaria. A su turno, y a principios de los sesentas, el gobierno de John F. Kennedy crea la Alianza para el Progreso. El bloqueo a Cuba ya se había dado, y el rechazo a esa medida había

sido puesta de manifiesto por el discurso de Raúl Porras Barrenechea, en Costa Rica. El giro hacia el marxismo por parte de Fidel Castro, desencadena apariciones de movimientos guerrilleros, en América Latina y en el Perú la figura de Hugo Blanco. De la Puente Uceda y otros movimientos, en los que, a su turno, muere el poeta Javier Heraud, todo lo cual impone en gran parte de los escritores jóvenes una filiación política afín, alimentada por el fracaso del gobierno de Belaunde. La división comunista entre Moscú y Pekín, además de la Revolución Cultural de Mao, influyó también en este grupo de escritores. En este orden de acontecimientos, la muerte del Che Guevara, en Bolivia el año 1967, exacerbó a la juventud y agudiza la crisis política en América Latina y, por consecuencia, también en el Perú. Luego vendrá el enredo político entre el parlamento y el ejecutivo en el gobierno de Belaunde, originando un *impasse*, que el general Velasco cree resolver con un golpe de estado en octubre de 1968, gobierno militar que al principio asume una postura marxista, cercana al gobierno cubano, período de siete años al que se le ha llamado "el septenato", que tiene como rasgo principal la nacionalización del petróleo, la llamada reforma agraria y la expropiación de los diarios, además de la creación de una organización llamada SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social), hechos que también involucran a muchos sociólogos, antropólogos, actores, artistas gráficos, poetas, narradores, psicólogos, profesores y hasta sectores de congregaciones religiosas además de sindicatos y de la participación del propio ejército. La aventura llega teóricamente a su fin con el golpe de estado que da el general Francisco Morales Bermúdez en 1975, asumiendo la Presidencia de la República hasta 1980, previa convocatoria a una Asamblea Constituyente que redacta la nueva Carta Magna de 1979, para luego convocar a elecciones generales.

Esta secuela de acontecimientos históricos, delineados a grandes trazos, es la que soporta el ciudadano peruano, pero de manera especial y con una repercusión más sensitiva: el escritor y el artista, quienes reaccionan, en mayor o menor grado, a esta presión social, política y económica.

Dentro de este marco, los nacidos en 1936, tienen veinte años en 1956, edad en la que se inicia la creación juvenil, y que, de allí en adelante, comenzará la cadena hacia la madurez entre 1976 y 1980; de otro lado, los nacidos en 1949, tendrán veinte años recién en 1969; en el medio se encuentran los narradores del 37 al 48, quienes recibirán, de alguna manera, los efectos de este período histórico, quienes a finales de los ochentas tendrán entre 32 y 42 años, lo que permite saber, en primer lugar, si siguen escribiendo y, en segundo lugar, si sus publicaciones iniciadas en torno a los sesentas, y las siguientes, son dignas de tomarse en cuenta para ser consideradas en una selección como la que ahora presentamos en esta antología.

Desde la perspectiva popular, en la vertiente musical (aunque parezca extraño), los escritores de esta promoción tienen un especial interés por la música tocada por la Sonora Matancera y sus diferentes intérpretes: Daniel Santos, Bienvenido Granda, Celia Cruz y, desde antes, con otras orquestas: Toña La Negra, Miguelito Valdez, El Negrito del Batey; y los boleristas que originariamente cantaron y grabaron con la orquesta de Don Américo y sus Caribes: Leo Marini, Gregorio Barrios, Hugo Román y otros, como aquellas grabaciones de Armando Oréfiche.

Dentro del panorama de la música popular andina se acrecienta el interés por el huayno, el pasacalle, la muliza, el yaraví, la misma marinera puneña, el huaylarsh. Asimismo, y dentro de la música costeña, los vales jergales de los Troveros Criollos, con las letras de Mario Cavagnaro, los vales de Felipe Pinglo y Pablo Casas, además de los de "La Guardia Vieja", incluyendo los aportes de Manuel Acosta Ojeda, interpretados por Los Morochucos, Los Embajadores Criollos, Los Cholos, La Limeñita y Ascoy, las interpretaciones de jarana con Ascuez, Nicomedes Santa Cruz y Fiesta Criolla y las de Jesús Vásquez y Roberto Tello, sin dejar de contar las interpretaciones eternas de Los Trovadores del Perú, venidas desde Argentina, o las nuevas —para entonces— de Lucha reyes.

En este mismo marco de la música popular, la música latinoamericana, también interesa a los escritores: Los Charchaleros, Atahualpa Yupanqui, Cafrune; y, del Caribe, las rumbas de Los Compadres, incluyendo los sones montunos, con letras de Martí, que se popularizaron tanto, como la famosa Guantanamera. A algunos escritores, no necesariamente a todos, les interesaba a la vez, las letras y músicas de Joan Baez, Bob Dylan, los Beatles y hasta Rod Makuen, dentro de

la línea anglosajona; y del lado francés: Georges Brassans, Jack Brel, Edith Piaf, Gilbert Beaud; y por influencia del cine, —Zorba—, de Theodorakis.

La poesía de Nicolás Guillén y la de César Vallejo se mezclaban frecuentemente en las reuniones y cantos colectivos de la juventud de los sesenta, incluyendo las famosas décimas de Nicomedes Santa Cruz.

Todas estas manifestaciones populares se entretajan en las reuniones de los escritores de los sesentas y, en mayor o menos grado, en parte de este material se entiende, se pone de manifiesto en sus escritos, ya sea cabalgando, a manera de apoyaturas, fragmentos de las letras populares o, inclusive, mencionando a sus intérpretes y hasta las orquestas.

De otro lado, y desde la perspectiva estrictamente literaria, la tradición de la narración andina, venida desde los textos de Enrique López Albújar, Ciro Alegría, José María Arguedas, con la posta de Zavaleta y Eleodoro Vargas Vicuña y Porfirio Meneses, continúa en la promoción de los sesentas; de la misma forma que la vertiente urbana y marginal de Congraín Martín y marginal citadina de Oswaldo Reynoso, con mucho más presencia jergal en el manejo de la lengua, así como la estrictamente urbana clase media de Ribeyro; en el caso de la vertiente selvática, instaurada por Arturo Hernández y continuada por Francisco Izquierdo Ríos, persiste y se hace cada vez más antropológica por el afán del rescate de las literaturas orales; una especial mención se merece la llamada narración de campiña que inaugura Valdelomar y rescata Gálvez Ronceros; la narrativa fantástica, rara, extraña, misteriosa, inclusive la modalidad de lo real maravilloso, se independiza, algunas veces y se entremezcla, otras, con diferentes formas de narrativa, según la locación que le corresponde.

Si hubiera que referirse a si hay o no una voluntad que une a estos escritores de la promoción de los sesentas, sería necesario hablar, en particular del Grupo Trilce, de Trujillo, en el que participaron, preferentemente, Juan Morillo y Eduardo González Viaña; el Grupo del Cuzco, con Jorge Flórez Aybar y Luis Nieto, como los más representativos; el grupo Bubinzana, en Iquitos, en el que estuvieron Teddy Bendayán, Jaime Vásquez Izquierdo, Manuel Túnjar Guzmán, Javier Dávila Durand y Roger Rumrill; y, en Lima, en el Café Palermo, el Grupo Narración, el más pugnaz de todos, fundado más bien con narradores de la década del cincuenta: Oswaldo Reynoso, Antonio Gálvez Ronceros y los narradores propios de los sesentas: Miguel Gutiérrez; el crítico más agudo del grupo y el novelista más proficuo de la promoción; Gregorio Martínez, Augusto Higa, Nilo Espinoza, el precoz del grupo; y, unidos en algún momento Juan Morillo y Eduardo González Viaña, venidos del Grupo Trilce, de Trujillo, además de otros narradores que publicaron sus cuentos y críticas en la revista *Narración*, la más estudiada de todas las que aparecieron en aquel período.

No hubo pues una *vivencia de un determinado espacio* en la llamada promoción del sesenta, excepto el Perú todo y, en especial las anécdotas y experiencias vividas en el lugar de nacimiento de cada quien, pues en su propia absoluta minoría, de los casi cuarenta representantes de esta promoción de narradores, sólo Alfredo Bryce, Guillermo Thorndike, Maynor Freyre, Winston Orrillo, Luis Enrique Tord, Luis Fernando Vidal, Harry Belevan, Augusto Higa y Fernando Ampuero, son limeños, el resto es de provincias, quienes, en su gran mayoría, también, vienen a la capital a iniciar sus estudios en San Marcos, La Cantuta o en La Católica o a completarlos; y aunque, en gran parte, de una o tra forma, se conocieron en la universidad o coincidieron en los cafés de entonces: el Versailles, en la Plaza San Martín; el Wantán Frito, en la Plaza Francia o el Palermo, cerca al Parque Universitario, *no encontramos unidad en el destino que los impulsó a escribir* excepto en el Grupo Narración, que *sí tuvo contenidos sociales espirituales y políticos, con una visible elaboración de estrategias comunes*; sin embargo, cada quien, según la naturaleza de sus textos y argumentos tuvo una preocupación muy especial por la postura léxica y la estrategia en la manera de contar sus historias, en consecuencia, sí se puede decir que hubo una *actitud con respecto al lenguaje*, aunque no fue pareja; y esto sucedió así porque muchos de los narradores, de la promoción del sesenta, se iniciaron como poetas: César Calvo, Julio Ortega, José Watanabe, César Franco, Maynor Freyre, Jorge Díaz Herrera, Rodolfo Hinojosa, Mirko Lauer, Winston Orrillo, Luis Enrique Tord, Luis Fernando Vidal, Jorge Flórez Aybar, Feliciano Padilla Chalco, Isaac Goldemberg, Arnaldo Panaifo Teixeira y José Manuel

GutiérreznSousa, pero, además porque poetas y narradores coincidían en sus reuniones, muchas de las cuales se hacían en torno a Washington Delgado, quien leyó casi todos los originales de quienes fueron sus alumnos en La Católica o en San Marcos, de la misma forma como sucedía con Luis Alberto Ratto, Abelardo Quedo, Javier Sologuren, Pablo Guevara, Hugo Bravo, Antonio Gálvez Ronceros y Oswaldo Reynoso, maestros universitarios casi todos, con paciencia y entrega sin límites para resolver cualquier consulta de los jóvenes escritores, independientemente de las muy puntuales recomendaciones léxicas, sintácticas y de estilo de Luis Jaime Cisneros, quien recomendaba también lecturas afines a los temas que le presentaban los escritores jóvenes.

Casi todos fueron universitarios en la especialidad de Literatura o en la de Ciencias Sociales, pero las lecturas fueron en ambos casos, comunes: Mariátegui, Vallejo, los indigenistas, Martín Adán, las Crónicas, petas y narradores del cincuenta, dentro de los últimos: Congrains, Zavaleta, Reynoso, Gálvez Ronceros, Eleodoro Vargas Vicuña, Vargas Llosa, Loayza, Sebastián Salazar Bondy, José Durand, Manuel Mejía Valera, Ribeyro, Tulio Carrasco y Rubén Sueldo Guevara, entre otros. Se comentaban en el café o en la universidad los cuentos de estos autores publicados en *El Comercio* o en *La Crónica*, pero también porque tanto Juan Mejía Baca como Manuel Scorza habían propulsado y difundido las ediciones populares que se vendían de manera masificada en toda la república, con títulos, no sólo de autores peruanos a quienes se les podía señalar con el dedo en la calle o en el café, sino también autores latinoamericanos. Asimismo hay que señalar que a finales de la década del cincuenta y comienzos del sesenta una gama de autores de hispanoamérica eran promovidos desde España, México y Buenos Aires: Rulfo, Borges, Carpentier, Fuentes, Cortázar, Bioy Casares, Asturias, Joao Guimaraes Rosa, Jorge Amado, Benedetti, Vargas Llosa, Sábato y luego García Márquez, entre muchos.

Sin embargo, tres son las vertientes más importantes en el manejo de temas de los narradores latinoamericanos, en este período de los sesentas; en primer lugar, la vertiente urbana encabezada por Onetti, Benedetti y Vargas Llosa; la vertiente fantástica, encabezada por el maestro Borges, sostenida por Bioy Casares, continuada por Cortázar y Salvador Garmedia; la tercera vertiente sería la real maravillosa, que inician Asturias, Carpentier y continúan Rulfo y García Márquez. Todos ellos tendrán su correlato en la llamada Generación del Cincuenta y su continuación en la promoción de los sesentas.

La influencia de la literatura (narrativa) norteamericana y europea se deja sentir por la gran cantidad de libros que llegan al Perú, vía editoriales españolas, argentinas y mexicanas: Musil, Hesse, Moravia, Calvino, Pavese, Proust, Durrell, Morante, Guide, Sade, Kazantzakis, Sartre, Camus, Hemingway, Miller (Henry), Faulkner, Azorín, Baroja, Conrad, Chejov, Dos Passos, Dostoievski, Jiménez, Mann, Pasternak, SaintnExupery, Steinbeck, Woolf, Joyce, Tolstoi, entre muchos.

Libros y autores, eran descubiertos en las tertulias, las clases universitarias, en librerías; comentados los textos también, en los periódicos y, aunque en la misma década de los sesentas, no todos los de esta promoción se conocieran personalmente, la gran mayoría sabía de la existencia de los otros, sobre todo aquellos que se encontraban en Lima; se podría decir que, con algunos años de diferencia, hubo una lista de coincidencias: Guillermo Thorndike, César Calvo, Julio Ortega, Luis Urteaga Cabrera, Maynor Freyre, Jorge Díaz Herrera, Rodolfo Hinostroza, Winston Orrillo, Eduardo González Viana, Gregorio Martínez, Edmundo de los Ríos, Carlos Calderón Fajardo, Omar Ames, Alfredo Pita y Roger Rummel, en algún momento coincidieron: como periodistas, como habitúes al café *Palermo*, o al *Versailles*, al Bar *Chino Chino*, *La llegada* o *El Brasilia*, independientemente de haberse conocido en las universidades Católica o en San Marcos en algún recital o en la presentación de un libro.

Hay que recordar que los narradores no constituían un isla en el ambiente cultural de entonces, compartían su vida cultural y literaria con otros artistas jóvenes: Polack y Valcárcel, en música; Gerardo Chávez, José Milner Cahahuaringa, Jesús Ruiz Durand, Enrique Galdos Rivas, Landislao Plasenski, Cristina Portocarrero, Emilio Hernández, Herman Piscoya, Armando Varela, Gilberto Jiménez, Tilsa, Arturo Kubotta, Pancho Izquierdo, en artes plásticas; los poetas Antonio Cisneros, Marco Martos, Manuel Morales, Reynaldo Naranjo, Arturo Corcuera, Antonio Cillóniz, Javier Heraud, Hidebrando Pérez Grande, Mario Razzeto, Raúl Bueno, Manuel

Ibáñez Rosazza, Manuel Pantigoso, Livio Gómez, Mirko Lauer, además de los poetas dedicados también a la narración que aparecen en esta antología: César Vega Herrera, César Calvo, Julio Ortega, José Watanabe, Maynor Freyre, Rodolfo Hinostriza, Winston Orrillo, Luis Enrique Tord, Luis Fernando Vidal, Jorge Flórez Aybar, Feliciano Padilla, Isaac Goldemberg, Arnaldo Panaifo y José Manuel Gutiérrez-Sousa; lo mismo se podría decir en lo que respecta al teatro: Sara Yofré, Alonso Alegría (con Premio Casa de las Américas), además de Julio Ortega y Rodolfo Hinostriza; asimismo, en lo que se refiere al ensayo, habría que mencionar a Antonio Cornejo Polar, Tomás Escajadillo, Ismael Pinto, Max Hernández, Mirko Lauer, Winston Orrillo, Manuel Pantigoso, Raúl Bueno, Willy Pinto, Guillermo Thorndike y Harry Beleván, el mismo Raúl Vargas, ensayista penetrante y puntual acerca de la educación peruana y periodista político.

En la década de los sesentas, cuando todos: narradores, poetas, periodistas, pintores, dramaturgos escribían sus trabajos iniciales, los conversaban entre ellos y también con los escritores de las promociones anteriores, en el más amplio sentido de la palabra; inolvidables y largas las sesiones con el maestro Manuel Beltroy, en su casa de Barranco o en su finca de Chosica en la calle Los Plátanos, maestro que siempre tuvo tiempo, a pesar de su precaria salud, para leer los escritos iniciales, recomendarlos y difundirlos en las tertulias de los de su generación, como los hermanos Tovar, expertos en teatro; largas eran las tertulias en su casa de Barranco en las que se encontraban Javier Heraud y César Calvo, los poetas más comentados de entonces, allí se le veía a Luis Enrique Tord, a Tomás Escajadillo, a Juan Barea, y el maestro, siempre con su actitud de desprendimiento, prestando libros, dando consejos y hablando de su famoso *Florilegio sentimental*, antología poética que ya pasaba las trescientas páginas.

Es imposible olvidar a Javier Sologuren en su casa de Chaclacayo, en el antiguo *Hotel Icaro* y su preciosa imprenta *Minerva*, en la que se publicaron más de cien títulos de poesía, con especial mención en los jóvenes que se iniciaban; barrio y hotel en el que también vivía el maestro Luis Alberto Ratto con su esposa Mili, quienes siempre tenían tiempo y hasta almuerzo con vino para quienes los visitaban, amables, hospitalarios y pacientes además de magníficos consejeros no sólo para los textos en prosa sino también para los poemas que se borroneaban entonces. Un poco más allá, en el mismo recinto, llegó a vivir José María Arguedas, cerca al paso de la línea del tren, en la que había sido casa del maestro Manuel Vega quien hablaba, con pasión, como lo hacía también don Miguel Reynel, de pintura y cine. Los domingos, los poetas y narradores jóvenes jugaban fulbito en una canchita que había al fondo del antiguo Hotel y, de cuando en vez, en la misma casa de Javier Sologuren hasta se hacía reuniones masificadas con las enamoradas de los jóvenes escritores, en las que se cantaba, se escuchaba música y hasta poemas recitados por Nicolás Guillén o Neruda.

Hospitalario, también y pausado y sabio y generoso, Washington Delgado siempre recibió a los jóvenes en su casa de Lince, a él acudían no sólo los poetas que se iniciaban, sino también los narradores con sus cuentos y bosquejos de novelas. Siempre tuvo —y tiene— tiempo Washington para leer y aconsejar; incluso, por allí se les vio, con sus manuscritos, a narradores de su misma generación, quienes ya contaban con libros editado y con prestigio, y es que Washington siempre tuvo un ojo clínico para dar consejos atinados, casi todos pasaron con sus tesis de Bachiller, también, por allí.

La ANEA, cuando quedaba en la calle Belén, fue un lugar importante, sobre todo en el período que le tocó dirigirla a don Arturo Hernández, allí recalaban, actores, pintores, dramaturgos de distintas generaciones, novelistas, poetas, periodistas compositores de música criolla y muchos "dilettantes".

El café *Versailles* de la Plaza San Martín, tenía su peso en aquellos años sesentas, al que llegaban los estudiantes de medicina vinculados al arte y la literatura como Max Hernández y Alberto Péndola, que ahora tienen tanto prestigio dentro del Psicoanálisis. Los bohemios jóvenes se despedían del *Versailles* a las once de la noche y recalaban en el famoso café *Palermo*, donde estaba la tertulia brava, la discusión pugnaz y la crítica severa a cualquier novela o cuento que se acabara de publicar, nadie se salvaba de la dureza de aquellos comentarios inteligentes y entretenidos de Oswaldo Reynoso o Hugo Bravo, quienes siendo mayores que aquellos de la promo-

ción del sesenta, tenían siempre el uso de la palabra; a veces se abrían los grupos: aquí, los poetas; allá, los narradores; y al fondo los llamados "poetas niños" quienes con el paso de los años, dejarían su huella en el panorama de la literatura peruana a través de *Gleva* y *Hora Zero*. A las dos de la mañana, algunos pasaban al *Bar Zela* de la Plaza San Martín, en el que encontraban los periodistas de "cuño viejo", de la bohemia "dura". Si la noche lo mandaba y había plata en el bolsillo, se terminaba la nocturnidad en el *Negro Negro*, que administraba el pintor Max Gutiérrez, se trataba de una *boite* que quedaba en uno de los sótanos del Portal de San Martín, en el que el humo y el jazz y la disponibilidad de encuentros amable con pintoras, poetisas y amigas que vivían solas, tenían resultados sorprendidos, hacía el amanecer, en algún departamentito o taller de aquella Lima que todavía era transitable en la precariedad de la madrugada. Fines de semana, envueltos en un torbellino de regocijos, en los que el amor no era un riesgo.

Los pintores y actores se reunían de continuo en el *Café Viena*, de la calle Ocoña, junto a lo que fue el Instituto de Arte Contemporáneo, comúnmente llamado IAC, en donde se exhibía lo más prestigiado de la creación plástica del Perú, galería de renombre internacional; quienes hacían su tertulia en el café Viena, terminaban también en el *Negro Negro*. De resulta que todos se conocían, desde los veteranos hasta los más jóvenes; desde los artistas plásticos hasta los poetas; desde los historiadores y críticos hasta los periodistas; desde los narradores hasta los ensayistas; desde los catedráticos universitarios hasta los estudiantes que hacía sus "pininos". Todas las manifestaciones artísticas estaban hermanadas por la bohemia; por eso, los intelectuales y artistas, además de los diletantes, de diferentes edades, alguna vez coincidieron.

René Noriega es un pintor boliviano quien, por varios años, de los inicios de los sesentas, reunió en su casa del jirón Rufino Torrico a todos los sectores de la intelectualidad bohemia de Lima, allí se hacía recitales, se interpretaba música peruana y latinoamericana, se declamaba décimas de pie forzado, se hacía lecturas de obras de teatro y se contruía también la nocturnidad; el pintor Ernesto Zamallos, era el otro anfitrión de aquellas reuniones, que él, después de algunos años, continuó haciendo en su taller del jirón Washington.

Muchos estudios y talleres de pintores acogieron a la bohemia, el de Jesús Ruiz Durand, en la calle San Idelfonso; el de Emilio Hernández, en el jirón Lampa; el de Georges Thomas, en la calle Morón; el de Obdulia Guillén, en la avenida Arenales; el de Carlos Tosi en la avenida Tacna; el de Alberto Bonilla y Frida Manrique, en San Miguel; el de Juan Barea, en la calle Santa Rosita y muchos otros en los que, almas caritativas, hasta daban pensión, por días y meses, sin pagar un real.

Pero especial mención, en este universo vasto de espacios para las reuniones, se merece *La casa de los poetas*, en la Bajada de los Baños, de Barranco: casona antigua que fundaron Arturo Corcuera, Javier Heraud, César Calvo, Belisario Bernal y Tomás Escajadillo, en la que se hacía recitales con todas las promociones de poetas, dramaturgos y narradores, allí llegaron los grandes poetas españoles y latinoamericanos que visitaron Lima, la más resonante visita fue la de Rafael Alberti y su compañera: la bailarina apodada "La Chunga".

Sin embargo, hay que recordar que todo tránsito, se procesa, progresa y, en algún momento muere: llegó el estructuralismo y la semiótica, la novela objetivista de RobbenGrillet y las becas y los viajes: algunos viajaron a China, otros con frecuencia a Cuba, no pocos a España, unos tantos a París y Moscú, así como a México. Los que se quedaron o regresaron, publicaron la *Revista Narración* (cuyo número 1 salió en 1966; la *Revista Amaru* salió en 1966, y en 1967 el mundo se hizo chato con el deplorable gobierno de Belaunde, hasta que, al año siguiente, vino el Golpe Militar del general Juan Velasco Alvarado.

En el Perú, de nada sirvió que le hombre llegara a la Luna, pero esta década del sesenta, permitió, que más de treinta escritores, decidieran su vocación por la narrativa y que, muchos de ellos, continuaran empeñosamente escribiendo novelas y cuentos, que esta antología, de una u otra forma, pone de relieve a través de una selección que por primera vez los agrupa.

RÓGER RUMRILL GARCÍA

(Iquitos, 1938)

MATUNGO

A Róger Hurtado Mas

Esa noche, al igual que otras noches, Matungo lloraba. Yo le decía “tú eres como el gato que maúlla en las noches de luna” y él, mirando la iglesia blanca, como un árbol de la madrugada, orinándose al pie de los árboles de la plaza de Armas, seguía llorando. Ibamos abrazados, para darnos calor, para darnos intimidad o quizá para conjugar nuestro propio miedo de la noche, nuestro común temor de la madrugada en Yurimaguas, un día cualquiera que para nosotros empezaba cuando la noche se volvía cenizas.

Yo le decía, “pero Matungo, no es para tanto, mañana o pasado o quién sabe la próxima semana podrías contar tu historia sin temor, podrías gritar al mundo tu verdadera historia sin temer a las sombras de esta madrugada, sin sobresaltarte por los ladridos del perro, sin temer la sombra que emerge de cada árbol, parándote sobre cada esquina de la plaza y quién sabe subiendo al balcón de la municipalidad y gritando: yo soy Matungo y vengo a decir mi historia”.

No sé por qué lloraba. Caminábamos al puerto, en las mañanitas, manoteando la niebla que emergía del río y Matungo cantaba una vieja cancioncilla que había escuchado a su padre y que era el anticipo de (pero... cuándo) su verdadera historia.

—Retírese de aquí, no ve que está borracho— tenía yo que decirle al cantinero que se acercaba demasiado hasta nosotros que levantaba las orejas para

no perderse una letra de esta historia. Para ese entonces, Matungo, con sus tragos se ponía a llorar y veía doble, como decía él mismo, y veía a su padre perdido en los shiringales del Igarapaná, arreando una recua de witotos: ya carajos, avancen, apunten, fuego y Patuco que arrastraba por entre las hojarascas y le tocaba el pulso y le miraba los ojos perdidos, blancos como la niebla que emergía del río y le palpaba el corazón, caliente como la tierra de sombras intemporales, él, con su voz que no conocía desfallecimientos, avancen carajos, avancen, no ven que nos hacemos tarde, no se dan cuenta de que el trabajo ni siquiera ha empezado, y ellos, temerosos, dando saltitos, cogiditos de la mano, como pájaros perseguidos por el gavilán, ututuy patroncito, ututuy tenemos hambre, ututuy me duere la cabeza, ututuy patroncito, no puero más, ututuy marutuy cunguntuy...

Así diciendo, hundido en no sé qué nieblas y recordando historias que, según me decía, eran el anticipo de su verdadera historia y que yo no comprendía, se ponía a llorar, hundido entre sus manos. “¿Comprendes?, ¿comprendes?”, me decía hipando como un muchachillo. Ultimamente esto se repetía con mayor frecuencia. Se quedaba dormido y entonces se ponía a mascullar palabrejas que, como sus historias, yo no comprendía.

Regresábamos del puerto a eso del mediodía, cantando *La contamanina* o *Guapo marino* y dando trompicones en las escalinatas del puerto porque el chuchuhuasi se nos había subido a la cabeza. Me preguntaba, “¿te dije toda la historia?” Yo le decía, “sí hombre, casi toda, otro día me contarás de cola a cabeza”. Y veía entonces que él intentaba ordenar el rompecabezas de sus recuerdos que eran como ríos turbulentos, ríos con mil tributarios, con una red infinita de tributarios que desembocaban en un gran río de memorias turbulentas.

Me decían que Matungo no había nacido en Yurimaguas. Y nadie sabía cuándo ni de dónde había llegado. Él decía que llegó una noche en un motor, *El sábalo*, una embarcación que no atracó más en Yurimaguas. Hizo un solo viaje y se perdió para siempre en las correntadas del Huallaga. Conocí a Matungo durante la fiesta de la Virgen de las Nieves, que es la patrona de este pueblo.

Yo acababa de llegar del Alto Shanusi y donde me había entregado en el curso de una larga temporada de cinco años al trabajo de la madera. Cuando salí, casi nadie me reconoció, porque había engordado en el monte y mi cabellera negra, mi barba negra y boscosa me daban una nueva apariencia. En Yurimaguas la gente no me conocía o no me quería conocer.

En esas circunstancias, encontré a Matungo. Él también estaba recién llegado. Tenía una apariencia extraña. Yo me preguntaba, “¿dónde he visto un

tipo así?” Y repasaba en mi memoria todos los rincones de esta selva mía, que había recorrido, desde las cabeceras del Tigre, las márgenes lacustres del Pichis, hasta los meandros del bajo Amazonas, donde una vez me perdí durante cinco meses persiguiendo una manada de choros... pero, “¿dónde he visto un tipo así?”, me preguntaba. Trataba de imaginar un rostro como el de Matungo entre todos los rostros, apenas delineados por la niebla del sueño o la alucinación, buscaba entre los cientos y miles de rostros que vi a través de mi vida de ayashuasquero, cuando me sumergía en laberintos alucinogénicos habitados por sapos, culebras, pequeños duendes, animales con tres patas y hormigas que lloraban como niños, en esos trances, ¿acaso recordaba un rostro como el de Matungo?

También recordaba e intentaba reconstruir todos los perfiles que mi viejo tatarabuelo me había descrito. Él había visto los perfiles más extraños, los rostros más enigmáticos, los tipos más originales, en sus largas andanzas de caucheros afortunados, de despilfarrador de libras esterlinas, como esa vez en que encontró a Ruru, un witoto del Caquetá, en una callejuela de Hong Kong. O aquella otra en que descubrió que la *Boule d'Or*, un pequeño restaurante del Barrio Latino de París, junto a *Notre Dame*, tenía un cocinero que él había visto antes, pero dónde... dónde, hasta que exclamó a todo pulmón: “Lucio, qué haces aquí”. Era Lucio Chinchipe, su antiguo condiscípulo de escuela en Sintico, un pueblecillo que el Ucayali hace tiempo se ha tragado.

Conocí a Matungo, el segundo día de iniciada la fiesta patronal de la Virgen de las Nieves, en un banco de la Plaza de Armas de Yurimaguas. Como siempre, estaba solo y hacía figurillas con una porción de arcilla. Intrigado, me senté junto a él. Observé que la mayor parte de la gente lo evitaba. La procesión pasó a nuestro lado, noté que miraba con curiosidad el brillo de los cohetes que estallaban en el cielo oscuro. “¿Quiere tomar un trago?”, le pregunté aventurando. Me miró fijamente. Me examinó casi atrevidamente. Su mirada era dura, diría cruel. Después de una larga pausa me dijo “bueno”, casi con displicencia, como si lo hubiera dicho así, casi mecánicamente. Terminamos en “La Loma”. En el viejo bar de Shamuco, adonde yo solía ir cuando pasaba por la antigua librería de la ciudad que la gente decía que había sido la más grande librería de la Amazonía. Terminamos emborrachándonos. Desde ese primer día me dijo: “Yo tengo una historia que contar”, y me parecía que traía una memoria del pasado, que quería sacarla de una vez. “No me dejes, no me dejes”, dijo y se puso a sollozar cuando se hizo tarde y le dije: “bueno, yo me voy a mi casa”. Siguió hablando que tenía miedo a la noche, que su padre se acercaba a él amenazante, que veía danzarines con tres piernas efectuando ágiles acrobacias delante de él. Fue esa noche cuando me confesó por primera vez

que tenía una historia que quería contar desde hacía mucho tiempo y que recién encontraba un “amigo”. Empezó por decirme que su padre había vivido por muchos años en el Igaraparaná; que éste había nacido en Sapo Perdido, una fantasmal ciudad que ha muerto para siempre ahogada por la lluvia y por el bosque; dijo que su madre era una witota, posiblemente una de las mujeres más bellas que habitaron en el reino de Cotuhé, tronco de una milenaria dinastía mágico religiosa cuyos últimos sobrevivientes se dejan morir mirando a la luna, en la estación lluviosa del Trópico; dijo que de niño aprendió a leer viejos códices marcados en la corteza de árboles de edades inexplicables y cuya hermética iniciación sólo estaba reservada a los hijos de los príncipes; que había sido inmerso en el mundo de los ritos con yagué donde, tempranamente, había descubierto las potencialidades soterradas de la materia humana, del pensamiento y la posibilidad de la trasmutación hacia el reino “donde no existe la sombra”.

Me acuerdo que su relato era lógico, coherente, que se entusiasmaba en los menores detalles; pero me acuerdo también de sus largos silencios, en que su mirada se perdía, vagamente, en no sé qué distancias no mensurables, en no sé qué profundidades inadvertidas. En esas circunstancias parecía triste, una tristeza que era francamente insoportable, que inundaba a los hombres y a las cosas.

Regresamos muy tarde aquella noche. Bajar desde “La Loma” hasta la Plaza de Armas fue casi una hazaña: la lluvia había enjabonado las callejuelas zigzagueantes, donde era necesario hacer acrobacias para no ir a dar al fondo del barranco. Llegado a la Plaza, Matungo apenas gruñó algo que no alcancé a entender y se fue. Yo también me fui por mi lado.

Al día siguiente me incorporé a mis actividades habituales en el puerto, como comerciante de maderas.—¿Conoció usted a un tal Matungo, un hombre muy raro que llegó hace algunos meses a Yurimaguas?, —me preguntó muy intrigado don Escolapio Ricopa, un vecino yurimagüino que vivía en el puerto.

—Sí, conozco a Matungo, —le contesté.

—Querrá decir que lo conoció, porque Matungo no está ya en el mundo de los vivos —me respondió don Escolapio.

—No puede ser, no puede ser, —grité alarmado, casi furioso, en la creencia de que se trataba de una broma de mal gusto.

—Mira, amigo —siguió diciendo don Escolapio—, ayer al atardecer un hombre murió en el río, frente al atracadero principal, en una forma muy extraña.

—Sí, dicen que se llamaba Matungo; así dicen los testigos del accidente —respondió como adelantándose a mis preguntas.

Yo estaba como paralizado, sin atreverme a pronunciar una sola palabra. Un extraño miedo, casi pavor me sobrecogió.

—¿Quiere saber cómo ocurrió la tragedia? —dijo el viejo. Asentí sólo con un movimiento de cabeza. Tenía las manos en los bolsillos, sudorosas.

—Dicen que el tipo llegó al puerto a eso de las cinco. Algunos afirman que permaneció sentado, mascullando palabrejas, sentado en una topa, por más de una hora. Empezó a oscurecer. Algunas alcuzas se encendieron en las balsas. Del río subía una espesa niebla. De repente, el hombre se puso a silbar, imitando al “tunchi”. Dicen que silbó, silbó y silbó. Un hombre salió gritando del río. Estaba desnudo, bañándose, en la semioscuridad. Gritaba “los bufeos, los bufeos”. Algunos pescadores apuntaron sus linternas al río y se quedaron asombrados. Había cientos de bufeos colorados brincando sobre la superficie del río. Algunos daban cabezazos y coletazos sobre las canoas de la orilla. En eso, alguien notó que un hombre se acercaba a la orilla del río y, rápidamente, se lanzó a las aguas. En ese mismo instante, como por encanto, los bufeos desaparecieron. Alguien miró al lugar donde Matungo estaba y no le encontró. Los pescadores empezaron a buscarlo por el puerto; después dispararon sus linternas al río. Matungo había sido tragado por el Huallaga. Usted sabe que los bufeos colorados se convierten en hombres o mujeres.

Como un autómatas comencé a caminar. El viejo seguía hablando. Ya era de noche y trepando hacia la ciudad algunos cargadores, con grandes racimos de plátanos, hacían esfuerzos inauditos para no resbalarse en el caminito del puerto mojado por una llovizna que ya quería convertirse en lluvia.

Cuando llegué a la Plaza de Armas, de golpe recordé una mañana yurimagüina con alguien cuyo recuerdo ahora me hacía temblar. Allí estaba la iglesia, con su puntiaguda flecha apuntando a animales invisibles. Las casas comerciales, el municipio, la gran unidad escolar, con sus paredes lechosas en la oscuridad.

Abrí la puerta de mi cuarto y puse la luz. En el suelo, junto a la puerta, descubrí un papelillo blanco. Lo levanté y estuve a punto de dejarlo caer, incapaz de sostenerlo. El peso de su mensaje me parecía enorme: “Volveré pronto para contarte el final de la historia, Matungo”.

MARCO LECLERE

(Chimbote, 1938)

EL PUMA HABITA EN EL ALCANFOR

...Había transcurrido mucho tiempo, muchísimos años quizás desde la instalación del Consorcio de Ingenieros de Occidente. Ese día Rosa cantaba en los corredores, el abuelo con su sombrero alón, en lo alto, seguía apuntando los cambios que se sucedían en el puerto. Las tías leyendo más de dos mil cartas recibidas en los últimos cuatro días. Esta invasión epistolar preocupaba enormemente al abuelo, eran cartas de los admiradores de las fotos de doncellas desnudas que las tías enviaron a diferentes direcciones del planeta. Ellas sonreían con las aventuras. El alemán Hans que casi se suicida por amor, el ruso Vladimir que al percatarse de un negro lunar en la nalga de una de las doncellas se disparó un tiro en la boca, el polaco que remitió una foto con su miembro descomunal estampado a colores, el japonés Takami que les hizo llegar delicadas palomitas finamente recortadas en cartulina verde, el hindú Alí que les envió su foto tomada en un retrete público de Singapur, y ellas riendo disforzadas, sorbiendo de a poquitos agüitas azucaradas mordisqueando bombones, abriendo los ojazos impresionadas por las cartas encendidas, escandalizadas por las fotos, cepillándose el cabello y pintándose con ruibardo las uñas de los pies.

Ese día, don Juancho preocupado se paseaba por el saloncito chino porque doña Helena se achicaba constantemente creciéndole al mismo tiempo el pelo, que en una semana, Fortunata tuvo que cortárselo más de diez veces. Rosa afirmaba que era mal de ojo, quizá alguien quería ensañarse con doña Helena. Buscaron por la casa algún indicio, la voltearon de arriba a abajo y no en-

contraron nada. En secreto trajeron agua bendita, a lo mejor doña Helena dejó por olvido alguna aguja clavada en algún lugar del huerto. Contaron sus ropas interiores y las tías rezaron el catecismo en voz alta. Cafringo esparció ramas de ruda por todos los rincones pero a doña Helena le seguían creciendo los cabellos; decidieron tejerle dos trenzas muy ajustadas que nunca llegaban a terminar y doña Helena se achicaba más y más poniéndose triste, cada vez muy triste. De un momento a otro el dormitorio se llenó con las trenzas que como boas se estiraban invadiéndolo todo, reptando por debajo de la cama, acomodándose en los cajones del ropero, desbordaban el bacín enchapado, el baúl de zapatos empinándose perezosamente por las paredes, cayendo indolentes, arrastrándose por el piso. Rosa nerviosamente zahumaba, los cabellos crecían en todas direcciones. Las tías corrieron espantadas. Don Juancho con el rostro compungido y blandiendo la tijera de podar los ñorbos luchaba implacable con los tentáculos descomunales y doña Helena cada vez más pequeña abrumada por sus mechones se asfixiaba, parecía querer entonar el *¡O Sole Mio!* y se retorció desesperadamente, achicándose. Los pelos incontrolables se escapaban por la ventana. Rosa soplaba su zahumador, explosionaron los pomos de aguas de colores y comenzó a salir humo en todas direcciones. Cafringo llegó con un balde de agua, Gaby ladraba, el fuego se extendía por el dormitorio, cerraron las puertas para no asfixiarse, Don Juancho lloraba desesperado, las tías gritaban, se echaban baldazos de agua en todas direcciones, los gatos misteriosos se espantaron. Rosa y Fortunata rezaban. El abuelo carajeaba y furibudo arremetía a puntapiés con el trasero de Cafringo para que se apurara con el agua, las paredes y el techo del dormitorio se desplomaron estruendosamente. Rosa jura haber visto escaparse una paloma blanca.

Cubiertos de hollín y con los rostros fatigados esperaron sentados en una banca a que amaneciera. El fuego se fue consumiendo y apagándose lentamente. Don Juancho con la mirada perdida, el abuelo con los ojos rojos, humedecidos por la impotencia, las tías eructando entre llantos, Rosa y Fortunata al fondo del huerto atorándose con las lágrimas, los hipos y el humo del zahumador, Andrés, triste, muy triste, desde la conejera parecía escuchar el *¡Ob Sole Mio!* de doña Helena. El abuelo con la cabeza erguida y la mirada pensativa se encaminó lentamente a su torre, don Juancho seguía sentado con los ojos siempre tristes. En aquella madrugada brumosa recogieron cuidadosamente las cenizas y fueron colocadas ceremoniosamente en una cajita laqueada que se enterró bajo la ramada de tumbos con sus flores de color lila que había sido el color favorito de doña Helena.

Desde aquel día don Juancho se retiró al saloncito chino del fondo de la huerta y comenzó a silbar quedamente como los cuculíes y los chilalos amari-

llos que llegaban en otoño. Algunas mañanas subía hasta lo más alto de las higueras meciéndose acompasadamente y moviendo los brazos con insistencia como para volar, creía que podía, decía que quería irse muy lejos, muy lejos. Atravesar las nubes como los gorriones, siempre silbando dulcecito como para que los niños lo escucharan por los bosques. Y continuaba silbando como las torcazas y tildillos que arrullaban el huerto.

Don Juancho, que en sus mejores años fue un famoso domador de dragones irlandeses y fabricante de pomadas milagrosas, ahora sólo le brillaban los ojos que abría desmesuradamente cuando se estremecía de furia cogido de las ramas, algunas veces intentó emprender vuelo y cayó estrepitosamente entre las gallinas. Lo amarraron al tronco de la vieja higuera. Andrés le llevaba refresco en su tarrito azul de fierro enlozado. Don Juancho lo observaba tiernamente y lloraba en silencio, trataba de silbar mientras cabeceaba y a eso de las cinco de la tarde se quedaba dormido.

Mi Helena, mi Helenita señor, comenzó en uno de los días de la cuaresma a llenarse de plumas, toditas, eran blancas y ella se pavoneaba creyéndose paloma de Castilla. Le fueron saliendo sus alas muy largas que se arrastraban por el suelo y mi Helenita caminaba por toda la casa moviéndose marcialmente como en celo y cantaba curru, curru, curruuu... y al mover sus alas se levantaba tantísimo el aire que hasta los perros ladraban y se mecían los guayabos y las higueras.

Y ella, ni caso, señor... seguía cantando muy dulcecito, curru, curru, curruuu... tomando impulso para volar y le decía espera Helena no seas mal educada espera que vengan nuestros vecinos para que te vean, y así como le cuento señor, logró volar un día hasta posarse sobre el arbolito de tilo. Ella siempre con sus ojos embadurnados de negro pasaba su pico por entre su pecho y me miraba fijamente, como si no hubiera comprendido nada, sólo me decía curru, curru, curruuu... la pobrecita.

Creuyendo que era hambre lo que tenía le llevé maíz tierno pero ella no bajaba, me seguía mirando fijamente, y yo insistía diciéndole, ven Helenita que tengo confites de colores para ti... y así, señor, a partir de ese día comencé a dejarle su agüita para que no pasara sed y cogiendo mi guitarra española le cantaba...

*Paloma blanca,
piquito de oro,
alas de plata no te remontes
por esos montes,
porque yo lloro.*

Siempre despacito hasta que anohecia y me retiraba a descansar. Pero no crea que me ponía triste, me gustaba ver a mi Helenita en lo alto palanganando.

Y cuando llovía porque llegaba el verano se acurrucaba todita y metía su cabeza bajo sus alas, pero sus plumas le seguían creciendo señor, y llegaban hasta el suelo, señor y casi no se veían las ramas del arbolito de tilo, pero mi Helenita era como una montaña blanca brillante y yo le seguía cantando y le gustaban los huaynos porque se encrespaba y abría su piquito respondiéndome, curru, curru, curruu...

Un día con tanto ventarrón que parecía que la casa se venía abajo mi Helenita desplegando sus alas se fue volando muy alto muy alto hasta que desapareció de mi vista y no la volví a ver más.

*Si entre las nubes hubiera jueces,
Yo me quejara que a mi paloma,
la más querida me la han quitado.*

Y así, señor como le cuento se fue, desde entonces siempre voy al pueblo los domingos a comprar cancioneros y cuando llego a mi casa me siento debajo del arbolito de tilo porque creo que un día, cuando pase mi Helenita volando y escuche sus huaynos bajará nuevamente, me mirará con sus ojitos embadurnados de negro y yo le pondré maicitos de colores para que pique, agüita para apagar su sed y escucharé entre sueños curru, curru, curruu... como antes y quizá allí también pondrá sus huevecitos que los calentará junto a mi cuerpo mientras alegre con mi guitarra española cantaré a todo pulmón

*Río de avenida, dejáme pasar
que a mi palomita la quieren matar
con pistola de oro, bala de cristal*

¡Vuela, vuela mi linda Helena, viaja por las nubes, acércate al sol resplandeciente del verano, lleva mis recuerdos a países lejanos y mis saludos a todas esas personas extranjeras; algún día yo, mi linda Helena seré como tú, y quizá también suba al arbolito de tilo esperando que me crezcan alas y te esperaré observando la tarde, pensando que regresarás por mí, tomaremos agua y suavcito te cantaré curru, curru, curruu... para que comprendas todo lo que te quiero decir, y no habrá más miedo, Helena, ni a los cazadores que en las noches acechan por los bosques, yo te guiaré por las montañas más altas, te mostraré parajes desconocidos y pasarán unos tras otros los años y acudirán a acompañarnos en nuestras cuitas cientos de luciérnagas iluminando la oscuridad, llegarán también los peces arrastrándose hasta nosotros y las serpientes y los animales salvajes y los patos y conejos y nosotros, quietecitos, estaremos esperándolos.

Cuando duermas velaré tu sueño porque yo mi linda Helena estaré observándote como antaño, guardándote de los insectos que amenacen invadirte. Cuando quieras bañarte remojaré mis alas que serán blancas como las tuyas y las sacudiré poderosamente para que caiga como lluvia sobre ti. Con mi pico limpiaré tus orejas y te arrullaré dulcecito mi Linda Helena. Contigo soy feliz pensando que estás volando por los confines del mundo y no te olvido, y no cierro mis ojos durante las noches mi linda Helena esperándote hasta ahora. Si me la paso sentadito desde hace no sé cuántas horas mirando el sol y han llegado no sé cuántas noches y parecen que mis ojos quieren cerrarse... no... pero no es cansancio, no, eso sí que no... es que mis manos y mi cuerpo tiemblan de emoción, porque siento que te acercas, o que está muy cercano ese día. ¡Ves como me emociono mi linda Helena!

*Las gotas de agua que en las flores amanecen,
son las lágrimas de la luna
que de noche llora.*

Pero no te compadezcas, te lo ruego; no te apures, si quieres pasearte por el mundo. Yo estaré aquí siempre escarbando la tierra, así me entretengo. ¿Crees que no veo? Si mis ojos no dejan de observar el cielo un solo instante y allí estás tú, jugueteando como una ardilla colorada, no, no me digas nada mi linda Helena. ¿Si no estoy avergonzado de lo que te he dicho? son metáforas que de vez en cuando invento para tu contento y para calmarme. Hoy nuevamente ha salido el sol, me pondré mi sombrero de paja porque siento que me abraso, tomaré un poco de agua y aquí te esperaré. ¡Vamos, no te pongas triste muñeca!, te he dicho que soy feliz, ¿comprendes? no te apures, mi linda Helena, lleva mis saludos a las gentes extranjeras y diles que me escriban miles, miles de cartas con sus estampillas de colores.

Porque de verdad, aunque no te parezca, a veces me canso y me dan escalofríos y tiemblo, porque siento que me rodea la gente, cantidades enormes de gentes que hablan a la misma vez y yo quisiera que estuviesen callados un momento, sólo un momento para conversar tranquilamente con ellos, encender uno de mis cigarrillos negros ¡pero no... siguen hablando, gritando y no me dejan un solo instante de tranquilidad, y yo paloma quiero hablarles de ti, contarles que estuvimos allá arriba, por el "Cerro de la Caja" cuando divisamos "San Luis" en la lejanía y sus verdes campos de arroz, mi Helena.

...¿Te recuerdas el aire que hacía?... ¿y cómo revoloteaba tu pelo mi negra...? yo te besaba tu boquita como un confite y me decías ¡no Juancho! no... ¡Juancho aquí no!... Y yo, sí mi Helenita, sí aquí y también en la punta del cerro! Te mordía tu orejita para que te dejaras y yo recorría mi mano por debajo de tu ropa, te levantaba el vestido y llorabas, nunca supe si de felicidad o de

miedo y cabalgué sobre tu cuerpo hirviente que temblaba y revoloteaba junto al mío revolcandonos, tragando arena, riendo y llorando juntos.

Luego nos quedamos quietos mirando el cielo lejano y azul. El sol brillante en lo alto como una bola roja, tu vientre al aire como un tambor reluciente y me observabas como si no hubieras comprendido nada y me eché a tu lado mirándote tiernamente, te sonreí, te cogí una mano, llorabas Helena y me sentí el ser más desgraciado que pisaba la tierra; pero todo había sido tan apresurado, tan sin pensarlo y aunque no me creas, soy malo, muy malo mi linda Helena y no sé de dónde me sale ser así, pero me entran unas ganas de hacerles daño a las gentes, no sé, debe ser quizá porque siempre he tratado de ser bueno y a lo mejor en el fondo siempre he sido malo. Al verte llorar me entraron unas ganas locas de abrir tus piernas, de introducirte mi sexo y, ya no comprendía nada y creo que tú tampoco porque permaneciste quieta, muda, mirándome fijamente y el cielo reventaba de colores, todo giraba alrededor mío como si estuviera en un mundo completamente ajeno, apretujándome a tu cuerpo y no quería separarme de ti, me parecía que si llegara a suceder te irías muy lejos llorando enloquecida. Comprendes que soy malo a veces Helenita, pero no me culpes, algunos dicen que es por mi falta de educación. ¿Crees que sea por eso?

Muchos piensan que sí, pero creo que no, no, no puede ser cuestión de escuela mi Helenita, es cuestión de hombría o a lo mejor es que con el verano le entran a uno esos calores que aparecen en junio y desaparecen cuando caen las primeras lluvias. Te pido que en esos días no andemos solos por los matorrales porque entonces al verte mi paloma pierdo la calma y me abalanzo sobre ti, quiero preñarte, tienes que comprenderme, necesito estar con algo mío, a solas, para dejarte tranquila, así le conversaré horas de horas, no me cansaré te lo prometo, le contaré tantas historias que he guardado y le enseñaré como se hacen los hombres y no tendré secretos para él. Yo Juancho I le contaré a Juancho II tiernamente, como para no despertarlo cuando esté dormido, le espantaré los mosquitos con una hoja de palma muy despacio para no hacerle aire y quizá hasta me duerma recostado a su lecho, escuchando su corazón que será grande como el tuyo, porque tú me perdonas todo mi linda Helena, hasta mis borracheras de aguardiente, mientras tú cantas el *¡Ob Sole Mio!* ¡Qué carajo nos importará que las vecindades escuchen cuando te persigo por los corrales para tumbarte!, ya estás acostumbrada mi linda Helena, ahora sonríes solamente y vas arrojando la ropa por el camino y cuando vamos al río acaso tú no eres la que comienza primero, acaso tú no eres la que me echa agua cuando me estoy desvistiendo ¡Qué carajo nos puede importar mi linda Helena si yo te quiero así y tú sabes comprenderme!...

ALFREDO BRYCE

(Lima, 1939)

CON JIMMY, EN PARACAS

Lo estoy viendo; realmente es como si lo estuviera viendo; allí está sentado, en el amplio comedor veraniego, de espaldas a ese mar donde había rayas, tal vez tiburones. Yo estaba sentado al frente suyo, en la misma mesa, y, sin embargo, me parece que lo estuviera observando desde la puerta de ese comedor, de donde ya todos se habían marchado, ya sólo quedábamos él y yo, habíamos llegado los últimos, habíamos alcanzado con las justas el almuerzo.

Esta vez me había traído; lo habían mandado sólo por el fin de semana. Paracas no estaba tan lejos: estaría de regreso a tiempo para el colegio, el lunes. Mi madre no había podido venir; por eso me había traído. Me llevaba siempre a sus viajes cuando ella no podía acompañarlo, y cuando le decía a mamá que era una pena que no pudiera venir, la compañía le pagaba la estadía, le pagaba hotel de lujo para dos personas. “Lo llevaré”, decía, refiriéndose a mí. Creo que yo le gustaba para esos viajes.

Y a mí, ¡cómo me gustaban esos viajes! Esta vez era a Paracas. Yo no conocía Paracas, y cuando mi padre empezó a arreglar la maleta, el viernes por la noche, ya sabía que no dormiría muy bien esa noche, y que me despertaría antes de sonar el despertador.

Partimos ese sábado muy temprano, pero tuvimos que perder mucho tiempo en la oficina, antes de entrar en la carretera al sur. Parece que mi padre tenía todavía cosas que ver allí, tal vez recibir las últimas instrucciones de su jefe. No sé; yo me quedé esperándolo afuera, en el auto, y empecé a temer que llegaríamos mucho más tarde de lo que habíamos calculado.

Una vez en la carretera, eran otras mis preocupaciones. Mi padre manejaba, como siempre, despacísimo; más despacio de lo que mamá le había pedido que manejara. Uno tras otro, los automóviles nos iban dejando atrás, y yo no miraba a mi padre para que no se fuera a dar cuenta de que eso me fastidiaba un poco, en realidad me avergonzaba bastante. Pero nada había que hacer, y el viejo Pontiac, ya muy viejo el pobre, avanzaba lentísimo, anchísimo, negro e inmenso, balanceándose como una lancha sobre la carretera recién asfaltada.

A eso de la mitad del camino, mi padre decidió encender la radio. Yo no sé qué le pasó; bueno, siempre sucedía lo mismo, pero sólo probó una estación, estaban tocando una guaracha, y apagó inmediatamente sin hacer ningún comentario. Me hubiera gustado escuchar un poco de música, pero no le dije nada. Creo que por eso le gustaba llevarme en sus viajes; yo no era un muchachillo preguntón; me gustaba ser dócil; estaba consciente de mi docilidad. Pero eso sí, era muy observador.

Y por eso lo miraba de reojo, y ahora lo estoy viendo manejar. Lo veo jalar un poquito el pantalón desde las rodillas, dejando aparecer las medias blancas, impecables, mejores que las mías, porque yo todavía soy un niño; blancas e impecables porque estamos yendo a Paracas, hotel de lujo, lugar de veraneo, mucha plata y todas esas cosas. Su saco es el mismo de todos los viajes fuera de Lima, gris, muy claro, sport; es norteamericano y le va a durar toda la vida. El pantalón es gris, un poco más oscuro que el saco, y la camisa es la camisa vieja más nueva del mundo; a mí nunca me va a durar una camisa como le duran a mi padre.

Y la boina; la boina es vaca; él dice que es vaca de pura cepa. Es para los viajes; para el aire, para la calvicie. Porque mi padre es calvo, calvísimo, y ahora que lo estoy viendo ya no es un hombre alto. Ya aprendí que mi padre no es un hombre alto, sino más bien bajo. Es bajo y muy flaco. Bajo, calvo y flaco, pero yo entonces tal vez no lo veía aún así, ahora ya sé que sólo es el hombre más bueno de la tierra, dócil como yo, en realidad se muere de miedo de sus jefes; esos jefes que lo quieren tanto porque hace siete millones de años que no llega tarde ni se enferma ni falta a la oficina; esos jefes que yo he visto cómo le dan palmazos en la espalda y se pasan la vida felicitándolo en la puerta de la iglesia los domingos; pero a mí hasta ahora no me saludan, y mi padre se pasa la vida diciéndole a mi madre, en la puerta de la iglesia los domingos, que las mujeres de sus jefes son distraídas o no la han visto, porque a mi madre tampoco la saludan, aunque a él, a mi padre, no se olvidaron de mandarle sus saludos y felicitaciones cuando cumplió un millón de años sin enfermarse ni llegar tarde a la oficina, la vez aquella en que trajo esas fotos en que, estoy seguro, un jefe acababa de palmearle la espalda, y otro estaba a punto de palmeársela; y esa

otra foto en que ya los jefes se habían marchado del cocktail, pero habían asistido, te decía mi padre, y volvía a mostrarte la primera fotografía.

Pero todo esto es ahora en que lo estoy viendo, no entonces en que lo estaba mirando mientras llegábamos a Paracas en el Pontiac. Yo me había olvidado un poco del Pontiac, pero las paredes blancas del hotel me hicieron verlo negro, ya muy viejo el pobre, y tan ancho. “Adónde va a acabar esta mole”, me preguntaba, y estoy seguro de que mi padre se moría de miedo al ver esos carrazos, no lo digo por grandes, sino por la pinta. Si les daba un topetón, entonces habría que ver de quién era ese carrazo porque mi padre era muy señor, y entonces aparecería el dueño, veraneando en Paracas con sus amigos, y tal vez conocía a los jefes de mi padre, había oído hablar de él, “no ha pasado nada, Juanito” (así se llamaba, se llama mi padre), y lo iban a llenar de palmazos en la espalda, luego vendrían los aperitivos, y a mí no me iban a saludar, pero yo actuaría de acuerdo a las circunstancias y de tal manera que mi padre no se diera cuenta de que no me habían saludado. Era mejor que mi madre no hubiera venido.

Pero no pasó nada. Encontramos un sitio anchísimo para el Pontiac negro, y al bajar, así sí que lo vi viejísimo. Ya estábamos en el hotel de Paracas, hotel de lujo y todo lo demás. Un muchacho vino hasta el carro por la maleta. Fue la primera persona que saludamos. Nos llevó a la recepción y allí mi padre firmó los papeles de reglamento, y luego preguntó si todavía podíamos “almorzar algo” (recuerdo que así dijo). El hombre de la recepción, muy distinguido, mucho más alto que mi padre, le respondió afirmativamente: “Claro que sí, señor. El muchacho lo va a acompañar hasta su “bungalow” para que usted pueda lavarse las manos, si lo desea. Tiene usted tiempo, señor; el comedor cierra dentro de unos minutos, y su “bungalow” no está muy alejado”. No sé si mi papá, pero yo todo eso de “bungalow” lo entendí muy bien, porque estudio en colegio inglés y eso no lo debo olvidar en mi vida y cada vez que mi papá estalla, cada mil años, luego nos invita al cine, grita que hace siete millones de años que trabaja enfermo y sin llegar tarde para darles a sus hijos lo mejor, lo mismo que a los hijos de sus jefes.

El muchacho que nos llevó hasta el “bungalow” no se sonrió mucho cuando mi padre le dió la propina, pero ya yo sabía que cuando viaja con dinero de la compañía no se puede andar derrochando, si no, pobres jefes, nunca ganarían un céntimo y la compañía quebraría en la mente respetuosa de mi padre, que se estaba lavando las manos mientras yo abría la maleta y sacaba alborotado mi ropa de baño. Fue entonces que me enteré, él me lo dijo, que nada de acercarme al mar, que estaba plagado de rayas, hasta había tiburones. Corrí a lavarme las manos, por eso de que dentro de unos minutos cierran el

comedor, y dejé mi ropa de baño tirada sobre la cama. Cerramos la puerta del “bungalow” y fuimos avanzando hacia el comedor. Mi padre también, aunque menos, creo que era observador; me señaló la piscina, tal vez por eso de la ropa de baño. Era hermoso Paracas; tenía de desierto, de oasis, de balneario; arena, palmeras, flores, veredas y caminos por donde chicas que yo no me atrevía a mirar, pocas ya, las últimas, las más atrasadas, se iban perezosas a dormir esa siesta de quien ya se acostumbró al hotel de lujo. Tímidos y curiosos, mi padre y yo entramos al comedor.

Y es allí, sentado de espaldas al mar, a las rayas y a los tiburones, es allí donde lo estoy viendo, como si yo estuviera en la puerta del comedor, y es que en realidad yo también me estoy viendo sentado allí, en la misma mesa, cara a cara a mi padre y esperando al mozo ese, que a duras penas contestó a nuestro saludo, que había ido a traer el menú (mi padre pidió la carta y él le dijo que iba por el menú) y que según papá debería habernos cambiado de mantel, pero era mejor no decir nada porque, a pesar de que éste era un hotel de lujo, habíamos llegado con las justas para almorzar. Yo casi vuelvo a saludar al mozo cuando regresó y le entregó el menú a mi padre que entró en dificultades y pidió finalmente, corvina a la no sé cuántos, porque el mozo ya llevaba horas esperando. Se largó con el pedido y mi padre, sonriéndome, puso la carta sobre la mesa, de tal manera que yo podía leer los nombres de algunos platos, un montón de nombres franceses en realidad, y entonces pensé, aliviándome, que algo terrible hubiera podido pasar, como aquella vez en ese restaurante de tipo moderno, con un menú que parecía para norteamericanos, cuando mi padre me pasó la carta para que yo pidiera, y empezó a contarle al mozo que él no sabía inglés, pero que a su hijo lo estaba educando en colegio inglés, a sus otros hijos también, costara lo que costara, y el mozo no le prestaba ninguna atención, y movía la pierna porque ya se quería largar.

Fue entonces que mi padre estuvo realmente triunfal. Mientras el mozo venía con las corvinas a la no sé cuántos, mi padre empezó a hablar de darnos un lujo, de que el ambiente lo pedía, y de que la compañía no iba a quebrar si él pedía una botellita de vino blanco para acompañar esas corvinas. Decía que esa noche a las siete era la reunión con esos agricultores, y que le comprarían los tractores que le habían encargado vender; él nunca le había fallado a la compañía. En esas estaba cuando el mozo apareció complicándose la vida en cargar los platos de la manera más difícil, eso parecía un circo, y mi padre lo miraba como si fuera a aplaudir, pero gracias a Dios, reaccionó y tomó una actitud bastante forzada, aunque digna, cuando el mozo jugaba a casi tirarnos los platos por la cara, en realidad era que los estaba poniendo elegantemente sobre la mesa y que nosotros no estábamos acostumbrados a tanta cosa. “Un blanco

no sé cuántos”, dijo mi padre. Yo casi lo abrazo por esa palabra en francés que acababa de pronunciar, esa marca de vino, ni siquiera había pedido la carta para consultar, no, nada de eso; lo había pedido así no más, triunfal, conoedor, y el mozo no tuvo más remedio que tomar nota y largarse a buscar.

Todo marchaba perfecto. Nos habían traído el vino y ahora recuerdo ese momento de feliz equilibrio: mi padre sentado de espaldas al mar, no era que el comedor estuviera al borde del mar, pero el muro que sostenía esos ventanales me impedía ver la piscina y la playa, y ahora lo que estoy viendo es la cabeza, la cara de mi padre, sus hombros, el mar allá atrás, azul en ese día de sol, las palmeras por aquí y por allá, la mano delgada y fina de mi padre sobre la botella fresca de vino, sirviéndome media copa, llenando su copa, “bebe despacio, hijo”, ya algo quemado por el sol, listo a acceder, extrañando a mi madre, buenísimo, y yo ahí, casi chorreándome con el jugo ese que bañaba la corvina, hasta que vi a Jimmy. Me chorreé cuando lo vi. Nunca sabré por qué me dio miedo verlo. Pronto lo supe.

Me sonreía desde la puerta del comedor, y yo lo saludé, mirando luego a mi padre para explicarle quién era, que estaba en mi clase, etc., pero mi padre al escuchar su apellido, volteó a mirarlo sonriente, me dijo que lo llamara, y mientras cruzaba el comedor, que conocía a su padre, amigo de sus jefes, uno de los directores de la compañía, muchas tierras en esa región...

—Jimmy, papá. —Y se dieron la mano.

—Siéntate, muchacho —dijo mi padre, y ahora recién me saludó a mí.

Era muy bello; Jimmy era de una belleza extraordinaria: rubio, el pelo en anillos de oro, los ojos azules achinados, y esa piel bronceada, bronceada todo el año, invierno y verano, tal vez porque venía siempre a Paracas. No bien se había sentado, noté algo que me pareció extraño: el mismo mozo que nos odiaba a mi padre y a mí, se acercaba ahora sonriente, servicial, humilde; y saludaba a Jimmy con todo respeto; pero éste, a duras penas le contestó con una mueca. Y el mozo no se iba, seguía ahí parado, esperando órdenes, buscándolas, yo casi le pido a Jimmy que lo mandara matarse. De los cuatro que estábamos ahí, Jimmy era el único sereno.

Y ahí empezó la cosa. Estoy viendo a mi padre ofrecerle a Jimmy un poquito de vino en una copa. Ahí empezó mi terror.

—No, gracias —dijo Jimmy—. Tomé vino con el almuerzo. —Y sin mirar al mozo, le pidió un whisky.

Miré a mi padre: los ojos fijos en el plato, sonreía y se atragantaba un bocado de corvina que podía tener millones de espinas. Mi padre no impidió que Jimmy pidiera ese whisky, y ahí venía el mozo casi bailando con el vaso en una bandeja de plata, había que verle sonreírse al hijo de puta. Y luego Jimmy

sacó un paquete de Chesterfield, lo puso sobre la mesa, encendió uno, y sopló todo el humo sobre la calva de mi padre, claro que no lo hizo por mal, lo hizo simplemente, y luego continuó bellísimo, sonriente, mirando hacia el mar, pero mi padre ni yo queríamos ya postres.

—¿Desde cuándo fumas? —le preguntó mi padre, con voz temblorosa.

—No sé; no me acuerdo —dijo Jimmy, ofreciéndome un cigarrillo.

—No, No, Jimmy; no...

—Fuma no más, hijito; no desprecies a tu amigo.

Estoy viendo a mi padre decir esas palabras, y luego recoger una servilleta que no se le había caído, casi recoge el pie del mozo que seguía ahí parado. Jimmy y yo fumábamos, mientras mi padre nos contaba que a él nunca le había atraído eso de fumar, y luego de una aficción a los bronquios que tuvo no sé cuándo, pero Jimmy empezó a hablar de automóviles, mientras yo observaba la ropa que llevaba puesta, parecía toda de seda, y la camisa de mi padre empezó a envejecerse lastimosamente, ni su saco norteamericano le iba a durar toda la vida.

—¿Tú manejas, Jimmy? —preguntó mi padre.

—Hace tiempo. Ahora estoy en el carro de mi hermana; el otro día estrellé mi carro, pero ya le va a llegar otro a mi papá. En la hacienda tenemos varios carros.

Y yo muerto de miedo, pensando en el Pontiac. Tal vez Jimmy se iba a enterar que ése era el de mi padre, se iba a burlar tal vez, lo iba a ver más viejo, más ancho, más feo que yo. «¿Para qué vinimos aquí?» Estaba recordando la compra del Pontiac, a mi padre convenciendo a mamá, «un pequeño sacrificio», y luego también los sábados por la tarde, cuando lo lavábamos, asunto de familia, todos los hermanos con latas de agua, mi padre con la manguera, mi madre en el balcón, nosotros locos por subir, por coger el timón, y mi padre autoritario: «Cuando sean grandes, cuando tengan breveté», y luego, sentimental: «Me ha costado años de esfuerzo».

—¿Tienes breveté, Jimmy?

—No; no importa; aquí todos me conocen.

Y entonces fue que mi padre le preguntó que cuántos años tenía y fingió creerle cuando dijo que dieciséis, y yo también, casi le digo que era un mentiroso, pero para qué, todo el mundo sabía que Jimmy estaba en mi clase y que yo no había cumplido aún los catorce años.

—Manolo se va conmigo —dijo Jimmy—; vamos a pasear en el carro de mi hermana.

Y mi padre cedió una vez más, nuevamente sonrió, y le encargó a Jimmy saludar a su padre.

—Son casi las cuatro —dijo—, voy a descansar un poco porque a las siete tengo una reunión de negocios. —Se despidió de Jimmy, y se marchó sin decirme a qué hora debía regresar, yo casi le digo que no se preocupara, que no nos íbamos a estrellar.

Jimmy no me preguntó cual era mi carro. No tuve por qué decirle que el Pontiac ese negro, el único que había ahí era el carro de mi padre. Ahora si se lo diría y luego, cuando se riera sarcásticamente le escupiría en la cara, aunque todos esos mozos que lo habían saludado mientras salíamos, todos esos que a mí no me hacían caso, se me vinieran encima a matarme por haber ensuciado esa maravillosa cara de monedita de oro, esas manos de primer enamorado que estaban abriendo la puerta de un carro del jefe de mi padre.

A un millón de kilómetros por hora, estuvimos en Pisco, y allí Jimmy casi atropella a una mujer en la Plaza de Armas; a no sé cuántos millones de kilómetros por hora, con una cuarta velocidad especial, estuvimos en una de sus haciendas, y allí Jimmy tomó una Coca-Cola, le pellizó la nalga a una prima y no me presentó a sus hermanas; a no sé cuántos miles de millones de kilómetros por hora, estuvimos camino de Ica, y por allí Jimmy me mostró el lugar en que había estrellado su carro, carro de mierda ese, dijo, no servía para nada.

Eran las nueve de la noche cuando regresamos a Paracas. No sé cómo, pero Jimmy me llevó hasta una salita en que estaba mi padre bebiendo con un montón de hombres. Ahí estaba sentado, la cara satisfecha, ya yo sabía que habría muy bien su trabajo. Todos esos hombres conocían a Jimmy; eran agricultores de la compañía. Algunos le tocaban el pelo a Jimmy y otros se dedicaban al whisky que mi padre estaba invitando en nombre de la compañía. En ese momento mi padre empezó a contar un chiste, pero Jimmy lo interrumpió para decirle que me invitaba a comer. «Bien, bien; dijo mi padre. Vayan nomás».

Y esa noche bebí los primeros whiskies de mi vida, la primera copa llena de vino de mi vida, en una mesa impecable, con un mozo que bailaba sonriente y constante alrededor de nosotros. Todo el mundo andaba elegantísimo en ese comedor lleno de luces y de carcajadas de mujeres muy bonitas, hombres grandes y colorados que deslizaban sus manos sobre los anillos de oro de Jimmy, cuando pasaban hacia sus mesas. Fue entonces que me pareció escuchar el final del chiste que había estado contando mi padre, le puse cara de malo, y como que lo encerré en su salita con esos burdos agricultores que venían a comprar su primer tractor. Luego, esto sí que es extraño, me deslicé hasta muy adentro en el mar, y desde allí empecé a verme navegando en un comedor en fiesta, mientras un mozo me servía arrodillado una copa de champagne, bajo la mirada achinada y azul de Jimmy.

Yo no le entendía muy bien al principio; en realidad no sabía de qué estaba hablando, ni qué quería decir con todo eso de la ropa interior. Todavía lo estaba viendo firmar la cuenta; garabatear su nombre sobre una cifra monstruosa y luego invitarme a pasear por la playa. «Vamos», me había dicho, y yo lo estaba siguiendo a lo largo del malecón oscuro, sin entender muy bien todo eso de la ropa interior. Pero Jimmy insistía, volvía a preguntarme qué calzoncillos usaba yo, y añadía que los suyos eran así y asá, hasta que nos sentamos en esas escaleras que daban a la arena y al mar. Las olas reventaban muy cerca y Jimmy estaba ahora hablando de órganos genitales, órganos genitales masculinos solamente, y yo, sentado a su lado, escuchándolo sin saber qué responder, tratando de ver las rayas y los tiburones de que hablaba mi padre, y de pronto corriendo hacia ellos porque Jimmy acababa de ponerme una mano sobre la pierna, «¿cómo la tienes, Manolo?», y salí disparado.

Estoy viendo a Jimmy alejarse tranquilamente; regresar hacia la luz del comedor y desaparecer al cabo de unos instantes. Desde el borde del mar, con los pies húmedos, miraba hacia el hotel lleno de luces y hacia la hilera de «bungalows», entre los cuales estaba el mío. Pensé en regresar corriendo, pero luego me convencí de que era una tontería, de que ya nada pasaría esa noche. Lo terrible sería que Jimmy continuara por allí, al día siguiente, pero por el momento, nada; sólo volver y acostarme.

Me acercaba al «bungalow» y escuché una carcajada extraña. Mi padre estaba con alguien. Un hombre inmenso y rubio zamaqueaba el brazo de mi padre, lo felicitaba, le decía algo de eficiencia, y ¡zas! le dió el palmazo en el hombro. «Buenas noches, Juanito», le dijo. «Buenas noches, don Jaime», y en ese instante me vio.

—Mírelo; ahí está. ¿Dónde está Jimmy, Manolo?

—Se fue hace un rato, papá.

—Saluda al padre de Jimmy.

—¿Cómo estás muchacho? O sea que Jimmy se fue hace rato; bueno, ya aparecerá. Estaba felicitando a tu padre; ojalá tú salgas a él. Le he acompañado hasta su «bungalow».

—Don Jaime es muy amable.

—Bueno, Juanito, buenas noches. —Y se marchó, inmenso.

Cerramos la puerta del «bungalow» detrás nuestro. Los dos habíamos bebido, él más que yo, y estábamos listos para la cama. Ahí estaba todavía mi ropa de baño, y mi padre me dijo que mañana por la mañana podría bañarme. Luego me preguntó que si había pasado un buen día, que si Jimmy era mi amigo en el colegio, y que si mañana lo iba a ver; y yo a todo: «Sí, papá, sí, papá», hasta que apagó la luz y se metió en la cama, mientras yo, ya acostado, buscaba

un dolor de estómago para quedarme en cama mañana, y pensé que ya se había dormido. Pero no. Mi padre me dijo, en la oscuridad, que el nombre de la compañía había quedado muy bien, que él había hecho un buen trabajo, estaba contento con mi padre. Más tarde volvió a hablarme; me dijo que don Jaime había estado muy amable en acompañarlo hasta la puerta del «bungalow» y que era todo un Señor. Y como dos horas más tarde, me preguntó: «Manolo, ¿qué quiere decir ‘bungalow’ en castellano?».

The following information is provided for your information only. It is not intended to be used as a substitute for professional advice. The information is provided for your information only. It is not intended to be used as a substitute for professional advice. The information is provided for your information only. It is not intended to be used as a substitute for professional advice.

CÉSAR VEGA HERRERA

(Arequipa, 1939)

EL CABALLERO DE LA PAMPA

En esos días no habían carros por estos lugares que todos decían lejanos. Peor que antes la sequía llegó a botarnos como si nos odiara y estuviese cansada no sólo de nosotros sino de ella misma que tanto daño hacía. Los pobres animalitos, puro hueso y pellejo, escarbaban el suelo quebrado, sacando a veces enredadas en sus dientes secos algunas raíces muertas. Y el frío se metía hasta el alma haciéndonos tragar, a empujones, nuestro abandono.

Caíamos viendo morir a las guaguas, rodeados nada más por el silencio, la inmensidad de los cielos. Dolía la tierra. En las noches, cuando el viento sale a corretear igual que loco entristecido, clarito escuchábamos los cantos de nuestros muertos. Nada se podía hacer, con las justas vivir.

Por eso empezamos a rebuscar en los recuerdos algún remedio que acaso podríamos encontrar. Y se vino a nuestra memoria el Gregorio Quispe. Años atrás se había ido a la costa, a trabajar. Y un día apareció.

—¿Cómo pues has hecho para regresar?

—Un carro me ha traído —respondió—. En Huancari mi patrón me ha dejado diciendo: mira cholo, corre a visitar a tus paisanos y mañana te vienes a esperarnos.

El Gregorio Quispe recogía algodón unos meses, después trabajaba de peón en las haciendas.

—Cuando no tengo nada que hacer alguien me da un cachuelito — sonreía.

Entonces decidimos ir a la costa, a trabajar en las haciendas. Para llegar más rápido porque ya no teníamos ni dónde caernos muertos, partimos esa misma mañana por el camino de herradura. Entrando al segundo día nos dimos cuenta de que nos habíamos perdido. Cansados y hambrientos, miramos a todo lado buscando un lugar donde sentarnos siquiera. Ni pájaros ni serpientes. Polvo, soledad. De repente se ennegreció el tiempo. ¿Algo irá a pasar, no? Estábamos diciendo, y en ese preciso instante apareció un caballero montado a caballo, con sus bridas y sus espuelas de plata.

—¿No saben que andar vagando por la pampa es peligroso?

—Pensamos encontrar un carro que nos lleve a la costa —decimos—.

Queremos trabajar.

El caballero mueve la cabeza.

—Taititas, taititas, qué carro ni carro, por acá jamás pasan carros. Mejor quédense. Yo los invito pues.

Y nos señala en la oscuridad algo que sólo él puede ver.

—A la vuelta del cerro hay una cueva.

Luego que llegamos a ese agujero de boca dientuda, siempre alumbrado por la luz del caballero blanco, nos dice desde arriba del caballo.

—Aquí pasarán la noche. Échense nomás.

Nosotros le agradecíamos bajando la cabeza, sin atrevernos a mirar sus grandes ojos zarcos. Este caballero no puede ser malo, pensábamos, ¿o será peor?

—¿Tienen hambre, verdad?

—Por eso lloran las guaguas pues, patroncito —respondemos—. Pero no tenemos con qué pagar.

Entonces el caballero sonrió enseñando sus dientes de oro.

—¿Sería bueno de a de veras? ¿Así con esa mirada?

—No se preocupen taitas. Yo soy comerciante rico. Cuando estaba separando mis ganados se fracturó las patas un torillo, de un año. ¿Ustedes quieren degollarlo?

—¡Un torillo! ¡Un torillo!

Alargamos las manos contentos, de rodillas, sin ninguna duda.

—Bueno taitas, esperen un rato que ya lo traigo.

Y se va desapareciendo en la noche. Pero no bien hemos esperado alegres de nuestra suerte, cuando el ganadero ya está de vuelta, arrastrando al animal.

—Comerán bien y de sobra tendrán para el viaje. Ahora me voy. Tengo mucho que hacer.

Sin esperar que le demos las gracias otra vez desaparece como apareció sin ruido. Pero el hambre nos apuraba. Saltamos, bailamos alrededor del torillo

que a ratos parecía una piedra perdida en la oscuridad. Empezamos el trabajo de carnicería, tanteando, apenas con la luz de los ojos. Qué bueno estaba el degollado.

Cuando acabamos y las guaguas dormían con sus barrigas llenas, empezamos a repartirnos la carcasa para que cada uno llevara en su atado como provisión para el camino.

—¿Estará lejos la costa? —nos preguntábamos.

Al rato, con todo preparado, nos acomodamos para dormir lo que quedaba de la noche, y en eso nos dimos cuenta que en la espesura de un rincón había quedado la cabeza del degollado.

—Hay que meterla en el fogón —dijimos bostezando—. Que se vaya asando mientras descansamos pues.

Apenas se podía tener los ojos abiertos. Harto habíamos comido. Temblaban las piernas. El cuerpo era cada vez más pesante. Nos tumbamos muertos de sueño.

Al despertar yo vi antes que todos. El sol fuerte enceguecía la cueva bañándola desde afuera. Mi boca estaba amarga. Temí no sé qué. Fui levantándome con cuidado. Miré el fogón, entre las brasas alcancé a ver que la cabeza del degollado me observaba con la lengua y los dientes sobresalidos. ¿Eso podía ser verdad? Me acerqué gateando, pujando, arrastrando la panza repleta. Lancé un grito. Era una cabeza humana. Y al mismo tiempo todos se levantaron despertando de la misma pesadilla y al encontrarse con esa cara muerta que miraba con los ojos vivos, corrieron a buscar la carcasa en sus bultos y sólo encontraron restos humanos.

Corriendo salimos, jalando a las guaguas, rodando por la ladera, esparcidos como ratones espantados.

Y después, más adelante, aumentando ese mal recuerdo a nuestra experiencia, cavando en nuestras vidas, en el polvo de nuestros antiguos muertos, supimos que el diablo nos hizo comer un cadáver abandonado, que seguramente se adentró en el alma del Gregorio Quispe cuando vino de tan lejos a decirnos lo que nos dijo.

Ahora hay que seguir por otros caminos por donde sólo pasa el viento. Nadie quiere detenerse, cuanto más lejos de la pampa mejor será. Pero la pampa parece no acabar nunca. Y no hay más remedio que llegar a la costa.

—¿Encontraremos trabajo en una hacienda?

Seguimos caminando, como almas en pena pues.

... (faint text) ...

GUILLERMO THORNDIKE

(Lima, 1940)

LA INOLVIDABLE FIESTA DEL MILLONARIO DE ÑOPLA

Ñopla no es ciudad, tampoco un balneario inolvidable, ni siquiera un barrio. Cerca de Lima, es un desvío, una pista que termina abruptamente contra un cerro de roca viva, cuyos filos han sido dinamitados o sembrados con flores y cactus. El progreso ha atiborrado la casa de cemento, añadiendo gris al gris pardo de los áridos cerros sobre los que se acuestan las casas más antiguas. Nadie vive en Ñopla durante el invierno, salvo dos o tres guardianes y su familia. La verdad es que Ñopla no necesita bodegas, restaurantes o capilla. Parásito superior, vive de Sucupana, pueblo de pescadores del que se ha desprendido Ñopla como disgustada de sus muchedumbres domingueras, sus fiestas chocarreras, su promiscuidad con el populacho. Porque a Ñopla no le gustan los intrusos y por eso una cadena, letreros de propiedad privada y prohibido el ingreso, custodian sus puertas. Hay nada más que una pista para entrar a Ñopla, no por razones estratégicas sino porque el lugar sólo tiene una calle de ancho.

Treinta y tres familias lo habitan en verano. Todos se conocen, todos se frecuentan, todos se agrupan en un club náutico y en una asociación de propietarios. Tan juntas las casas, tan poderosas allí las virtudes, tan diáfanas las ventanas obligan a los cónyuges a disputar en voz bajita y a nunca cometer un exceso o un error social.

Más o menos ricos, más o menos iguales, los veraniegos vecinos de Ñopla adquirieron singularísima importancia una época que el presidente de la repú-

blica eligió esa playa para reposar los domingos. Durante dos años, allí también se asolearon los muchachos de Seguridad del Estado que cuidaban al primer magistrado de la Nación. Quienes pretendían arrimarse a la intimidad presidencial, debían forzosamente hacerse invitar por algunos de los bienaventurados vecinos de Ñopla. Sólo así era posible tropezar con el jefe del gobierno escuchar sus conferencias sobre el desarrollo mientras paseaba por el malecón. Un día no volvieron más ni el presidente ni los policías. Y malas épocas arruinaron a un feliz vecino que, sin consultar la operación con los demás miembros de la asociación de propietarios, como era costumbre aunque no obligación, vendió su casa al contado y a buen precio a un desconocido señor Chávez. Ni la simpatía del vendedor o la particular desgracia de haberse arruinado y estar en el penoso trance de ir una temporada a la cárcel, conmovieron a sus antiguos vecinos. El código no había sido respetado. Por primera vez en la historia de Ñopla, llegaba una familia de intrusos a compartir la intimidad de sus veranos.

El señor Chávez era más bien mestizo, chillonamente vestido a la moda de Miami. Llegó a Ñopla a bordo de un Pontiac último modelo, que hizo envejecer al vecindario. Conducía un chofer guardaespaldas atento al más leve de sus gestos. La señora Chávez llegó dos horas después, en una Mercedes Benz guiado por otro chofer. Sin preocuparse por el boicot social dispuesto por Ñopla, que pretendían que “el hielo aburriera a los intrusos y los forzara a mudarse”, la familia Chávez disfrutaba opulentamente del sol. Por indiscreción de los niños Chávez, revejidos pero bien alimentados, se supo que el señor Chávez tenía un negocio hotelero en el Caribe. Pronto todos tuvieron la certeza: era el hombre más rico de Ñopla. Una curiosidad empezó a resquebrajar la unidad del boicot. ¿Chávez? ¿Chávez qué? ¿De dónde ha salido este Chávez millonario? Acaso sea uno de esos desconocidos magnates que especulan alimentos en La Parada. Porque en política no se ha hecho rico: Chávez era un perfecto desconocido. ¡Ah, si al menos hubiese sido diputado de provincia o gamonal! La verdad, era un tipo correcto, un poco huachafo pero ya que no parecía dispuesto a mudarse, acaso fuese preferible invitarlo a la asociación. El respetado notario doctor Alfajora Talvés meneó la cabeza. Primero Chávez y después qué. ¿Acaso querían que Ñopla empezara a malearse? ¿Con quién diablos iban a veranear nuestras esposas, nuestras hijas? ¿Y si se introducían las malas costumbres? Porque vaya uno a saber cómo habrán sido educados esos niños Chávez, en qué colegio, caramba. Realmente, ¿quién respondía de la honorabilidad del señor Chávez? Tiene veinte millones en su cuenta corriente informó una voz autorizada, cualquier banco puede garantizar que es un caballero correctísimo.

Un sábado por la noche, el propio doctor Alfajora Talvés invitó a Chávez a conocer el Club Náutico. Aceptó encantado. Allí los de Ñopla bebían whisky regular a cuarenta soles la ración. Chávez brindó con un amigo el notario, preguntó si a su vez lo podía convidar. La curiosidad había vencido la consigna de no hablar con el intruso y ya que el inflexible doctor Alfajora había roto el boicot, los socios se atrevían a conversarle. Chávez salió a la puerta y pidió a su chofer que trajera whisky. ¿Una? Sí, una. No una botella sino una caja de Chivas aplastó a quienes lo habían ninguneado tenazmente. Amigo Chávez, hermano Chávez, Ñopla se le rindió borrachosamente por una noche.

Una culpa se le empozó a los propietarios además de la resaca a la mañana siguiente. El Chivas los había vuelto en exceso cariñosos, algunos llegaron a proponerle negocios. Quienes recordaban haber mostrado el fustán de la codicia, juraron sobre el alkaseltzer matutino nunca más prestar atención al advenedizo Chávez. Temían tal vez que aquella fraterna borrachera a cuenta de Chávez, pudiese animarlo a penetrar en intimidades socialmente superiores. Sin necesidad de que el doctor Alfajora la orquestara, una hostilidad se atrincheró en Ñopla contra el recién llegado. Pero el señor Chávez no se movió el domingo de su casa con playita particular. Risas y un ajeteo de vasos indicaron que se divertía en familia.

Como constataron los escarbadores de basuras que contabilizaron botellas, los Chávez bebían vino del francés. El pequeño y misterioso magnate de Ñopla simpatizó por cierto con el notario Alfajora Talvés, primero de los ñopleños que le dedicó una atención, aunque a sus espaldas fuese su feroz detractor. Sabían los demás que había conversado a solas con Chávez casi media hora de modo que, al salir de misa en Sucupana, rodearon al letrado para conocer sus impresiones. Dice que tiene hoteles en la zona del Caribe y dos en Miami, explicó el notario agregando con tono confidencial: puede conseguir todos los dólares que uno quiera. Un estremecimiento recorrió a las señoras, qué maravilla, con razón la huachafa de la Chávez vestía sólo con ropa importada. Sí, hija, y huele a perfume de Patou, já, y con lo mal que le queda. Pero Ñopla siguió de espaldas a Chávez hasta la noche de la fiesta. Aunque realmente no había recibido ninguna invitación de sus vecinos, al llegar marzo el señor Chávez anunció que ofrecía un baile en su casa para agradecer atenciones e invitó a las 33 familias. Nadie dijo que sí o que no. Sería una huachafería, se anticipaban las señoras, qué ganas de ir. La verdad es que Chávez sólo invita trago del bueno, comentó el doctor Alfajora, yo pienso aceptar. Al atardecer llegaron las camionetas del Country Club de Lima. Desde las indiscretas terrazas de Ñopla se vio pasar los jamones dulces, auténticas langostas, pavos tan succulentos que al decir de un testigo con tumultuosos ojos gástricos, no se sabía si comérselos

o violarlos. Además de milhojas y de la mousse, llegó la mejor orquesta de Lima. A las nueve de la noche todos los ñopleños y sus esposas tocaron la puerta de los Chávez. Aquella fue una fiesta memorable en Ñopla. A dos mil soles la botella de Chivas, no se acostumbraba a despilfarrar whisky en una fiesta. Pero las calladas riquezas del señor Chávez parecían no tener fondo. Al ritmo del tracatrán los señores se whisquearon generosamente y bailaron a plenitud frente a un mar que les pertenecía y que reflejaba el lucerío de Sucupana. A la medianoche el señor Chávez, que dividía su tiempo entre la planta alta y la terraza adornada con farolitos y luces de colores, pidió su atención, mis queridos amigos, beberían un poco de champaña, la verdad, tenía que confesarlo: era su cumpleaños y lo había querido festejar con tan buenos amigos, caray, era muy feliz en Ñopla. Salud hermano, salud, salud. Se turnaron para abrazar al anfitrión.

Otra vez se arrancó la orquesta. La señora Chávez rumbeaba con expertas caderas, tracatrán, tracatrán, tenía cuarenta años, caray era una chola apetitosa, el doctor Alfajora bailó cuatro veces con ella, le decía mi querida Violetita, ay, la rumba del tracatrán qué bien baila usted querida Violetita. A las dos, el señor Chávez se acercó al notario, venga conmigo doctor, quería presentarle a unos amigos. Lo llevó escaleras arriba, a una alfombrada biblioteca donde a otro ritmo y en la penumbra se divertía un grupo de desconocidos. El doctor Alfajora Talvés, anunció el señor Chávez, y los caballeros se incorporaron para estrecharle la diestra. Todos eran de la policía, incluyendo el todopoderoso jefe de los servicios secretos. Ingurgitaron dos rondas de whisky como para irse a dormir y, tras conversar banalidades, el notario se tambaleó de vuelta a la terraza, caramba. Chávez tenía extrañas influencias. Sólo al amanecer descansó la orquesta y los exhaustos propietarios se marcharon exitados pero exhaustos.

Tres días después desapareció el señor Chávez y al anochecer volvió de Lima desenchajado y sudoroso el doctor Alfajora. No se detuvo hasta el Club Náutico. ¡Chávez! La furia le atascaba las palabras. ¡Aquí está Chávez! Las miradas viajaron hasta un agitado periódico de la tarde que el notario blandía entre consternado y rabioso. ¿Saben quien es Chávez? ¡Un alcahuete! Lo han metido preso por intento de soborno al Ministro del Interior. ¿Y su mujer? Oh, qué desgracia se abatía sobre Ñopla, la mujer era propietaria de varios prostíbulos en todo el país. Claro, Chávez chorreaba dinero y así cualquiera: alquilaba cuartos a doscientos soles la hora para citas de amor clandestino y no sólo en el Perú, escuchen lo que dice el diario: Se presume que Chávez tenga conexiones con una mafia de tratantes de blancas en toda la zona del Caribe. ¡Hoteles, puaj! Disputaron el diario: ahí estaba el vecino de Ñopla, con un número cruzado en el pecho y una bonachona sonrisa.

¿Te das cuenta? hemos estado caray en su casa, a nosotros los honrados nos ha agasajado. Y nuestras esposas han bailado en su fiesta y se han fotografiado con él y también con ésa, esa perdida de su mujer. ¡Es verdad! livideció Alfajora Talvés, en la fiesta hubo un fotógrafo. Se recordó mambeando con la anfitriona y el flash que los perseguía, se le aflojaron las piernas.

No se dejen dominar por el pánico, aconsejó un anciano que había sido político. A Chávez lo juzgarán y aquí nadie tiene que ver con el proceso. En lo que a mí respecta, nunca he cambiado palabra con ese Chávez.

Así es. Nunca.

Al año siguiente, el señor Chávez y su encantadora señora gozaban de libertad incondicional. Habían pagado una multa de un millón. Al comenzar el verano viajaron a su casa de playa en Ñopla. Ni uno solo de sus amigos, ni siquiera el doctor Alfajora Talvés, los saludó. En efecto, nadie lo conocía.

De *El revés de morir*, Lima, Mosca Azul Edts. 1978.

... (b) ... (c) ... (d) ... (e) ... (f) ... (g) ... (h) ... (i) ... (j) ... (k) ... (l) ... (m) ... (n) ... (o) ... (p) ... (q) ... (r) ... (s) ... (t) ... (u) ... (v) ... (w) ... (x) ... (y) ... (z) ...

... (b) ... (c) ... (d) ... (e) ... (f) ... (g) ... (h) ... (i) ... (j) ... (k) ... (l) ... (m) ... (n) ... (o) ... (p) ... (q) ... (r) ... (s) ... (t) ... (u) ... (v) ... (w) ... (x) ... (y) ... (z) ...

... (b) ... (c) ... (d) ... (e) ... (f) ... (g) ... (h) ... (i) ... (j) ... (k) ... (l) ... (m) ... (n) ... (o) ... (p) ... (q) ... (r) ... (s) ... (t) ... (u) ... (v) ... (w) ... (x) ... (y) ... (z) ...

... (b) ... (c) ... (d) ... (e) ... (f) ... (g) ... (h) ... (i) ... (j) ... (k) ... (l) ... (m) ... (n) ... (o) ... (p) ... (q) ... (r) ... (s) ... (t) ... (u) ... (v) ... (w) ... (x) ... (y) ... (z) ...

CÉSAR CALVO

(Iquitos, 1940)

LAS TRES MITADES DE INO MOXO

12

la mejor fórmula de
reducir cabezas

—Muchas, muchas mentiras se han dicho y se dice de los tzipíbo, de los ashanínka, de todas nuestras naciones. Que los amawaka cocinan y comen cristianos. Que los machigiüengas matan a sus hijos cuando nacen mellizos. Que la esposa de un shapra es a la vez la esposa de todos los shapra. Que los cashibo despedazan de a pocos a sus prisioneros en horribles fiestas que duran semanas. Que los brujos aguaruna son ahijados del daño: se convierten en víboras o tigres para exterminar caucheros, petroleros, soldados. Y más calumnias cuentan de los bora, de los kulina, de los piro, de los witoto. Que los jíbaro, entre otras atrocidades, reducen cabezas de humanos sin por qué ni para qué, por placer de salvajes, peores que los peores animales feroces...

Félix Insapillo, hablando, ha crecido a la sombra de la luna:

—Casi siempre, quienes así andan llenando orejas con sus falsedades, si es que no hablan por buscar ganancias, por ignorancia es que hablan. Por impotencia mienten, por despecho, ya que nuestras naciones nunca se sometieron a la nación virakocha ni a la religión virakocha ni a sus costumbres de falsedad, ambición y saqueo. Son ellos, descendientes de los extranjeros que no supieron vivir para la vida, que sólo existieron para el oro más bajo, ese sirviente de la carne, ellos, herederos del robo, del tráfico de esclavos, de fortunas como casas

sin sentimiento, tristes, levantadas no sobre el suelo sino sobre los huesos de millares de humanos, son ellos y no los jíbaro los legítimos bárbaros...

Félix Insapillo entra y sale prontamente del fondo de un silencio pequeño y arredila con más fuerza sus palabras dentro de la atención de César:

—Dime tú, ¿no es cierto que los virakocha de hace poco tiempo construyeron hornos para quemar humanos, asesinaron a millones, niños, mujeres, varones, ancianos, sin misericordia, millones, de los modos más atroces, en duchas que echaban veneno en vez de agua, hace poquitos años, ayercito nomás? ¿No es cierto que eso pasó ante la falsa ceguera, ante el consentimiento de los jueces, de las autoridades, de los sacerdotes virakocha, cómplices, peores todavía que los mismos asesinos? Dime tú. ¿Y son ellos los civilizados mientras que nuestros jíbaro son bárbaros?...

El penúltimo sol ingresa deshilado, a duras penas, por entre el alto rededor que trenza la copa de la lupuna y los ramajes de los árboles que circundan el claro, encendiendo de rojo, de naranja, de reverberos imposibles, trazos de oscura espátula, las caras de Iván y César, el retrato del niño amawaka reclinado entre las aletas del gigantesco árbol. Félix Insapillo alza los ojos a la luz y recupera su calma:

—Yo he vivido con los jíbaro, yo he visto. Es cierto que reducen cabezas pero sólo cabezas de enemigos caídos frente a frente y en combate legal. Un guerrero jíbaro tiene derecho únicamente a reducir la cabeza del contendor que él mismo ha dado muerte peleando, que él supo vencer de igual a igual enfrentándolo sin ventaja ni emboscada, previo anuncio de guerra y con armas idénticas. Y no todos los enemigos muertos en esas refriegas, yo he presenciado varias, no todos se hacen dignos de ser decapitados y reducidos. Los más valerosos, los más fuertes y ágiles y llenos de virtudes son los elegidos, sólo ellos consiguen la aprobación del hechicero jíbaro, soy testigo, los he visto reducir cabezas desde su comiencito hasta su final, pasando por varias ceremonias. No es cuestión así nomás, corriente. Es todo un acto religioso, sagrado, de mucho respeto, de bastante peligro para quien lo efectúa...

—Parte de un culto mágico —sugiero yo, más como una pregunta que como un agregado, es inútil, Félix Insapillo ni siquiera me ignora:

—Para ellos es acto sagrado reducir cabezas, sus trofeos de guerra, la última parte de un proceso ritual que comienza mucho antes del combate. Los jíbaros no solamente arriesgan su vida combatiendo, la arriesgan dos lunas antes y una luna después de la contienda, la arriesgan preparándose, protegiéndose de los maleficios del curaca adversario, la arriesgan durante varios días en la pelea sincera, la arriesgan capturando las cabezas bajo un vendaval de flechas, dardos envenenados, hechizos infalibles, lanzas icaradas y gritos de batalla. Y

no apenas arriesgan su vida varias veces: en cada vez arriesgan varias vidas. Porque cuando se enfrentan dos naciones de selva, más que los combatientes, que pueden verse con los ojos y eludirse o imponer su valor o su destreza, más que ellos combaten sus brujos y las ánimas cómplices de los brujos, y lo hacen desde lejos, desde el aire que está lejos y cerca. Desde dos aires irreconciliables se abalanzan los brujos con todos sus poderes, sabiendo —como saben— que en cada hombre muerto morirá más de un hombre, el ánimo de ese hombre será robada por el brujo contrario y el cuerpo de esa ánima jamás descansará, la misma muerte le será negada, el descanso de la muerte, no podrá visitar ninguna de las existencias pasadas o futuras, ninguna de las casas de las muertes que viven en el aire. Al existir de ese hombre, habitado por tantos diversos existires, a su mundo que a la vez es todos los mundos invisibles que cohabitan en el mundo visible, le serán extirpados los recuerdos mejores, las potencias mejores, la posibilidad de ocupar otra vida, de proseguir y perpetuarse en algo, un árbol solitario, una piedrita, un pájaro, el volar de cualquier pájaro. Y le será vedado también todo retorno, no existirá ni en niño ni en vientre de mujer ni en el deseo del primer haber, del primer ser, del primer haber sido. Ese hombre, ya viudo de sí mismo, robado de su ánimo, no podrá ser ni lo que habrá de ser...

Félix Insapillo entreabre una pausa que Iván y yo aprovechamos para sentarnos junto al niño amawaka, al amparo blancuzco de la lupuna. Creo advertir otra cara hospedada en las facciones de Insapillo, como si alguien que no fuera él, pero que sí, estuviera fluyendo desde su boca. Tal si solamente César Calvo se hallara presente, nuestro primer guía, degradado a cuentista, recobra sus maneras de madera, aquel chirriar de siempre en su garganta y prosigue sin notarnos:

—Más peligros enfrentan en ese momento, al reducir las cabezas. Ahí es cuando más ataca el brujo de los vencidos, ahí es cuando más buscan desquitarse las grandes ánimas que protegen a las pequeñas ánimas de esos decapitados. Cada guerrero jíbaro pone su trofeo boca arriba y se arrodilla en el suelo ante la cabeza capturada y la presiona con ambas manos, fuertemente, hacia abajo. Guerreros y cabezas forman un semicírculo de silencios, de sombras que el brujo jíbaro recorre a saltos imprevistos mascando tabaco y soplando su jugo dentro de las narices de los hombres. De uno en uno, con jugo de tabaco y canturreos de ícaro, los inmuniza y los vuelve impenetrables a los daños del brujo adverso que a esa misma hora, con toda seguridad, estará *ejerciendo* y enviando sus poderes para impedir la reducción, para impedir que los jíbaro al reducir las cabezas secuestren el alma y las virtudes de los degollados. Una vez reducida la cabeza, separada para siempre del cuerpo, el espíritu que vivía en

ella se condena también a no juntarse nunca con el espíritu que vivía en el cuerpo. Ya su cabeza no será enterrada, aunque lejos del cuerpo pero en la misma tierra que podría reunirlos. Si el brujo contrario logra impedir la reducción y las cabezas son sepultadas con todo su tamaño, cada una de ellas avanzará inexorablemente bajo la tierra hasta encontrar su cuerpo y soldarse de nuevo a él. Pero si el brujo enemigo fracasa y las cabezas son reducidas, los jíbaro se apoderan de lo mejor del ánimo de esos cuerpos que dejaron allá en el sitio de la batalla, y se apoderan asimismo de lo mejor del ánimo de las cabezas que trajeron en triunfo a su nación.

Y solamente ahora, Félix Insapillo, pero con ojos alejados, mirándome:

—Para reducir las lo primero que hacen es separarlas del cráneo, dejarlas pura piel, puro cabello y carne, ningún hueso. Cada guerrero coge su trofeo y le hace un corte desde la coronilla hacia atrás, recto, hasta donde era la nuca, con un cuchillo de palo sangre o de hueso pero de hueso muy viejo, de esos que ya se han convertido en piedra...

—Y Kaametz descubrió dentro de sí un temor grande, comprendió lo cerquita de la muerte. Y sin pensarlo ni proponerse nada arrancó un hueso de su cuerpo y empuñándolo así como puñal recién afilado, le sajó la garganta al otorongo —me dice Don Javier. Y aquí, bien que me acuerdo, mi compadre Inganíteri detuvo su relato y cerró los ojos y se quedó en silencio, inmóvil, escuchando no sé, algo venía de lo hondo del monte, desde los riachuelos que sonaban próximos juntándose a las aguas del Unine.

—Y varios cortes más hacen los jíbaro, precisos, a la altura de la nariz, de los ojos, de la boca, para ayudarlos a salir, y entonces van arrancando despacito, despacito, piel y músculos, hasta dejar pelado, limpio, el cráneo. Feo es el humano así, sin cara, puro hueso, sangrando. Únicamente le dejan los ojos, para qué, y la lengua también, dentro del cráneo, para qué ya, te estarás preguntando...

—Seguro que Inganíteri cerró su ojo para no contarme más, para eso. Con su ojo cerrado estaba lo mismo que no hablando. Acaso algo difícil, peligroso, prohibido de contarse, ha de haber siempre en las historias viejas, me dice Don Javier.

—Entonces el jíbaro cose el tajo de atrás, todos los cortes que fueron necesarios, cose las cavidades de los ojos, los párpados vacíos, igual cose los labios, todo menos el forado del cuello. Los ojos son fuertemente cosidos para que nada de lo que vio ese muerto pueda escapar, filtrarse hacia el aire, volver desde el aire a la naturaleza. Para que todo lo que guardó en sus ojos, a lo largo de sus existencias, pueda ser trasladado y depositado dentro de los ojos de su matador. Y los labios, muy en especial, son recosidos, clausurados con más miedo que cólera, para que ninguna palabra salga, ni un aliento siquiera. Los

jíbaro saben que el aliento de las palabras, que pone en movimiento potencias, dice Don Hildebrando, el aliento de las palabras es lo único invencible ante cualquier conjuro, lo único que conseguiría liberar al ánima-de-la-cabeza y reunirla con el ánima-de-su-cuerpo. Así cerrados, malamente cosidos los labios, sucederá lo contrario: el silencio de la cabeza atraerá al ánima del cuerpo lejano, la juntará con esa su otra ánima que le fue cercenada, pero su juntamiento se realizará en pequeño, quiero decir que el cuerpo le vendrá reducido a la cabeza, por su orden misma, y se le unirá así, en equilibrio. Solamente entonces todo está ya controlado por el brujo jíbaro, no habrá palabra que desate ninguna fuerza contra él desde el aire. La única boca que permiten es la boca sin lengua, sin idioma, del cuello. Así, brutalmente atravesados labios y párpados por espigas de wikungu, sumergen las cabezas en enormes ollas de arcilla llenas de agua de río que colocan al fuego. Las cabezas deben ser retiradas en un instante mínimo, exactamente cuando el agua parece que va a hervir pero no hierve, miente. Si alguno se distrae y el agua hierve, la cabeza se malogra, no resulta, se le caen las pestañas y el cabello y las cejas, y la carne se afloja, ya no sirve. La última vez que los vi hacerlo, una sola cabeza se dañó, todas las otras fueron extraídas en su tiempo. Recuerdo que la cabeza malograda era bien parecida a esa lámina de los libros de historia, ídem a la del inka Wáskar, ese cráneo donde su propio hermano, el traidor Atawallpa bebió la chicha de la victoria, como si fuera un Qero, equivocándose... Los jíbaro, entonces, por la boca del cuello introducen puñados de arena bien caliente, hacen que la arena sustituya la forma del cráneo que se fue. Con piedras planas y más calientes planchan y planchan la cara del trofeo, varias veces cambian la arena de su adentro y recalientan las piedras con las cuales van dando forma al rostro, recordando las facciones del finado y repitiéndolas poco a poco lo mismo que escultores. Con el calor de la arena y de las piedras la carne va sudando, soltando grasa y agua por los poros que crecen, y la cabeza disminuye, disminuye, llega a ser menos que un puño cerrado, ajustadita y fruncida pero idéntica a como era cuando la cortaron. Horas de horas está así el jíbaro modelando en pequeño la cara de su enemigo. Al concluir su obra ya ésta no guarda para él la más mínima importancia, ya le ha sacado el ánima, ya le ha expropiado sus virtudes, ya el ánima-de-la-cabeza no podrá nunca juntarse con el ánima-del-cuerpo. La cabeza sin alma y sin tamaño no es nada ya para el jíbaro... Eso es lo que recuerdo de la primera vez que me obsequió ayawaskha mi padrino. Eso fue lo que vi.

—Mi padre sabía reducir cabezas, dice Iván Calvo. Más de una vez lo hizo en las selvas del río Napo, entre los jíbaro del Ecuador. Allí aprendió, vivió y me contó en detalles. Las ollas que tú has dicho, Insapillo, son ollas especiales,

nadie más que el brujo puede tocarlas, ni siquiera mirarlas. El brujo las recubre por dentro con hojas anchas que únicamente él sabe y así las conduce al sitio de la ceremonia, de una en una cargándolas él mismo, caminando prácticamente entre ciegos. Y el brujo ha curado antes a las ollas, ha ayunado bastante tiempo cargándolas de poderes que ni él mismo puede controlar totalmente en su término. Lo mismo pasa con el agua de las ollas: el brujo la prepara con hierbas y raíces que no debe revelar. Por último, eso que has dicho de que las cabezas una vez reducidas ya no tienen valor, es verdadero y es falso. Cada jíbaro se esmera en cortar la cabellera de la cabecita y la guarda como el tesoro más preciado ya que los demás miden el coraje del varón según el número de cabelleras que ostenta atadas a su cintura en las ceremonias, las guerras o las fiestas...

Ido el atardecer, Félix Insapillo e Iván Calvo seguían discutiendo, esta vez acerca de los hábitos alimenticios de los grandes vampiros del Marañón. Ellos dos por hablar, yo por escucharlos, ni nos percatamos de la ausencia del pequeño amawaka, del enviado que ahora, con alivio, veo que ya regresa, y en la más incitante compañía, considerando el hambre que me tortura, vuelve arrastrando un lagarto blanco y tierno, sumamente tierno, de menos de dos metros, que desollamos y asamos y paladeamos sin conseguir creerlo, se trata sin duda de la carne más sabrosa que he comido en mi vida. Y luego, para colmo de fortuna, por primera vez desde que salimos de Atalaya no precisamos dormir atrincherados en los mosquiteros. La noche llega fresca, viento recién lavado, ahuyentando insectos, temores, alimañas, y trayéndonos ruidos olorosos y amables, idiomas y aleteos de animales pacíficos, músicas y pisadas, sólo recuerdos buenos.

Sentado sobre la tierra limpia, recostado en un tronco que huele a menta, a garúa, a cuaderno estrenado y a lápiz-borrador de la niñez, respiro altas confianzas. Enciendo un cigarrillo, justamente el último, con la última cerilla que me queda. La lumbré del fósforo, más que develar, me obsequia un paisaje inconcebiblemente hermoso, hermoso con maldad, esa cruel inocencia con que se nos entregan ciertos sueños, y hasta ciertos amores, sabiendo bien que son irrepetibles. Y sin embargo miro, detrás de la luz del fósforo que está a punto de quemarme los dedos, miro y miro la selva, la noche de la selva, como si se tratara de la primera, como si fuera la única noche de toda mi existencia.

—¿Qué te sucede?... Los ojos se te han aborregado, dice sonriendo, escrutándome, César. Yo arrojó la cerilla y la escucho caer en la sombra, allá, dentro del paisaje que sigue estando aquí, por y para nosotros aunque ya no podamos verlo. Consigo ver en cambio la voz de César que insiste y alegría a la negrura:

El presente artículo tiene como objetivo principal describir el uso de la metodología de la encuesta en el campo de la investigación científica, así como también, describir los tipos de encuestas que se utilizan en el campo de la investigación científica.

—Ese es el verbo exacto: aborregado. Sí: los ojos se te habían aborregado, parecía que estaban llorando miel.

JULIO ORTEGA

(Casma, 1940)

EL MAR O LA MUERTE

La verdad es que nunca nadie me ha hablado sobre esto. Y si alguien me hubiera dicho “patrón, tengo miedo, tengo miedo al mar, tengo miedo a la muerte”, yo lo hubiera mirado, todos los hombres lo hubieran mirado, y el que eso dijera no tendría más remedio que largarse de la lancha, del oficio, y todos nos olvidaríamos de su nombre. Porque una cosa es tener miedo a la muerte y otra cosa es decirlo, poner una cara de miedo y decirlo. Esos que cuando se emborrachan cantan sus penas, son tipos de poca confianza; hay que estar preparados para el momento que soltarán la lengua, y en el medio del mar no se puede sino gustarles una broma...

Porque la verdad es que todos tenemos miedo. O más bien, todos sabemos que la mar nos puede tragar en cualquier momento, cuando le venga en gana. Aunque, para hablar claro, la mar es inocente de lo que pasa. Al menos yo, creo que la mar es inocente, y cuando uno se pierde o se hunde siempre hay algo que ha pasado. Alguien me explicó una vez que el mar cobra las culpas, y que si alguien se muere allí es porque se lo merecía. Que a nadie le pasa nada si no se lo merece. Eso puede ser cierto. Pero no es todo. Porque yo sé de gente que perdió todo porque sí.

Ésa es la verdad. Cuando uno ha salido varios años a la mar, aprende una cosa: no basta que uno sea vivo, no basta que uno domine su lancha... Cada noche pasa algo. Todas las noches ocurre algo distinto. Lo más que uno hace, cuando sabe, es estar tranquilo y gritar lo justo; hay que gritar las palabras jus-

tas. Es cuestión de suerte. De buena o mala suerte. Las cosas pasan como para dar miedo.

La verdad es que uno está desnudo. Uno no puede hacer nada cuando pasa lo que tiene que pasar. Yo sé que los hombres son valientes. No es que sean valientes porque hay que ser valientes. Sino que las cosas que pasan lo meten a uno en un plan de hacer cualquier locura, cosas terribles a veces. Es cuestión del momento. Cuando el motor de mi lancha se puso al rojo y los hombres salían disparados del miedo, me metí y paré la máquina. Y no es que yo sea un valiente, ni nada de eso. Había que hacer algo. Cuando la gente corre hay que hacer algo; alguien tiene que hacerlo. Yo también pude estar entre los que corrían y otro se hubiera metido al cuarto de máquinas; es así.

Tenemos que estar listos para lo peor, todos. Sin pensarlo, tenemos que estar listos. Si el boliche se atraca en la hélice, alguien tiene que desenredarlo, por mucho miedo que dé; porque el boliche no se puede perder, y hay que hacer algo. Cuando una lancha se para al medio del mar, la primera que pasa tiene que ayudar. Cuando la mía estaba por varar, esa vez se rompió el cabo, un "segundo" arrancó la suya y me la persiguió hasta cerca de la playa; estaba por perder su lancha pero me la alcanzó, saltó a bordo y despertó a la gente, volvió a saltar y se salvaron las dos. Así es.

Todo eso sucede en la mar. Sucede en la cara misma de la muerte. Por eso todos nos juntamos bien, reímos juntos; si uno no sabe de qué están riendo los otros, pregunta, porque necesita saber. Todos trabajamos igual; nadie se hace el cansado, todo el mundo rinde parejo; porque si alguien disimula, el trabajo decae al momento; se siente la falla, se sabe que la cosa no es completa.

Es cuestión de olvidarse de uno. Como si todos fuéramos una sola espalda.

Claro que algo pasa con los hombres. En la mar todo va bien. Pero cuando regresamos a tierra, algo pasa. Parece que muchos creyeran que el trabajo los iguala a tanta gente que se mezcla en las lanchas. A esos les gusta lanzar liras, se compran joyas caras y pasean con mujeres de la vida; gastan toda la plata en una noche y buscan pleito por gusto. Antes no era así. Claro que jarana había. Pero no esa vida que pone orgullosos a los hombres de mar de ahora. Será por la mucha gente.

O será por el miedo que tienen muchos de morir alguna de esas noches, y quieren tragarse todo el tiempo que les queda. Cuando a un hombre de la lancha le pregunto por qué no guarda, me dice que para qué, si cualquier día se acaba todo, y ríe. Yo también río, como de una broma. Pero las bromas al pescador le salen del alma.

A veces me parece que nadie toma en serio el oficio. Que nadie se dice a sí mismo que ese es su trabajo, que ese es su oficio, para siempre. Es como si estuvieran esperando el momento de largarse a otra cosa, más segura. Pero nunca lo hacen. No pueden hacerlo. Y ya se olvidan de todo, no les importa lo que pasará mañana. Aguantan.

Entonces creo que el pescador está preso. Que no tiene más remedio que vivir como un preso al que soltaran una noche para que haga todo lo que le venga en gana.

Porque la mar es como una cárcel, y el puerto, los bares, las mujeres, son la borrachera que a uno le hace olvidarlo todo.

El presente informe tiene como finalidad informar a la comunidad universitaria sobre los resultados de la encuesta de opinión pública realizada en el mes de agosto del 2014, con el propósito de conocer el nivel de satisfacción de los estudiantes con respecto a la gestión de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).

El estudio se realizó a través de una encuesta por muestra aleatoria simple, en la que se participaron 1000 estudiantes de la UNMSM. Los resultados de la encuesta se presentan en el presente informe, así como las conclusiones y recomendaciones derivadas de los mismos.

Se espera que este informe sea de utilidad para la toma de decisiones y la mejora de la gestión de la UNMSM.

JOSE WATANABE

(Trujillo, 1940)

EL TRAPICHE

Cuando el trapiche se agita y se juntan los engranajes para triturar la caña, es la molienda. Cuando, al final de la molienda, las ruedas ya sin aceite del trapiche ásperamente friccionan, es el chirrido y el miedo.

Y cuando el trapiche chirria, salen hombres a robar niños para aceitar los engranajes. (Sólo el aceite de los niños calla el ruido). Entonces en las calles es el silencio.

No hay ronda.

No hay canción.

Molienda. Odiada molienda. Se agitan las entrañas del dragón de acero. Gimen ruedas y engranajes. A dentelladas la caña se hace azúcar. Un rumor sordo sale a veces del ingenio y termina en un pito largo y agudo. Y chirria.

(¿Dónde nace la noche? ¿En la cueva de qué cerro despierta su sombra? No lo sé. Pero ya está aquí, oscura y triste).

Dos niños, sentados junto a una puerta vieja, miran el humo del trapiche que se levanta retorciéndose por sobre las casas. Humo blanco. Resuello blanco. Y chirria.

(Y esta calle polvorienta y larga dentro de esta hora, cuando es inevitable la confusión de las cosas con los sueños. Todo es tenue como el polvo que estuvo jugando hacia la tarde y que, al aparecer la noche, se tendió mansamente a lo largo de la calle).

—¿Crees que Javier está durmiendo?

—No. No viene porque tiene miedo.

(Tampoco sé dónde nace el viento, pero también ya está aquí, camina la calle oscura y regresa temblando en su propio frío).

—¿Miedo de qué?

—Del trapiche, pues.

—Sí. Suena. Desde anoche está sonando, pero hoy es más fuerte. ¿Crees que saldrán a buscar más niños?

La calle, tiesa. Una puerta se ha abierto y un rectángulo de luz amarilla se tiende en el polvo. Es un hombre. Desde su mameluco gris mira los pequeños charcos con un reflejo de luz que no existe. Piensa en los charcos y en el verano. Y no sabe por qué lo piensa. Tampoco sabe por qué se siente vencido y largamente triste. Luego, el rectángulo de luz desaparece.

Dentro, el hombre se despereza estirando los brazos bajo una lámpara de kerosene que cuelga del techo. Sus manos tocan la lámpara que queda oscilando. Se agitan y crecen y se acortan las sombras de las cosas. Después, nuevamente todo adquiere su proyección legítima, hasta la silueta del hombre, que también estuvo jugando en las paredes.

—Mira, Juana, qué curioso, mi compadre Pedro hizo esta lámpara, él ya está muerto y sin embargo nos mueve.

—Sólo mueve las sombras —contestaron desde el cuarto contiguo y desde la oscuridad.

—No. También nos puede mover a nosotros. Y nos mueve.

El viento, afuera, corre con un olor fuerte de melaza. Corre indiferente al chirrido y al miedo. Se va por los cerros negros y los cañaverales. No tiene miedo.

—Mi mamá dice que el trapiche es como un hombre.

—Los hombres no comen niños.

—No, no es igual. El trapiche da miedo y no deja jugar. ¿Tú no tienes miedo?

—Sí.

—Yo también. Oye, ¿por qué no matamos al trapiche? Yo le estaría golpeando los fierros hasta que muera.

—Somos pequeños y el trapiche es grande. Quizás cuando seamos mayores.

—Sí, cuando crezcamos y ya no tengamos miedo.

El hombre descuelga la lámpara y va hacia el cuarto contiguo y oscuro. La lámpara queda sobre una mesa junto a varias estampas de santos. Tendida en la cama, la mujer cierra los ojos ante la brusca luz, luego recuesta su cabeza en el respaldo y bosteza largamente. El hombre, en silencio, se sienta junto a la mesa. Mira sonriendo a las estampas amarillas. Quiere rezar por los muertos,

pero no sabe hacerlo. Su compadre Pedro no era malo y debía estar bien; ahora muerto, no necesitaba de oraciones. Se dijo que él las necesitaba más, pero tampoco sabía hacerlo. Del bolsillo de su overol saca una libreta y anota unos números lentos.

—Veinticinco diarios —murmura.

—¿Vas a trabajar por el dominical?

—Sí, necesitamos plata. Con veinticinco diarios no alcanza ni para comer. Y sólo un hijo. Peor los que tienen más.

—¿Cuántos hijos ha dejado Pedro?

—Cinco. El se casó cuando recién empezamos a trabajar. Me acuerdo, ganábamos diez soles diarios. Ahora son veinticinco, pero tampoco alcanza. Creo que vamos a ir a la huelga. Mañana se reúne el sindicato. Ya es tiempo de que nos aumenten. Vamos a joder al gringo con la huelga, es la única manera, pues.

Y el hombre pensó en la huelga. Pensó en sus líderes y en los gringos. Y se sintió fuerte porque todos los obreros estaban juntos. Supo que era fuerte porque habían decidido pararse ante la bestia, que era un modo de desafiar y pelear.

Por la calle venía un hombre borracho. Sumergido en la oscuridad y el frío, pasó junto a los niños. Chirrido alucinante. Humo alucinante. Miedo.

—¿Tú nunca has soñado que te llevaban al trapiche?

—Sí, sí soñé. Soñé que me atrapaban unos hombres vestidos de negro. Yo gritaba, pero ellos me arrojaron junto con la caña. Y me fui haciendo azúcar. Mi sangre se quedaba en los engranajes y los engranajes ya no sonaban. Se iban callando con mi sangre. Y fui un niño de azúcar.

El hombre se sacó el mameluco y se puso sólo una camisa vieja. Fue hacia la cama y se sentó en el borde. Pensaba en su compadre y en él mismo. No, nada es justo, concluyó para sí mismo. Luego recostó su cabeza en el vientre suave de su mujer.

—¡Cómo se va la gente!, ¿no? Hace un mes don Pancho y anteayer, mi compadre Pedro. Pobres.

—Fue accidente con don Pancho, dicen.

—Sí, dicen que fue accidente. Y Pedro tuberculoso. Mentiras. Fueron quince años en la fábrica, en el trapiche. Los venció la madrugada y el trabajo duro. Todavía me acuerdo cuando entramos a trabajar. Creímos que era suerte porque en ese tiempo no había trabajo. Pero ya ves, ahora suerte es morir.

—No hables así. Podemos ahorrar un poco y largarnos a otro sitio.

—Ya no, lo único que he ganado es sentirme como que yo también estoy muerto. Pero puede ser. Quizás algún día nos podremos ir. En fin, yo estoy aquí para aguantar o por lo menos para tener cólera.

—Mañana tienes que madrugar. Anda, llama a Miguel para acostarnos ya. Allá está en la esquina con un amigo.

El hombre se puso de pie. Nuevamente sobre el polvo de la calle se vio el rectángulo de la luz. Silbó a su hijo y los dos niños se pararon. Su hijo llegó hasta él y entraron. La calle, quieta. El humo más denso y más alto.

—Papá ¿escuchas el trapiche?

—Sí, suena.

—¿Cuándo termina la molienda?

—La otra semana quizás. ¿Tienes miedo?

—Sí papá. El trapiche está sonando y no deja jugar. Nos pueden robar para aceitarlo.

—Zonzo.

Y los tres se acostaron. Y los tres se durmieron.

El hombre soñó que el trapiche lo devoraba. No con un golpe seco, sino lentamente. Lentamente su sangre fortalecía y aceitaba las muelas del dragón. No con un golpe seco y rotundo, sino día a día, lentamente.

Afuera, chirrido y humo.

Afuera, por sobre las casas, devorante, la bestia.

JUAN MORILLO

(Pataz, 1940)

PICHANA

—Toca mi carne, cristiano como todos soy. Dame de comer.

—Andavete de mi choza, traes muerte, tu escoba dónde la dejaste, dónde tu cuerno. Pichana eres.

(Bajo los árboles, cerca al fogón, mamita hablabas, decías, a quién sería, a quién si no a ti que era yo, que éramos los dos, ambos, te oía “Sin alas vuelan las pichanas. Alto, en el viento las pobres pasan gritando, dando lástima y sembrando la muerte”).

Silverio sintió una aguda contracción en la garganta: había tragado saliva sin poder impedirlo. Recordó a los perros hambrientos que suplican con la mirada, que se lamen los belfos y que estirando el pescuezo también tragan saliva y dan lástima, conmueven.

—Por caridad —insistió—. Tengo hambre, frío también tengo. Dame comida, dame algo.

(A quién si no a mí cuando llovía, cuando goteaba, le contabas para que aprenda “Las pichanas se anuncian en el trueno, en el relámpago, en las tempestades” y yo “¿seré pichana, di?” y tú mirando las hojas, el agua que resbalaba por las pajitas del techo “El taitito les da ese castigo, esa maldición, a los hijos que faltan de obra a sus padres. Dios en el cielo; en la tierra, los padres, los taitas que nos crían”).

—Acaso no sabré. El trueno te anunció desde temprano, el viento fuerte. Escucha cómo llueve afuera. Es una tempestad. Acaso no sabré, eres pichana.

Estaban frente a frente en la oscuridad de la choza. Silverio, a un paso de la puerta; el pastor, en el rincón, contra las quinchas.

—Apíadate.

—No llegues a mi choza, la gente morirá. Yo no quiero morir, andavete con el viento.

(Como agüita, como voz de guitarra, cómo diré, pero así era para adentro de mí todo lo que llovía y lo que decías “Sufren las pichanas, les desespera la conciencia y no quisieran ser la mortandad, la hambruna y la sequía de los pueblos: ahí está el castigo, en el remordimiento, en lo que no pueden evitar” y no había cuándo acabe de llover y los barbechos mojándose y yo “¿Al infierno bajarán, mamita, allí irán, di?” y tú “Es un infierno frío, helado, de vientos y de remolinos el de ellas. Por el aire pasan, desnudos, con su escoba con que agostan la vida y con su cuerno de remedios que no pueden dar”).

El pastor jadeaba y el tono de su voz era de súplica, de tímida conminación. Silverio alargó una mano.

—Toca mi mano, huérfano soy; desgraciado también, no pichana.

—La gente dice, habla que anda una pichana, el viento también, los truenos, las tempestades. Andavete de aquí, lejos, al otro lado de la puna, a la montaña donde no hay gente. Allí para que comas hay raíces, animales también. No vengas donde hay gente, andavete.

(“¿Y nunca bajan, mamita?” “A veces descienden en las cumbres cuando el viento calma y entregan a los pastores su cuerno de remedios. Ahí es cuando la muerte se adueña de la pichana, pero los campos se salvan, los animales, la gente...”).

Silverio dio un salto furioso.

—Ni que tuviera maldición, carajo —gritó mientras sentía un abrazo desesperado, un cuerpo en total movimiento que trataba de escurrirse. Silverio agitaba fieramente sus manos, golpeando, buscando el cuello del pastor. Después se dio cuenta de que sus manos eran ineficaces, que su corazón golpeaba con furia su pecho, que su respiración era penosa. “Si lo suelto me matara”. Sus manos se lanzaron de nuevo a la búsqueda ciega del cuello, del rostro, pero apenas consiguieron cogerse del poncho del pastor. Luego sintió que el cuerpo de éste se zafaba de entre sus manos y que unos gemidos se alejaban por la puerta y se mezclaban con el rumor del viento y de la lluvia.

Silverio se quedó allí, boca abajo, sobre las revueltas pieles de carnero. una aguda sensación de náusea le contraía el vientre, el pecho, la garganta. Su respiración se entremezclaba con gemidos, convulsiones y sollozos. Se puso boca arriba, se cogió el rostro hasta que sus manos, solas, se le amontonaron sobre el pecho. Abrió los ojos en la oscuridad y recordó al pastor, cuyo rostro

no había podido ver, pero al que había golpeado fuertemente. Quiso incorporarse, mas el cuerpo no le respondió. Entonces se dejó estar y tuvo la sensación de que los rumores de la noche le alzaban haciéndole girar en el vacío.

Silverio pestañó ligeramente, trató de ver, de escuchar atentamente, pero, todo era oscuridad, rumor lento y monótono de la lluvia que arreciaba afuera. Y la sangre golpeaba sus sienes, hinchaba su frente, retumbaba en todo su cuerpo. Movi6 un brazo como apartando una imagen, aguzó la mirada en la oscuridad pero nada vio. Sin embargo, alguien había hablado lejana, rumorosamente. Cerró con violencia los ojos, abrió los brazos, los volvió a recoger y sintió que por su mejilla descendía tibiamente una lágrima. Se sentó.

—Mamita —dijo.

Y ya no era la choza, el aguacero, la dolorosa confusión. Era el bosque que ocultaba a la Laguna Verde, cerca al puquial, de donde emergía el arco inmenso como una franja de colores desafiantes y nítidos. Su madre sonreía encendiendo una fogata, un incendio crecipitante que iba subiendo, descendiendo y que les envolvía.

—Mamita, mamita.

Silverio cayó de espaldas, volvió a estirar los brazos agitándolos en el vacío y se vio pequeño, abriéndose paso entre la gente que rezaba frente al lecho de su madre. “Mamita, mamita, ya encendí la candela”. Su madre abre los ojos, llora. “Ya no serás pichana, ya no tienes a quién faltar, pero búscate la vida sin faltar a naidés, mi cholito, mi huachito”. Las mujeres gimen, rezan, alejan al niño. “Pobre huérfano”, dicen y el niño vuelve al fuego que no avivará la madre y llora, llora silenciosamente.

Silverio apretó los párpados. Las palabras de su madre, de pronto, se confundieron en una mezcla desesperante de rumores y zumbidos.

—Mamita, a naidés faltó yo, a mí me faltan sin lástima, por huérfano tal vez, por ser tan solo.

Los rumores de la noche otra vez se filtraban, llenaban el oscuro recinto y se metían en la sangre de Silverio, en su cuerpo cálido y convulso.

—Por ser tan solo —volvió a decir.

Y otra vez el incendio y detrás del incendio la laguna y el arco trepando por los cerros. Y, de pronto, aquel camino, la ladera, la densa neblina. Silverio, agitando el poncho, corre; detrás, el torvo licenciado, el teniente, el gobernador blandiendo sus garrotes. “Qué papeles —les dice cuando le cogen al pie de un árbol— mis manos y mi voluntad bastan para el trabajo. No me sirvan los papeles que dicen. No más para pleitos sirven”. Pero es el reclutamiento, el llamado de la patria y Silverio es conducido con otros campesinos a la cárcel de la provincia. “Por omiso —le dicen—, por no tener papeles”. Y el camino a la

provincia es una larga tortura junto a los gendarmes cuyos caballos exigen, remiten al cansancio. Silverio marcha cabizbajo, recuerda los rodeos en el día de San Bartolo: polvorientos rastros, interminables tropeles y bramidos, sudor y lazos en el aire, terneros con las orejas sangrantes, el chasquido de los fierros candentes sobre la piel virgen de los toros. Silverio

entra en la cárcel: respiraciones, aire quieto y tibio, olor a estiércol y a orines. Silverio mira la puerta entreabierta que da al patio rodeado de altos muros. “Los toros rompen cercos —piensa—, saltan grandes pircas, se vuelven a su querencia; toro no soy, pero para salir de aquí puedo más que los toros”. Silverio sale, trepa los muros del patio, camina por los techos y salta a la calle. El frío de la madrugada le devuelve la tranquilidad y es como estar ya en su pueblo, en su choza, entre el fresco olor a yuyos removidos en las chacras; pero es también como estar de nuevo en manos del gobernador y del licenciado. Silverio se decide y toma por el lado de las alturas frías y pedregosas, en dirección contraria a su pueblo. Ascende cerros, laderas, esquivo caminos. Alumbra el día y la neblina recorta el panorama, lo envuelve todo en un manto denso y húmedo. Lluve al mediodía y Silverio siente la falta de su poncho y su sombrero que han quedado en el patio de la cárcel. Ya en la tarde, mira el aguacero desde una cueva. Los cerros se pierden en cadenas interminables, difuminados y azulosos. Nuevamente el día, nuevamente senderos breves y perdidos, lomas desiertas y laderas musgosas, nuevamente el cansancio, el frío, la sensación de andar perdido. Al tercer día aparecen nuevos signos: la desesperación, el hambre y el frío agudizados, una rara tirantez templando las mejillas y contrayendo los labios. Los objetos oscilan, se oscurecen y nuevamente vuelven a sus formas de contornos vagos. En la tarde se apacigua la lluvia pero retumba el trueno. Silverio se restrega los ojos y por primera vez advierte algo como una manada de ovejas paciando entre las pajas. Vuelve a mirar y descubre una pastora al borde de un barbecho. “Canchita, canchita siquiera”. Silverio se dirige a la pastora pero ésta echa a correr, desaparece detrás de unos arbustos; entonces se da cuenta de que él no lleva poncho ni sombrero, se detiene cerca del rebaño y examina desde allí los lejanos promontorios que dejan entrever árboles y casas. “Hay gente, gente”. Toma el camino. El lodo y los charcos dificultan su marcha. Cierra la noche y empieza la lluvia. Silverio distingue en el lado derecho, al borde de una quebrada, el perfil de una choza y se enrumba hacia ella.

Silverio se revolvía sobre los andrajos.
 (“El arco desde el puquial, siempre del mismo sitio. Ceniza le echábamos para que se fuera, para que no cause el mal que hincha la barriga de las mujeres y las mata, para que a nosotros, los traviesos sin sombrero, no nos salieran ronchitas en la cabeza”).

La mañana penetraba por la puerta de la choza como un extraño rumor de aguacero lento, de tempestad calmada.

(“Me dijiste, mamita, que ibas a hacerme un poncho igual que al arco, de siete colores. Así dijiste antes de aquel día cuando te oí decir mi huachito y rezaban las mujeres. Salir he visto el arco, después, tantas veces. Para consolarme saldría, para eso, no para miedo. Me acuerdo de los maicitos que sembrábamos, de la Laguna Verde, de los trabajos y la lluvia y los desmontes y tú diciendo cuándo serás grande para criarme, ahora, mamita, ahora ya me toca, la Laguna Verde, el río, los zorzales. Todo eso no es conforme con la orfandad”).

—¡Mamita!

Silverio abrió los ojos y su cuerpo se fue aquietando. Al escuchar un rumor de voces puso el oído atento.

—Quemen más cuernos para que no haga mal.

—La señal de la cruz.

—Sálvanos, taitito, al pueblo sálvalo.

Silverio lanzó un gemido e hizo un ademán.

Se puso de pie con dificultad “mamita socórreme” y empezó a caminar hacia la puerta. Desde allí pudo ver confusamente una mancha que se movía afuera, se alejaba haciendo ruidos leves, cautelosos “socórreme, socórreme”. Por entre los arbustos, detrás de las piedras, mojándose en la lluvia, aparecían rostros atentos, graves, husmeando tímidamente. Silverio se desprendió de la puerta, caminó vacilante arrastrando los pies en el barro, llegó hasta el redil y se apoyó brevemente en una de las quinchas. Miró por sobre el hombro la mancha borrosa y movable y siguió caminando.

—Se va a rodar —dijeron viéndolo acercarse peligrosamente al borde de la quebrada.

—Va a volar, es pichana.

—Ni cuerno ni escoba tiene.

“Tu huachito, tu huérfano, tu hijo. Él te pide socorro. Mi poncho, frío tengo, fiebre y dolor. El arco, el aguacero, las pichanas. No tengo miedo, frío es lo que tengo”.

Silverio avanzó con las manos extendidas hacia un arbusto y cayó. Su cuerpo quedó tendido en el barro. Entonces, las cabezas se alzaron y apareció una multitud. Un hombre, apoyándose en un nudoso bastón, se acercó al caído; algunos le siguieron retrasándose tímidamente. Hizo una seña y de entre los arbustos apareció el pastor. Ambos se quedaron contemplando el cuerpo de Silverio que había caído boca abajo. Después, recelosamente, el hombre del bastón volteó el cadáver. Fue entonces cuando, mirando el pelo rapado de Silverio, dijo:

—Más que pichana, parece un conscripto correlón.

Esto dijo el hombre, pero los demás, agitando sus cuernos humeantes que chasqueaban bajo la llovizna, se santiguaron bajando la cabeza.

MIGUEL GUTIÉRREZ

(Piura, 1940)

EL BANQUETE

¡Por dios! ¿qué pretendía con esta dilación? Si lo que se proponía era aumentar nuestra expectativa lo que estaba consiguiendo era terminar de impacientarnos. Nos miramos furiosos. Secamente nuestro presidente le dijo:

—Por favor, concluya antes con la historia de la persona que usted llama AQ. Se lo pido en nombre de toda la asamblea.

Pero el invitado no se dignó a acceder a nuestra demanda. Antes de proseguir se excusó de esta manera: “Perdón, mis amigos. Pero les repito: tengo mis razones, que se las haré saber a su debido tiempo”. Qué individuo para de testable. ¿A quién se le había ocurrido invitarlo? Y otra vez se salió con la suya, porque ya había retomado su relato:

—Sabíamos por confesión propia de la existencia de aquella hija, sabíamos que en los tres años anteriores le había hecho una corta visita de quince día en París donde la joven estudiaba. Ignorábamos en cambio (y a ninguno de nosotros se nos ocurrió hacer indagaciones al respecto) si tenía esposa en Turquía o si era viudo o divorciado y si había dejado otros hijos en su patria. En la Reservación no se le conoció pareja, aunque no le hubiera sido difícil conseguirla, pues como les dije era un caballero apuesto, cuyos cabellos acerados fascinaban, por ejemplo, a mi amiga la rubia. La joven llegó a la capital del Imperio a mediados de verano (mi tercer verano) para pasar un mes con su padre, estancia que después prolongó por quince días más. A la tercera noche de su llegada, nuestro respetado poeta nos presentó a su hija. Era una joven espigada, trigueña, cuya belleza agitanada debió heredar de la madre. Como correspondía a al-

guien educada desde la infancia en Europa, era una joven moderna, desinhibida, pero fraternal y atenta; con la mayor naturalidad bebió dos vasos de cerveza y cuando cogió un cigarrillo su padre (que se veía feliz, casi arrobado) se adelantó a ofrecerle fuego. Por ser la francesita la más cercana en edad a la joven, de inmediato conectaron entre ellas y fue la francesita la que la relacionó con los jóvenes extranjeros de la Reservación, quienes estimulados por la nueva política del Imperio de apertura a Occidente estaban formando la primera banda de rock que habría de debutar en uno de los balnearios destinados por los funcionarios para el veraneo de los especialistas y sus familiares.

Según me contaron (pues yo escogí otra playa para mi reposo) fue un verano de locura juvenil y si hubiera habido un concurso me dijeron que la hija del poeta turco habría sido la reina indiscutible. Deslumbró con su figura luciendo la última moda en bikinis, tangas y topless, flirteó con todos los jóvenes sin comprometerse con ninguno y se convirtió en la irresistible animadora de los conciertos de rock que ofreció la banda. Sin embargo había un ritual que la joven cumplía de manera estricta: tomaba sus comidas con su padre en un apartado del restaurante y después de la cena siempre hallaba un momento para pasear del brazo con él a lo largo de la bahía. En opinión de los observadores, de no saberse la filiación que existía entre los dos, se les hubiera tomado por una pareja de novios, ambos bellos, pero con la distinta y opuesta belleza de sus respectivas estaciones en la vida.

Luego ocurrió el menudo incidente que apenas merece aludirse. Por alguna infidencia los jóvenes roqueros fueron sorprendidos en una exuberante sesión de hachís. Las medidas que tomaron los funcionarios —en realidad de los servicios secretos imperiales— fueron drásticas e inapelables: cancelaron las vacaciones de los integrantes de la banda y cuarentiocho horas después expulsaron del país al que consideraron responsable del consumo de las drogas. Al parecer, la joven se hallaba presente en la sesión de aquella noche; pero cuando los funcionarios pretendieron advertirle a su padre del suceso, este salió en defensa de su hija. Ni siquiera, me dijeron, permitió que se hablara del asunto. Afirmó que su hija gozaba de su absoluta confianza y que le había concedido libertad para que disfrutara de todos los dones que le ofrecía la vida. Cuando retornaron a la capital era como si nada hubiera ocurrido, salvo que ella estaba más hermosa con su piel broceada. Siguieron tomando sus alimentos en estricta reserva, visitaban las exclusivas tiendas para extranjeros y tomados del brazo paseaban por la Reservación durante las noches. La víspera de su partida en compañía de su padre la francesita llegó al bar para despedirse del grupo. Recuerdo que a excepción del neozelandés que había retornado misteriosamente a su país, del musicólogo vietnamita y del islandés que aún no se reponía del

suicidio de AQ, estábamos todos y de todos se despidió con un beso, cosa que para los varones (no solo para el sudanés) fue un delicioso presente.

Al retornar del aeropuerto el poeta turco nos sorprendió con su estado de ánimo. Temíamos que llegase deprimido, triste, desconsolado. Por el contrario, sin perder su prestancia, estaba eufórico y nos rogó que aceptáramos una ronda más de cerveza. Accedimos para complacerlo y porque estábamos despidiendo el verano. La tertulia entre los diversos grupos se reanudó. Yo me hallaba entre el nepalense y el Keniano quienes una vez más sostenían una espe-luznante plática de carácter ofídico. Otros, me di cuenta, comentaban la abrupta, la extraña partida del colega neozelandés, tanto que no se había despedido de nadie. La australiana, acompañada por el alemán y el sudanés, parecía que iba a quedarse dormida por la embriaguez en cualquier momento. El poeta turco estaba sentado junto al novelista irakí, al judío búlgaro y al palestino, mi amiga la rubia escuchaba con atención reverente al maestro hindú y el pequeño laosiano se esforzaba en sacar al filipino de su huraño ensimismamiento. Todavía, pero quizá por última vez en la temporada, giraban las aspas de los ventiladores y el amplio salón se hallaba atestado. Por fortuna el grupo de Bomfim se hallaba al otro extremo del local y reinaban el bullicio y la alegría. De pronto los colegas de Nepal y Kenia interrumpieron su charla y a poco se hizo el silencio en todo el grupo.

Les diré lo que ocurría, mis amigos: el poeta turco había empezado a recitar con su hermosa y modulada voz lo que parecía ser un largo poema dramático en inglés. Hacía tiempo que una voz humana no me estremecía por su sola línea melódica y la pureza de su dicción. Me pareció, por eso, razonable que mi amiga la rubia escuchara con asombro y respeto la recitación de nuestro amigo poeta. Pero lo que me hizo tomar conciencia de que estaba asistiendo a un momento único en mi vida fue el comportamiento de la cineasta australiana. Era como si despertara de una embriaguez infinita, como si emergiera del pozo en que la había precipitado el ángel implacable de la dipsomanía. Ninguno de nosotros, aunque lo deseáramos de corazón, se atrevió a aplaudir cuando el poeta turco concluyó el recitado. Pera la amiga australiana se levantó de su asiento y fue hacia el lugar que ocupaba el poeta. Lo besó en la frente y acarició sus cabellos diciéndole que jamás había escuchado recitar aquel desgarrado pasaje del Rey Lear como él acababa de hacerlo.

Desde entonces el poeta turco dejó de concurrir al bar durante varias semanas. Tampoco lo veíamos en el restaurante, pues había ordenado que le llevaran sus alimentos a su domicilio, de modo que sólo podíamos avizorarlo cuando tomaba el automóvil que lo conducía al palacio de los traductores, donde dirigía la traducción al turco de los Sublimes pensamientos y aforismas

y la Excelsa poesía del Emperador fallecido. Lo extrañábamos, esta es la verdad, mis amigos, pero también nos preocupaban su salud y el estado de su espíritu. Pero una noche el novelista irakí —el más cercano entre nosotros al poeta— nos devolvió la tranquilidad al revelarnos que después de varios años de casi completa esterilidad creativa, su amigo había vuelto a escribir poesía y lo estaba haciendo avasalladoramente y con la maestría que sólo los años de trabajo podían conferir. Sí, nos dijo, nuestro amigo atravesaba por su mejor momento, que coincidía con el reconocimiento de que estaba siendo objeto por la más reciente promoción de poetas de Turquía, quienes en sus publicaciones lo proclamaban como su maestro en el exilio. ¿No era para celebrarlo, mis amigos? El amigo islandés, que empezaba a recuperarse del suicidio de AQ, como adivinando nuestro sentimiento rompió a cantar una festiva canción marinera. Y nuestra alegría se hizo aún mayor cuando dos semanas después entró de nuevo al bar el admirado poeta. Aunque algo envejecido era otra vez el caballero apuesto que irradiaba majestad y modestia. Fue entonces que nos invitó a un banquete en celebración de la poesía y la vida.

Ya el otoño —la más bella estación del Imperio— se había instalado a plenitud cuando el poeta turco nos ofreció el banquete. Espléndido, magnificante, contrató para la ocasión el más exclusivo de los salones con que contaba la Reservación, para lo cual debió efectuar gestiones algo enojosas, pues el ambiente estaba destinado para celebraciones que revistiesen especial solemnidad. Las dimensiones del recinto correspondían a su carácter reservado e íntimo y en su diseño —del más puro estilo imperial— el fasto y la sobriedad habían encontrado el punto de equilibrio. Según supimos, el poeta en persona había asistido a la decoración y vigilado hasta el último detalle; así cuando, tras el aperitivo, ingresamos al salón discretamente sahumados con perfumes orientales y ennoblecido por hermosos jarrones que contenían ramilletes de raras flores de otoño, un altoparlante comenzó a propalar música sinfónica turca. El poeta se había decidido por el caldero mongol, culinaria a base de carne de carnero muy sazónada con especias y que gozaba de aceptación entre todas las comunidades. El sabor de la propia tierra del poeta lo habrían de dar las fuentes con carnosas olivas de la planicie de Anatolia y el generoso vino rojo procedía de la viñas de Esmirna. Y apenas tomamos asiento el poeta turco nos dio el ejemplo de cómo se disfrutaba de una auténtica aceituna de su patria.

Como un rey magnánimo y jovial nuestro poeta presidió la mesa y conforme a un ritual de su país él mismo, con el apoyo de los maestros de cocina que portaban los calderos, fue sirviendo los platos y en sus manos aquellas carnes se elevaron a la categoría de símbolos del alimento y era como si nosotros fuéramos gratificados con el don cotidiano de la vida. Después se puso de pie,

alzó su copa y mientras escuchábamos su brindis todos lo imitamos. ¿Por qué otra cosa podía brindar sino por el amor, el placer, la amistad y la vida que siempre habrán de prevalecer sobre los poderes que propician la muerte? Luego el ágape empezó a adquirir el aire de celebración mundana y el rojo vino de Esmirna hacía de las suyas en nuestro espíritu. Empezaron a armarse las pláticas. El islandés sostenía con el musicólogo vietnamita una erudita charla sobre instrumentos musicales y este último se mostró interesado por conocer la guzla iliria, una especie de guitarra de una sola cuerda. El sudanés competía en carcajadas con el pakistano, mi amiga la rubia parecía sostener una apasionante conversación con el judío búlgaro y el palestino y la francesita se hallaba sentada junto al grupo negro. Cuando ya iban a empezar los brindis de quien quisiera hacerlo, la australiana que había bebido moderadamente pidió al poeta turco que nos leyera alguno de los poemas del libro que había escrito en las últimas semanas. De inmediato se hizo el silencio. El poeta meditó unos instantes, bebió otra copa y se puso de pie. Entonces dijo, para sorpresa de todos, que iba a recitar un poema titulado “Elegía a mi amigo AQ”, aunque desde luego llamó a AQ por su verdadero nombre.

Bueno, esta fue una de las razones —una entre otras— que me ha llevado a transgredir el orden de mi relato. Es innecesario que les refiera la carga emotiva con que escuchamos la elegía. Con todo, nos hubiera desbordado la tristeza si luego de concluir el recitado el propio poeta no nos hubiera levantado el ánimo diciendo que a AQ había que recordarlo con alegría, pues los seres que amamos sólo mueren con nuestra propia muerte. De modo que se reanudaron las pláticas y a poco el saludable espíritu de la orgía lavó el último sabor a ceniza que entorpecía la celebración por el definitivo don de estar vivos. Entonces el poeta turco se excusó por tener que ausentarse por unos momentos y en tono de broma recitó una plegaria a las viñas de Esmirna para que preservaran nuestra alegría. Nuevas porciones de carne se nos sirvieron que devoramos empujándolas con el cálido vino que corría a raudales. Se hablaba, se reía, se cantaba. En un extremo el pakistano payaseaba siguiendo las rítmicas percusiones que las manos prodigiosas del Keniano lograban arrancar al tablero de la mesa. Yo me recuerdo diciéndole algunas obscenidades a mi amiga la rubia, que ella festejaba encantada. Creo que el palestino y el judío búlgaro reñían como suelen hacerlo los amantes. Si ustedes, mis amigos, me preguntaran cuánto tiempo transcurrió no acertaría a precisarlo. En ese estado de jubiloso abandono ni siquiera reparé en la entrada de los tres funcionarios del Imperio que llamaron a un aparte al novelista irakí. Alguien pidió al colega de Islandia que nos regalara con una canción. Pero cuando este se disponía a hacerlo el compañero irakí golpeando las palmas de la mano nos demandó silencio. Se-

gún puedo evocarlo estaba tranquilo, sí, sereno, así es como lo veo en mi recuerdo. Entonces nos comunicó que el poeta turco se había disparado un tiro mortal en el dormitorio de su apartamento. Y mostrándonos una hoja de papel nos dijo que la última voluntad de nuestro amigo era que continuáramos bebiendo en su nombre.

(De: *Babel, el Paraíso*)

LUIS URTEAGA CABRERA

(Cajamarca, 1940)

UNA VOZ EN LAS TINIEBLAS

Está oscura la noche, helada está. Siento más frío que nunca: esta esquina es muy fría. Hay más viento. Y no puedo dormir. Hoy me toca cuidar esta esquina. Los carros que pasan, jalan el aire y el aire quiere jalarme a mí. Por esto estoy sentado contra la pared, para que el viento no me vaya a llevar y porque así la lluvia no me moja la espalda. Se me moja y comienzo a toser. A las cosas sin peso el viento se las lleva. A mi mamá le para quitando los periódicos que se pone en la cabeza para taparse del agua. El viento es malo. "Se mete en el cuerpo de las gentes, las enferma" dice mi mamá. Es decir, decía cuando hablaba. Cuando todavía me llamaba para protegerme del frío acurrucándome entre sus senos. Así decía. Ahora ya no habla. Callada está todo el tiempo, sin decir nada, dándoles vueltas y vueltas en sus manos a las pocas monedas que recojo, como si las contara. O si no amontonando una sobre otra las pocas cosas que se salvaron. Y está tranquila. Ya no pelea con los perros que se acercan a mearse en las cosas, ni con los muchachos que nos tiran piedras. Ya no llora, tampoco. Está sanándose de la pena. Aprendiendo está a reír a carcajadas. Yo sí lloro, a veces, pero no mucho. Y no por la casa ni por mi taita, ni por la Gregoria. De hambre lloro. O de frío. También lloro de pena al ver a mi mamá rondando sus trastos sin cansarse. Por mi taita no lloro desde la noche que mi mamá le dijo: "Buscarás onde vivir, onde llevar a los hijos; esto se cae cualquier día" "¿Ahora... como?... Eso será cuando consiga trabajo, pues" dijo él; parecía borracho y estaba apurado, como siempre. Y mi mamá: "Esta noche no, Genaro; vamos aplastar a la Gregoria. ¿Qué, no sientes?... ¡Está lloviendo tierra!"

Trepándose nomás sobre el cuerpo de mi mamá, él bramaba en la oscurana. Y a la Gregoria la sentía gimiendo, queriendo llorar. “Tengo la boca llena de tierra, Genaro. Baja siquiera a la muchacha”, era otra vez la voz de ella. Él sin oír, oyéndola. Entonces mi mamita se zafó como pudo y apeó a la Gregoria de la cama. A mi lado la hizo acostar, en el suelo. Y el catre comenzó a sonar su bulla de todas las noches. “¡Papá, mamita, se está cayendo el techo!”. Esto grité yo. Sólo oí maldiciones, los quejidos de ella, los dientes de la Gregoria. Todo lo oí. Ellos sordos, sin decir nada, sólo acezando. Por eso no pudieron oír la bulla que metían los carrizos al partirse, el ruido que hizo el techo al venirse abajo, sobre nosotros. Cuando me oyeron llorar recién se soltaron: “¡Alberto?... ¡Gregoria?...”, llamando. Tanteando unas manos apuradas dieron conmigo, sacaron mis piernas de adebajo del montón de tierra y palos que taparon a la Gregoria. Sentí unas uñas que escarbaban en los escombros, una voz desesperada que llamaba: “¡Genaro, ayúdame! ¡Ayúdame a sacar a la niña, Genaro!”. En el cuarto no había más que polvo, otra cosa que mi llanto y un boquerón azul encima del derrumbe. Después de un rato, un cuerpo, cansado, una voz vencida se tendieron a mi lado a llorar por su hija. Era mi padre. Desde entonces no veo a mi taita. De eso hace mucho tiempo. Ahora ya estoy aliviado de las piernas. Ya puedo moverlas, caminar arrastrándome. Cuando le pasó la rabia, mi mamá decía que no le importaba el marido, pero su hija, su casa. Y se echaba a llorar horas de horas, sin parar. Ahora ya no. Callada está, todo el tiempo. Queriendo encender el primus que no prende por el viento. Con cartones le ha hecho un corralito. En una olla chancada para recogiendo agua de la acequia. Pero el viento de la calle es muy fuerte. Se lleva los cartones. Y cuando no es el viento es la lluvia que no la deja encender la candela. No ha de haber tampoco querosene. ¿De dónde va a haber? Ni fósforos. Pero ella dale hacer fuego sacándoles chispas a las piedras.

De noches es peor. Cuando las calles se quedan vacías, entonces ya nada logra atajar el viento. Arranca las flores de los jardines para que sus dueños digan que somos nosotros, que lo hacemos de perversos. Pero nosotros, ¿para qué?, las flores no se comen. Es el viento. Yo lo he visto arrastrando papeles, tierras, y algunas noches hasta a las ratas que salen de la acequia a buscar comida. Yo me tiendo entonces de barriga y enredo mis piernas entumecidas en las raíces para que no me arrastre. Y así me duermo. El silbido del aire me adormece. Y el frío. Siento que mi mamá da vueltas toda la noche alrededor de sus trastos sin dormir un instante. Cuidándolos todo el tiempo. Yo la cuido a ella. Día y noche la cuido. Me da pena. Y miedo. A veces cuando el viento es muy fuerte, como ahora, le ayudo a acarrear sus trastos hasta la vereda. No los quiere perder. Ella dice, dijo que los iba a necesitar en su nueva casa. Yo le he di-

cho que no se apene. Que cuando crezca y trabaje le voy a comprar de todo. Todo lo que ha perdido y mucho más. Lo que más cuida son sus ollas que en un descuido el viento se lleva rodando calle abajo. Pero ha arrancado tiras de su ropa, ha hecho una sarta de cosas amarrándolas unas con otras y amarrándose una punta a la cintura para que no se las lleve el viento. La muñeca de trapo de la Gregoria, no. Entre sus brazos la tiene nomás, apretada contra su pecho. Cuando tiene que ocuparse se va arrastrando de sus cosas hasta la acequia. A la muñeca le canta. Le canta bajito. Yo la he oído. O si no, la baña en la acequia. Le escarmena su pelo su pelo de pabilo.

La gente nos tiene asco. Colera nos tiene. Nos achaca las flores que el viento arranca de sus jardines, la basura que desparrama de sus latas. Pero no se acercan ya. A pedradas mi mamá los ahuyenta. Yo no peleo con la gente. Ella sí. Yo no. Yo estiro no más la mano y veces me dan algo. De eso vivimos. Pero hay días que no me dan nada. Quieren más bien corrernos. Nos gritan. Se burlan. Seguro estoy feo, mugriento como mi mamá. Su cara negra se le ha puesto con el sucio y sus pelos como lana apelmazada. Mis pies, mis manos sí los veo, mi pecho, mis rodillas; pero mi cara no. Y están negros. No me veo la cara. Quisiera, verla, conocerme. ¿Cómo seré? Mi mamá decía que me parezco a mi taita. “Sabes reír igualito que él”, eso decía. Ahora ya no habla para nada y yo no recuerdo haber leído hace mucho tiempo. Ella quiere irse nomás pero yo no la dejó. Le grito. O me prendo de sus trapos. Entonces se queda. Me mira un rato. Suelta otra vez sus cachivates y se sienta a comerse los piojos. Yo la dejo. No le digo nada. La dejo para que esté ocupada en algo. Para que no esté cantando a gritos, bailando, ni puteando a la gente que pasa mirándonos. Quiere irse porque está cansada de mirar todo el día las ruinas de su casa, de llamar a gritos a su hija. Cansada de las preguntas de la gente: “¿Quiénes son ustedes?”. Desde el suelo yo les miro las caras pero ninguno es mi taita. “¿Qué hacen en la vía pública? ¿Qué les ha pasado?”. Entonces les pregunto por él. Si lo han visto. Es así y así, les digo. Les doy sus señas. Como es su cara, su genio. No me contestan. Seguro no quieren decirme que lo han visto borracho. Se callan. Tiran unas monedas al jarro y se van. A mi mamá no le dan nada. No se le acercan. Le tienen miedo. Creerán que les va aventar las piedras que tiene en las manos. No se le puede acercar ni el mismo guardia. Hay días que hasta a los carros los agarra a pedradas. Por eso nadie se le acerca. A veces ni yo mismo. Me desconoce. Me tira piedras. Me confunde seguro con los hombres de la basura que se quieren cargar sus cosas. Un día de una pedrada me partió la cabeza. Pero yo tuve la culpa por no gritar su nombre. Debí gritarlo, bien fuerte, para que no crea que soy un extraño. Un rato me salió sangre. Después ya no. Se secó la sangre y por eso mi pelo se ha puesto duro y tieso. Pero en la noche

las ratas abrieron la herida y estuvieron chupándose mi sangre. Cuando me despertó el dolor, un pocito se había formado en el piso. Yo me chupé también la sangre para que no se pierda. Esa noche mate tres juntas. Habían venido varias; con el olor de la sangre se habían puesto bravas. Las maté las dejé a un lado para enterrarlas de día, porque me sentía muy débil, sin nadita de fuerza. Pero desaparecieron. Al otro día vi a mi mamá con un collar que se había hecho amarrando los rabos. Pero los cuerpos no aparecieron. Los busqué para enterrarlos. No se qué haría con ellos. Ella no sabe dar razón.

Las ratas no padecen por comida, todo comen. Pero siempre están hambrientas. Las he visto pelearse por la basura, los gatos y perros que trae la acequia. Buscan en todas partes algunas noches hallan los panes que yo guardo. Amanecen retaceados. Pero siempre quedan algunos, los más duros, como piedras. A veces se atreven conmigo. Cuando estoy dormido clavan sus dientes en mis dedos. Pero no me asustan. Las pesco del rabo, aunque muerdan y chillen y les arranco la cabeza. Pero después sintió pena. Cuando hay luna las llevo a enterrar a la basura. Cuando no hay, se me olvida y están dos, tres días en mi bolsillo. Sólo cuando ya apestan mucho me acuerdo de ellas. Pero entonces ya no las entierro. Las boto nomás a los jardines de las casas, a ver si se las tragan los perros y se mueren toditos. Pero no les pasa nada. Odio a los perros. Día y noche nos ladran, como si fuéramos diablos. Sus dueños los sueltan para que nos asusten, nos corran, nos ahuyenten con sus mordiscos. Pero yo he decidido no moverme de aquí. Si no, ¿dónde va a buscar mi taita cuando venga por nosotros? se nos vienen encima con sus ladridos, sus colmillos y sus babas, golpeando con sus uñas las piedras. Mi mamá comienza a gritar, a jalarse los pelos. Yo me agacho al suelo, como si agarrara piedra y ellos se paran. Se acobardan. Ya no avanzan. Son bien grandes y gordos los perros. Están bien comidos. Y sus voces son gruesas. Pero no les tengo miedo. Yo no le tengo miedo a nada. Estoy sacándole filo a un zuncho para defenderme de ellos. Pero ya va a acabarse todo esto. Mi padre ya va a llegar. Eso le digo a mi mamá, una y otra vez, sin que me entienda. Ella me mira, como mirando lejos. Va a venir a llevarnos a una casa que seguro ha conseguido. Habrá estado buscando, buscando; por eso ha demorado. A buscarla se fue, no dijo nada pero ¿a qué pudo haberse ido? Rápido se fue, sin contestar al llamado de mi mamá. Ya va a regresar. Por eso me cambio de esquina todas las noches, para espialo. Para distinguirlo de lejos, cuando se aparezca. Para correr a darle el encuentro. Va a traer comida. Y la boquilla para el primus. Y fósforos. Frazadas. Todo va a traer mi taita cuando llegue. ¡Verdad! Y ya no voy a sufrir hambre ni frío. Pero esta noche me duelen los huesos. Me duele el pecho, por la tos. Y los ojos de mi mamá están mirándome, relumbrando como brasas en la oscuridad.

CÉSAR FRANCO

(Lima, 1941)

SOBRE HERÁCLITO/A DOS AGUAS

(Contribución al estudio del pensamiento y obra del Filósofo de Efeso, eso)
Sumario: Heráclito—Su nacimiento—Las controversias sobre su personalidad y carácter—Los tres grandes principios de su filosofía.

Heráclito nació en Efeso, ciudad griega del Asia Menor, gemela con Huacho, muy probablemente a mediados del siglo V antes de Cristo, pero en fecha y hora aún no precisadas. Los estudiosos peruanos aluden constantemente a las dificultades en precisar los datos elementales acerca de su nacimiento pues en aquella época —afirman— no existían partidas de bautismo para todos los ciudadanos y las únicas que habían estaban escritas en griego. Por otro lado, Heráclito vivía en una barriada de la ciudad que no había sido reconocida legalmente todo lo cual —concluyen— complica enormemente el trabajo de investigación.

Heráclito inspiró largamente los trabajos y pensamientos de los filósofos modernos y contemporáneos. El propio Hegel lo reconocía como el antecesor más clarividente de la teoría del devenir y Carlitos Marx, a quien no hay que confundir con el filósofo Grucho, del mismo nombre, le atribuyó igual importancia.

Muchas y muy diversas opiniones se han vertido sobre su carácter y personalidad. Sus partidarios afirman que poseía sentimientos elevados, un deseo ferviente en establecer la justicia y equidad entre los hombres y que era modesto y probo. Otros, en cambio, aluden a su autoritarismo, dicen que era arrogante y farolero, acusándolo también de tacaño. Sostienen estos juicios basán-

dose en los testimonios dejados por su novia, Fedra, quien en la época publicara parte de sus memorias bajo el título "Heráclito y yo". En muchos pasajes de esta obra Fedra menciona que no la sacaba nunca al cine, que no le gustaba pagar la cuenta y que a lo único que le invitaba era a "tomar el sol" observando, además, que nunca notó en él el menor gesto de desprendimiento.

En los últimos años de su vida Heráclito renunció al discurso lógico y se expresaba a través de fórmulas y sentencias, razón por la cual fue conocido como Heráclito "el oscuro". Nadie mejor pues que Diógenes de Laercio, que estaba provisto siempre de una linterna, para darnos luces sobre los principios que informaron su teoría. Estos son tres y trataremos de exponerlos de la manera más sencilla posible.

Primer principio. Es el fuego que todo ha creado y es en él que todo se resuelve y termina; en este sentido el fuego no solamente sirve, como algunos creen, para freír los huevos, encender los cigarrillos o cocer los alimentos.

Segundo principio. Todo se hace por discordia, por oposición de contrarios; entre éstos siempre hay una lucha, una tensión que la llaman dialéctica y que concluye en la creación de algo, de una síntesis que, al mismo tiempo, suscita su contrario; muestras de estas oposiciones son la tesis y la antítesis, el día y la noche, la vigilia y el sueño, el sol y la luna, el Alianza Lima y el Universitario de Deportes, etc.

Tercer principio. Intimamente conectado a los anteriores, Heráclito establece el principio del movimiento perpetuo, del cambio. Lo que es ahora no fue lo mismo hace un instante, nadie se baña dos veces en el mismo río porque nadie es el mismo en dos momentos diferentes ni en el río tampoco. No solamente nos cambiamos de ropa, de casa o de ómnibus sino que estamos permanentemente cambiando, somos y no somos, vivimos pero también estamos muriendo, cambiando en otro. Para afirmar estos principios los discípulos de Heráclito siempre andaban con sencillo en el bolsillo y se enfurecían cuando, al comprar algo, alguien se atrevía a decirles que no tenía cambio.

A continuación presentamos algunas reflexiones y anécdotas recogidas de los manuscritos griegos encontrados recientemente en la Biblioteca Municipal de Fray Martín de Porres.

1. *Cuentan que Heráclito
confundido y negligente
con sus propias enseñanzas
fue un día
a bañarse
provisto de fiambre,
trusa y sombrilla*

*pues era el estío
y que inconsciente
se tiró al río
y se rompió la cabeza
contra una piedra
contra una piedra
pues no era el estío
ni había ya corriente
ni río*

2. Una mañana Heráclito acompañó a su madre al mercado y ésta empezó a quejarse de los precios cada vez más elevados de los alimentos:
—Ayer estos tomates costaban veinte y cinco drácmas y ahora cuestan treinta— exclamó indignada. ¡Cómo cambian las cosas!
Interrumpiéndola Heráclito retocó:
—Pero mamá si yo digo lo mismo todos los días.
3. Al final de su vida el famoso filósofo de Efeso que había sido pobre y desprendido se miró largamente las ropas preguntándose cómo pudo sostener su teoría.
4. Una de las grandes preocupaciones de Heráclito era la que se refería a su salud y a la de los suyos. En efecto, cada vez que alguien le preguntaba:
—¿Está bien, señor Heráclito?, éste respondía:
—Hace un instante estaba bien, pensando enseguida que iba a cambiarse por su contrario.
5. Una tarde de mucho calor, Heráclito acompañó a uno de sus discípulos, el menos brillante y aprovechado, a la piscina municipal de Efeso, dejándolo en la puerta. Al cabo de unos minutos y cuando el filósofo de Efeso se hacía limpiar los zapatos por un lustrabotas, éste regresó y le dijo:
—Maestro no me he podido cambiar.
—Es el colmo hijo, es el colmo— comentó indignado Heráclito.
6. Los adversarios de Heráclito acusaban a éste de ser “un contreras”.
7. Heráclito, que sostuvo que el fuego era el principio de todas las cosas, sufrió su más grande humillación un día en el cual, al derramarse el aceite con el que se hacía unos huevos fritos e iniciarse un devastador incendio que amenazaba en destruir su habitación, se vio obligado a llamar a la compañía de bomberos.
8. Uno de los discípulos más sinceros de Heráclito fue Metródoros de Chios, joven auténticamente preocupado en vivir en la práctica de las enseñanzas de su maestro. Una noche lo invadió el desconcierto cuando, tratando de

persuadir a su esposa quien le reprochaba su falta de consideración en sus opiniones y el pretendido desprecio que éstas le merecían, le dijo:

—Te lo juro amorcito que a mí no me gusta darte la contra.

9. Heráclito se puso muy colorado cuando, interrumpiendo a uno de sus discípulos que parecía cuestionar sus teorías, le dijo:

—No me gusta que me contradigan.

10. Fue en Efeso que nació esa grosera expresión, “concha de tu madre” que ha llegado hasta nuestros días y que desarmaba a los que estaba dirigida pues no sabían como responder, pero fue también allí y gracias a los partidarios de Heráclito que se inventó su respuesta, “contra”, a la cual con el tiempo y el progreso se ha adjuntado, “la tuya”. El hallazgo de esa respuesta surgió durante una reunión que se llevaba a cabo en una barriada de Efeso y en la que Heráclito explicaba su nueva tesis acerca del fuego como principio fundamental, origen o “uno” como acostumbraba llamarlo (La Unión Nacional Odriista, UNO, no tiene nada que ver con este asunto). Un viajero que llegaba por primera vez a la ciudad y que se había metido por pura confusión a esa asamblea no alcanzaba a comprender nada de lo que allí se discutía, aparte que su única preocupación era encontrar un hotelito barato. Al cabo de media hora sin embargo y realmente intrigado por lo que escuchaba se atrevió a preguntar qué era eso del fuego, recibiendo respuestas que lo dejaban totalmente frío y aumentaban su confusión. Harto ya de lo que consideraba una sarta de sandeces se levantó indignado y exclamó:

—Pirómanos, ¡concha de sus madres!, siendo respondido al unísono ¡Contra! ¡Contra! por la masa de partidarios de Heráclito.

Colofón

Los biógrafos de Heráclito y, en general, los estudiosos de su obra concuerdan en afirmar que la intuición genial sobre el devenir estuvo ligada a una decepción amorosa que sufrió el famoso filósofo de Efeso (ciudad que ya cambió de nombre). En amores con Fedra, que fue más tarde esposa de Teseo y que concibió un amor incestuoso por su hijastro Hipólito, se cuenta que un día ésta, que era versátil e inconstante, decidió repentinamente romper con él, escogiendo para tal decisión una frase que marcaría profundamente la mente del filósofo que en aquel momento sólo quería ser sastre.

—Heráclito— le dijo.

—¿Qué? —contestó Heráclito como se suele responder delante de ese tipo de situaciones.

—Debemos romper.

—¿Romper? ¿Por qué?

—Porque me siento distinta de ayer, soy otra y ya no te quiero —
respondió Fedra...

*...Esa misma noche Heráclito lloró
y se quedó dormido,
frente al mar y a la espuma,
y cuando tuvo los ojos cerrados
por el sueño
soñó
que subía desolado
a un escarpado monte
desde el cual vio
las olas
enfilando
hacia los arrecifes
el extraño ritual
de la resaca
ahogando inútilmente
la piedra
invocó entonces
al tiempo
conjurase su pena
y derramase la gracia
para su amor perdido
y el tiempo lo escuchó
y no ausente de
razón
y albedrío
vagó
por la aurora
erró
en el atardecer
discurrió
hacia el lento ocaso
repitiendo así
el fingido círculo
que parecía el mismo
pero que escondía
las trasmutaciones
de la nieve en agua
del príncipe de oro en fantasma*

de la nota en melodía
de su propio amor
en temblor
y en melancolía
y cuando despertó
advirtió
asombrado
la celada
bajo la cual se desvanecía
su propia fuga
la vida que se le escurría
como las ondas
que dibujaba el agua
y propúsose aprehender
esencia y principio
renunció al discurso
que ocultaba la caducidad
la lección del agua
y habló desde entonces
con enigmas
y sentencias.
Se prohibió paramentos
oro simulacros
hizo de la tierra
su cama
enterró la vanidad
y la apariencia.
Cuántas cosas no hizo
el buen Heráclito
para decirnos
que somos tránsito
aguas que no se repiten
en incesante
movimiento hacia la muerte...

París, julio 1981.

MAYNOR FREYRE

(Lima, 1941)

LA MUERTE DE FACUNDO

A Tito Oyague

Me levanté en forma intempestiva, perseguido por una de esas obsesiones que se le vienen a uno y un poco también a causa de que últimamente la manía de la abuela ya fallecida, ésa de irse a aguaitar si las puertas de calle estaban cerradas antes de acostarse, parecía haberse convertido en una herencia retardada en mí. Pero lo que sentí en verdad no fue susto; fue como un vacío en el pecho, otra cosa. Justo me dio eso cuando me ponía de perfil para asegurar la tranca de la puerta falsa, que efectivamente los chicos habían dejado mal cerrada después de botar el paquete de basura a la calle para que por la mañana lo recogiesen los basureros. Sí, ya sé que eso no tiene mucho que ver con el asunto, pero es que fue allí donde de perfil me pareció ver a Alba asomándose por la puerta que da al pasadizo. “Pero no seas...”, quise decirle, y se me truncó la frase y entonces me vino el escalofrío o la sensación de que algo de fuera de este mundo se me había querido venir encima.

Le conté ahí mismo a Alba. Apurado me fui donde ella —postrada en cama con un fiebrón gripal— y le dije que yo ya había tenido elaborado en el pensamiento la frase con esa velocidad que el cerebro le gana a la palabra y que la palabra o se me quedó o no pudo salir completa y que pensaba que seguramente algo había pasado —esto también una herencia de la abuela—, que alguna cosa había sucedido (sin mencionar, por supuesto, nada de difuntos, porque es peligroso relacionarlo con personas vivas y porque la muerte no es sino el

temor a la separación, así sea la muerte de los demás, aunque se trata de alguien a quien no vemos mucho tiempo pero que sabemos de alguna manera respirando y alimentándose y haciendo cualquier cosa).

No habían transcurrido ni quince minutos, te lo juro, cuando el timbre del teléfono me volvió a sacar de la cama y la voz tranquila de mi hermano Abel me sonó medio quebrada y pensé que obedecía al asunto de la aparición del hombre en bata en el momento en que iba a cerrar la puerta falsa como nuestra abuela y se lo conté después, cuando luego de relatarnos que se había ido tempranito a trabajar, a un depósito que me parece dijo quedaba por el Callao, resfriado como estaba (me lo imagino abrigadísimo, muerto de frío, él que se tapaba la boca con pañuelo mientras se persignaba con la otra mano al salir de la vieja casona desde que era muchacho) y que se aprestaba ya a retornar a su casa en un taxi, cuando un amigo lo convence para tomar un microbús que lo dejaba por cualquier parte hasta que se da cuenta de que ahí no más se hallaba el Paseo Colón y camina hasta la avenida Wilson que le han cambiado de nombre por Garcilaso de la Vega pero que él ni enterado está.

Corre Abel al ver que un colectivo lechucero llama pasajeros estirando su mano por la ventanilla y, sabes con quien me encontré, me dice por teléfono, con Félix, el esposo de Elmira (el blanco pobre, recuerdo, que se casara con la negra Elmira, una de las criadas de la abuela, después que ésta lo hiciera arrodiarse y jurar así postrado que respetaría a la mujer que citaba con nocturnos silbidos, mientras lo tenía tomado de una oreja frente al impuesto padrino de matrimonio, el notario patilludo vestido de punta en blanco). Entonces me espeta lo que yo ya intuía: una muerte. Lo que no pude predecir fue acerca del muerto: Facundo, el sonsosordo que me llevara a capacho, que se creía Pedro Infante —el charro mexicano del cine— y que era chistoso y alegre y sabía ser carpintero, electricista, gasfitero, jardinero, pintor, albañil, mecánico sin que nadie jamás le hubiera enseñado ni pizca de nada.

— —

Y voy llegando al largo callejón donde la mataperra infancia transcurrida, ahora deslucido por el deterioro, allí donde habían quedado a vivir las criadas, la servidumbre de la vieja casona, ahora venida a menos como colegio de primaria una vez muerta la gran abuela. Ahí esta Elmira en su casita de callejón, la sala comedor abarrotada, y llama a la Jacinta, quien hace poco había regresado de conocer su tierra —y la de Facundo—, la bella Arequipa, donde descubriera que su cumpleaños no era el mismo día que el de mi madre y el del Facundo tampoco es el día del cumpleaños del esposo de mi tía Alcira, la hermana de mi padre, sino que era uno de esos milagros que Dios le había hecho a la abuela para fregar a la nuera y al yerno jamás por ella bien ponderados. Y es

así como en vez del 9 de agosto, Facundo pasó a festejar en nueva fecha adelantada, un frío y lloviznante 18 de julio, su santo, ya viviendo fuera de la casa de la que disfrutaba sola la Jacinta, porque si vieras papito, me dijo, cómo se venía de borracho en las noches, todas las noches, porque paraba chupando no más donde el chino Alejandro que queda a la vuelta con los borrachines del barrio... E interrumpe la negra Elmira para contar que en la madrugada se habían venido todos los borrachitos con harto trago para acompañar el entierro y con un grueso rollo de arrugados billetes, producto de amical cuota para el entierro.

Y tuve que botarlos a palazos, porque ya traían su tranca encima, ríe la blanca dentadura de la dulce negra, y quedarme un rato parada en la puerta, porque no tenía cómo convencerlos que sin cadáver no hay entierro, pues al Facundo lo tienen en la morgue, me voy enterando. Y la Jacinta prosigue, que sí, que la culpa es de esos borrachines —ya trágica— que lo llevaron por la mala senda (las mismas palabras de la abuela; sólo le falta arrodillarse y hacer juramento), que le quitaban su plata y que ese día, el del descubierta nuevo día de cumpleaños, Facundo había venido limpiecito, temprano, a pedir perdón y que ellas lo abrazaron llorando y le dieron sus regalos, pero que ya estaba medio perdido, que dormía en la calle, en los carros abandonados cuando se le hacía tarde para ir a su cuarto de guardián del cafetín de al lado del cine Nacional (cuántas películas mexicanas no nos fuimos a ver al cinemucho ése). Y ese día, mejor dicho esa noche, se pasaron las saluciones de mulitas de pisco con los amigotes, encabezados por el policía, el detective, el tira retirado. Chupó duro, dice la Elmira, a pesar de que tenía ese flemón en la muela y la fiebrequita que no le dejaba, porque, me recuerdan las dos, sufría de piorrea. Llegó pues tarde al cafetín y se quedó dormido al frente, al lado del grifo de donde lo habían despedido por borrado y donde apenas lo dejaban cachuelear.

Dormido con fiebre en el pasto húmedo mientras una de las primeras intermitentes lloviznas invernales ensuciaban Lima y lo iba empapando en su sueño arequipeño, su tierra, sobre la que había inventado duro a sus amigos, parecida a México, mano, les decía en su media pero inteligible lengua, mientras brindaba unas tras otra las mulitas de pisco con anisado, llorando porque ya no podía entrar en su casa, porque su mama, la abuela, se había muerto hace pocos años, él no recordaba cuántos (él no sabía contar) y que su hermana lo había botado de su casa, de la casa de su mama, y que sus hermanos ya no lo veían, que parecía que habían viajado, que uno de ellos era periodista y que seguro, de saberlo ahorita habría publicado en el periódico lo de su nuevo santo, y el policía plantado lo interrumpía para decirle que sí, que él mismo había leído, ¿en la Última Hora, La Tercera, El Extra?, ¿se acordaban muchachos?, y

los demás hacían memoria, se esforzaban por acordarse. Ahora subía el Misti a caballo, cantando sus rancheras, porque él, Facundo, era Pedro Infante, era Jorge Negrete, y hasta condescendiente, sobrado, podía ser un ratito Miguel Aveces Gemía, como lo fastidiaban Jacinta y la Elmira y la Inés al lado de la buganvilla.

—

He llegado tarde a la Morgue Central de Lima y me encuentro con una huelga y con los huelguistas que han tomado el local, porque allí funciona la Facultad de Medicina de San Fernando, como todos sabemos, y afuera la policía rodea el recinto y adentro los alumnos con mandiles blancos lanzan consignas a gritos, reclaman, desafían, lanzan también de vez en cuando piedras, terrones, exhiben pancartas pidiendo cátedras paralelas, reducción de créditos y cosas incomprensibles para el vulgo, mientras corean lemas revolucionarios que más tarde olvidarán en sus consultorios, cuando ejerzan la medicina. Así no puedo saber si Facundo, si su cuerpo yerto-yermo, ya salió del depósito de cadáveres. Frustrado al constatar que la morgue no atiende señor, a nadie hemos atendido hoy, aquí le garantizamos que los muertos no se malogran, mañana podrá recoger a su hermano, consuéllese, me dice el guardián mientras los gases de las bombas lagrimógenas que he respirado a la vuelta me dan un pretexto para lagrimear un poco.

—

Estoy sentado ahora a la mesa del departamentito de callejón de la negra Elmira y llega su marido, el blancón Félix, picadito, animado por los traguitos recrimina, a mí y a mis hermanos, el haber dejado sólo a Facundo. De ellos sí creía, pero de usted, de ti, los tragos lo ponen bravo, no lo pensaba, porque hemos sido apenas tres puntas para cargar el féretro, me entera que ya hubo entierro, saca una foto como prueba, al lado del zapatero y el gasfitero, sus otras dos puntas con las que cargó el cajón.

Félix está con combinado terno oscuro, saco negro gallinazo a rayas blancas y pantalón azul marino, los zapatos bien lustrados, camisa blanca de cuello y corbata negra; Félix está vestido de circunstancias y ha sabido asumir su papel de deudo adolorido, y con la arrugada foto en la mano donde se le ve con sus otras dos puntas, sus compadres, contrito frente al féretro, me dice retornando al respeto, lo enterramos en nicho perpetuo, y usted no ve a las floristas pero sí ve, mire de más cerca, las flores, y mejor tráete un par de cervecitas Negra, porque así no se puede contar bien lo grande que ha sucedido hoy día, porque sepa usted que casi toditos los domingos nos íbamos con el Facundo, mi hermano, donde ésa que no sólo fue una madre para usted, sino para todos nosotros, y nos tomábamos nuestros traguitos con las floristas que cómo

querían al Facundo que las hacía reír y les invitaba sus tragos porque él sabía hacer su plata, y ellas llegaron ahí mismito no más, pero mujeres no cargan, así que, abre pues Negra las botellas para brindar con Mario, y no me mires así por lo de las floristas, que se fueron rapidito por lo que tenían que atender sus puestos de flores pero le pagaron las oraciones al cura y los lindos ramazos que le trajeron, porque lo querían. Y ni usted ni sus hermanos han estado presentes, salud, y entonces hemos tenido que buscar otra punta para cargar al ataúd hasta el nicho perpetuo, no vaya a imaginarse que el nicho fue temporal, y ahí está la foto para que me crean —me la pone en las narices— y luego había que llegar al sitio y el nicho quedaba arriba del pabellón así que tuvimos que esperar que viniera el montacargas para subirlo y, ustedes seguro no me van a creer, pero ahí ya no se toman fotos y ya plata no había ni con lo que dejaron sus patas de trago, pero apenas empezaron a ascenderlo comenzó una banda de guerra a despedir a Facundo y cuando ya se callaba, se nos viene corriendo un grupazo por el fondo y grita que esperen y los milicos se vuelven a formar, porque el que encabezaba el grupo mostraba un carnet y a grito pelado decía que era la autoridad, y los milicos como siempre están acostumbrados a obedecer, y los obreros del panteón subieron al ataúd que creo era un coronel y los del montacargas bajaron a Facundo; pensarían: éstos no han pagado y vienen a llevárselos presos, porque uno será humilde y lo que quieran pero yo no estaba en traza de vago, como puede ver, aunque mis compadres... bueno, no estaban tan elegantes que digamos. Bueno, para no hacerla más larga, resulta que era su patota, esa que tú Negra les llamas los borrachines (oiga usted, como si tomarse un traguito fuera pecado, salud). Así que, mire lo que se perdió, y ni a usted, discúlpeme don Mario, ni menos a sus hermanos que de puro sobrados seguro que no vinieron, los van a enterrar con banda como a Facundo, porque la banda de músicos militares volvió a entonar lo suyo, con toque de corneta y todo lo demás, y así es como se enterró al Facundo, con banda de música y todo, salud, y con una cola que ni el coronel; ¡la de su patota! (borrachines les dices, ¡no, Negra?, carajo) y en nicho perpetuo gracias a la cuota de esos... (¿malandrines, no Negra?). Y eso que yo de puro ahuevado, perdóneme don Mario, usted sabrá comprender, me puse el tercero de la cola para dar el pésame, sin acordarme que... (los otros no me interesan) que usted, su hermano, don Mario, no estaba siquiera, y que no había quién recibiera el pésame. Pero así y todo, a ninguno de ustedes lo enterrarán con banda.

TEDDY BENDAYÁN

(Iquitos, 1941)

EL POZO

La luz corrió por el cuarto... y cuatro ojos clavaron una maldición en la puerta que se abría.

—¿No la has cerrado?— replicó el hombre.

Sí, dijo ella, levantándose. Tocó su pelo que tenía en desorden y se dirigió tenuemente hacia la entrada. Despacio, para no herir la mañana que bostezaba de vez en cuando ráfagas de sol, cerró totalmente el cuarto. Lucía, sin percatarse que su marido la contemplaba con los párpados hinchados, comenzó a vestirse; puso sobre la cómoda una soguilla de tela blanca con la que amarró su pelo. Sentía una aflixión en las venas como fruta dura dentro del pecho, y sin embargo, sin decir nada dejó el lugar.

Lucía tenía la sensación de ser un objeto que rodaba y le dolía el cuerpo hasta las uñas. La casa mostraba asperezas agudas, allí estaba la mesa desafiante, inmóvil, la sentía igual que una noche antes, y sin darse cuenta frotó sus manos tartamudamente por la madera encharolada.

—¡Dios sabe a quién castiga! —gimió— Pero, ¿por qué a mí? ¡Dios!, ¡qué dirá mi madre cuando lo sepa! Le dolerá el alma el no haberme quedado. ¡Por qué a nosotros, Dios mío! —siguió gimiendo entre labios.

Sus ojos ahogados en lágrimas buscaban con rencor doloroso un punto en la escalera donde se quebró el pie su marido. Esa mañana él no pudo levantarse antes que ella. Abajo, la huerta: ancha, con grandes árboles. Las hojas le recordaron que su marido subía al caimito para coger una fruta que le entregaba en

la boca, y ahora recordaba “a veces subía yo y desde las ramas siempre miraba el pozo”.

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo no tengo la culpa!— y lloraba con un llanto de sonidos guturales para luego taparse la boca fuertemente. Había prometido a su marido no llorar por nada. Dio un suspiro arrancado y en su pensamiento apareció Juan oscuramente, torciéndose como una serpiente anudada en el centro, y luchaba por liberarse. Su mirada sonámbula oscilaba con su cabeza. Todo naufragaba en una tempestad de imágenes que brincaban negras y desaparecían estrelladas en el aire; y allí estaba él abriendo la boca desmesuradamente.

—¿Oyes ese grito?— preguntó ronco y se esfumó dando vueltas como aspa de molino.

Lucía escondió bruscamente sus dedos en el cabello, arañó su piel; tenía sin querer la escalera a sus pies, afuera la arena brillaba pálida como una agonia; todo parecía idéntico; se le enfriaron las venas; la sangre en la escalera, las hojas del caimito pasaban como proyectiles de pesadilla por la oscuridad de sus pestañas. Corrió como ave con peste hasta el filo del pozo y dobló sus rodillas para mirar con desesperación el agua; su rostro alcanzó formas de muerte; vio su cara deformada por el llanto en las ondas del líquido, y recién comprendió que casi estaba muerta y no quiso seguir existiendo sin razón. Sin embargo seguía llorando agudamente como lo hacen las mujeres.

Juan, cojeando, se arrimó en la puerta del cuarto, oyó en su cerebro una cascada, la luz tenía varios colores en el contorno de las cosas. Miró el piso, la mesa grande salpicada con lágrimas de velas: no pudo aguantar, giró la cabeza a un lado; era hombre pero también tenía lágrimas. La humedad y el óxido herían su olfato.

—Ayer, maldito ayer —dijo— ¿Todos maldicen un jueves cuando duele el alma?— y mordió sus labios para no soltar un quejido. Le dolió horriblemente el pie, alguien le amarró con un trapo amarillento la pierna, trataba de recordar.

—¿Dónde está Lucía?— Su corazón acompasó una marcha de tambores cada vez más rápidos que querían salir del pecho. La interrogación se abultó en su cerebro que ardía; sus ojos desorbitados azotaron la casa con temor desesperado, y arrastrando el pie se dirigió a la huerta; un presentimiento lo impulsaba a saltos.

—¡Qué no suceda, Dios mío!— rogó en una pizca de segundo, con más fe como si lo estuviese haciendo por todos sus años juntos. Aplastando la sangre que había dejado el día anterior cuando quebró su pierna, corrió como perro azotado por el diablo. Lucía llegaba a sus ojos con dimensiones colosales. De

un tirón quitó a su mujer de la pared del pozo y exhaustos y sudorosos se abrazaron para resistir con más fuerza el azote del recuerdo.

Ya calmados un poco, Juan miró dentro la cavidad. Había agua de profundidad oscura y de muerte, que comenzó a ondear como si millones de gusanos cristalinos agitaran sus cuerpos infernales. Allí apareció un punto blanco que se hacía grande como una plancha de pan y adquiría la forma del vestido de su hija. De su única hija. Luego su cara era de pan, sus ojos estaban cerrados y tenía los párpados morados; el pan corrupto de agua se hinchó hasta desintegrarse, Juan, violentamente hundió sus manos, y sólo logró dar de beber a sus poros.

La mañana adquirió seguridad en las plantas y las hojas hacían de espejos reflejando la vida, tal vez sintiéndola demasiado. Juan levantó a su compañera por la cintura y la llevó a su casa; pasaron por la huerta, bajo las hojas, sobre la arena y la escalera. Allí al centro, cerca del cuarto, estaba la mesa grande encharolada, cubierta con lágrimas de vela, donde una noche antes se veló la hija de ambos, la única querida hija que murió ahogada en el pozo.

1969

JORGE DÍAZ HERRERA

(Cajamarca, 1941)

UNA POR OTRA

De puro vieja, Rosaura estaba medio sorda y, ahora que se iban a la capital, no podían dejarla abandonada. La acomodaron junto a los bultos y la llevaron con ellos en el camión. La nueva casa resultó estrecha y tuvieron que hacerle un cuartito de madera en la azotea. Casi toda su vida Rosaura había estado al servicio de la familia, y nunca pudo tener un pedazo de tiempo para ella misma. Ni siquiera aprendió la lengua de los patrones: la trajeron en su propio idioma y así se quedó. Además no fue necesario que se diera el trabajo de aprender a hablar de otra manera: el señor y la señora sabían conversar con ella, y eso le bastó. Pero ya en la capital, difuntos los señores, las cosas resultaban diferentes. Los muchachos no la entendían y ella no los entendía a ellos. Se acentuó su sordera y se acostumbró a caminar de una punta a otra punta de la azotea, sin dejar de mover las mandíbulas rumiando pensamientos indecibles. Ensordeció por completo y le vino un cariño inmenso por el animalito que trajeron los muchachos y al que ella se dio por entero, hasta verlo convertido en un perrazo de dientes gruesos y pecho ancho. De vez en cuando bajaba pasito a paso las escaleras y entraba en la casa, pero ellos la ahuyentaban dando palmadas al aire como se ahuyenta a las gallinas. Rosaura regresaba a su azotea, volviendo sus ojitos parpadeantes y sonriéndoles. Cuando se quedó muerta, fueron a recogerla, y el perrazo se encaramó junto a la vieja, erizado y gruñendo, para que no se la llevaran. Unos latigazos lo hicieron renguear con el rabo entre las piernas hasta el otro lado de la ropa del cordel. La familia ordenó a la

servienta nueva que lavara bien la azotea antes de acomodar sus cosas en el cuartito de madera.

JORGE DIAZ HERRERA

1911-1981

LA TIENDA DE LOS DIAS

La tienda de los días era un lugar muy especial en la vida de los habitantes de la zona. Allí se vendían todos los productos que se necesitaban para vivir, desde el pan hasta la carne, desde los zapatos hasta los vestidos. Era un lugar donde se conocían a todos y todos se conocían a todos. Era un lugar donde se vivía con tranquilidad y con alegría. Era un lugar donde se podía encontrar a los amigos y a los familiares. Era un lugar donde se podía encontrar a los buenos y a los malos. Era un lugar donde se podía encontrar a todos.

RODOLFO HINOSTROZA

(Lima, 1941)

LAS MEMORIAS DE DRÁCULA

I

LONDRES

Anoche inauguré, en Kensington, el busto de Jonathan Harker. Los imbéciles también pasan a la inmortalidad, y me veo en la obligación moral de explicar el por qué de ese extravagante homenaje: aprovecharé para contar, sumariamente, la historia de todos estos años; sé muy bien que no poseo dotes literarias, y que no me atrae particularmente la historiografía, pero las nuevas generaciones de vampiros tienen el derecho de saber cómo es que llegamos a dominar el mundo, y es mejor que lo sepan por el testimonio de su protagonista principal, que dejando de lado toda inoperante modestia, soy yo, el conde Vladi Drácula. Harker fue quien me dio la idea de instalarme en Londres.

Como agresivo agente inmobiliario que era, me persiguió con sus malditos prospectos, presupuestos, créditos y cartas certificadas que se amontonaban en mi castillo de Transylvania, hasta que un buen día, en que los ignorantes campesinos liquidaron a nueve de mis gentes, me decidí a llamarlo para discutir con él las posibilidades de instalación en Londres. Ahí comenzó todo. Cuando lo tuve frente a mí, advertí de inmediato que él era un magnífico representante del admirable positivismo inglés, que imperaba en la época: racional, emprendedor, progresista, en su mente no había el menor resquicio por donde se pudiera deslizarse la oscura y milenaria superstición. Para decirlo claramente, para él los vampiros no existíamos, tal como los ornitorrincos que

por entonces no habían sido descubiertos. Qué diferente era a esas bandas de provincianos armados con cruces, estacas y machetes, que asaltaban en pleno día nuestros confortables catafalcos para arteramente clavarlos sus siniestras estacas mientras disfrutábamos de un sueño reparador. En su charla precisa, documentada, atea, me fui informando de la idiosincrasia y costumbres del pueblo inglés. Me prestó algunos libros que había traído en previsión de solitarias veladas junto a un fuego de chimenea, y pocos días después firmábamos el contrato: yo me hacía propietario de una bella, aunque ruinosa mansión, con grandes y polvorientos sótanos, en Carfax, cerca de Purfleet, contra un paquete de libras esterlinas que pagué al contado. Los detalles de mi mudanza los iría a arreglar "Samuel F. Billington e hijo", agente de aduanas de Whitby, puerto que se me recomendó para desembarcar. Aquí terminó la participación de Harker en el negocio; también aquí empezó su inmortalidad.

Desembarqué pues en Whitby el 8 de agosto de 1899, en medio de una sonora tempestad. Hubo problemas para amarrar el barco, porque, como era previsible durante la larga travesía —y el "Deméter" partió de Varna el 6 de julio, atravesamos todo el Mediterráneo y subimos por el Atlántico hasta el Mar del Norte— me vino un hambre atroz, y me vi obligado a alimentarme de la tripulación: cinco marineros, dos contraamaestres, un cocinero y un robusto capitán, que tenía sangre mitad rusa, mitad portuguesa, extraña y deliciosa combinación que hasta entonces no había conocido. Tuve, en consecuencia, que hacerme cargo de la maniobra, y el amanecer nos sorprendió en el puerto, a mí y mis 50 cajas de tierra de Transylvania, que era prácticamente todo mi equipaje. El excelente Billington se hizo cargo enseguida del asunto, y me expidió junto con mis cajas a Londres, donde "Carter, Paterson & Co." que se encargaron de transportarlas a mi nueva morada. Abrí mi catafalco y respiré: ¡al fin en Londres! ¡Y a medianoche, hora perfectamente conveniente para un vampiro! Decidí dar una vuelta por los alrededores.

II

TODOS LOS COMIENZOS SON DIFÍCILES

Entre la masa de gentlemen que aquella hora salían de los teatros para ir a los restaurantes de moda, pasé totalmente inadvertido. Esa maravillosa niebla algodonosa difuminaba los contornos de las cosas, y daba a Londres ese encantador clima siniestro que le es tan peculiar. Me perdí en los vericuetos de callejuelas sombrías, donde sólo se escuchaba el imperioso ruido de mis pasos, y ocasionalmente, el taconeo sensual de una prostituta. "¿Vienes querido?", debió ser lo último que dijo mi primera víctima londinense: de ella sólo conservo

dos claros recuerdos: un violento perfume de heliotropo, y la visión de su ridículo sombrero flotando en la niebla, cuando la dejé sentada sobre un pórtico, vaciada de su sangre. Esa noche fue de un increíble desenfreno —¡era mi primera salida al extranjero después de cuatro siglos!— y al alba me tiré, exhausto, ahito, en mi ataúd. El detalle pintoresco es que esa noche, toda la prensa inglesa acusaba a Jack el Destripador de ser el culpable de mis excesos, aunque mi trabajo limpio y casi perfectamente incruento era de una calidad muy superior a la suya. Siguiéron otras noches de desbordamiento hasta que, ya más calmado, decidí centrarme en el grupito conformado por Jonathan Harker, su novia Mina Murray y otra simpática pareja, Lucy Westenra y Arthur Holmwood. Una vez todos vampirizados, fueron ellos el núcleo de mi ambiciosa empresa, y lo primero que hicimos fue acondicionar los sótanos de un viejo hotel en Bloomsbury, equipándolos para albergar al menos un centenar de vampiros, con todas sus comodidades, para el indispensable sueño diurno. Hubo, claro está, que encargar a Billington que se ocupase de traernos más tierra de Transylvania, que luego distribuimos en todos nuestros grupos: el de Soho, proletario y pendenciero, el de Piccadilly, muy dado a la bohemia, y la de Bloomsbury, demasiado intelectual para mi gusto.

Lo más notable es que, durante todo este período nadie parecía darse cuenta de nuestra presencia: la gente moría, alegremente exangue, y los médicos diagnosticaban anemia perniciosa o cáncer, y no se hablaba más del asunto. Maravilloso y hospitalario país!, luego pasamos a fundar colonias en el continente: yo, personalmente, fundé la de Fontainebleau, no lejos de París, y Mina, que se reveló una incomparable colaboradora, fundó la de La Haya, y la de Barcelona. Dejé a la cabeza del grupo de Fontainebleau a André D'Amonville, un chico brillante y lleno de imaginación, de ideas algo socializantes, a quien le debemos entre otras cosas el Seguro Social del Vampiro, o SSV —que en los días de la Gran Persecución iría a revelarse de gran utilidad— y un folleto sobre las particularidades sexuales vampiras que tuvo una gran influencia en los sectores juveniles. Para entonces —corría el año de 1914 y negras nubes de guerra se cernían sobre el horizonte— éramos apenas unos 6 mil vampiros dispersos en varios países europeos. Nuestro crecimiento vegetativo era moroso, insuficiente, tal vez por la falta de incentivo que tiene el hecho de vivir en el anonimato, en medio de una población incrédula, convencional y mercantilista, que si bien ni siquiera soñaba en perseguirnos y clavar nos estacas en el corazón, nos creaba en cambio tremendas crisis de identidad, que indujeron a algunos vampiros —en particular al Grupo de Viena— a someterse al tratamiento psicoanalítico, y a otros a exiliarse a países más exóticos y crédulos como son el

Perú y el archipiélago indonesio. Fue la Primera Guerra Mundial la que vino a sacarnos de nuestro marasmo.

III

LA GRAN PERSECUCION

En más de un sentido, esa guerra fue providencial para la comunidad vampira, aunque propició excesos que estuvieron a punto de borrarlos de la faz de la Tierra, como luego veremos. En todo caso, nosotros recibimos con júbilo unánime el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, y la inmediata ruptura de las hostilidades. De primera intención supusimos que sacaríamos ingentes provechos alimenticios de los campos de batalla, pero, ¡ay! la cruda realidad se encargaría de atemperar nuestros ardores: en efecto, nos dimos cuenta que la mayor parte de las batallas se realizaban a la luz del día, al alba, cuando nosotros justamente estábamos corriendo a acostarnos. ¡Oh, cuánta sangre inútilmente derramada!... Cuando salíamos de nuestros ataúdes, a la caída del sol, los campos repletos de cadáveres nos causaban una tristeza infinita: la sangre de esos pobres infelices estaba, desde hacia horas, coagulada, y no había forma de sacarles un sola gota a los bravos soldados. Recién durante la batalla del Marne, una de las integrantes del grupo de Boomsbury, Victoria Woolfe, tuvo la brillante iniciativa de presentarse de enfermera voluntaria en el hospital de la Salpetriere, en París, para las guardias nocturnas. Esa misma noche descubrió que el hospital estaba lleno de bidones de sangre donada por los patrióticos ciudadanos para operar transfusiones.

Allí comenzó una época de prosperidad y abundancia para todas nuestras colonias vampiras de Europa: no exagero si digo que casi la totalidad de los nuestros se abocaron a tan noble profesión, y que era regocijante ver a esos membrudos y dientudos vampiros del Soho, disfrazados de enfermeros, haciendo grandes colectas de sangre por todos los barrios de Londres, que luego irían a consumir en una de las orgías que frecuentemente organizábamos por entonces. Así pasamos la guerra, felices e inadvertidos, hasta que la misma noche del Armisticio —11 de noviembre de 1918— atraparon a Andreas y Edward Boulting con una ambulancia llena de bidones de sangre, cuando iban a festejarlo con el grupo de Cambridge. De nada sirvieron las explicaciones, Andreas se enfureció y mordió a uno de los Bobbys, la cosa degeneró en batalla campal, y nuestros dos colegas optaron por transformarse en murciélagos, y se fueron a la fiesta con las manos vacías. Al día siguiente el "Daily News" denunciaba el escándalo en una de sus páginas interiores, y el profesor Van Hel-sing, ese peligroso fanático, llamaba a una cruzada para exterminarnos...

“Vampiros en Londres”, “Los Muertos-Vivos de Transylvania invaden Inglaterra”, “El bestial Conde Drácula”, “Muerte a los abortos del Infierno!” son algunos de los titulares que adornaron la prensa inglesa en aquellos días y que desencadenaron la persecución. Un cierto atavismo gótico, con el que no habíamos contado, emergió de las profundidades de la rubia Albión, borró el barniz de racionalismo, positivismo y flema, y de súbito nos encontramos frente a la más gigantesca y despiadada caza a los vampiros que jamás habíamos encarado.

IV

EL VAMPIRO CONTRAATACA

Hordas de fanáticos salvajes arrasaron con nuestras florecientes comunidades de Soho, Bloomsbury, Eton, Cambridge, Jonathan Harker y Arthur Holmwood fueron cobardemente asesinados con horrendas estacas en el corazón, mientras dormían en la Mansión Calfax. La situación era desesperada. Partí a Fontainebleau a organizar la resistencia. Y allí, un día, leí un salvador artículo de Tristán Tzara, un médico austríaco fundador del movimiento Dada, que nos devolvió la fe en nuestro destino.

“El artículo, aparecido en “Le Figaro” el 23 de setiembre de 1923, se titulaba “Faut il bruler les vampires?”, y era la cosa más sensata que se había dicho sobre nosotros en muchos años. “La humanidad es un hatajo de cerdos que trota en la tormenta —decía Tzara— conducida por curas cochinos y pajeros. Si no, cómo se explica la vindicta popular contra los vampiros, cuyo único delito es contagiar la inmortalidad a esta piara inmunda, que dice desear ser inmortal desde las heroicas épocas de Nelly, la sinántropa. Si no estuviéramos cegados por las ineptas prédicas católicas, que ven en los vampiros no sé qué imagen demoníaca, nos daríamos cuenta de que tenemos la inmortalidad al alcance de la mano: abra usted su ventana esta noche, invoque a los vampiros bajo la Luna llena, y ellos vendrán a chuparle la sangre, a hacer cesar todo el dolor del condenado a muerte, a transmitirle la inmortalidad con sus colmillos empapados en sangre”.

Aparte de un par de exageraciones líricas, lo que enunciaba Tzara en su artículo era rigurosamente cierto: nosotros los vampiros somos, por naturaleza, inmortales, cosa de la que ningún humano puede envanecerse.

Somos inmunes a las enfermedades, accidentes, agresiones, cortes y pinchazos, y —puesto que tampoco somos dioses— sólo hay tres cosas en el mundo que nos pueden ocasionar la muerte. La primera es un mal que nosotros llamamos Hipohematofagia, y que en otras palabras se llama simplemente mo-

rirse de hambre, porque uno no tiene sangre humana que beber, por una u otra razón. La segunda es una especie de insolación violenta —por eso nos mantenemos alejados de la luz del Sol, y dormimos de día— que, si no nos mata nos vuelve oligofrénicos, y que llamamos Kapotte, y la tercera y más temible cosa es la muerte por estaca. Por estaca de madera, que estos salvajes hombres nos clavan en el desprevenido corazón, mientras dormimos. Y es así como nos estaban diezmando, cuando llegó ese providencial artículo a mis manos. Decidí pasar al contraataque, apoyándome en los mismos argumentos que Tzara. Convoqué a una conferencia de prensa, la semana siguiente, en el Salón de los Espejos, del Palacio de Versailles.

Había una razón táctica para elegir semejante lugar que no tardó en dar sus resultados: las decenas de periodistas que asistieron, comprobaron, con espanto, que mi cuerpo de vampiro no se reflejaba en los espejos. Y tampoco impresionaba las placas fotográficas, como luego comprobé yo, con gran fastidio, pues esto iría a dificultar mis relaciones con el público que cree cuanto ve. En fin, a la hora señalada —las 12 de la noche del día 30 de setiembre— nos materializamos, Lucy, Mina y yo, en medio de la Sala de los Espejos, frente a los atónitos periodistas. Habíamos preparado cuidadosamente nuestros efectos, desde el vestuario —ellas vestían trajes de noche estilo Imperio, y yo un smoking negro y capa forrada de rojo— hasta ciertos pequeños números bastante impresionantes para quien no esté habituado a la cuestión de la inmortalidad vampira. Repuestos del estupor, los periodistas nos rodearon, y las preguntas salieron disparadas en todos sentidos: “Conde Drácula, ¿es verdad que los vampiros no pueden comer ajos?”. ¿Es verdad que se pueden transformar en muerciélagos o en lobos? Es verdad que chupar la sangre es equivalente a un orgasmo prolongado?” —esto se lo preguntaron a Lucy, que estaba realmente apetitosa en su vestido rojo sangre—, “¿Es verdad que en los Cárpatos hay vampiros comunistas?”. Teníamos respuesta para todo, pero esperábamos una pregunta, que, curiosamente, tardó mucho en llegar. Un jovenzuelo flaco, vestido con la afectación de un dandy español, sin aspecto de periodista, es quien la formuló: “¿Son realmente inmortales los vampiros?”. “¿Lo duda usted?”, respondí. “Les hemos preparado una pequeña demostración”. Lucy se levantó el costado de la falda, y de lo alto de su media, sacó una pistola Mauser 6.35...”

V

PARIS

“¡No!” aulló Mina “¡Lucy, no!” aferrándose a mi cuello con desesperación, Lucy levantó la pistola con una mueca de odio: “¡Eres una ramera!” le es-

cupió. “¿Crees que no sé que ustedes dos se entienden?”. Los periodistas empezaron a retroceder atónitos. “¡Deja eso!” le ordené tendiendo la mano hacia el arma. “¡No te muevas, cochino!”, gritó la mujer, fuera de sí. El jovencuelo, imperturbable, dijo: “¿De modo que los vampiros son celosos?”. Los periodistas no se perdían ni una miga de los acontecimientos, mientras se ponían prudentemente al recaudo y los fotógrafos disparaban inútilmente sus cámaras. Una voz dijo: “Pero, ¿cómo los vampiros no eran inmortales?”. La risa histérica de Lucy lo calló: “Imbéciles!. Ahora es cuando van a saber la verdad! ¿No es cierto Vladi?” exclamó roncamente, y disparó la primera pepa, con gran estruendo. El tiro entró limpiamente por el ojo derecho de Lucy, y salió por el occipital, yendo luego a estrellarse en un espejo que quedó hecho trizas. Los chicos de la prensa estaban tan fascinados, que ni siquiera parecían asustados. “Vamos” dijo una voz, “¡En el otro ojo!” cosa que Lucy ejecutó de inmediato. Pero, esta vez, para que no cupiera duda le disparó al ojo izquierdo de Mina a unos 10 centímetros, y la bala, después de atravesar su cabeza, fue a incrustarse en un jarrón de Sévres, que estalló en un elegante tintineo. No saltó ni un pedazo de masa encefálica, ni el cuero cabelludo se pegoteó de sangre, ni unas órbitas negras y sin vida nos quedaron mirando desde el suelo: por el contrario, Mina a quien las balas habían atravesado como si fuera una indestructible muñeca de jebe, sin herirla, y prácticamente sin tocarla, hizo una coqueta reverencia a los fotógrafos. Otra voz reclamó: “¡Al conde!, ¡Al conde!”, y Lucy me vaceó el cargador en diferentes órganos —hígado, corazón, riñones, sexo— que fueron a astillar nuevos espejos. Para acabar con la parodia, la encantadora Lucy, con un delicioso mohín, muy estudiado, dijo: “¡Oh mundo cruel!. Ahora que mi amado ha muerto ya no me quedan razones para vivir”, y se levantó la tapa de los sesos, o mejor dicho se la hubiera levantado en circunstancias normales, lo cual no era de ningún modo el caso. Su coqueta bala fue a alojarse en las clavículas del corresponsal del “Times”, quien quedó completamente convencido de nuestra invulnerabilidad ante las balas. Una cerrada ovación saludó el fin de nuestro show. Habíamos triunfado, y al día siguiente todos los diarios publicaban titulares como “Confirmado, la eternidad es vampira!” o “¡Abolición de la muerte en Versailles!” o “El precio de la inmortalidad: ser un vampiro” y otros más ingeniosos. Las semanas que siguieron fueron de una actividad demencial: asistimos a mesas redondas, conferencias, polémicas, ruedas de prensa, cócteles, vernissages, etc. para publicitar nuestra propuesta y pronto fuimos adoptados por el muy mundano París, gracias a gente como Jean Cocteau y Colette, que asistían a la ópera con un bebé vampiro colgado de la solapa, y con enormes dientes de marfil. Reagrupamos pues nuestras fuerzas en torno a una nueva residencia, el 49 de la Avenida Foch, donde pronto hicimos

muy populares nuestras orgías de sangre. Oficialmente —según nos comunicó el prefecto de París—, no éramos perseguidos, al menos dentro del laico territorio francés, y podíamos acogernos a los beneficios de las sociedades sin fines de lucro, que funcionan según la ordenanza de 1901. Organizamos, pues, amparados en esta oportuna ordenanza, ciertas célebres fiestas de carnavales en el barrio de La Bastilla, en el invierno de 1924. El balance fue de lo más alentador, pues al cabo del tercer día de celebraciones, nuestra población ascendía, solamente en París, a 27,855 habitantes. Esto es sin duda lo que despertó la megalomanía de Lucy, quien un día se presentó a casa con un jovencito en quien reconocía al atildado españolito de nuestra primera conferencia de prensa. “Vladi”, me dijo toda excitada, “¡Él tiene la solución a nuestro problema!”. “¿Cuál problema?”, le respondía ásperamente. “Nuestro problema de expansión demográfica, ¿cuál va a ser?”. Me volví hacia el joven: “¿Y bien?”, le dije. Me miró no sin cierta insolencia: “Nos vamos a conquistar los Estados Unidos”, dijo. “Y yo les voy a organizar todo. Soy un genio y me llamo Salvador Dalí”.

VI

LA CONQUISTA DE AMERICA

Su plan consistía en organizar un circo de vampiros, al estilo del Barney, y recorrer con él todos los Estados Unidos, con un gigantesco despliegue publicitario. El mismo se encargaría de inventar los números, y a nosotros sólo nos quedaría ejecutarlos. Como es natural, el único mensaje que transmitiríamos al novelero público americano, sería el de “la inmortalidad al alcance de su mano”, etc. Este desafortunado proyecto, que visiblemente había encandilado a Lucy, a mí me pareció, para decirlo de una buena vez, bastardo. Yo, el conde Drácula, descendiente de la má ilustre familia de Voivódes de Transylvania, de payaso de circo como Buffalo Bill? Impensable. Pero un estadista que vela por su pueblo, tiene del deber de pensar dos veces lo impensable, de modo que terminé por aceptar después de una madura reflexión, y el tiempo demostró que no me había equivocado, aunque en aquel momento tuve que reprimir unas ganas furiosas de vomitar mi nombre, mi linaje, y todo cuanto estaba traicionando por razones de Estado. Dalí partió entusiasmado, para volver al cabo de un par de semanas, con una pila de bocetos, a cual más delirante. Al principio quería que mordiésemos a Douglas Fairbanks, Fatty Arbuckle, Theda Bara y otros bichos de la fauna hollywoodense para incorporarlos a nuestro circo, cosa que fue rechazada por los sindicatos, y no llegó a prosperar. Después de muchas discusiones, enmiendas, consultas técnicas y legales, logramos

establecer nuestro programa. El circo se llamaba "Nosferatu All Stars", teníamos 400 personas en plantilla, una caravana de 50 camiones, 8 elefantes, 24 caballos, 15 enanos y una pareja de siameses vampiros verdaderamente sensacionales. En 4 meses de febriles ensayos, que dirigieron Dalí y un amigo suyo, también español, llamado Luis Buñuel, estuvimos listos. El 20 de setiembre de 1924 desembarcamos en Nueva York, con cofres y petacas. Un imprudente aduanero me preguntó si tenía algo que declarar: "Sólo mi inmortalidad", respondí, en una frase que pronto dió la vuelta al mundo. Debutamos 15 días más tarde en Central Park, donde habíamos instalado nuestra inmensa carpa. Un joven de ascendencia húngara, Bela Lugosi, ofició de Maestro de Ceremonias.

La fanfarria ejecutó, frente al enardecido público que atiborraba la carpa, el tema de M.L. Escudero: "The vampire is flying/Someone must be bleeding". Y el espectáculo comenzó.

En el primer número, Mina aparecía vestida de domador, restallando un látigo, en el aire, precedida por cuatro rugientes leones. Los hacía trepar a cada uno sobre un piano de cola, y luego metía la cabeza en las fauces de la fiera más feroz. Pero entonces la fiera, inesperadamente, ¡clac!, cerraba las enormes mandíbulas, y le cortaba el pescuezo como un cimitarra. Aquí el efecto estaba bien logrado, porque el público se puso de pie, con un unánime grito de horror. El cuerpo decapitado de Mina, sin embargo, hizo restallar una vez más su látigo, y el león vomitó la cabeza sobre el teclado del piano. La cabeza dijo: "El vampiro eructa una amapola". Un escalofrío atravesó la muchedumbre. Entonces Mina se puso la cabeza sobre sus hombros, sacudió la rubia cabellera y respondió: "¡Los vampiros son muy contagiosos!". Una atronadora ovación saludó su restablecimiento. Mina dio la vuelta al ruedo, mostrando su alabastro-cuello al público que no pudo descubrir en él la menor traza de la mutilación que acababa de sufrir, y un espontáneo cayó de rodillas ante ella; "¡Muérdeme! ¡Muérdeme! ¡Yo también quiero ser inmortal!", gritó, ofreciéndole su yugular. El servicio de orden lo desalojó, y Bela Lugosi, luego de reclamar silencio al enloquecido público, anunció que estaba prohibido morder a los espectadores durante el espectáculo, de modo que les rogaba esperar hasta el final del mismo.

En el siguiente número, me parece que serruchaban a la pobre Lucy a la altura de la cintura, sin truco alguno, con una sierra circular. Naturalmente que luego se volvía a juntar los dos pedazos, y Lucy saludaba graciosamente a los espectadores diciéndoles: "¿No quieren ver mi cicatriz de apendicitis?".

VII

LA MULTIPLICACION DE LOS VAMPIROS

“En fin, había los números de los vampiros siameses voladores, del vampiro-cañon, grotesco asunto en el que el pobre D’Amonville, cual bala de cañón, iba a percutar contra un muro de concreto armado, se encogía como un acordeón o un comic de Tex Avery, y luego rebotaba contra otro muro, como una pelota vasca, hasta estabilizarse, sacudirse el polvo, y sonreír al público, quien encontraba sumamente divertida esta masacre. Después de varias otras payasadas que felizmente he olvidado, me tocaba a mí cerrar el espectáculo. Después de haber declinado mis títulos y contado un resumen de mi historia, Bela Lugosi me dejaba, apoyado en un tablón, a la merced de Lucy, que blandía una decena de puñales en las manos. Había que tener cierta habilidad para lograr nuestro número, porque de lo que se trataba no era de dibujarme, sino de perforarme ciertos puntos previamente elegidos. El primer puñal me entraba por la frente, y me inmovilizaba contra el muro. El siguiente me abría en dos la lengua, el tercero me atravesaba el esternón, cuarto y quinto riñones, el sexto era para abrirme en sangrantes pétalos el sexo erguido y desafiante, y los cuatro restantes me clavaban las manos y los pies, dejándome hecho un *ecce homo*. Habíamos decidido que la cosa sería mucho más estremecedora si la sangre corría, de modo que de cada una de estas sesiones yo salía debilitado y sediento, como si hubiera atravesado el Sahara. Desgraciadamente, y por razones de todos conocidas, no tengo fotos del acontecimiento, pero parece que estaba realmente impresionante cuando me adelantaba hacia el público, todo ulcerado de puñales, ribeteado de sangre, oliendo la lujuria, y comenzaba a sacarme los aceros, uno a uno, en perfecto silencio. El último en salir era el que llevaba clavado aquí en la frente, y con él, describía grandes círculos en mi mano, convocaba a los vampiros. Era el gran fin de fiesta, y bandadas de vampiros, se abatían sobre el público que no podía ya más de excitación e impaciencia, y tendía sus miles de pescuezos palpitantes a nuestros colmillos ávidos, en medio de aullidos y gemidos de histeria y de placer.

La temporada en Nueva York, que duró tres semanas, incrementó nuestra población en alrededor de medio millón de habitantes. De ahí nos fuimos a Salt Lake City a picar mormones, a incitación de Buñuel que era rabiosamente anticristiano, y fabricamos una pulcra raza de vampiros mormones que van por el mundo mordiendo a la gente de puerta en puerta, como ellos acostumbra, y además practican la poligamia. En San Francisco ingresaron a nuestros rangos varias decenas de miles de homosexuales, que comenzaron a inquietar a nuestra población obrera, y en San Diego reclutamos a puros marineros, disco-

los y peleones, pero que llevaron el mensaje de “Nosferatu All Stars” a todos los puertos del mundo.

Fue en la aburrida travesía del desierto de Sonora, cuando nos dirigíamos a México City, donde hicimos el balance de nuestra gira de 4 meses a través de los Estados Unidos. Según cálculos de André D'Amonville, habíamos vampirizado, por contacto directo, e indirecto, a unos 8 millones de americanos, que, aunados a los de las diversas colonias, en rápido crecimiento demográfico, llegaban ya a la nada despreciable cifra de 11 millones de miembros. Teníamos colonias, clubes sociales, casinos, fábricas, agencias de viajes, lavanderías, madereras, dos equipos de fútbol, cuatro de rugby, tres de béisbol, un campeón mundial de bridge, un maestro internacional de ajedrez, centenares de actores de cine, cantantes y ventrílocuos, varias flotas de camiones, y estábamos a la cabeza de las bancas Morgan y Rockefeller. Un estudio cuidadoso de los últimos datos provistos por nuestra central de París, nos reveló que la presencia vampira en el mundo era rala e insuficiente: sólo teníamos real influencia en Europa y los Estados Unidos, pero apenas si habíamos explorado el Africa, el Oriente, la América Latina —donde sin embargo teníamos dos florecientes colonias: una en un balneario peruano llamado Chaclacayo, y otra en Río de Janeiro. Y además nos acechaba una amenaza peor que la persecución: el malthusianismo”.

VIII

LA MALDICIÓN DE LAS CIEN LÁGRIMAS DE SANGRE

“Fue Patricio Yucra, un peruano que antes de haber sido vampirizado en Londres estudiaba lógica con Russel y Withehead, quien nos abrió los ojos sobre el inminente peligro que nos acechaba. Su demostración en la cabina de un rugiente camión colorado, fue brillante, sobria, aplastante. “Supongamos que hemos exagerado un poco nuestras apreciaciones —dijo— y que no somos sino diez millones de vampiros. Pero, ¿se han puesto ustedes a pensar a qué ritmo nos multiplicamos?. Un vampiro adulto consume, como promedio, unos cuatro litros de sangre humana por semana; en progresión geométrica apenas si tenemos reservas para 7 semanas y pico, luego sobrevendrá la hambruna más espantosa que hayamos jamás afrontado, el único enemigo capaz de exterminarnos y borrarlos para siempre de este mundo”.

Todos enmudecimos, aterrados. El camión se detuvo, y, detrás de él, toda la caravana, en un pasaje desértico que se encontraba —siempre lo recordaré— entre Querobabi y Carbó. Verificamos febrilmente su terrible hipótesis, y no nos quedó más remedio que aceptarla en toda su espantosa latitud. En efecto,

dentro de una semana seríamos 20 millones, o más. En dos semanas 40 millones, y así sucesivamente, de modo que llegaríamos al fin de la séptima semana con una población repartida en todos los continentes —de 1,280 millones de vampiros, más de la mitad de la que había por entonces en el mundo.

Descendí de la cabina, y di un largo y solitario paseo por el desierto. ¿De modo que éste era el fin del más maravilloso sueño humano? ¿El fin de esta bella humanidad inmortal, vampira, hecha para viajar a las estrellas, conquistar las galaxias, semejarse a los dioses?. ¿Moriríamos de hambre?. Recuerdo que me quedé mirando fijamente a una lagartija que estaba sobre una piedra, inmóvil desde hacía milenios. Imaginé cómo había sobrevivido en ese inhóspito páramo, cómo su cuerpo se había adaptado, desde las épocas en que sus primos, los dinosaurios dominaban la Tierra, a las condiciones cambiantes. Y los dinosaurios habían desaparecido, y que ella bajo la luna, me hacía un guiño, y se perdía entre el polvo arcilloso.

Cuando volví al camión, me esperaba un compacto grupo silencioso en el que destacaban los llorosos ojos de Mina, la mirada luciferina de Lucy, el temblor de las manos de André. Como no tengo el gusto de las frases heroicas y grandilocuentes, les dije simplemente: “Señores, vamos a tener que adaptarnos. Mina, Lucy y Patrick regresan a París conmigo. Tú, André, vas a llevarte el circo a Hermosillo, y allí harás una última función antes de disolverlo. Después te reunirás con nosotros en la avenida Foch, con todo el staff. Y en cuanto a ustedes —rugí dirigiéndome a Dalí y a Buñuel— olvidense de la inmortalidad!. Mientras yo exista —y existiré hasta que se apaguen las estrellas— ningún vampiro, hombre, mujer o niño, los mordeará para comunicarles nuestra gloriosa esencia!. Vagarán por el mundo como apestados, dormirán por las noches, trabajarán bajo la luz del sol, comerán carne y legumbres, tendrán hijos, se cortarán al afeitarse, se machucarán los dedos en las puertas, no podrán volar!.

Por dárselas de vivos, surrealistas!” terminé despectivamente envolviéndome en mi capa. Su reacción fue de lo más sorprendente: se echaron a reír a carcajadas, dándose de palmadas en los muslos.

“¿Quiere que le diga una cosa ingeniero? —alcanzó a decir Buñuel entre toses y estornudos—. ¡Yo me cago en la leche del vampiro! ¡Me cago en la leche de mamá vampira! ¡Me cago en la leche de los muertos de la mamá vampira!. ¡Joder!”. Y su compadre agregó: “¡Mira tú, con todo lo que hay para comer y para beber en este mundo, y estos gilipollas van a morirse de hambre!. ¡Pero si son negaos, te lo había dicho, hombre, Luis!”.

Y se fueron, en auto-stop, a Guadalajara. Después me enteré que habían hecho unas incongruentes películas en las que para nada hablaban de vampiros. Volvimos a París”.

IX

COMER O NO COMER

“Siete semanas: ¡Desde nuestro regreso, una afiebrada actividad reinaba en la avenida Foch, donde pusimos a funcionar un Comité de Emergencia, conformado por distinguidos vampiros de todas las ramas del saber, la política y los negocios, quienes conjugaban sus esfuerzos para tratar de hallar una parada al horrible destino que nos aguardaba. Pero a decir verdad, todo ese zafarrancho me dejaba frío, porque todos, en un acto de pudor incomprensible, eludíamos tocar el único punto realmente decisivo para nuestra supervivencia, comer o no comer, ahí estaba todo el problema. La grosera frase de Dalí al dejarnos, no por ser injuriosa era menos verdadera: si nos dejábamos morir de hambre en un mundo lleno de comida, de fabulosas escuelas culinarias, de platos memorables, prodigiosos, incomprensibles para nuestros hábitos de alimentarnos única y exclusivamente de sangre humana, éramos, efectivamente, unos gilipollas o algo peor. ¡Teníamos que aprender a comer otras cosas! ¿Pero qué?. ¿Nabos?

Coles? ¿Chuletas de cerdo, patitas con maní? ¡Absurdo! ¡Absurdo y nauseabundo! ¡Joder!.

Una noche que bajé a la cocina, a buscarme en la refrigeradora un vaso de sangre de nonato, antes de irme a dormir, me encontré a Lucy muy atareada que, con un delantal donde decía: “Amor... es una parrillada entre los dos”, freía unas morcillas españolas. “Vladi” me asestó “¿Tú sabías que las morcillas estaban hechas de sangre coagulada?” “¡No me digas!” repuse interesado “¿de sangre humana?”. “¡No que va! ¡De sangre de res, de chancho, de cordero, qué se yo” ...En fin... sabes, con su aderezo, unos cebollines bien picados, ajo, especias...” “¿Ajo?” repliqué escandalizado. “¡Pero eso es un veneno para el hígado!” “Bueno se trata de experimentar, señor conde”, dijo Lucy muy segura de sí misma “es la única manera de saber”. Y se sirvió una humeante, despanzurrada morcilla en su plato. “¿Quieres?” me invitó, provocativamente. “No, gracias” repuse, “Veamos primero lo que pasa contigo”. Y me acodé a observarla.

Esa noche la pasó en el hospital, con unos retortijones impresionantes, diarreas, y unos vómitos en los que se le iba el alma. Le hicieron unos lavados intestinales, y al día siguiente, cuando estaba ya casi repuesta, fui con Mina y

Patrick a visitarla. “Tu sacrificio ha sido inútil, querida —le espeté— nunca se ha visto que un vampiro coma”. “Pues, yo seré la primera!” declaró Lucy, muy combativa en su pijama anaranjado. “Debe ser que tenemos los estómagos atrofiados —continué— pero ya ves que no retenemos nada!”. “¡Estoy segura de que, si insistimos, terminaremos por habituarnos!” replicó ella, implacable. Aquella misma noche se crearon las Brigadas Culinarias Internacionales, cuerpo de vanguardia y experimentación, cuya misión sería comer y beber absolutamente todos los potajes y bebedizos humanos, para ver si nos acostumbrábamos a ellos o encontrábamos algún guiso compatible con nuestra naturaleza. Las brigadas quedaron, como era natural, bajo el mando de Lucy, y celebramos su fundación, como era conveniente y hasta simbólico, con un banquete en el Hotel Ritz.

Algún recuerdo limitado y menguante es todo lo que me queda de aquel memorable, y algo disparatado menú que, ¡ay!, fue mal degustado, peor digerido, y finalmente arrojado por los frágiles estómagos de los brigadistas, unos 500 bulliciosos voluntarios venidos de todos los horizontes. Hubo, me parece, una langosta al champagne, otra al Thermidor, otra en Bellevue, unos salmónes a la albahaca, un lenguado relleno a la crema, una crema de cangrejo, unas anguilas al ajo, unos tournedos Casanova, un codillo de cordero a la gendarme (que lamentablemente tenía mucho ajo), unas criadillas en mantequilla negra, un pato a la naranja, un pato salvaje a la Montmorency, y un inexplicable lomo saltado, sin duda idea de Yucra, que se había adherido entusiastamente a las brigadas. Prefiero no hablar de los vinos y licores que se consumieron en ese catastrófico banquete, que dejó las instalaciones del Ritz a la miseria, con un abominable olor a vómito que tardó semanas en disiparse. Pero, al día siguiente, Lucy dividió las brigadas en grupos de 12 personas, que se dispersaron por todos los restaurantes del mundo con la alta y peligrosa misión de degustar ¡absolutamente todo!. Faltaban apenas cuatro breves semanas.

X

EL TAMAÑO DE LA NOCHE

Y nuestra formidable expansión demográfica continuaba, como una triunfante cabalgata de Walkyrias: el 6 de febrero éramos ya 160 millones de vampiros, y habíamos técnicamente colonizado los Estados Unidos, a excepción, claro está, de ciertas minorías negras, irlandesas, sicilianas, todas penosamente católicas. Un cable del Presidente de dicho país, un tal Collins, o Cooper o Gooker, me invitaba a apersonarme en la Casa Blanca para celebrar el acontecimiento. Confieso que me sentí entusiasmado: la inmensa noche, la fa-

bulosa noche americana era nuestra". Bajo nuestro régimen las ciudades dormían durante el día, bajo el espeso sol. Eran kilómetros de avenidas desérticas, silenciosas, por las que a veces atravesaba una manada de perros retozando bajo los semáforos inertes, o pequeñas bandas de poetas, vagos y ladrones destrozan las vitrinas de los supermercados con barras de fierro, y se dedicaban al saqueo. El asqueroso día giraba en redondo sobre sus talones, ebrio de soledad, hastiado de silencio, y se desplomaba sobre el lomo de los edificios. ¡Entonces aparecía una bandada de vampiros en el horizonte, anunciando la caída del sol, y se encendían las luces de Manhattan! ¡La noche que había cantado Whitman era nuestra! La noche de desnudos senos, noche magnética y nutricia, noche de vientos del sur, noche de escasas y grandes estrellas, tranquila y cabeceante noche desnuda y loca noche de verano, era nuestra, poeta.

Pero, ay, yo no pude aceptar su invitación, sumergido como estaba en el famoso Comité de Emergencia clavando banderitas en un gigantesco planisferio, constatando el avance de mis huestes cada vez que el cable vibraba. Y, a decir verdad, el comité me parecía esplendidamente inútil, todas nuestras recomendaciones de abstinencia, de moderación, de ayuno, se habían perdido en el tráfago, y en la práctica sólo nos limitábamos a dirigir el tráfico de las masas de vampiros entre continentes y países. El 13 de febrero los americanos, al no poder encontrar alimentos dentro de sus fronteras, bajaron en hordas gigantescas, al hemisferio sur. Se había abatido, volando, en bandadas que cegaban la pálida luz de la luna, sobre todo el Caribe, Cuba, Puerto Rico, Haití, y se presentaban a invadir la América Central. Quienes venían por tierra en tupidas caravanas de carros, y vociferantes autobuses y camiones, ya habían dejado atrás Ciudad de México y se amontonaban en el Istmo de Tehuantepec, antes de lanzarse a la conquista del Yucatán, para de allí saltar a Sudamérica. Pero un remanente de varios millones de vampiros gringos, con sus mochilas y sus bluejeans desteñidos, trepados en sus trasatlánticos, goletas, zeppelines, o volando a pulso, estaban en camino hacia la costa occidental del Africa. Un último cable nos anunciaba que la vanguardia en un gigantesco zeppelin rosado, había ya llegado a las islas de Cabo Verde, para gran regocijo de los nativos, a quienes traíamos, conjuntamente con la inmortalidad, la civilización occidental. En Europa, la situación era pasablemente desordenada. Ya por esas fechas éramos unos 320 millones de vampiros, y la amplitud de nuestro contingente nos había permitido dominar toda la cuenca del Mediterráneo, pero no sin esfuerzos. En efecto, los europeos eran menos complacientes que los americanos, y en muchas ocasiones habían presentado batalla, y en particular en los países católicos, manipulados por el Vaticano: Italia, España, Irlanda. La toma de Madrid, encabezada por los hermanos Boulting, fue particularmente sangrien-

ta (como ya me parece haberlo dicho en alguna parte, yo detesto las guerras). Francia, Holanda, Alemania, los países escandinavos y algunos de la Europa Central se situaban a la vanguardia del desarrollo, y los Cárpatos continuaban siendo la línea divisoria entre el bullente Occidente y Rusia, por entonces en plena revolución. Habíamos sin embargo colocado un par de nuestros mejores cuadros —Yarmolinsky y Tissier— en el Comité Central del Partido Comunista, bajo protección de Trotsky, pero se rumoreaba que el camarada Stalin preparaba una gran purga contra nosotros y nuestro protector, y que pretendía acusarnos de agentes imperialistas agentes del Vaticano, o de algo igualmente absurdo e indefendible”

XI

DE VAMPIRI RERUM

“Un día Mina vino a sacarme, muy temprano de mi catafalco, blandiendo unos papeles, “¡Nosfy! ¿has visto esta infamia?” gritó con una exaltación que no le conocía. Traté de leer, emergiendo de las brumas de mi sueño, el panfleto mimeografiado que me tendía. El encabezamiento decía: “De Vampiri Rerum”, y, era el texto de la encíclica que el Papa Pío XI había lanzado el mes pasado.

Llamando al pueblo cristiano a la caza de los vampiros, alegando que éramos engendros del demonio. “¡Esos curas de mierda se creen todavía en la Edad Media!”, —continuó, paseándose en torno a mi ataúd. Organizan progroms y masacres como en las mejores épocas de la Inquisición. ¡Agitan a las masas! Ellos son los únicos culpables de los disturbios de Chicago, de Silesia, de Cartagena. ¿Vamos a tolerar más tiempo esto?”. “Mira, lamentablemente yo no tengo tiempo para andar pensando en esos pobres diablos. ¡Hay otras prioridades!”, respondí dándome vuelta en el féretro, muerto de sueño. “¡Nosfy! — aquí el tono de su voz se hizo suplicante— Ya sé que estás muy ocupado con el Comité, pero si tú quieres yo misma me ocupo del asunto!, ¡Dame un cuerpo de rangers, y te juro en 48 horas barro con toda esa gentuza del Vaticano!

Yo, a esas horas, era capaz de autorizarla a hacer cualquier locura, con tal de que me dejase dormir, de modo que lo hice. Luego me enteré que Mina en persona dirigió el raid sobre El Vaticano: la vanguardia de sus rangers desactivó el ajo y los crucifijos que protegían la ciudadela y una bandada de feroces soldados se cepilló a Guardias Suizos y Cardenales, mientras que ella se ocupaba del imprudente Papa; cuatro vampiros los sujetaban contra el piso de la Basílica de San Pedro y Mina lo cabalgó, chupándole toda su cansada, aguachenta sangre, acabando de ese modo con toda resistencia organizada en el mundo.

Todo iba a una velocidad endemoniada, y esas fueron las semanas más largas de mi vida, porque en ellas y gracias a nuestro vertiginoso avance, se estaba decidiendo la suerte del planeta, minuto tras minuto. El 17 de febrero fui llamado de urgencia a la Clínica Americana. Allí se me informó, con gran secreto, que una pareja de vampiros japoneses, Henry y Arlette Nakamura que pertenecían a las Brigadas Culinarias Internacionales, ¡daban muestras de soportar la comida!. Aparentemente, habían comenzado por retener en sus estómagos un bistec con papas fritas, luego unas legumbres, un pollo, un poco de arroz, y se estaba experimentando con ellos para conocer las causas de este espectacular cambio en sus metabolismos. Encontré a Lucy llorando de emoción en la puerta del cuarto que los japoneses compartían: “¿Es posible, Vladi?, Es posible?” gimoteó, colgándose de mi cuello. “Ojalá, querida, porque, si no, sonamos...” repuse, arrastrándola al cuarto. Allí los vimos.

Los Nakamura eran inusualmente gordos y sonrosados para ser vampiros y, cuando entramos, se estaban despachando un enorme Rysttafel indonesio, de 19 platitos y una gran cacerola de arroz, entre los dos solos. Un equipo de médicos chequeaba sus reacciones... “¿Cómo va eso?” dije, a guisa de saludo, conteniendo mi repugnancia ante esa imponente mesa. “¡Perfecto!” repuso el doctor Bernstein, un viejo vampiro judío especialista en dietética, “Comen prácticamente todo, salvo pasteles, compotas, cosas azucaradas en general. Tampoco pasan las gaseosas ni la cerveza, ni, lamentablemente, el vino. Pero el resto lo digieren tal como un humano en buena salud: perfectamente...” “Y ya se sabe por qué?”, pregunté disimulando mi ansiedad. “¡Hélas! ¡Todavía no!” respondió el médico, “pero confío en que no tardemos en saberlo. Varios equipos científicos trabajan sin descanso, y es cuestión de días, tal vez de horas, que descubramos cuál es el agente que les permite comer sin ningún problema”.

“Manténgame informado” le dije saliendo de la habitación, “Llámeme a cualquier hora de la noche, o del día”.

Su llamada llegó al día siguiente, cuando me aprestaba a acostarme luego de una agotadora jornada en la que, visto que en dos días íbamos a llegar a la cifra de los 640 millones de vampiros, más de la mitad de la población mundial de entonces, casi había perdido yo toda esperanza. La escuché en silencio, y de pronto no pude controlar la risa salvaje que me subía a la garganta. “¡Lo logramos!” —grité— ¡Es de lo más gracioso!. ¡Es increíblemente gracioso!” Y convoqué a un gigantesco mitin, el 20 de febrero en la Place de L'Etoile...”

XII

LA OFENSIVA FINAL

“Jamás he visto desde entonces una tal concentración de gente. Vampiros de todos los horizontes llenaban la Place de L'Etoile, y todas sus rutas de acceso: las avenidas de la Grand Armée, Wagram, Foch, Kleber y los Campos Elíseos hasta el obelisco de La Concorde, y en nutridas bandadas volaban, dando algunos chillidos, sobre el aire oscuro y transparente de París. No voy a detenerme en los detalles de esta imponente ceremonia, en los decorados aúlicos, en los poderosos reflectores que barrían la noche, en la música incidental —era “Noche Transfigurada”, recuerdo—, en el rugido animal de la muchedumbre ansiosa. Baste decir que, cuando hubo terminado el último orador de circunstancias, aparecí yo, envuelto en una larga capa negra. Y cuando se acallaron los últimos ecos de esa masa transtornada por la curiosidad y el temor, entonces hablé, y dije: “Hermanos vampiros. ¡Los he reunido aquí para decirles, que lo último que nos falta ganar en este mundo, es la luz del sol!. Todo el resto lo tenemos, los continentes, los océanos, el aire azul y puro, las culturas, el arte, el amor, el erotismo. ¡Los hombres nos han entregado este planeta para ellos inmanejable a cambio de la inmortalidad!. Todos hemos ganado, ellos sus sueños, y nosotros sus almas. ¡Y si la mitad de este planeta aún no nos pertenece efectivamente, es porque hemos vivido, tal como los humanos, bajo la amenaza del hambre. ¡El hambre, la maldición humana!”. Yo podía palpar ese silencio dramático, esa angustia contenida y presta a estallar, si mis palabras no respondían a esa expectativa. Hice una pausa y continué. “Pues yo vengo a anunciarles que hemos vencido el hambre. ¡Vengo a anunciarles que hoy en adelante, podremos comer y beber todo cuanto comían y bebían los humanos! ¡Estoy aquí para anunciarles que nuestros científicos han descubierto una sustancia que, agregada a cualquier alimento, lo hace enteramente inofensivo para nosotros los vampiros, y además acentúa su sabor, volviéndolo exquisito!”. Hice una nueva pausa, ligeramente sádica lo confieso; antes de continuar ante esa gente al borde del colapso nervioso. “Y esta noche yo voy a revelarles el nombre de esa prodigiosa sustancia, que desde ahora mismo será distribuida gratuitamente a los integrantes de nuestra comunidad” Bajé la voz, y dije en un murmullo: “Se llama Glutamato Monosódico. ¡Glu-ta-mato Mo-no-só-di-co! deletreé, ¡Glutamato Monosódico!” aullé. “¡Aji-No-Moto!” gritó Lucy a mi lado, apoderándose del micrófono. Y la multitud, maravillada, estalló en un alarido unánime y feliz: “¡Aji-No-Moto!”, que pronto no fue sino una ola de sonido que corrió sobre la inmensa muchedumbre, encrespándola. Lo que siguió siendo demasiado confuso para mi memoria sobrecargada. Pero si recuerdo

que, en algún momento, André tomó el micro y gritó: "¡Al Este! ¡Al Este! ¡El Oriente es nuestro!", frase feliz entre todas, ya que no había entonces ningún obstáculo ni alimentario, ni místico que nos impidiera el acceso al milenario oriente.

Esa misma noche emprendimos la conquista de la otra mitad del mundo.

El resto pertenece a los manuales de historia. Esos países deliciosamente superpoblados, la China, la India, el Archipiélago Indonesio, Rusia, nos regalaron nuestro último gran banquete de sangre humana. Fueron cinco días indescriptibles, en lo que nos hartamos de sangre para todo el resto de la eternidad. ¡Oh, que noches aquellas!...

Unos días más tarde me presenté con Mina y con Lucy al restaurante "La Tour d'Argent", a probar el Pato a la Naranja.

EPILOGO

Han pasado veinte años desde entonces. Lo único que provoca cierta insatisfacción a mi apacible vida, es que aún no hemos conquistado la luz del sol. Pero entretanto hemos trasladado las grandes metrópolis a los polos, a causa de sus largas noches, y proyectamos cohetes espaciales que un día nos llevarán a habitar la faz oscura de la luna. He tenido tres hijos, dos en Mina, uno en Lucy, y desde hace algunos años vivimos en una casa solariega de Chevreuse.

Esta noche que espero el ferry en un bar de Dover, después de haber inaugurado el aburrido busto de Jonathan Harker, me ha asaltado el recuerdo de mi viejo castillo de Transylvania. Este verano llevaré a mis hijos: es hora que conozcan la tierra de sus mayores.

de los sujetos, se les pidió que describieran los sentimientos que experimentaron durante el experimento. Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento.

Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento. Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento. Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento. Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento.

CONCLUSIONES

Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento. Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento. Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento. Los resultados de esta investigación sugieren que los sujetos experimentaron sentimientos de ansiedad y nerviosismo durante el experimento.

WINSTON ORRILLO

(Lima, 1941)

EL TRANVÍA

A Lucho León

¿Quién maneja ese tranvía? Se me viene encima. Mi pie se ha trabado, al cruzar de repente los rieles que están frente a mi casa, en la calle Naranjos. Es este maldito zapato (¿o zapatilla?). No puedo saberlo. Hace ya mucho tiempo, y sin embargo no ha pasado mucho. Pienso en mi pobre madre, y en mis vecinos. Especialmente en Yolanda que lo puede ver todo desde su balcón de palo. Y en las señoritas Andrade que, desde su librería, inevitablemente van a ser espectadoras. Aunque —seguro— cuando la gente se amontone, ellas no van a poder ver bien. Pero Yolanda sí verá todo, porque está en un lugar elevado.

Varias veces había soñado con este momento. Varias veces cuando, dentro de mi casa, sentía su ruidosa presencia, su casi escandalosa presencia; su alharaquenta presencia.

Grande, gris, compacto, el tranvía es parte de la sangre de los Barrios Altos. Sus rieles, como las venas que atraviesan el cuerpo de la ciudad.

Venas, sangre. ¿Cómo se verá ella por la pista de la calle Naranjos?

¿Hace cuánto tiempo que no muere alguien atropellado por un tranvía?

Creo que el último fue un borrachito, o una señora que venía del mercado de Buenos Aires, con su bolsa que quedó regada por la pista. Lo más impresionante fueron los tomates y los rabanitos y los huevos, que formaban una abominable ensalada (desde entonces las odio).

Pero creo que muchachos, al menos no por los Barrios Altos. Sí, por el 2 de Mayo; y era uno que gorreaba, de ésos que venían colgados; creo que fue, además, en un acoplado. ¡Qué hermosos son los acoplados!

Pero éste que se me viene encima es uno simple, de la línea “Cinco Esquinas-Dos de Mayo” (los acoplados son para el servicio inter-urbano y parten del Dos de Mayo, y por eso el atropello del gorrero por un acoplado en esa plaza de Lima).

Uno como éste es manejado por el hermano de Matos; y allí mismo el cobrador es un tío suyo (creo que en el gremio tranviario funciona el nepotismo). Además, todos los cobradores, inspectores y conductores tienen un inevitable aire de familia. Aire que se acentúa cuando uno viaja de noche. Es hermoso viajar de noche en los tranvías. Recuerdo que cuando nos cortaron la luz por falta de pago, me pasé varias noches viajando en los tranvías; de paradero inicial a paradero final; y allí hacía mis tareas del colegio, leía libros, en fin, la luz de los tranvías era mejor y más acogedora que la de mi casa; además, se podía ver pasar calles, rostros de personas, animación.

Los tranvías no tienen pitazos ni fuman tremendos puros como los trenes; y por eso me gustan más. Los trenes siempre me han dado miedo. Son demasiado —cómo decirlo— solemnes. Como esos señores que usan grandes abrigos y llevan sombreros y guantes. Los tranvías, en cambio, me parecían como los parientes pobres, los muchachos del barrio, la gallada. Familiares, abiertos, democráticos. Los trenes, en cambio, parece que no se sacaran el saco ni siquiera para ir al cuarto de baño. Los tranvías son muchachos en camiseta, en ropa deportiva.

Nunca le había visto tan cerca el rostro al tranvía. Casi puedo decirte que tiene el ceño levemente fruncido. Y no creo que sea por mí. Quiero creer que no lo es. A mí la verdad que me molesta esta situación, pero no puedo evitarla. No sale el zapato (o la zapatilla). Y, además, a mí me gustaba siempre tenerlos medio desamarrados, y ahora a mi tío Pedro se le ocurrió darme una lección de cómo amarrar bien el zapato —o la zapatilla—; porque un joven estudiante y estudioso y formal y de buena familia (aunque viva en los Barrios Altos) debe distinguirse de los otros. Y por eso se pasó un rato (había venido a pedirle plata prestada a mi padre o a fastidiarlo para que lo recomiende con alguno de sus amigos) enseñándome cómo hacer un nudo doble tipo marinero, que se usa para otras cosas, pero como los chicos son mataperros y emplean los zapatos no sólo para caminar, sino para jugar fútbol, pues hay que hacerle doble nudo. Y me enseñó cómo hacer el nudo doble, pero ¡no cómo deshacerlo! Y aquí está mi zapato —o zapatilla— que no sale, que no saldrá a pesar de los esfuerzos que hago sobre todo para que no se frunza aún más el entrecejo de mi viejo, queri-

do amigo, el tranvía, con el que hasta ahora había tenido las mejores relaciones; y que, por él, seguramente, no sería capaz ni de rozarme con el pétalo de una de sus planchas que parecen blindadas, ni menos con esas ruedas de fierro que veo girar a una velocidad que no imaginaba tanta, mientras mi cuello se inclina mansamente para recibir, por fin, el peso de esta guillotina que, desde la Francia de los libros del colegio, yo sabía que, también, inevitablemente, estaría destinada para mí.

EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA

(Chepén, 1941)

EL PACTO

—... Y pósate en el espino. Te ruego que abandones tu morada en cualquier parte del mundo en que te encuentres para venir a hablarme. Baja esta noche, ponte tu cara humana y tu poncho que vuela, y pósate en el espino.

Todos han olvidado a Florencio, a sus ralos bigotes y a su nariz respetable, y el sendero que conduce a su casa sólo guarda sus huellas y las de su colorado jumento. Pero todos recuerdan que tiene una botija repleta de tesoros y que ha empeñado su ánima al Demonio.

Un día la gente de Santa Rosa decidió tratar a Florencio como a un extraño; no escuchar su voz pegajosa ni detenerse a mirar su silueta chupada, amarillenta y negra como plátano reseco; no hablarle, no apretar jamás aquellas manos filudas, lentas y malas.

Eso fue durante el año de la peste. Y no es que Florencio fuera el causante. No quiero decir eso. Pero sí que se portó como un arrastrado.

Ese año, los becerros nacían azules; y las vacas, al concebirlos, se inflaban hasta reventar. Ese año, las chacras se secaban y los pastos eran segados de noche por las almas. Durante las noches claras, la Muerte corría loca por el valle llevándose nuestras terneras, nuestros bueyes, nuestros toros.

Era una Muerte blanca y dejaba cuernos, dientes y calaveras blancas. Nadie podía saber por qué se llevaba nuestros animales flacos. Todos se preguntaban qué tenía la Muerte contra nosotros.

Todos saben que Florencio no había sido dueño de nada, antes de ese año, y que había vagabundeado a veces por los campos y las chozas pidiendo comida. Todos saben eso.

—¡Ven, Lucifer! ¡Ven, Lucifer!

No era explicable cómo, al secarse las acequias y al convertirse nuestro valle en cementerio, los escasos pastos de Florencio se acrecentaran milagrosamente y su pareja de bestias se convirtiera en recua, con empeño admirable.

El dinero le sobró para adquirir las tierras colindantes: aun así, anduvo con mañas y regateos; y mientras nuestros animales, flacos como espíritus, seguían dejando sus huesos en los campos, su cerca, alta y oscura, impidió la entrada de la Muerte.

Cuando corrió la voz de que Florencio guardaba un secreto para detener la Peste, nos apresuramos a cruzar la cerca y a pasar bajo los tres portones que había colocado a la entrada de su terreno.

—¡Alto allí!— —nos gritó—. ¡Alto allí! ¿Qué quieren? ¿A qué vienen?... ¿Su ganado?... ¿La peste?... ¿Y yo qué tengo que ver con ganado ajeno? Cuidenlo mejor que yo sabré cómo cuido al mío... ¡Fuera, carajo... fueera de aquí...!

Nos fuimos. Angelino Gil juró que los animales de Florencio hablaban con voz de cristiano y que sus ojos despedían destellos.

Entonces, todos comenzaron a imaginar el pacto. El Demonio, posado en el espino, habría dicho:

—¿Qué quieres, Florencio? ¿Por qué turbas mi reposo?

—Te he llamado para pactar contigo. Quiero que me des todos estos campos y animales y que el calor y las aguas me sean propicios.

—No puedo acceder a tu demanda sino a condición de que me vendas tu alma para dentro de veinte años.

—Prometo al Gran Lucifer recompensarlo dentro de veinte años por todas las riquezas que me dé.

—No puedo acceder a tu demanda.

Florencio insistía.

—¿Por qué vuelves a atormentarme? Si me dejas en reposo te daré lo que quieras a condición de que me consagres una moneda los primeros lunes de cada mes y de que no me llames sino un día a la semana: el viernes.

—Recoge tu pacto. Ya lo he firmado.

—Espérame dentro de veinte años.

Y alzó el vuelo.

Eso es lo que todos recuerdan. De Florencio no se habla. Pero todos saben de memoria el diálogo que sostuvo con el Maldito. A muchos vecinos se

les ha visto caminar el viernes con un cirio bendito por el cementerio: parece que ninguno ha obtenido resultados.

Nadie estrecha las manos de Florencio. Nadie le habla ni conoce su casa.

Pero un día de éstos se cansarán de no verlo y vendrán a espiar, se deslizarán bajo las trancas y lo encontrarán ensangrentado y mirando la ventana. Dirán entonces que pasaron los veinte años.

Si me ven salir ahora dirán que en esta bolsa me llevo su alma, dirán que salió corriendo un individuo vestido todo de negro, con pezuñas en vez de zapatos, y cuernos en la cabeza. Y que se iba riendo como un loco.

JOSÉ BENAVIDES GASTELU

(Lima, 1941)

HAMBRE NO MATA HAMBRE

"De lo que más debemos de cuidarnos es de los hombres"

L. F. Celine

La notificación ha llegado. Por más que cerraron los ojos y esperaron un milagro, allí estaba. Quince años. Quince años de ventanillas, escritorios y huelgas. De esperar un ascenso. "Cuando tomé la casa —bancario recién casado— toda la familia opinó que era una locura". "Con tu sueldo, cómo vas a pagar el alquiler". "Juana también trabaja". "Pero no lo hará siempre". Además, "cómo vas a pagar, tanto, por vivir en ese barrio". La unidad vecinal estaba al frente y a dos cuadras de la universidad. "Te están estafando". Mucha bulla, marchas y contramarchas, mítines, amplificadores a todo volumen. Y a solamente dos cuadras su chalecito de cinco mil al mes y diez por ciento de incremento anual. Con tres dormitorios, sala comedor, cuarto y baño para la muchacha en la zotea, todos los servicios y traspatio. "¡Es una locura!", repitieron a coro.

La notificación había llegado. No tocaron la puerta para dejarla. No. Tampoco avisaron. La dejaron sin sobre, como si fuera una esquila. Una simple nota. Una invitación al club de los sin casa. Diez millones les habían pedido. Diez melones. Diez. Fueron a las mutuales, al banco hipotecario, recurrieron a los parientes ricos, a los compadres, a los jefes, a los gerentes, a, pero nada. Nadie les dijo cómo. Sacaron cuentas con los dedos, con wincha y sumadora, en calculadora electrónica con musiquita. No se podía. Los diez en veinte

años se convertían de treinta en cientoveinticinco mil al mes. Y en dólares. Y, de dónde. Juana volvió a trabajar. Cuando ¡ya!, mala suerte. La casa estaba vendida. Nuevos dueños.

“Quince años. Significan algo quince años: esos cuántos miles de días y noches, ese cumplir religiosamente con el pago del alquiler inexorable. Significan algo ¿ah?”. Sí. pensaba que sí. Pero la ley es la ley, y para ella, qué importa que todos sus hijos hubiesen nacido en la casa, que estudiaran en el colegio de la vuelta, que él hubiese construido su barcito en el traspatio. La mecedora en el jardín. El juego de sapo en la azotea. La tumba de la Zamba. Nada significan los “patas” del barrio. Nada. Los nuevos dueños querían su casa y ¡ya! Esa es la realidad.

Comenzó el juicio. El abogado fue bueno. Quiso ayudarles. Les dijo: “Mejor un mal arreglo que un buen juicio”. Que arreglaran. Así que ofrecieron cincuenta, sesenta, ochenta, hasta cien mil por mes, pero ni modo. Querían la casa. Y el juicio y la inflación seguían. El doctor alargaba la cosa. Trataba de ganar tiempo, de aburrir a la otra parte, pero no tenía nada qué hacer. Allí estaba la nota, avisando que habían perdido. Que en cualquier momento. Y había llegado. A máquina. Llena de sellos. Con cargo en copia al carbón la orden del juez. Tenían que desalojar la casa. En una semana, si no. “¡Y eso no! Somos gente decente”, dijo la Juana.

Estaban todos, el Benjamín, la Juanita y el José, todos sus hijos; también el Pichín quién era hijo de la Zamba y de padre desconocido. Lo había adoptado.

La Zamba un día llegó. Se presentó, así de pronto, parada en la puerta, inamovible. Los miró con sus enormes ojos tristes. Su mujer protestó. Dijo que no. Pero sus hijos. Solamente el Benjamín y la Juanita dijeron que sí; Pepe, todavía no podía decir nada. Además: “Cómo arrojar a la calle a una futura madre. Eso ¡jamás!”. Y así se quedó en la casa hasta el día en que el veterinario dijo: “Cancer”. Le puso una inyección. Y... Y cuando el suceso pasó, Juana, su mujer, lloró mucho. Los chicos rompieron alacancías y fueron donde el carpintero de la vuelta. Encargaron el cajón. “Rápido. Rapidito”, le exigieron. Después la enterraron, allí en el jardín. Pichín quedó huérfano.

Al día siguiente, después de una noche de insomnios. Después de recurrir a las treintamil vírgenes y a la ancestral sapiencia de las tías solteronas. Previo consejo de la almohada. Luego de caminar cuerdas y cuerdas, de subir y bajar escalones, de tocar timbres y puertas, de aguantarse el mandar todo a la mierda, de enojos por mutuas impaciencias; la encontraron. Doscientos cocos al mes. Consultaron. “Una ganga” opinaron. “Una ¿ganga?”, se preguntó José Martínez, mientras imaginaba sus gratificaciones y aguinaldos desaparecer,

agotarse antes de, y encima, todavía sin alcanzar la suma para los seis meses de garantía que la inmobiliaria le exigía. Y todavía más, tener que soportar a su jefe: “Pero Martínez, usted se fue a la huelga, pero vea; no hay rencor. Lo voy a ayudar. Vamos a prestarle a cuenta de sus gratificaciones”.

El edificio queda en Lince. Cinco plantas. Cuarto piso sin ascensor. Living comedor, dos dormitorios. Cuarto de servicio. Cocina y baño. Azotea de uso común para tender la ropa lavada y muchas prohibiciones. “¿Y el Pichín? ¿Dónde entra el Pichín?” Al tomar la decisión no se le había tenido en cuenta. “Benja tendrá que dormir en el cuarto de la muchacha. ¿La muchacha?, cama afuera, qué vamos a hacer. Pero, ¿y el Pichín?”.

Después de la comida familiar, en el comedor, cuyos muebles, la vitrina y los dos aparadores, —pagados en veinticuatro letras puntuales— que, a diferencia de la mesa y las sillas no sabían dónde meter por la pequeñez del nuevo ambiente. Ahí, el señor Martínez, en una de las últimas cenas en el “chalet”, les cuenta a sus hijos que cuando era niño tuvo que atravesar por una situación muy difícil.

Pichín lo escuchaba. Nunca había tenido mayores preocupaciones. Máximo, alguna vez, quedarse solo cuidando la casa; el baño semanal —del que no podía escaparse— y una carachita curada prontamente. El dolor no lo había tocado. Lo normal era que se la pasara jugando, mataperreando, por los jardines de la Unidad hasta que llegaba la hora de comer, de calmar el hambre. Le habían puesto Pichín, porque cuando bebé se pichaba, incontenible. Le enseñaron y ya no. Siempre en el lugar indicado. Pero ahora había que parar las orejas. Algo feo se oía. Premoniciones.

“Cuando era niño —repitió don José— en la casa donde vivieron los abuelos; no la de ahora, otra más pequeña; el principal de una antigua casona en los Barrios Altos, teníamos una gata, la Pelusa. Un día resultó preñada y al poco tiempo tuvo sus gatitos. Siete. Eran muchos. No cabían en la casa. quisimos regalarlos, eran muy lindos, pero ni así. Yo y mi hermano, el tío Abel, les tomamos un gran cariño”. Cuando Martínez recordaba lo que tuvieron que hacer se entristecía. Pero, “los hombres se hacen”. El abuelo les dijo, que dejaran los gatos en la puerta, “para ver si alguien los recoge”. Pero nadie lo hacía. Más bien la gata sí y uno por uno nuevamente todos sus retoños en la casa. La crisis era brava, tanto como la de hoy, no había ni para la leche. Se había hecho todo lo posible. Los dos fuimos testigos. No podíamos llevarlos lejos y abandonarlos, “porque se morirían lentamente de hambre”. Y ellos eran cristianos. “No podíamos permitir que aquellos animalitos sufrieran. Así que, un día, el abuelo decidió cortar por lo sano. La única solución, nos dijo, era meterlos en una

bolsa y tirarlos al río. Así sufrirían solamente una vez. Lo hicimos. Con mucha pena, pero era necesario”.

“¡Pichín no es un gato!”, fue una sola voz. Su padre no les dijo nada más. Solamente un suspiro. “Los hombres no deben llorar”. Se aguantaron. Juanita no. La sugerencia era obvia, entendió Benjamín. “A buen entendedor, pocas palabras”. Pero, ¿quién? Los tres se miraron. “¿Juanita?, de ninguna manera. ¿Pepe? es muy pequeño”. Debía ser él, el mayor. Por eso de hacerse hombre. Ojos de agua. Lágrimas contenidas. Penas. “No lo hago”. Pero, le tocaba hacerse hombre. “Conseguiré una bolsa”. Abrazó a su amigo. Lo acarició. Lo apretó fuerte en un mudo chau. Le dio besitos en la cara, mismo Judas. Lo vistió con una bolsa. Ató fuerte. Salió de la casa y echó a andar. A cincuenta cuerdas el mar. En Maranga, sin pensar, llegó el cansancio. ¡Uf! “No lo arrojo al agua. No”.

Lo dejó en la sombra de la huaca. Junto a una ruma de latas oxidadas y vacías. Lejos todavía del mar. Pichín en ningún momento se quejó. Ni se movía. “Un nuevo juego”, pensó. Pichín esperaba, paciente. Vino el hambre. Se movió un poquito. Pasó un rato. Se agitó. Con sus dientes comenzó a morder la lona, “muy dura. Imposible”. Lloró bajito. Más fuerte. A los dos días y pico pasó un vagabundo y lo escuchó. Más fuerte el llanto. El hombre se agachó y desató la bolsa. Pichín salió disparado. Saltando. Desentumeciendo extremidades se acerca a su salvador y lo besa con su lengua seca. El vago lo alza y sopea. “Cabrito, cabrito pa’ la olla”, se relame. “Pero, qué cofla”, constata y lo suelta diciéndose: “hambre no mata hambre” y resogando se aleja lamentando su suerte.

“Y dónde estoy. Dónde está el Benja”. Sintióse terrible. Apenado. Perdió por primera vez. Sin saber, todavía, que el que ama siempre encuentra el camino. Deambuló extraviado. Se enamoró. Conoció el olor del deseo. Hizo el amor y amigos, muchos amigos que compartieron con él, el duro pan. Peleó. Sobrevivió. Llenóse de experiencias. Aprendió a desconfiar. Casi lo atropella un carro. Una vez. Dos. Conoció nuevas calles y avenidas. Parques, jardines, el mar y la costanera. Se extriñó. Aprendió a comer pasto para soltar el estómago. Conservó sus maneras. Enterraba su caquita y levantaba su pierna para orinar. Olfateó dos mil postes. Hasta que llegó. Movié la colita.

Quince días habían pasado. Allí estaba la reja. Se filtró por el barrote conocido. Llamó. Rascó en la puerta hasta quedarse sin uñas. Se aventó contra ella. Violento. Pero nada. No se abría. Nadie salía a recibirlo. Soledad, “no hay nadie en la casa mía”. Congoja. “No puede ser”. Constatación de que sí. “Y el Benjamín y la Juana y el Pepito, dónde”. Había que esperar. Hacía un poco de sol. Se echó en el carport donde nunca se guardó un carro. Tomó calor. Se le-

vantó con sed. Agua. Gotas que caen del caño para regar el jardín. Estaba contento. Seguir a la espera. Llegó la noche. Dormir al fresco ya no era novedad. Llegó el día y nadie, nadie. Pasó el lechero: "Hola Pichín". "¿Y la leche? No dejó la leche. Cómo". Comenzó a preocuparse. "Pero, sí". Sí era la casa. Nunca había pasado. Y otro día y otro y otro. Nadie llegaba. No podía levantarse ya. Un esfuerzo. "Ya no gotea el caño". Levantarse e ir al frente, a los jardines. "No, mejor espero". Desesperación. Aullar. ¡Aullar! "Cómo jode ese animal", comentan los vecinos. "Llévale algo de comer", un alma caritativa. "Leche", le ofrece el lechero. No tiene ganas. Se echa y duerme. Se despierta y aúlla. Aúlla. Otro día. Otra noche. Otros y otras. Ya no aúlla. Enflaquece. Pellejo y huesos. "Pobrecito", dicen los niños cuando regresan del colegio. "¿Mamá?" Una muda súplica. "Perros sucios, no" La respuesta es directa.

Los propietarios de la casa llegaron. Camión con muebles. Desalojo al revés. "Mira lo que nos dejaron los inquilinos. ¡Que ocurrencia!", expresa duramente la dueña, señalando al caído.

El Pichín se emociona. Escucha voces. "Será el Benja". Y sin mirar, sin importarle de quiénes son esas voces, sintiendo que la puerta de su casa se abre, decide hacer una gracia. Y con un último esfuerzo, levanta sus dos patitas, en un saludo, que el cielo, sólo el cielo recibe.

LUIS ENRIQUE TORD

(Lima, 1942)

ORO DE PACHACAMAC

Pachacamac, dios no conocido, que ellos adoraban mentalmente.

Garcilaso Inca de la Vega
Comentarios Reales de los Incas

... que nos tembló la tierra de recio temblor y los indios que llevábamos, que muchos de ellos se iban tras nosotros a vernos, buyeron aquella noche, de miedo, diciendo que Pachacamac se enojaba porque íbamos allá y todos habíamos de ser destruidos

Miguel de Estete
Noticia del Perú

No me hubiera llamado la atención el episodio del movimiento de tierra ocurrido cuando la expedición de Hernando Pizarro entró el domingo 2 de enero de 1533 a Pachacamac, de no haber sido porque, revisando infolios en el Archivo Nacional de Lima, tropecé con un notable documento. Era uno de esos farragosos expedientes muy comunes a finales del siglo XVI, en el que un indio vecino de Los Reyes, para evidenciar la nobleza de su sangre y el rango de sus antepasados, recogía una singular referencia a ese oráculo que, al decir de los primeros cronistas, fue la Meca de esta parte del continente.

El expediente era una petición hecha en 1578 por Catalino Auca Apolaya, ante el Tribunal de Tierras, para que se le concediera una chacra en las inmediaciones de la ciudad. Como era de rigor, aducía la injusticia cometida por los conquistadores con su familia, al entregársele una minúscula propiedad en

la parroquia de San Marcelo, que guardaba total desproporción con la extensión y riqueza de las tierras de las que habían sido despojados en Lurín. Con apretada e insegura caligrafía hacía una confusa referencia a unos encomendados beneficiados por los repartos de sus chacras de Pachacamac, valle que, según Cieza de León, era en esa época “deleitoso y fructífero”.

El origen de su desgracia lo remontaba al día mismo de la ocupación de la vieja ciudad sagrada. No dejaba de ser fuerte y hermosa la descripción del drama que cuarenta años antes había cambiado el curso de su vida. Tenía ese impagable valor documental de quien ha sido testigo presencial, a lo que se agregaban las especiales resonancias brotadas de su alma indígena. No es posible que transcriba literalmente el documento, por lo que lo trasladaré modernizado en breves líneas. Así mismo, adelantaré algunas consideraciones que ya tengo investigadas y cuidaré de copiar textualmente algunos fragmentos que sean imprescindibles. Me permito entonces desarrollar este breve pero apasionante compendio.

Apolaya iniciaba su relato afirmando, en su menuda y complicada caligrafía, que era casi un niño cuando aparecieron por el norte —como un vertiginoso vendaval— los hombres que venían de vencer a Atahualpa. Recordaba que era poco más del mediodía y hacía un sol espléndido. Los caringas, manchais, quilcaicunas, pachacamac, mitimaes y peregrinos de todo el Imperio aguardaban con temerosa expectación. Apolaya anotaba que, en verdad, no debió sobrecogerles esa aparición, pues ya se hablaba en toda la tierra de los viracochas, de sus enormes animales y de sus bocas de fuego. Añadía: “... más angustia y desolación debían sufrir quienes conocían las antiguas profecías del oráculo del emperador Huayna Cápac, cuando tuvo su sueño atroz de los círculos de humo y de fuego. Ellos sabían que esos veinte hombres de a caballo y sus diez arcabuceros eran el rayo que acabaría con el Reino”.

Decía Apolaya “con mis ojos de ver, vi” que por los maizales atravesaron esos fogosos monstruos sobre los que, como torres, se balanceaban unos hombres fornidos, de espesa barba y de mirada centelleante. Era sobrecogedor —afirmaba— observar cómo, al menor movimiento de sus manos sobre las riendas, hacían girar a esos fuertes animales cuyos relinchos, hocicos espumantes y furiosa arremetida habían sembrado el terror en el ejército imperial. Esa tarde pasaron arrogantes por entre los altos muros de la ciudad, cabalgaron sus caminos de tierra apisonada, admiraron la belleza de las construcciones y señalaron, curiosos, las grandes murallas de oscuro ocre del Templo del Sol.

Apolaya no olvidaba destacar el chocante contraste entre sus amargos sentimientos y el sereno aspecto de su padre, sacerdote del santuario que, por su condición, creía que debía estar devorado por la incertidumbre.

Fue en el momento en que los viracochas se dirigieron hacia el templo de Pachacamac cuando la tierra se remeció. Despavoridos, los indios, que cargaban las vituallas de los invasores, los abandonaron. Un alarido impresionante escapó de todas esas gargantas desesperadas. Pero los blancos, como excitados por el reto, despreciaron las inquietantes amenazas del dios. Los caballos, encabritados, sacudieron el miedo y, espoleados por sus dueños, aceleraron el paso hacia el templo mayor del Imperio.

Enmudecidos, los indios vieron subir a los españoles por las rampas circulares del santuario, atravesar la muralla y cabalgar sobre el patio de los primeros ayunos. Los vieron luego subir las dos rampas siguientes, entre muros exornados de aves, peces y plantas de vivaces amarillos, ocre, verdes y celestes. Y, para espanto final de los testigos, aparecer sobre la última plataforma, a donde sólo podían llegar los que habían ayunado un año entero.

Ante el estupor de la indiada, en medio del silencio de la tarde quebrado por los relinchos, el chirriar de los metales y correajes y las cortantes voces de los jefes, los viracochas desmontaron frente a la Habitación Sagrada del Desconocido. Se vio entonces abrir, de un golpe, la puerta rutilante de cristales, turquesas y mullus, y violar...

En esta parte de la narración se adelgazaba el trazo y la tinta se borraba por un espacio de medio folio. Importante, o fundamental más bien, si se piensa que fue el momento culminante. Pero en estos casos, como de costumbre, al investigador no le queda sino calmarse y maldecir las desgracias que el tiempo o el descuido causan en los documentos. Pero, a decir verdad, hasta ahora no me resuelvo a explicarme si ese medio folio fue destruido adrede o si fue obra de la polilla. En todo caso no me quedó más que resignarme y seguir adelante.

En el folio siguiente se reiniciaba el texto con el final de una consideración acerca de esa tragedia e indicaba que, el estado de angustia en el que estaba sumido Apolaya, fue quebrado por la voz de su padre. Distante y áspero le dijo: "Recuerda, sólo han tocado una de sus apariencias". Estimulado por la ávida atención de su hijo, el sacerdote había añadido: "Hace tiempo que Pachacamac se ha escondido. Su fuerza resurgirá y será adorado por los hijos de estos viracochas. No saben que arrojando una piedra contra el Mar no lograrán romper su espejo inconcebible".

A esta altura de su relato, Apolaya se extendía en explicaciones acerca de la jerarquía de su padre y, por lo tanto, de las posesiones que aseguraba haber tenido en el valle. Cuidaba, además, de aclarar cautelosamente que esa "revelación" pertenecía al mundo de las antiguas creencias, y que si la traía a recuerdo era por parecerle conveniente "a las pruebas claras que tengo prometido hacer en conocimiento de mi linaje".

Redundando en esta intención, se refería también a algunos vecinos suyos. Y aquí venía una información sumamente importante: precisaba que él vivía en el barrio de Pachacamilla “que es donde tengo asentada mi habitación y la pobre herencia que recibí”. Aclaraba que ahí les habían dado tierras a quienes las perdieron en Pachacamac, “de allí el nombre”. Decía que con las chacras que les arrebataron se habían creado las encomiendas de San Salvador de Pachacamac. Proseguía explicando que algunos vecinos suyos habían sido sacerdotes del templo, por lo que los indios del común les servían y respetaban profundamente, “cuidando su venerable ancianidad”. Acerca de esta afirmación, he confirmado su veracidad en numerosos expedientes de archivo y en los viejos documentos de la parroquia de San Marcelo —que fue de los agustinos en el siglo XVI—, donde se recoge la desconfianza que despertaban en los sacerdotes “esos naturales de sospechosa conversión”. Más de un flamígero extirpador de idolatrías

había emprendido contra ellos rabiosas búsquedas de ídolos que suponía adoraban ocultamente. Pero el esfuerzo había resultado infructuoso. Como irónico comentario a estos episodios, Apolaya escribía que jamás iban a encontrar imagen alguna de Pachacamac, pues “por algo era el dios desconocido”.

Llegado a este punto, el expediente transcribía una intervención crucial que desde hoy, estoy seguro, será referencia imprescindible para aproximarse a ciertos aspectos secretos de un culto que parece aún manifiesto y actuante. Al fin y al cabo su importancia fue siempre tan esencial, que el mismo Garcilaso —a pesar de su cuzqueñismo— no pudo dejar de afirmar de esta divinidad de la tierra yunga “que toda la teología de los Incas se encerró en el nombre de Pachacamac”.

Pero volvamos al relato de Apolaya. Dice nuestro informante que años antes de la redacción de ese documento, aunque no precisa cuántos, estos antiguos sacerdotes de su barrio llegaron una tarde a visitarlo. Era un gesto honroso que muy rara vez, o nunca, hicieron con nadie más. Y esta vez la satisfacción de Apolaya fue definitiva: le anunciaron que debían hablar con él. Sabía que dos de los tres sacerdotes habían participado, al lado de su padre, en los cultos secretos a Pachacamac. Y se comentaba entre los vecinos indios que el más anciano había servido al oráculo mismo. En cambio el tercero era aún joven y por eso se mantenía unos pasos atrás, como servidor de los mayores.

El más anciano, Asunción Acctu, después de rechazar amablemente la cancha y la chicha ofrecida por Apolaya, le dijo que debía explicarle ciertas cosas veladas y primordiales. Que había sido escogido por su sangre, por su madurez y porque sabía escribir en la lengua de los viracochas. Que en esa lengua, cuando llegara la hora, debía dejar testimonio de lo que iba a escuchar para que

comprendieran “los que supieran leer”. Continuó diciendo que los españoles habían escrito mucho sobre Pachacamac. Que seguirían escribiendo sobre él. Que dirían cosas importantes, pero que no se darían cuenta, porque pensaban que estaban muertas. Pero que siempre habría quienes supieran entender.

Luego de esta breve introducción, los tres sacerdotes se recogieron sobre sí mismos y quedaron quietos. Almas templadas por el ayuno, la oración y el testimonio de graves dramas, sus expresiones habían alcanzado una amable serenidad. Abriendo los ojos y mirándolo sin mirarlo, Acctu le dijo que escuchara lo fundamental. Creo que es forzoso copiarlo tal como lo leí en Apolaya, pues es un texto compacto y admirable. He aquí la transcripción:

“Todo tiene su tiempo y su debida forma. Pero el corazón del mundo no. Es como fue y será. Cada tiempo, como una amaru, va enroscándose hacia la eternidad y, en cada una de sus vueltas, se oculta un gran poder. Y cada vez, el Innombrable retorna. El Olvido consume los pensamientos, pero el Sabio aprende la lección: que el Inentendible no es ninguno de esos dioses aunque los fue todos. Que siempre vuelve a hablar en los lugares que habitó su voz, cuando hay quién la reciba. De esos sitios saben los que comprenden las luces del cielo. O los que escuchan su propio silencio. Ellos están en el vacío del eje. Afuera gira incontenible la rueda de la ignorancia. Cuando viste el asalto del templo al lado de tu padre, una amaru celeste mordió su propia cola. Y los sacerdotes sabían algo más: que en el viejo valle que habitó la voz de Irma, un culto exigido por el bramido de la tierra sería levantado en el nombre menor de Pachacamac. Sin saberlo, los hijos de los viracochas nombrarán al dios que creyeron destruir. Y el nombre es el ser. El tiempo de su cumplimiento está próximo y nosotros no hemos vivido más que para que llegue, y anunciártelo”.

Tan sorprendente como lo escrito era que el documento terminaba abruptamente. No había una sola línea más. No existían rastros de haber sido continuado, ni se percibía signo o firma alguna. Sólo una rápida acotación en la margen derecha —con la letra de Apolaya— que insistía en lo que, aparentemente, era la justificación del petitorio. Decía: “éste es el rango de mi linaje, el acato que me deben los indios comunes y el respeto de los parientes nobles Hurin Pachacamac”.

A estas alturas me era ya claro la doble intención del escrito. Apolaya, evidentemente, no había querido demostrar su origen noble por cuestiones de tierras. Sencillamente había usado un procedimiento judicial para transmitir un mensaje que no debía terminar en el fuego del Santo Oficio. Si bien este documento esencial parecía decir mucho, adolecía de todas maneras de esa mezquindad de informaciones aclaratorias que constituye la desesperación de los historiadores. Pero es poco generoso lamentarse de estas limitaciones, luego

que a uno le ha caído entre las manos semejante texto. Había pues que trabajar de inmediato con lo descubierto.

De esta forma, mientras intentaba seguir el rastro de Apolaya en otras secciones del Archivo, me aboqué fascinado —lo confieso— a analizar e interpretar con nueva luz los datos que, como fríos hechos sin alma, había recopilado en anteriores investigaciones.

Con referencia a la importancia sagrada de Pachacamac volví a meditar algunas explicaciones de Garcilaso que aún me siguen encantando. Asevera por ejemplo en sus *Comentarios Reales de los Incas*, que Pachacamac quiere decir “que hace con el universo lo que el alma con el cuerpo”. Afirma también que no tenía imagen, que hace estremecer el mundo y que era el sustentador del universo. Lo espiritual y sutil de su culto me parece que lo insinúa en dos palabras al decir que se le “adoraba mentalmente”.

Aparte de su omnímoda presencia en el mundo indígena, no dejó, inclusive, de embargar la atención de los españoles. Así, el 16 de setiembre de 1542, en la batalla de Chupas, cuando ya se había puesto el sol, los combatientes se identificaron por sus gritos de guerra en la oscuridad: la hueste de Diego de Almagro el Mozo exclamaba “¡Chile!”, y los vengadores pizarristas, bajo las banderas de Vaca de Castro, lo hacían a la voz de “¡Pachacamac!”. Hasta en esos lejanos parajes resonó en labios de viracochas el nombre del dios que, después de destruido su templo, vencía en el alba guerrera y cruel del nuevo tiempo.

Por si fuera poco, no faltaron quienes vieran en las victorias de los españoles la protección de Pachacamac. De tal índole fue esta convicción, que afirmaban “que hasta los elementos se habían vuelto enemigos y contrarios suyos y amigos de los viracochas, y que al Pachacamac, que es el sustentador del mundo, los desamparaba a ellos y favorecía a sus enemigos, porque viéndoles en el campo sin llegar a las manos ni saber de qué, decían que se acobardaban y perdían el ánimo que llevaban de pelear; y que tantos millares de hombres no pudiesen vencer ni aun resistir a tan pocos españoles era cosa manifiesta que el Hacedor lo quería, y que él los guardaba y defendía”.

No menos interesante, y hasta imprescindible, me resulta hoy un párrafo de Pedro Cieza de León. En el capítulo LXXII de su *Crónica del Perú* se lee: “es público ente los indios que los principales y sacerdotes del templo habían sacado más de cuatrocientas cargas de oro, lo cual nunca ha aparecido, ni los indios que hoy son vivos saben dónde está”. Lo que habitualmente han creído leer los historiadores ceñidos a una trivial interpretación de los hechos, es lo que en apariencia dice la tradición que Cieza recogió. Y habría que creer entonces que todo un pueblo vio que se llevaban ingentes riquezas a lomo de

hombre y de bestia, y de apresurada manera, para ser ocultadas en algún lugar. Y tenemos que creer también que, después de este espectacular traslado, todos los testigos se callaron y nadie supo nunca nada.

Ciertamente que la verdadera interpretación es otra. Para quienes estén familiarizados con narraciones en las que se manejan ciertos símbolos para enmascarar un conjunto de verdades o mensajes secretos, no es novedad que éstos se designen con acepciones ya clásicas: *el tesoro, la corona, el cáliz, el oro*. Este procedimiento es suficiente para alertar a quien sepa buscar. No otro es el sentido de algunas leyendas relacionadas con riquezas más o menos fabulosas. Y los documentos del Perú Antiguo están preñados de ellas. El admirable cronista que fue Cieza recogió así una versión que, bajo un sencillo velo, contiene en realidad todos los elementos básicos: así tenemos que los guardianes del templo (los principales y sacerdotes) que eran los depositarios de la Verdad (conjunto de enseñanzas y prácticas herméticas) se llevaron una excepcional cantidad de oro (la Tradición) que ha sido ocultada. De esta forma ya sabemos que, probablemente, la enseñanza pasó a una especie de sociedad secreta heredera de la Tradición de Pachacamac. Era, pues, un oro de templo. No del que estaría mejor guardado en palacios y fortalezas. Es por eso que el jefe de la expedición contra el santuario, Hernando Pizarro, escribió a la Audiencia de Santo Domingo, el 23 de noviembre de 1533, que “llegado a la mezquita é aposentos, pregunté por el oro é negáronmelo que no lo avía: hízose alguna diligencia é no se pudo hallar”. No está demás que cite, para confirmarlo, a otro testigo presencial. Miguel de Estete escribe en su *Noticia del Perú*: “estuvimos hasta treinta días, donde buscamos todas aquellas casas de depósitos donde guardaban el oro y la plata, lo cual, todo tenían alzado y escondido, que no se halló sino muy poco, y lo que no quisieron llevar”. Su desilusión de soldado no hubiese sido tanta si al menos hubiera sabido de qué oro se trataba...

Otras informaciones de crónicas y archivos aportan mayores conocimientos que es prudente no difundir. Baste decir que un tenaz y cultivado extirpador de idolatrías, Cristóbal de Albornoz, informa que cuando la rebelión mesiánica del Taqui Onqo en Parinacochas, en 1565, sus conductores aseguraban que había huacas que no habían sido “vencidas por los españoles”. Y las más importantes eran Titicaca y Pachacamac. Por ahora recordaré una última referencia complementaria a la anterior, señalando que existió una antigua y profunda relación entre Pachacamac y las divinidades del Tiahuanaco, a través de los Huari...

Pero volvamos a Apolaya y a la segunda y sustancial parte de su versión. Aquella en la que dice que “un culto exigido por el bramido de la tierra sería

levantado en el nombre menor de Pachacamac. Sin saberlo, los hijos de los viracochas nombrarán al dios que creyeron destruir...”.

Si bien ya me era claro el anuncio de lo que se trataba, estaba todavía ansioso por ampliar el rastro histórico. Después de agotar la investigación en crónicas —de las que guardo excepcionales derroteros— me dediqué una vez más a los archivos. Busqué con ahínco en numerosos documentos una señal, un rastro mínimo de Apolaya. No encontré nada. Revisé testamentos, libros parroquiales, actas de defunción, papelería del Santo Oficio... Pero no fue un trabajo vano. Un día —fatigado de tanto leer y hurgar— hallé en la sección de censos uno sobre la población de la parroquia de San Marcelo. Era incompleto y de principios del siglo XVII. Revisando con atención los nombres, ubiqué jubiloso a un “Hapolalla, indio Hurin...”. A pesar de lo escueto del dato y la variante en la escritura de uno de sus apellidos sentí que era mi presa. Constaba que vivía en una ramada de la calle Pachacamilla y que se dedicaba a arreglar huertos de casas particulares. En el año de ese censo —1604— debía tener poco más o menos ochenta años de edad, si calculamos que en 1533 tenía doce o trece. Nombre incompleto, condición racial o de casta, lugar de origen (Hurin, que es la antigua grafía de Lurín) y oficio, no era mucha cosa, pero todo ello demostraba la existencia de Apolaya en ese barrio y en ese año. Esto último era fundamental. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que ese mismo censo recogía otros datos que me eran preciosos: primero, que en la misma calle habitaban indios nacidos en Pachacamac o de padres o abuelos que habían vivido allí al momento de la Conquista; y segundo, que ya había en Pachacamilla una cofradía de negros o pardos. Se recogían algunos nombres y lugares de origen. La mayoría había nacido en Angola, y de allí su denominación genérica de “negros angolas”.

Este censo lo cotejé de inmediato con el testamento del curaca de Pachacamac, Alonso Sabá, firmado en 1584, que trae informaciones de interés. Revisé también un pequeño padrón de indígenas de la región en el siglo XVI, y anoté los nombres de algunos parientes de Apolaya que seguían asentados en chacras aledañas a los desolados templos.

De censos pasé al Archivo de Cartografía. Allí revisé un plano de Lima de principios del siglo XVII, donde se aprecia la capilla que esta cofradía había erigido bajo la advocación del Santo Cristo. En el levantado por el mercedario Pedro Nolasco en 1685 —o sea bastante tardío para nuestra historia—, se ve la misma capilla. En el que dibujó probablemente Juan Ramón Koenig para el Duque de la Palata, tres años después, consta que no había edificaciones en los terrenos con frente a la calle Pachacamilla, por lo que la ermita debió estar erigida en un descampado.

¿Qué reuniones celebraba esta raza venida con su carga de pensamientos mágicos? Es sabido que, bajo capa de reunirse en cofradías para ayudarse entre sí, se dedicaban a otras actividades, entre ellas la danza que, en la tribu de la que provenían, no era un pasatiempo o diversión, sino una manifestación religiosa cuyo significado real escapaba ciertamente a los españoles.

¿Qué relaciones tendrían los indios de Pachacamac con estos vecinos de calle? ¿Cómo fue que un día apareció una imagen de Cristo pintada en el muro de adobe de la cofradía? ¿Cómo una cruz de madera bajo tierra, encontrada *casualmente*, señaló el sitio donde se erigió la capilla?

Las relaciones entre indios y negros debieron ser más o menos estrechas en esta parte de la ciudad. A pesar de las diferencias, la desdicha común debió aproximar a algunos. Y estoy por definir que, en esta persistente comunicación, se transmitió la poderosa corriente guardada oculta por los sacerdotes o hijos de sacerdotes de Pachacamac. Esa oscura iniciación se vertió en el alma sensible y milagrera de esos angolas frágiles de religión, y las consecuencias fueron las previstas por los serenos oráculos, latiendo por años en el secreto. En la cofradía quedó entonces, vaga quizá, la insinuación. Y la espera. Hasta que una hecatombe natural, el terremoto que asoló Lima en 1655, parió el mito.

Fue un nacimiento pródigo, poderoso, como habían sido siempre las manifestaciones de la divinidad en estas tierras preñadas de oscuras energías. Rejas y espléndidas construcciones cayeron por tierra. Templos, torres y casonas se partieron. Diez mil muertos significó esta ordalía cósmica. En medio del polvo, la muerte y la desesperación, el muro con la imagen de Cristo permaneció intacto en la ermita. Parecía inconcebible. Poco tardó el barrio y luego la ciudad en saberlo. El bramido de la tierra —que por siglos ha levantado aquí su imperioso mandato— exigió la veneración de un dios esperado: el Señor de Pachacamilla.

¿Qué vería Apolaya en los negros de la cofradía? ¿Intervino en la transmisión? ¿Era consciente que los Reyes, la capital fundada por Pizarro, había nacido en Pachacamac, desde donde Nicolás de Ribera el Viejo había resuelto su ubicación? ¿Y que el trazo de Lima, como hija de Pachacamac, era similar al de la vieja ciudad sagrada? O quizás vislumbró que en ese culto confluían tres vertientes que conformaban el entramado vital de la población nacida a orillas del Rímac: la representación del sustentador del mundo en el Cristo traído por el hombre de Occidente; el nombre —Pachacamilla— del dios más poderoso del orbe indígena, y la relación con las fuerzas naturales —los cataclismos— y la difusión de su culto debida a los negros angolas.

En los altos niveles adonde no llega la ciencia y apenas alcanza a percibir alguna luz la poesía, no queda más que la pregunta, la inquietud y, quizá, la murmuración de alguna frase en la que parece haber una clave que siempre se escabulle. Como en el grave discurso de Asunción Acctu: "...Y cada vez, el Innombrable retorna. El Olvido consume los pensamientos, pero el Sabio aprende la lección: que el Inentendible no es ninguno de esos dioses aunque los fue todos. Que siempre vuelve a hablar en los lugares que habitó su voz, cuando hay quién la reciba...".

ANTONIO MUÑOZ MONGE

(Huancavelica, 1942)

KILINCHU(*)

Aquella tarde parecía que todo fuera a resultar inútil, sin sentido. Caminé dos, tres cuadras hasta llegar a la plaza del pueblo. Atravesando el amplio cuadrilátero adornado con una herrumbrosa pila ornamental seca y cuatro escuálidos manzanos, me dirigí a la casa. Sabía que estaba desocupada y que esporádicamente la abrían para atender la solicitud de alguna partida de bautismo. Allí se guardaban los inmensos libros parroquiales donde se habían inscrito, hacía ya muchos años, a las criaturas de la región.

El descascarado portón verde no soportó el segundo empujón de mi cuerpo y fue cediendo. Un chirrido largo se metió como un agujón por los recovecos de la casa, despertando la presencia de sus habitantes. El sonido extenso invadió otro mundo, y un desordenado aleteo de pájaros e insectos revoloteó en el aire de esa tarde, nublando mi mirada. El paisaje semejava una jaula inmensa encerrando la vida de seres viejos, de pronto rejuvenecidos. Sorprendidas por el ruido y mi presencia, las aves equivocan, marean sus vuelos.

Como imágenes vivas, los recuerdos seguían ocupando mi mente, se extendían por todo mi cuerpo. Me alisé la cabellera queriendo borrar esa visión constante. De las vigas, aleros, tejados, paredes, los pájaros miran desconfiados, de reojo, dando pequeños saltitos.

La tarde se blanquea lánguida en el patio, como un retazo de cementerio de pueblo caminando por la casa. Solitario, un gorrión lleva pequeñas lombrices a su nido. Me acerco al pie del alero, queriendo escuchar el frágil y hambriento piar de sus pichones. Más allá, a lo largo del corredor, las puertas de las

habitaciones cerradas muestran el abandono en sus tablas sueltas, descoloridas. Tiras de tela y soguillas viejas y deshechas amarran por gusto a oxidadas armetas. Manojos de hierba y musgo crecen hasta cierta altura de la pared. Baldosas y lajas removidas aparecen cuarteadas por la fuerza de un pasto salvaje. Las estanterías del comedor se hallan clausuradas, llenas de polvo y tierra. La luz del sol estropea de amarillo anciano las paredes y sobre la inmensa mesa, costales y cajas de cartón desordenan el lugar.

Desde aquí, desde este comedor, siempre media la distancia y el tiempo que necesitaría de estar solo para ir hasta el filo del muro, junto a la puerta del corral, al pie de ese maguey pelado que me acompaña hasta en sueños. Acercarme seguro, con el aliento sosegado, la mirada tranquila. Separarlo de todo, mirar por última vez ondularse sus plumas al viento y bajarlo de un buen tiro. Pero siempre, a la misma hora solemne del almuerzo, la presencia de mi padre, de los hermanos, de los invitados me amarraba al asiento, me detenía entre esas personas mayores, colgadas mis piernas, balanceándome, con la mirada fija, puesta en la punta delgadísima del maguey que se movía al viento.

No podía pedir permiso y que se parasen de aquí hasta allá, todo el mundo, hasta la cabecera de la mesa, arrojando asientos, levantando sillas, incomodando y fastidiando, y que de pronto se me ocurriera preparar mi honda. Dos, tres piedrecillas listas en los bolsillos, una que otra en las manos. Mirar detenidamente, sacudir cualquier preocupación que me distraiga. Acomodar bien la piedra en la badana: ese cuero liso, que a veces hay que mojarlo con saliva para estirar fuerte y con seguridad. Disponer todo el cuerpo: “notevayaganarlosnervioslaemoción”, un traspies, un ruido pequeñísimo, un sonido extraño, una ramita seca que se quiebra. Medir la tensión del jebe, estirarlo una y otra vez, agazaparse, calcular nuevamente la distancia, sentir por fin, el disparo, como si recién pudieras pasar la saliva, mientras un puñado de plumas que se abren allá arriba, descubren por un instante apenas perceptible, el pecho desnudo del kilincho.

Sentir la electricidad del hondazo y verlo caer vencido en un desorden de emoción y pena. Tú y él solos, en ese segundo exacto, en el corral de esta abandonada casa de Coracora ¿Por qué? ¿Para qué?

En el solitario patio, una mariposa vuela, posándose aquí, allá, en los rezagos húmedos del piso de tierra.

Ahora todo está lejano y ausente. No encuentro necesidad de moverme. Estoy sentado a la mesa de siempre. Inmóvil, con una sensación de abandono, juego con mis recuerdos. La tarde silenciosa se puebla de reminiscencias... “los tiros seguros de Pepe, allá en Pampas, (en ese otro pueblo que me acompaña

como regazo tierno)... la manera de acercarse escondiéndose entre los cercos, perdiéndose entre los sembríos altos del maizal, del culantrillo..."

El kilincho se espulga feliz, parado sobre el maguey. La luz del sol hace transparentes las plumas de sus alas cuando las estira, flojo, pagado de su suerte.

—¿Será el mismo?, me pregunto, mientras miro extasiado el tornasolado plumaje. Ahora floto sobre el tiempo entre Pampas, Lima, Abancay, Moyobamba y tantos otros pueblos. El maguey, ahora más amarillo, parece un palo seco, olvidado, clavado por gusto en ese rincón abandonado del corral. Dos, tres de la tarde; el sol ovilla colores en el plumaje del ave, mientras sus ojillos giran en redondo, apacibles, confiados.

—De aquí, deben haber 25, 30 metros de distancia hasta el muro, quizá menos, unos 20, calculo. Muchas veces contaba el trecho con mis pasos simulando acercarme para poderlo sorprender con un hondazo limpio, certero. Pero eran otros los días en que hacía este juego de preparación. Nunca cuando la presa se esponjaba confiada, indiferente en la punta del maguey como esta tarde. En esas otras veces, mis tiros sacaban astillas frescas de la cabecera del maguey y ocupaban con sus sonidos rasgados el lugar vacío donde solía posarse, descansar el kilincho.

Ahora estoy sentado en el mismo lugar, en el sitio de siempre, ante la mesa grande del comedor. Mi padre y mis hermanos están ausentes, han abandonado Coracora hace años. Afuera, el pueblo es apenas una referencia. Sus calles repiten lejanos ecos de voces apagadas, de silbidos misteriosos, de gritos ondulantes.

Hace un rato he almorzado en el mercado, en la pensión de doña Trini, sobre la mesa larga de hule viejo, de rancios olores. Viendo los rostros de mis compañeros de mesa, he vuelto a tener la sensación absurda de estas cosas. ¿Qué hago aquí?... ¿A qué he regresado a este lugar, a esta ciudad? Las personas a quienes vuelvo a ver después de muchos años, siguen en su rutina sin reparar en mi presencia. Nada hay que explique mi espera. ¿Espera de qué? Aquí soy un foráneo desligado de todas las circunstancias.

En las tardes y a veces todo el día paseo por las chacras, por las afueras de la ciudad, por Sequiapata, por Sanquisanqui, por Huaccepampa, por las cercanías al cementerio; aquí me demoraba de niño, solo, esperando que se le pasara las cóleras a mi padre; o me iba más lejos a recorrer los lugares donde recibía sus cumpleaños, con guitarra y violín, con huaynos que le hacían cerrar los ojos, allá por las alturas de Ilcocochoa. Otras veces vengo a sentarme como ahora, a ver el patio. O camino por el corral, el horno, la cocina, el cuarto donde guardábamos la leña; todo está abandonado.

Aguaito por las rendijas de las habitaciones cerradas, queriendo adivinar las imágenes, las siluetas de los objetos familiares en mi infancia. Acomodo los baldes oxidados, huecos, tirados por el patio y los pongo debajo de las goteras de los tejados. Busco las señales de mi estatura marcadas hace años en las paredes del corredor y las habitaciones.

El silencio y la luz clara y detenida de la tarde, aumentan, hacen más nítida la presencia de las cosas, las acercan desde otros tiempos, a través de situaciones repetidas. Mariposas pequeñísimas, nacen y mueren alrededor de los charcos. Los cantos repetidos de unos gallos, se hacen claros y lejanos, y añoro el lugar exacto del ausente campo, correteando alegremente otras veces con mi honda al cuello, allá por Panteompatá, por Muchaipampa.

El continuo vuelo del gorrión domina la imagen de la casa. Del patio al alero, lleva gusanitos en el pico, piando toda la tarde.

Quizá por ser lo único que vive y se mueve por propia y urgente necesidad, adquiere esa presencia sentida. Un aleteo de ángeles, de silencios, de pañolones negros, de reclinatorios, de santos de yeso, de ojos, de sombras, recuerdos de voces familiares acompañados del canto de mal agüero de una gallina, invaden, ocupan la casa.

El kilincho está ahí sobre el maguey. Solo, libre, confiado. Pero no puedo aprovecharme de esta mutua confianza, no puedo hacerlo. Camino por la casa, me hago el desentendido, me voy por el lado del gallinero, por la cocina. Salgo al patio y me dirijo a la calle. Regreso haciendo bulla, hablando en voz alta, como si viniera acompañado. Grito, silbo y entro al corral. El kilincho me mira moviendo, levantando la cola. Yo también lo miro. Palmoteo, grito, aplaudo, arrojo una piedra al pie del maguey, al mismo tronco y nada. Ahí arriba, en la cabecera del maguey, sigue indiferente, espulgándose, oteando lejanías.

Cae una lluvia fuerte sobre Coracora. Las calles se inundan solitarias. El agua de las acequias que corre por el centro, borbotea insistentemente. El pueblo aprisionado por la lluvia, presenta un extraño y triste paisaje oscuro.

Relampaguea la luz celeste por el horizonte y en un claro de cal, nítido, alcanzo a ver, como en una aparición, los escuálidos manzanos de la plaza, el esqueleto de la pila central, un poste. Atravieso la plaza y me sumerjo en el mercado. Camino hacia el fondo a la derecha, al puesto de comida de doña Trini. La triste luz de un foco mosqueado, grasiento, ayudado por la luz lánguida de una lámpara, hace viejísimo el lugar, el ambiente. En el bolsillo de mi casaca, el bulto gordo del kilincho, todavía tibio, denuncia mi nerviosismo, y una especie de tristeza, rechazo, confusión, angustia, me agotan, me hacen débil, me ponen mal.

Un peso que traba mis movimientos, surge de ese puñado de carne y plumas que escondo como parte de mi cuerpo y que me obliga a aislarme de la gente.

He enterrado al kilincho en un rincón del corral. Un pequeño montículo de piedras señala el lugar. Al cerrar la puerta de la casa, apresuro el paso y atravieso la plaza del pueblo. Sola, vacía, con el viento que gime en sus esquinas, parece olvidada a su suerte. Camino a lo largo de tres, cuatro cuadas, escapando. Una oscuridad total me hace levantar la voz ante sombras escurridizas y me pierdo por las afueras, como empujado por alguna urgencia.

Al extremo del pueblo, donde las casas se confunden con el campo, con las chacras, me meto a una chingana a medio cerrar. Saludo sacudiéndome del cuerpo el agua de la lluvia, queriendo detenerme en algún rostro. Me siento y pido un café. A la dueña le converso con familiaridad, mencionando algunos apellidos del pueblo. Más tranquila, apoyada sobre el mostrador, me acompaña.

Más tarde, cansado de querer encontrar un rostro conocido en esta ciudad vacía, camino hacia mi alojamiento. Despacio, como quien se derrumba sobre escombros, abro mi cuarto. El silencio llena mi cuerpo. La luz de la luna se filtra por las rendijas de la ventana. Duermo intranquilo esperando el amanecer. En esas largas horas, las quejas de unos huaynos que vienen de la calle, mecen mi nostalgia. Tarareo en mi memoria, reconociendo las letras... "Negra del alma, negra de mi vida / cúrame la herida que me has abierto dentro de mi pecho..." Las voces y la música se alejan definitivamente. Adivinando las calles por donde se van los serenateros, voy quedándome dormido.

Al siguiente día, ya en el ómnibus de regreso, tranquilo, reposando, con esa sensación de convalecencia, mi espíritu se aquieta. El paisaje nace vital en cada mirada. Las cosas aparecen con sus primeros colores. Las voces de los pasajeros, frescas, limpias, adquieren una melodía nueva. Me voy reconociendo en cada uno de ellos, conforme acomodo los movimientos de mi cuerpo en el asiento del vehículo.

A la salida del pueblo, donde la carretera se separa de las callejas angostas, se levanta un poste, alto, solitario. Parado en la punta, vigilante, con los oblicuos ojos hacia abajo, un kilincho joven, parece mirarme, separándose del resto de los pasajeros. El ómnibus va despacio. Como obligado, volteo nuevamente para ver al kilincho. Esta vez no lo encuentro. Sin dar mayor importancia, me acomodo en mi asiento para gozar del paisaje. Al rato, detenido en el aire, sosteniéndose en su vuelo, el kilincho mira fijamente hacia abajo, por el lado de los barrancos.

El vecino de mi asiento al notar mi interés por el ave, me explica: “Está por cazar un pajarito o un ratón, apenas lo divise se lanza sobre su presa. Otros, cuando se sienten viejos o enfermos, se dejan caer en plomada para estrellarse en los peñascos de los abismos. Ellos también tienen su orgullo”, agrega.

Volteo intrigado en dirección del kilinchu. En su lugar: el vacío, el aire, las rocas, un riachuelo que corre allá abajo, la faldería verde plomiza de un cerro, sembríos de maíz, papa, cebada, pequeños bosques de eucaliptos; el motor del carro que sufre en la cuesta. Un campesino parado a la puerta de su choza nos saluda levantando la mano. Mi vecino dormita, lejano. Los demás pasajeros se arropan preparándose para un largo sueño.

(*) Kilinchu: Nombre quechua del cernícalo. AVECILLA rapaz.

GREGORIO MARTÍNEZ

(Coyungo, 1942)

SE ME SECA LA BOCA DE ESTARTE HABLANDO

DIOS con su infinita bondad ha de querer que al recibir en tus manos la presente misiva te encuentres gozando de buena salud en unión de tu nuevo compromiso mi cuñado Algemiro que aunque no tengo el honor de conocerlo vayan para él mis parabienes y un fuerte abrazo de la misma manera para tus hijos que ya deben estar hombres tanto que si los vuelvo a ver no los reconocería más todavía ahora que estoy medio cegatón por culpa de la bendita diabetes que de la noche a la mañana se me ha arrebatado a pesar de que yo nunca como dulce pero en fin si las cosas no fueran así el mundo no sería mundo. Quisiera que le hagas presente mis saludos a toda la parentela de por allá así mismo a las amistades y diles que los recuerdo con mucha añoranza especialmente ahora que esto se va quedando tan sólido y que en lugar de pararme a mirar cómo crece el moho y la malahierba prefiero mirar para adentro como Torociego Venegas para sonsacarle a la memoria todo lo que hemos vivido y badulaqueado desde cuando éramos muchachos y andábamos por los potreros aprendiendo las malas mañas y la sinvergüencería a veces con sólo mirar una flor o un hueco de hormigas. Yo también hubiera querido salir de este monte pero la verdad es que me gusta andar suelto como los burros cimarrones y en la ciudad tú sabes muy bien uno tiene que aprender por fuerza y obligación a vivir como gente sujeto a toda clase de etiquetas para no dar que hablar por eso no me arrepiento de haberme quedado aquí en la ignorancia de manera que no te preocupes por mí que en buena cuenta estoy bien único mortificado por la diabetes que me ha cortado la vista y todo el santo día ando con la boca seca

como si estuviera mascando ceniza aparte de que orino dulce casi miel tan azucarado que a veces me da pena tanto desperdicio y pienso que si estuviera allá donde ustedes que hay tanta gente y nadie sabe lo de nadie bien podría instalar una chichería para sacarle siquiera algún provecho a esta meadera de rico que ya me tiene cojudo. ¿Recuerdas que yo siempre te fastidiaba con eso de que se me seca la boca de estarte hablando? Parece que el diablo me oyó y se la tuvo guardadita esperando la ocasión para ¡muácate! ajustarme las clavijas ahora que ya no estoy para tantos brincos no porque me falte carácter sino porque las coyunturas se me han entumecido con el ácido úrico y no sé qué miércoles más. Hoy por hoy sí que realmente se me seca la boca y sin necesidad de decir una palabra basta nomás que amanezca nublado o con sol para que comience la jodienda y como si tuviera un caldero en el estómago empiezo a echar flama por la boca igual que un basilisco. En cuanto a mi situación no te pensiones que yo con un puñado de maíz y un jarro de agua de pacuato tengo más que suficiente y hasta de sobra para el gasto de energía que hago a la muerte de un obispo o cuando se me acaba el agua de la botija y debo ensillar la mula para que algún culuncho vaya con los barriles hasta el pozo de La Palma donde brota la mejor agua para tomar ¿te acuerdas? Lo que sí te pido es que agarres un lápiz y me escribas aunque sea cuatro garabatos que para mí sería el mayor consuelo sobre todo porque sé que tú tienes gracia para poner el corazón y los sentimientos cuando escribes y es como si a uno le hablaras en persona y estuvieras sentada al frente con la palabra en los labios. Yo te recuerdo con tu peinado de rulos y ese vestido de flores morado con amarillo que lo más bonito que tenía eran los botones de vidrio labrado pero cuando te sueño nunca te veo así sino completamente diferente aunque no podría precisártelo cómo. Ahora último casi no sueño más bien de día veo visiones y oigo que me llaman. Debe ser la vejez digo yo porque de milagroso francamente no tengo ni el parecido salvo que recién se me haya despertado el sexto sentido que según dicen tenemos quienes hemos nacido a los once meses como en mi caso. Ahí ves tú que hasta la vejez tiene sus ventajas después de todo y no es nada del otro mundo que uno vuelva a llenarse de ilusiones como de muchachos cuando andábamos persiguiendo los sueños. Así es la vida. Como si fuera un juego volvemos al lugar de donde partimos. ¿Recuerdas que hasta en la candela queríamos leer el destino? Mirábamos la luna llena y cualquier rasgo nuevo nos colmaba de ilusiones. Cuando pienso en todo eso la vida se me aclara y todo lo que hemos vivido lo veo tan cristalino como el agua, por eso me gustaría que tú también me hables de estas cosas, tú que debes conservar la memoria más fresca para recordar toda la dicha que vivimos en este monte perdido. Si yo pudiera ahora me la pasaría hablándote hasta que me faltara el aliento pero ya

ves que no solo se me acalambran los dedos sino que el papel se me encoge y ya casi no tengo dónde meter estas letras. Por eso sin más que decirte me despido con un fuerte abrazo rogándole siempre al altísimo que te conserve bien de salud para felicidad de los tuyos y mía ya que plata no se le puede pedir al bendito.

UNMSM-CEDOC

FÉLIX HUAMÁN CABRERA

(Huancayo, 1943)

MULA DE CANDELA

Corriendo entraron al templo desde la esquina de la plaza donde está ubicada la tienda de don Isaac.

“Por Dios, hermanitos, de la sacristía sale relinchando; salta alto frente al altar mayor y, cada vez que pisa el suelo, las chispas como rayos se expanden de sus patas...”

—¡Jura, Lolo, jura que la has visto!

Apenas salieron de la escuela se vinieron corriendo, corriendo por la calle llena de eucaliptos.

“Hace dos días nomás el Teófilo Garrido la ha cogido y amarrado en el roble más grueso de la plaza que queda junto a la casa del Pato. Yo la vi. Con una sogá bien gruesa la anudó. Daba coces en el aire y relinchaba a todo pulmón rompiendo el silencio de las doce de la noche...”

—Y ¿cómo la has visto, Lolo?

Lolo Peña hablaba y hablaba inquietando a sus compañeros.

Lo mismo habíamos escuchado hablar a doña Damiana.

Todo el mundo hablaba en ese entonces.

“Como yo vivo cerca desperté con el bullicio. Desesperaba y daba miedo la mula. Salí a ver. Muchos de los que viven cerca de la plaza la vieron, porque la luna estaba en el mismo centro del azul, llenita se daba en todo el campo...”

Apenas dio las cinco de la tarde en el patio de la escuela, se vinieron corriendo. En sus bolsas de tela guardaron sus libros y cuadernos ajados y, sin

esperar mucho, apresuradamente, calle arriba, por Roccha, se dirigieron al templo.

“Por Diosito, sus ojos también querían volar mirando a la luna. Sus patas de lanteras se alzaban hasta las primeras ramas del árbol desprendiendo las hojas más anchas. Cuando de repente, por la fuerza que hacía, zafó la sogá, y todos tuvimos que escondernos en nuestras casas porque si no nos mataba...”

Dentro, el claroscuro de la tarde era intensamente silencioso, daba miedo; entramos muy quedamente en fila de uno. Eramos seis, más o menos: Lolo, adelante; Meño, en seguida; yo, luego; el flaco Falconí me cogía de la correa, mientras que el Pujay y Piedras “no hagas ruido, no hagas ruido”, despacito, detrás de todos atisbaban avanzando.

—Cuando la oscuridad llega, después que el sol se ha metido y ya en ningún vidrio de la iglesia queda su recuerdo, sale la mula de la sacristía —decía Lolo—. Tenemos que estar quietos y evitar que no nos vea, si no nos puede fregar.

Al frente el Cristo de los Auxilios agonizaba entre una luz rojita que día y noche ardía en el altar mayor; al lado izquierdo el Niñodios Chaperito, sostenido por las manos de la Purísima, parece que sonriera siempre; también estaban San Francisco con una calavera en la mano, el Galapacho, la Dolorosa con el corazón desgajado por espadas lacerantes y otros santos más.

“Solamente una vez al año y en luna llena se puede coger a la mula. Si se la ata, duro, al tronco del roble o de cualquier otro árbol, y la sogá no se rompe, amanece ahorcada y convertida en mujer; pero tiene que ser una sogá bien gruesa, no como la de Teófilo Garrido que por zonzo ha perdido la oportunidad...”

—¡Meño, arrodíllate, estamos pasando por delante del Señor, ¿no ves?

Los muchachos después de cruzar la media hoja de la puerta principal, voltearon por la mano derecha hacia el lado de la escalera que lleva al coro y a la torre. El Piedras tropezó con una banca y armó un ruido grande. Los demás le recriminaron diciendo que andara con cuidado para que el cura no les sienta. Nadie tiene que saber de esto, solamente nosotros; andemos como si estuviéramos descalzos casi; ya vamos a llegar al cuarto oscuro, lo tenemos que cruzar para poner los pies en el primer eslabón.

El cuarto parecía abandonado. Sentí miedo. Bultos viejos y destruidos de santos estaban arrojados por uno y otro rincón; les falta a algunos la cabeza, a otros un brazo, el dedo, a los de allá los ojos, caray y están llenos de polvo entre flores de papel marchitas, arcos, sobras de cera derretida. No, Flaco, no lo muevas, ¿ya ves? Agáchense todos. Es un murciélago atontado en el espacio. Pucha, qué polvo, avancemos hacia la escalera; nos vamos a tragar un sancocado de tuberculosis aquí.

—Yo la he visto, hermanitos, y dicen que a las seis de la tarde, cuando empieza la sombra general, sale la mula de la sacristía.

—Claro, vamos —dijeron los otros.

—Veremos a la Irma relinchando.

—El cura en su lomo también saltando.

Empezamos a subir las escaleras. Alta era como subir al cuarto piso de una casa. Uno a otro ascendíamos hasta el coro. En silencio, Lolo. Disimulando, Meño. Que no rechinen las maderas; están carcomidas y resecas hasta el fondo, decía el flaco Falconí. Con cuidado, Pujay, que resbales en las graderías. No hagas ruido, Piedras. Chish, Yo. Ascendíamos paso a paso, hacia arriba por la escalera de la torre.

Ya estaban por llegar.

Dos gradas más y... ¡en el coro!

—¡Rrrshss...! ¡Pssst...!

—¡Qué!

—¡No hagan nada!

Todos se quedaron como estáticos.

Unos pasos menudos se introdujeron por la puerta principal hasta las bancas delanteras.

Era un hombre vestido de negro.

—No, No... no es el cura. Un alma de repente. Anda, cojudo. Esperen, esperen un rato... El sacristán, claro, el sacristán está llevando una cera encendida, ¿lo ven?, su cara de chanco marreno se alumbra, mírenlo... Ahora, coloca la vela a San Francisco.

—¡Qué!

—¡La alcancía, hermanitos! ¡Se lleva una... dos... pulseando su contenido!

—Nosotros calleemos nomás; que no nos sienta; ya se va a ir. Lo ven. ¿No dije?

Después de largos minutos, los mismo pasos se alejaron por la puerta principal, y los muchachos ganaron el coro.

—Bien. Escondámonos aquí. Ya no tarda en salir la mula. A la hora que oscurezca del todo saldrá relinchando; con el rabo levantado saldrá por aquella puerta; su cara es de mujer, es la misma cara de la Irma, por Dios, hermanitos, pero no hagamos ruido.

*

“Sólo esto tenía que pasarle al Teófilo Garrido. Es que él trasnocha, pues, donde sea, y eso es bien fregado. Y las dos cosas le pasan en Waitara. La primera vez, él que se va a Obrajillo medio picadito con los tragos, dicen que a ver a una hembrita, pan, pan, pan, él qué pensando iría, cuando de repente *ingá, in-*

gá, ingá, ¡un niño!... qué... llora en la quebrada; entre los chilcos y los sauces, ahí estaba llorando; ¡qué, carajo!, se dijo él, ¿a esta hora un bebito? Se acercó despacio, y lindo el niño lloraba moviendo sus patitas y sus manitas, calatito el chiquito; él rápido lo envolvió con su poncho y se lo llevó con dirección a Obrajillo, ahí le daré a la Flor para que se lo críe, diría; pero ya casi al llegar al pueblo y con la luna a todo resplandor, cerca a la cruz de Potura, se inquietó porque el niño ya no lloraba; entonces, poniendo un pie en el cerco de piedra, debajo de la cruz, descubrió el poncho para mirarlo y cuál no sería su sorpresa al ver entre sus brazos, no al niño, sino a un ser pequeñito con ojos de toro, con barbas y cachos, ¡carajo, el diablo, el duende, la puta!, dijo Teófilo Garrido, soltándolo de alto y, cuando vio, como si fuera un mono con tremendo rabo se metió entre los carrizos y los chilcos del riachuelo; no le quedó más ánimo y pies para qué te quise, temblando llegó a Obrajillo sin poder hablar.”

—Y ésta es la segunda—contaba Teófilo Garrido, al lado de la gobernación, a otros hombres—. Venía en mi caballo bayo, cuando de repente, en la bajadita de Waitara, escucho trote de varios caballos desbocados; serán del Santiago, digo, que se han escapado de su corral. Apresuro más y me doy cuenta de que no se trataba de un tropel, sino de un solo caballo que brincaba y cascarriaba en loquerío espantoso. Alisto mi cabestro y bajo más hacia la quebrada, y ¡sorpresa la mía! al darme cuenta que no era caballo sino una mula. Miré hacia el cielo y justo la luna en el centro mismo redondeaba a las estrellas una sonrisa plana, entonces dije: ¡ninamula!, no hay dudas. Ya la había adelantado y corrí con mi bayo y con el perro. Lo acorralé cerca de la peña (de ahí no podía escapar) y lo enlacé. La mula que brincaba, que corría, que quería irse, pero ya era tarde, con el zurriago la dominé y la traje hasta la plaza donde la amarre, aquí fue cuando recién escuché su voz: Teófilo, no; Teófilo, no; me dijo la gran puta; pero yo con más gusto, la amarré en el roble grueso para que la gente viera al día siguiente. Amarrando le di una cueriza de padre y señor mío ¡que escarmiente!, salada, desgraciada, por eso tanto mal ronda en el pueblo, quizá este año también por culpa de esa desgraciada no haya aguacero y las tierras se sequen. Tiene mucha fuerza, mucho poder tiene el mal, imagínense que rompió mi cabestro. Ahora dicen que la Irma está muy mal, en cama, debe ser la cueriza que le dí, para qué jode pues, para qué jode a nuestro pueblo.

Eran ya las ocho de la noche. Lolo había contado lo que Teófilo había dicho.

Ya la puerta de la iglesia estaba cerrada.

¡Ahora, por dónde salimos!

Los padres de los muchachos habían ido a la escuela: ellos han salido a las cinco de la tarde nomás.

Al maestro: Ya han debido llegar a sus casas, salieron a la hora de costumbre.

Fueron donde sus compañeros de aula: No los hemos visto, solamente en la escuela, a las cinco nos vimos todos.

Al puesto. Haremos saber a la policía: No creemos que se hayan fugado, son muy pequeños.

—La mula no aparece y ya está muy oscuro— dijo Pujay.

—Casi no se ve nada —murmuró el flaco Falconí.

—Mejor nos iremos —sugirió Meño.

—¿Por dónde? —dijo Lolo.

—Tenemos que salir por la casa parroquial —habló el Piedras—. Es la única salida.

—Sí. No hay otra. Pero primero veamos la puerta grande, de repente se puede abrir, si no tenemos que irnos por la casa parroquial haciéndonos los cojudos nomás.

—¡Vamos! —dijeron todos.

Y asegurándose del pasamanos por la escalera bajaron del coro.

Todo era oscuridad y silencio sepulcral.

Llegaron a la puerta grande... Imposible abrirla. Candados enormes aseguraban los cerrojos matando toda esperanza de ver la calle.

—¡Vamos por la casa parroquial! —dijeron.

En eso el ruido, había sido escuchado por el cura, y éste, llamando apresuradamente al vicario, al sacristán y a la cocinera, encendió las luces del templo, y entraron con palos y piedras gritando: ¡Ladrones!, ¡Ladrones!, ¡Ladrones!

Los muchachos se quedaron petrificados pegados a la pared.

—¡Aquí están! —dijo el sacristán señalando y amenazándoles con un palo.

—Ah, con que ustedes son ¿no?

—No somos nada, padrecito; sólo hemos venido...

—¡Han venido a robar, pues; a llevarse la limosna que iba a servir para construir el anda de oro del Señor de los Auxilios —gritó el cura y luego dijo al sacristán: ¡Llama a la policía y diles que hemos encontrado a los ladrones de las alcancías!

El sacristán salió corriendo y dio aviso a la policía que se hizo presente inmediatamente.

—¡Aquí los tiene! —dijo el cura.

—Hoy día también han desaparecido dos alcancías. Ellos deben de saber; que digan, jefecito, porque el padrecito siempre me hace cargos —dijo el sacristán.

—¿Dónde están esas alcancías! —preguntó el cabo.

—No sabemos, señor.

—No saben, no... ¡Vamos, carajo! —ordenó a los muchachos señalándoles la puerta, los que cabizbajos se dirigieron al puesto de policía.

—Ahora entregarán todo lo que han robado.

—No hemos robado nada, señor.

—Entonces a qué han entrado al templo —preguntó un militar medio viejo y barbón—, seguro a rezar al papa lindo ¿no?

Inmediatamente intervino el cura:

—Perdón, sargento, no es la primera vez. Ya han robado en otras oportunidades las limosnas que están destinadas a la construcción del anda de oro del Señor. Usted está enterado del sacrificio de la señora Irma Canchucaja por llevar a cabo su propósito anhelado, que también es de todos los feligreses.

—Padrecito, pero nosotros no hemos robado nada.

—Entonces a qué han entrado, y ¡a esta hora!

—A las cinco hemos venido, padrecito, para ver la ninamula.

—¿La ninamula? —se sorprendió el cabo.

—Sí, señor; la mujer del cura se vuelve mula y apenas anochece sale de la sacristía.

—¿Quién te ha contado tal estupidez! —gritó indignado el cura.

—Toda la gente habla. La Irma Canchucaja, dicen que es la mujer de usted. Anteayer nomás Teófilo Garrido la ha enlazado y amarrado en la plaza.

—¿Qué! ¿Qué es eso, padre; es cierto lo que dice este muchacho?

—Son creencias de la gente ignorante.

—No son creencias, señor, es cierto. Si no que diga don Teófilo Garrido.

—¡Guardia, tráigame a ese sujeto inmediatamente!

“Por eso tanta desgracia en nuestro pueblo, jefecito. Ella tenía que morir, no había otra forma de arreglar la situación, mi cabo. Además la cueriza yo no he dado a ninguna mujer sino a una mula que encontré en Waitara.”

Pero ella ha muerto diciendo: No me pegues, Teófilo, no me pegues. Eso qué significa.

Señor, yo lo único que hice fue enlazar al mal que encontré en noche de luna llena. No podía dejarlo suelto, porque si no qué hubiera sido de nosotros que vivimos de la providencia. Sólo mi cabestro y el zurriago saben quién fue.

La ninamula ha muerto.

Irma Canchucaja ha muerto y ahora doblan las campanas.

—Meño, con razón, anoche no salió de la sacristía la mula.

—Se estaba muriendo, Lolo. Fuerte habría pegado el Teófilo. Felizmente que su alma no nos siguió.

Dicen que la ninamula es peor muerta que viva. El roble donde la amarraron se está secando y el agua de Waitara de repente también se secará. Hay que cuidarnos, hay que cuidarnos siempre.

... (text is extremely faint and illegible) ...

LUIS FERNANDO VIDAL

(Lima, 1943)

ENTRE RASO Y ROSAS, LA MEMORIA

¿De veras no se notaba? preguntaría años después, no convencido del todo de que aquel detalle insignificante, arrojara algo así como una piedra irreverente a su apostura, a su minucioso control de todos los probables imprevistos, como si se riera de todos aquellos afanes, de todo su ajeteo reuniendo papeles y más papeles, partidas de nacimiento y de bautismo legalizadas, certificados de salud, de domicilio, fotografías a granel, recolección de firmas, de testigos, convocatoria de amigos, parientes, conocidos, partes monísimos, delicadas tarjetitas y qué sé yo cuántas cosas más; aquel detalle insignificante que estuvo a punto de oscurecer toda la persuasión de que hizo gala hasta convencer a los padres de ella, hasta hacerles ver que él, precisamente él, era y sería siempre el mejor partido que su hija pudiera jamás encontrar (claro que sin decirlo, no eras tan bestia, por supuesto); aquel detalle que vencía, casi, toda la persuasión y la seguridad en sí mismo que debió poner en juego para escapar del asedio de los amigos, empeñados en acabar todo el licor de Lima, en recorrer todas las boites y burdeles, y dejarlo borracho en la puerta de la iglesia; aquel detalle pequeñísimo, casi microscópico, se diría, pero capaz de alterar toda esa su paciencia de buey acostumbrado a buey —como decía el desgraciado de tu hermano menor—, aquella paciencia tan regocijada en sí misma, tan pagada de sí, y que lo hacía capaz de escuchar sin inmutarse, la reconvencción más cojonuda de las tías metidas a consejeras de última hora, toda su paciencia, capaz de aguantarse el tremendo sermón de los curitas sobre la vida en familia y la sagrada unión matrimonial y la comprensión mutua de los contrayentes en la

hermosa linda extraordinaria ejem-ejem noche de bodas; ese detalle menudito, recordaba, que pudo haber empañado la ilusión, toda la ilusión que podía albergar, que debía albergar un hombre enamorado, toda esa ilusión que, junto a ella, la bienquerida, la ansiada adorada mujercita, le había hecho ir acumulando ropa, jarrones, adornitos, vasos, muebles, ahorritos, todo y de todo para asegurarse el futuro, como cuando hay racionamiento, para gastarse una felicidad que en estos días ya resulta tan difícil, como habría de decir tío Felipe; sin embargo, años después, se diría también, como se dijo en aquel instante, que esto no era nada, que era tan pequeño que ni se notaba, tan sin importancia que nadie se daría cuenta, total, la iglesia era un haz de luces y flores, flores en el altar, cerca del altar, rodeando al sacerdote, haciendo caminito por todas las naves del templo, fraganciosas flores cerca de los santos, en las manos de las vírgenes y de las otras también; total, quién se percataría, se dijo aquella vez, igual que ahora, al borde de los años, quién se percataría en medio de la lluvia de arroz y pétalos fragantes, al arrullo de aquel coro convocado por la linda maravillosa amiga de ella, digna maestra de ceremonias de este acto maestro y directora también del otro coro de amigos que desentonaban lindo el *Love Story* que pasaría a la historia, en torno del champán rosado lleno de burbujitas burbujitas y los brindis optimistas, felices, dicharacheros, en el centro de la fiesta extraordinaria (sencillita nomás, te acuerdas que dijiste), movidos, balanceados por la música de aquella orquesta, trompeta, saxo, batería, guitarra eléctrica, tumba tumbador y cantante con uniforme de colores y esa sonrisa contagiante de mil quinientos soles la hora; qué cuenta habrían de darse si el servicio de mozos era tan bueno, tan cumplido, tan eficiente, qué mozos dirías, qué mozos ni qué ocho cuartos, la comida señor, qué bocaditos por Dios; y el pavo; qué cuenta, al fin, con tanta mujer bonita, hermanas, primas, tías, amigas, esposas, conocidas, todas con lo mejor de las tiendas, lo más selectito de los roperos y guardarropas, deslumbrantes, graciosas, mostradoras, según la ocasión y las ganas; aunque —otra vez la obsesión— te dabas cuenta que, como tú, todos miraban, que si tenías que estar con todos ellos, entre ellos, atendiéndolos, danzando con las señoronas y por qué no decirlo, con tu señora que ahora empezaba a serlo, no sin ganas, no sin gusto; claro si rondabas por toda la sala, te dijiste, si los ojos estaban en ti y tu señora —sonaba lindo ¿verdad?— se darían cuenta y, al fin y al cabo, al día siguiente, masticando las galletas o las tostadas con la rica miel, la mantequilla, la mermelada, al sorber la leche o el jugo de naranja, al hojear el diario y pegarle un vistazo al cielo opaco se les oíría comentar, como quien no quiere la cosa, de tu descuido, de aquello que muy bien pudo haber echado a perder la ceremonia, si no fuera por los mozos, la comida, las tías, la orquesta, la iglesia, el local, las atenciones, la gracia de tu

esposa, las cortesías, la alegría, y eso te aliviaba en algo, te hacía saltar por encima de la tensión, alegrarte de cómo lo habías previsto todo con precisión milimétrica, y cómo todo había salido a pedir de boca, como que habías pauteado y seguido un libreto maravillosamente bien escrito; pero, sin embargo, la manchita persistía, ahora como aquel día, malográndote el hígado, la ilusión y la camisa, la camisa que con tanto amor, con tanto afán habías escogido, guardado, perfumado y no deseabas cambiar; sí, la manchita de grasa del más fino fijador de todos los que habían en plaza, la manchita ahí, ahora como aquel día.

JORGE FLÓREZ AYBAR

(Puno, 1944)

LA TIERRA DE LOS VENCIDOS

Seguía lloviendo a cántaros en APUMARKA. Cuarenta días y cuarenta noches.

A través de la inmensa ventana iba viendo cómo se iban cayendo una a una las casas. Habían más de 100. Hoy, quedaban pocas. Casi, podríamos decir, que el hombre estaba solo. Solo frente al mar. Él y el mar, solos. Su madre antes de abandonar la casa le había dicho “el agua ya te va a tocar la puerta, por qué no abandonas la casa”. Él, pensativo, con la cabellera suelta hasta los hombros, respondió: “cuando toque la puerta, dile que no estoy”. El mar no tocó la puerta, se metió por entre las puertas y ventanas, inclusive, por debajo de la tierra brotaba el agua. Su casa no había caído, pero la humedad hizo que se fueran su madre y sus hermanos. Todos se fueron. Quedó sólo él y el mar. Jaló arrastrando un sillón hasta la inmensa ventana. Desde allí veía cómo se iba hundiendo pesadamente el sol sobre unas olas que se agitaban desesperadas como si una mano las estuviera moviendo.

“...Siempre la soledad —recordaba—, la noche y la muerte me estremecieron desde cuando yo era niño. Muchas personas me prodigaron amor y ternura. A quien más recuerdo es a mi prima Rosa, ella me usaba muy bien. A veces me metía al lavador y yo gritaba. Me peinaba y me disfrazaba como a un muñeco, me llevaba a la calle siempre apurada, yo no podía caminar como ella, entonces me arrastraba, iba volando, me sentía una avecica aprendiendo a volar. Ella no era muy alta, era pequeña y delgada, pero su saco de lana, con gruesas raya negras y rojas daba la sensación de ser alta, inclusive, su falda con

bolsillos largos, estilo campana, sugería que iba a volar. Cuando menos lo pensaba llegaba un muchacho alto con ojos negros, con pecas y el cabello caído casi hasta la nariz.

—Qué tal mi amor— dijo el muchacho y besó a mi prima en su mejilla rosada y ardiente.

—Bien —dijo muy tímidamente.

Él tomó la mano de Rosa y yo me senté en la vereda, me puse a jugar. Así estuve un buen rato.

—¡Cuidado, Alexander! no te vayas a ensuciar.

Me levanté asustado, vi las manchas de barro en mis dos manos y me limpié, rápidamente, en mi ropa. Rosa me dio un manazo y disimuladamente me pellizcó. No grité por vergüenza. Pero juré vengarme...

Hasta el anoecer anduvo errante por su habitación. Petrova era de tez morena y de ojos rasgados, iba y venía a cada rato y a cada instante; al final terminó recostándose en una de las amplias ventanas, mirando el mar que empezaba a inquietar sus aguas. Las pequeñas y grandes olas terminaban por estrellarse en las paredes de las pocas casas que aún quedaban. Petrova era un hombre ensanchado por las espaldas, a veces se exasperaba, manoteaba, renegaba. Sentía que las paredes le oprimían, sentía que su casa era una cárcel. El mar su guardián.

El mar crecía en la noche y las olas reventaban con mayor insistencia. El mar azul se había transformado en un mar negro y una mancha blanca disparaban las olas, cuando éstas reventaban. Los troncos de los dos pinos del amplio patio se erguían y sus ramas se perdían en la oscuridad.

Petrova se desplomó en uno de los sillones. Miraba las paredes blancas de su habitación. Sintió mucho miedo cuando vio un rosario colgado en los barrotes de su cama y un crucifijo clavado en la cabecera, pero ese miedo se fue diluyendo cuando vio un gran cuadro del *Che Cristo*, colgado frente a uno de los ventanales, abiertos sobre el mar; más allá también estaba colgado el *Che Guevara*; siempre intemporales y vigentes. Esperó en vano al Vikingo, esa noche no vino y corrió las cortinas de sus anchas ventanas y se fue al espejo, un enorme espejo viscelado. “Tú” —dijo mirándose en el espejo— ¿eres realmente aymara? Yo creo que te falta tu aymarina. Florelva se fue a su tierra, ella no soporta la ciudad, tú no eres como ella...“ Lloró, y sus lágrimas le caían como granizada nocturnal. Se sintió un insecto clavado en el espejo, pegado, impotente, estirado, lapidado.

La noche era muy larga y se metió en la cama. Pensó que era un aymara desubicado en el tiempo y en el espacio. Cubrió su rostro con las manos y permaneció en silencio durante largo rato. Después de tanto cavilar acabó por

dormirse por el rumor de la lluvia. Afuera, la noche se quebraba y se doblaba por la luz de los relámpagos.

"...Tú eres aymara, me dijo el abuelo la noche de la navidad. Él tenía un poncho que le caía desde los hombros y una chalina roja que le colgaba desde el cuello, me gustaban el poncho y la chalina, esa noche tuvimos la siguiente conversación.

—Mira hijo —dijo con voz suave y ronca—, esta noche es navidad, nuestras costumbres son distintas, pero nos hemos acostumbrado a los hábitos de la ciudad. Tú eres aymara.

—Lo sé abuelo.

—Tú tienes 6 años y los cumplirás en enero.

No dije nada. Y, él siguió:

—Tus padres no están, han viajado, pero te recuerdan mucho y me han encargado que esta noche pongas tu zapato izquierdo al pie de tu cama. Papá Noel vendrá y te pondrá un juguete, caramelos y panetones.

Esa noche no quise dormir. Me contaba cuentos. Me decía que el aymara era el centro de la historia, un día volverán los aymaras con sus zampoñas, vendrán por entre las nubes, vendrán en caballos blancos como las nieves. La tierra se partirá y los caminos se bifurcarán. Los extranjeros serán expulsados y volveremos a fundar otro imperio.

Cuando cerré los ojos, el abuelo creyó que ya dormía. Cerró la puerta de mi pequeña habitación y sentí mucho miedo, quise gritar que no me encerrara y que no me dejara solo. Me calmé porque veía filtrarse la luz por las rendijas de la puerta. Yo quería conocer a Papá Noel; pero, esa vez, me dormí, envuelto en un trueno de palabras y promesas, de bullicio y de incienso, de cohetones y champanes. Yo veía y oía desde mi ventana. La ciudad estaba loca.

El 25 de diciembre, desperté muy temprano, efectivamente, había en mi zapato un bolero, dulces y un panetón. Quedé desilusionado por no haber conocido a Papá Noel; como vi al abuelo profundamente dormido, salí a la calle, vi a muchos niños como yo, tenían sus juguetes: trenes, muñecas, robots, carros, incluso hubo un niño como yo con un bolero; pasé de largo y se me antojó patear una lata, que la hice rodar desde la vereda hasta la esquina y se metió en una acequia.

—Hola —me dijo el niño del bolero.

—Que tal —repuse.

—¿Tú crees en Papá Noel? —me dijo sonriendo.

—No sé —contesté.

—Papá Noel no existe —dijo muy seguro—, no sé quién lo inventó, pero sé que es una pendejada de mi papá.

—Y, ¿por qué no crees?

—Porque mi padre me volvió a poner el mismo bolero del año pasado.

Se llamaba Ramón, estaba molesto porque le obligaban a ponerse un pantalón corto y sus amigos le observaban extrañados; y, él empezó a explicar que su pantalón era de hombre, a pesar de los adornos que tenía. “Incluso tiene para poner correa —decía—, las mujeres no usan correa. Además, Uds. nunca van a tener este pantalón porque mi mamá lo compró a un gringo”. Entonces, recordé al gringo que vendía frutas en el mercado, a veces, vendía ropa usada: calzoncillos, medias, camisas. Mi abuelo me decía: “es un hombre sin identidad” y yo pregunté por qué; y, él respondió: “no ves que usa chullo y poncho”.

Mi bolero lo perdí en el cine, fue una tarde de carnaval cuando mi prima Rosa, en uno de sus ataques románticos, me volvió a disfrazar de muñeco, arrastrándome por calles y parques, y yo arrastraba mi bolero. No estuvimos ni un segundo en la esquina del Cine Municipal cuando apareció Henry, lo vi más alto, tenía una chalina enrollada en el cuello que le caía como una estola hasta las rodillas. En esos instantes oímos un chirrido de bisagras oxidadas y el inmenso portón del cine se abrió de par en par. La gente se agolpaba y pronto se llenó la boletería. Hubo mucho griterío, la gente corría por aquí y por allá, yo no comprendía lo que sucedía; de pronto una ola de muchachos se acercaron a nosotros y a mi prima la pintaron con betún y harina, yo le di una patada en la canilla al más grande y flaco, también me pintaron, esa tarde lloré mucho. Cuando ingresamos a la platea, a los pocos minutos, se apagaron las luces, lloré mucho más por la oscuridad, alcancé a gritar cuando vi en la pantalla hombres disfrazados de diablos, de hechiceros y de bufones. Me sacaron de la platea, sé que discutieron por mi culpa. Él se fue por una calle y nosotros por otra. Ella estaba molesta, “por qué lloraste tanto” me dijo apenada. “Se me perdió mi bolero” fue mi disculpa. En el fondo, cuando pasamos junto a un charco de agua, vi mi rostro, con una mirada cruel, y en ella una sonrisa burlona, entonces mi mirada era más cruel: “esa fue mi venganza por el pellizcón de la vez pasada”, pensé...

Cuando amaneció, el sol alumbraba desde el filo del oriente. La lluvia se había ido con sus truenos y relámpagos, dejando las calles y avenidas llenas de lodo y agua. La parte baja de la ciudad estaba en escombros, la gente se dirigía con sus pocas cosas a los cerros. Petrova miraba desde su ventana, era la única casa que había quedado, se sentía un marinero sin tripulación. Miraba los dos árboles que habían quedado. Ahora sólo quedaban las jaulas de las palomas, colgadas de las ramas. “Cuando estaba mi madre, hubo un momento en que

hubo tantas y tantas palomas, tantas y tantas gallinas, tantas y tantas flores. Hubo necesidad de matar y comer, de regalar y vender, de mirar y botar“.

Aún las gotas de la lluvia caían de los techos, cristalinas y ágiles, frías y alargadas, dulces y penetrables; todas se estrellaban en las olas del mar.

Las agujas del reloj marcaban las 6 con 10 minutos. Llegaba la gente por todas las bocacalles; llegaban también lanchas y botes por el mar. El cuadro que presentaba la ciudad fue una gran catástrofe.

—¡¡¡Alexander!!! —llamó una voz— ¡¡¡baja!!!

Alexander bajó, pero antes tuvo que sacar maderas e improvisar puentes. De este modo cruzaban de un lugar a otro. La gente no sólo utilizaba tablas atravesadas en el fango, a veces utilizaban enormes piedras para saltar de una a otra.

—¡Mira, cuánto desastre! —dijo un vecino.

Flotaban maderas, puertas, árboles que habían sido arrancados por el mar, incluso flotaban cadáveres.

—El nivel del agua sube hora tras hora, compadre.

—Así es —dijo Petrova— ya las habitaciones están inundadas también.

—Nunca se ha visto este desbordamiento.

—Jamás, compadre.

Sacaban cadáveres no sólo del mar, sino de los escombros. Las radios anunciaban que la zona había sido declarada en emergencia.

El sol apuntaba el medio día, el viento se dejaba sentir; y, las evaporaciones tenían un olor a mierda humana, barro podrido o cadáver putrefacto.

—Chao compadre —dijo el vecino—, fue un trabajo arduo.

Petrova lo vio irse. Iba saltando de piedra en piedra, cuidándose para no caer en el agua. Cuando estuvo en tierra firme lo vio caminar con las piernas arqueadas, esa costumbre le quedó desde cuando le pusieron una inyección equivocada, “compadre, me pusieron una inyección de una mujer que no podía parir, y la verdad compadre —solía decir— no sé por qué tengo unas ganas de parir, creo que se han ensanchado todos mis huesos”.

Petrova, de espaldas al mar, vio la ciudad fría e insensible. Sólo los de abajo sufrieron la inundación. Le dolía el alma. Ingresó violentamente, destapó una cerveza y una pepsi, tomaba lentamente como besando el vaso. Allí encontró a Vikingo, siempre solemne a pesar de un ojo menos, le pasaba la mano suavemente por el lomo, llorando, sintiéndose solos en la enorme casa. Él se sentía agobiado por el cansancio y los olores a mierda que le venían del mar. El Vikingo venía todas las noches a pesar de la lluvia, corría bullicioso por entre los árboles y paredes. Petrova esperaba a Florelva, nunca volvió, alguien le dijo que Florelva había muerto, él no creyó, jamás lo creyó. Antes de desapa-

recer, Florelva le había dicho, “te prometo volver, aunque sea en forma de gato”. No volvió; y, él, en un momento de delirio mató al gato, “quiero conversar con tu alma” —gritó— lloraba:

¡¡¡mamááá!!! ¡¡¡mááá!!!

Los dos árboles se estremecieron. Terminó matándose. La gente cuenta que todas las noches dos sombras siempre caminan por sobre las olas, abrazándose, mirándose, amándose.

FELICIANO PADILLA CHALCO

(Puno, 1944)

¡ME ZURRO EN LA TAPA!

Todos lo miraban como reprochándole su actitud irresponsable. Pronto Josefren comprendió que no valía la pena seguir torturándose; entonces, exclamó mentalmente: ¡Me zurro en la tapa!, y se levantó en su metro ochenta y cinco de estatura y rengueó hasta la barra para pedir cerilla. Y otra vez habló para sí mismo: ¡Me zurro en la tapa! Luego, volvió sobre sus pasos y enfrentó aquel cerco de miradas acusadoras con dos breves sentencias: ¡No se acabó el mundo para ponernos a llorar! ¡En esta vida se pierde o se gana!

Pero, se pierde jugando, no antes de jugar, le replicó Sancho Mostrejo, el crítico lapidario de literatura. Entonces ¿qué pusiste en el sobre, amigo mío?, intervino Jorge Geranio. Seguro cualquier cosa, a lo mejor alguna carta, quizá un artículo periodístico, tal vez documentos sin valor, se apresuró en decir Luis Galeano. ¡Quién sabe señor!, terció Borisev, consolando al poeta cuyos labios asían con desesperación un cigarrillo encendido.

Todos lo miraban incrédulos: algunos realmente apenados, otros contentos en el fondo de sus corazones mezquinos aunque no se lo demostraran al escritor. Josefren se encontraba sin saber a qué atenerse, sin comprenderlo verdaderamente. Se le podía advertir en su desgredada y canosa cabellera, y en su tez morena, ahora macilenta a causa de tantos reproches.

Se lo habían recordado sus amigos hasta la saciedad: Que “La epopeya del suche” participe en el concurso. El implacable crítico literario Sancho Mostrejo se lo recomendó repetidas veces para que lo enviara en el lapso más prudente, lo que era algo así como un término particular dentro del plazo oficial.

Lamentablemente muchas circunstancias conspiraron contra aquella voluntad colectiva que en los dos últimos meses congrega en el "Kúntur" a buena parte de los narradores, poetas e intelectuales puneños.

Los tragos iban y venían a discreción. Una comisión salió del club con destino a la empresa telefónica. Se quería saber si la Universidad Ricardo Palma podía admitir como apto el cuento de Josefren a ocho días de haberse cumplido el plazo. Señores: se trata de un cuento maestro jamás escrito en el país. Un ¡No! rotundo,... un ¡No se puede! irreversible resonó en el auricular. Por favor hagan una concesión especial. ¡Las reglas de juego son las mismas para todos los concursantes! ¡No se puede!

Cuando terminó de escribir "La epopeya del suche", después de corregirlo durante dos años, lo leyó ante sus amigos en el Club Kúntur. Lo aplaudieron y lo abrazaron como nunca, con una franqueza a toda prueba. El poeta confirmó esta gran verdad en aquellos rostros exultantes. Sólo le preocupaba Sancho Mostrejo, el desdeñoso sepulturero de literatos jóvenes y experimentados. Recordaba que la última vez lo había herido sin atenuantes al criticar mordazmente su cuento "Mister Bush", impidiendo que fuera remitido a un concurso convocado por Casa de las Américas de La Habana. Es ridículo, mediocre, no vale la pena: fueron los epítetos que Sancho Mostrejo acuñó para calificar aquella creación literaria. ¡"Mister Bush" es un mamarracho! Aquellas palabras le causaron profundas heridas que no acababan de restañarse. Por eso cuando Mostrejo lo abrazó moviendo sus bigotes como un gato agazapado por su cuento "La epopeya del Suche", no podía saber si lo estaba haciendo sólo por complacerlo. Pero, como para disipar sus dudas, Sancho lo sorprendió: Josefren, éste es el cuento que esperé tanto tiempo que lo escribieras; te felicito; ahora sí puedes participar con él en cualquier concurso. En cambio tu otro cuento titulado "Mister Bush" tiene un retraso de veinte años por lo menos.

Sancho Mostrejo abandono el Kúntur y se dirigió hacia el Parque Pino. Se detuvo un momento y advirtió que el sol estaba en su cenit, y que titilaba sobre la hermosa catedral y sobre el cerrito "Wajsapata". Supuso que en aquel momento, también, el lago se dejaba poseer por esas lenguas de fuego encrespando sus olas. Prosiguió y en el trayecto aprovechó toda ocasión para pavonearse. La venia formal que hacía a sus conocidos, el movimiento ridículo de sus bigotes y aquella sonrisa burlona sobre la que cabalgaba un menudo sombrero de fieltro saturaba la calle de rancio perfume. Pequeño de estatura, seguía caminando como un modelo de figurín. En una de las bocacalles se encontró con Tapizón Retama luciendo unos bigotes parecidos a los suyos; era su carnal, su amigo leal. Ambos se abrazaron y se interrogaron con la mirada acerca de las últimas noticias para el semanario que codirigían. Acabo de deci-

dir en el Kúntur que “La epopeya del suche”, último cuento de Josefrén participa en el concurso nacional; yo creo que aquí el autor ha dado todo de sí; es el mejor cuento jamás escrito en Puno, rompió el protocolo Sancho Mostrejo. No hay nada que hacer, tú eres el hombre, respondió Tapizón Retama y, agregó: Hermano Sancho, tú decides la actividad cultural de la ciudad. ¡No digas eso amigo mío!, trató de ocultar su vanidad el crítico lapidario de literatura. ¿Qué concurso de danzas o estudiantinas se efectuó sin que seas miembro principal del jurado? ¿Qué revista o periódico impreso importante ha prescindido de tu sabia dirección? ¿Qué autor literario sobrevivió a tu crítica constructiva? ¡Hasta el cura te pide consejos para decir la misa!... Sancho se quedó meditando unos segundos y gozó en silencio de aquel florilegio. “Es absolutamente cierto lo que dice Tapizón, pero es mucho más cierto que me lo recuerda cada vez que quiere que le haga un favorcito”. Al poco rato, lo previsto interrumpió sus cavilaciones: Sancho, hermano del alma, me encuentro en problemas, préstame hasta fin de mes doscientos dólares.

Después vendrían más veladas, más comentarios y una decisión colectiva: “La epopeya del Suche” debe participar en el concurso. Se acordó por mayoría enviarlo el 28 de febrero, fecha en que expiraba el plazo. De acuerdo al reglamento era suficiente que la fecha del sello postal coincidiera con aquella o con una data anterior. Al fin llegó el 28 de febrero. Se reunieron los amigos en el Kúntur a partir de las diez de la mañana. El poeta les informó que ya lo tenía mecanografiado en cuatro copias inmaculadas y que, la manila también se encontraba debidamente rotulada. Falta, amigos, tomar los cuatro ejemplares, colocarlos en el sobre y lacrar. Y bebieron tragos a guisa de aperitivo, pero, se propasaron hasta las tres de la tarde, hora en que cada quien tomó el camino de su casa. Josefrén pagó un taxi para llegar a su domicilio en el barrio Huáscar, y lo primero que hizo en el estado en que se encontraba fue cumplir su promesa: rengueó hasta su biblioteca, buscó las cuatro copias, hizo el despacho y lo envió al correo con su hijo Joselo, para mayor seguridad.

A la mañana siguiente fue a dar otra vez a la biblioteca y, buscando “La violencia del tiempo”, la más grande novela latinoamericana, dio con los cuatro ejemplares de “La epopeya del suche”, su cuento maestro, a decir de Sancho Mostrejo. ¡El acabóse! Y ¿qué maldita cosa puse en el sobre?, se preguntó fuera de sí. Esto era lo que se lamentaba con trágico patetismo allá en el Kúntur, la tarde aquella en que una comisión voluntariosa fue a cumplir una misión imposible vía teléfono ante la Universidad Ricardo Palma. Por eso lo reprimaban, lo estaban zarandeando en demasía. No pudo más. Tomó todo el valor de que era capaz y les espetó en la cara con esta exclamación: ¡¡Me zurro

en la tapa!! Has perdido tu mejor oportunidad se lo recordó nuevamente el crítico lapidario de literatura.

Desde aquel día, una tristeza de alas grises anidó en el corazón de Josefren. Bebió como nunca para encurtir sus tribulaciones y buscó consuelo en la soledad de las tardes sombrías. Dejó de frecuentar a sus amigos. No encontraba paz ni en su propio hogar donde no dejaban de recordarle lo estéril de su triste oficio. Sus familiares preferían lo tangible, y lo tangible era que sus poemarios y cuentos, y el tiempo que ocupaba para darles vida con tanta ternura no servían para comprar ni una migaja de pan. Se encontraba así enfrentado a un asedio feroz de cuchillos letales, en el centro mismo de todas las tensiones del mundo, perdido en medio de todos los fuegos.

“Soy un fracaso, míreseme por donde se me mire. En casa nadie me respalda ni da un centavo partido en dos por mis cosas. Mis amigos me sonríen y me cuentan entre los suyos sólo por complacerme. Sancho Mostrejo es el único que me dice la verdad. Si no fuese por él, hubiera hecho el ridículo con mi cuento ‘Mister Bush’ en Casa de las Américas. Bueno, ahora todo esto se acabó. No escribiré en adelante ni un solo verso más, ni un cuento más. Cambiaré. Estoy viejo, pero, podré aún dedicarme a actividades lucrativas y recuperar la consideración de mi familia”.

Aparentemente todo estaba resuelto, pero Josefren sufría lo indecible aquella metamorfosis. Se había pasado la vida cribando las palabras para aromar con sus flores nuestras vidas afligidas, depurando el oro excelso en el crisol de su corazón para regalarnos sorbos desbordantes de consuelo... Ahora le era difícil suponer que en el futuro, su mente acostumbrada a crear, pudiera contentarse con sólo planificar ganancias materiales. El solo pensarlo lo conmovía y lo tenía pasando los días sin saber cómo entre congojas y copas de soledad.

Una mañana de mayo, sintió otra vez que el mundo se lo engullía con pesadumbre y todo. “Que el diablo me cargue sin permitirme volver la mirada a los míos. Que sea así de una vez por todas”. Pensó que la muerte era su única salvación. En aquello, una noticia radial casi le facilita el viaje de un ataque cardíaco:

Señoras y señores, no todo es malo en la Región Mariátegui. No todo huele a ineptitud y fracaso. En medio de esta podredumbre se ha encendido una luz para darnos consuelo. Señoras y señores, de acuerdo a un cablegrama que acabamos de recepcionar, Josefren, nuestro amado poeta, es ganador del primer premio consistente en cinco mil dólares del Concurso de Cuentos Ricardo Palma 1992, por su magnífico trabajo “Mister Bush”. ¡Salud, poeta Josefren! ¡Alegrémonos los puneños!

La ciudad toda no cabía en sí de contenta, el poeta no lo podía creer. Sancho Mostrejo no salió a la calle durante un año.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

EDMUNDO DE LOS RÍOS

(Arequipa, 1944)

LOS JUEGOS VERDADEROS

Mi pasaporte tiene una inscripción en la parte superior de la página número seis, bajo el título de "Inclusiones, Modificaciones, Limitaciones y Observaciones", que dice: "Este pasaporte no es válido para viajar a la U.R.S.S., República Democrática Alemana, República Popular China, Cuba, Albania, Bulgaria, Corea del Norte, Checoslovaquia, Hungría, Mongolia, Polonia, Rumania, Viet Nam del Norte".

Un perro que puede viajar con una argolla en el cuello, una plaquita niquelada, y un lazo para no correr mucho.

Su papá estaba ocupado con la manga del saco. La manga sobre la mesa de trabajo, separada completamente del saco y toda marcada por puntadas largas y burdas de hilo blanco. No parecía que fuera la manga de un saco, pero, ahí está, iba a ser la manga de un saco de un terno color marrón.

—¿Creen que es fácil el ingreso a la Universidad de México?, preguntó el papá de Manuel apartando una fracción la vista de su trabajo.

—Claro. Ya hemos averiguado detalladamente en la embajada. No es problema.

Manuel me hace señas desde la puerta que da acceso de la sastrería al comedor. ¡Qué diablos querrá!, sí, es lo de menos, señor, entraremos a la universidad, el agregado cultural nos ha dicho, bueno, pero deberían asegurarse, no sea que, comenzó a sacar los hilos que marcan la manga del saco.

—Nos vamos, papá. Tenemos que ir a la embajada para la cosa de las visas.

—Anda, pues, pero regresa pronto. Hoy quedamos en ir a casa de tus tíos para que te despidas, ¿no?

—Sí, papá.

—Hasta luego, señor.

—Hasta luego. Que les vaya bien.

Salimos de la sastrería, y por mí que me hubiera quedado para saber cómo colocaba la manga del saco en el saco. Cuando todavía no se habían cambiado a este lugar, en Huascarán aún, Manuel me hizo pasar a su casa. Su papá estaba trabajando, no tenía la sastrería puerta a la calle sino dentro de la casa, en esos departamentitos pequeños y oscuros en los callejones de lo que antes era el jirón Huatica, y vi cómo armaba un pantalón, es colosal, y luego la maestría con que preparaba los ojales, corte bien medido y luego el bordado y ya un ojal.

—¿Qué ocurría, por qué tantas señas?

—Para que nos despidiéramos rápido. Mi viejo está comenzando a dudar sobre el ingreso a la universidad. Ayer me dijo que es muy difícil la admisión en las universidades extranjeras y que sería mejor que me quedara, pero no sé qué le dije y lo convencí y al final no insistió, ya sabes cómo es mi viejo.

—Sí, en lo mismo he estado pensando, creo que sería mejor adelantar el viaje. Ahora nos entregarán las visas y podríamos separar los pasajes para pasado mañana.

—Lo antes posible, así no hay peligro de que cambien de idea. ¿Y tu mamá?

—Se ha conformado. Ayer me dijo que no importaba si no ingreso a la Universidad de México, que era bueno que conociera otro país. Está muy triste, es lo que me tiene no sé cómo. Si no fuera por...

—Lo mismo digo yo.

Fue el último verano que viajamos a Mollendo. Desde antes mi padre ya se sentía mal.

—Sería bueno que fueras a Lima y que te hicieran un chequeo, le recomendaban los amigos, los parientes.

—¡Bah! Todo es Lima. Aquí también me pueden examinar y curar. Que tiene los más modernos aparatos médicos, correcto; pero en este país de marras hay que protestar de alguna manera, aunque sea con la muerte de muchos por falta de atención médica para que se logre el descentralismo de la capital. ¿Por qué Arequipa no puede tener buenos hospitales? ¿Y por qué no Trujillo, Chiclayo, Cuzco, Puno, en fin todas las ciudades? Y no sólo en lo referente a salud pública, sino en todos los órdenes. ¿el caso de la industria no es patente? ¿Por qué tiene que ser únicamente Lima?

—Tienes razón, pero de lo que se trata es de tu salud.

—Creo que he estado trabajando demasiado. Con tanto tinterillo los abogados ya no podemos estar tranquilos. Iré a Mollendo por unos días.

—Eso te hará bien.

Recuerdo las playas de Mollendo.

Siempre me ha gustado el mar. Desde muy pequeño recuerdo haber amado el mar. Muchas veces imaginaba estar sobre un alto peñasco, en cuya base reventaban las olas en mil pedazos de cristal, y desde ahí observaba como un dios marino el crepúsculo. Y la verdad, muy pocas veces, antes de venir a Lima, estuve tan cerca del mar. Era la época en que con los amigos del Vallecito inventábamos tontería y media. Cuánto me gustaría volver al barrio y seguir en los juegos con los amigos. Ya es imposible. Al volver a la casa, por la noche, luego de haber jugado con los muchachos, permanecía en la cama imaginando cosas y cosas. Por ejemplo, y esto lo tengo bien grabado, suponía que estaba en una pequeña y vieja lancha, toda oliendo a pescado, estaba a la deriva en alta mar y así transcurrían y transcurrían las horas mientras yo pensaba sobre lo que pensaría al estar solo en el mar, entre el oleaje. Me sentía fuerte en la soledad. No necesitaba a nadie. Bastaba mi yo interno para conversar y meditar.

Tenía tantas cosas que hacer. Por ejemplo, descubría las mil formas que las nubes adoptan en el cielo, veía hombres y mujeres en procesiones, cabezas de caballos, la crín revuelta, carrozas del tiempo de la colonia, automóviles, y si daba vuelta a la cabeza esas mismas figuras cambiaban, ya no era una cabeza de caballo, era un hombre y una mujer besándose. Calificaba los azules del firmamento, contaba las pequeñas olas que iban y venían y levantaban levemente la lancha. Después miraba, intensamente, el fondo del mar. La mayoría de veces no veía nada, en cambio otras, descubría cosas extrañas, por eso cuando viajábamos con mi papá, mi mamá y mi hermano a Mollendo, permanecía todo el día en la playa, mojándome, secándome al sol, mojándome nuevamente, y cuando llegué a Lima —y eso que yo no conocía Lima, era la primera vez—, fui hasta La Herradura y aunque no me bañé estuve la mañana y casi toda la tarde mirando el mar y a los bañistas. Después fui varias veces más.

Es que yo llegué primero que mi mamá a Lima. El departamento ya estaba alquilado pero había que despachar y recibir la mudanza. Así, mi mamá enviaba las camas, los roperos, los confortables, en fin, todas las cosas, mientras yo las recibía. Tres días después mi mamá se reunió conmigo, pero tuve tiempo de ir varias veces a La Herradura, era un problema llegar y más todavía volver. Me perdía al regreso, no sabía dónde estaba, y la gente, gente desgraciada que decía, tome este ómnibus que lo lleva al centro, tome éste que lo deja en el Parque Universitario, suba en este otro, qué desgraciados, y lo que con-

seguía era extraviarme más. Al llegar mi mamá ya no me permitía salir, tú no conoces la ciudad, te vas a perder, y cómo decirle que estuve cuatro veces en la Herradura, y que ya había recorrido media ciudad. Callado, y sin chistar.

Hay algo que siempre he deseado. Es vivir en una ignorada aldea de pescadores, pasar el día viendo cómo los pescadores arreglan sus redes, mirar sus **manos y** mirar los ojos de sus hijos y los vientres gordotes de sus mujeres. Por la noche, saldría a caminar a la orilla del mar, me sentaría luego junto a un anciano pescador y miraría largamente las arrugas de su rostro. Temprano me levantaría y con el pantalón remangado ayudaría a empujar las lanchas que se hacen a la mar, después les diría adiós con la mano y sentándome en la arena rayada por los cangrejos, miraría a los jóvenes que juegan y ríen mientras se bañan desnudos, pero ahora menos que nunca podré cumplir esos deseos.

Decía que fue en Mollendo. Sí. Al día siguiente de llegar —fuimos en tren— mi padre se sintió mal, creo que fue cuando comprendí que no es muy recomendable, como mi mismo padre decía, hacer caso a los consejos de los amigos. Y siguió mal y en una ambulancia debimos regresar a Arequipa. De ahí a la clínica, y días y días en la clínica, que a la próxima semana sale, que tres días más, que ya está mejor, y él, padre, pobre padre, padre, hijo ven, me llamó mi papá, él siempre fue muy raro me aproximé a su cama. Parecía muy recuperado, estaba alegre, me dijo:

—Te voy a dar un consejo que quiero nunca lo olvides.

Mi padre cuando me daba consejos se convertía en un amigo.

De verdad, cuánto lo quiero y lo recuerdo. Era muy bueno conmigo. Muchas veces me decía:

—Ven, vamos a caminar, quiero hablar contigo, pero en secreto.

Generalmente era de noche, después de la comida, cuando salíamos, es bueno pasear un rato luego de los alimentos, ayuda a la digestión, decía, y caminábamos bastante, yo persiguiendo sus pasos largos y firmes, caminábamos por el puente que acababan de construir y si no hacía mucho frío subíamos hasta el Umacollo, me hablaba de cuando era joven y de cuando trabajaba en un pueblito que ahora no recuerdo su nombre, cerca de Puno, estaba, decía, de castigo, mi padre, tu abuelo, era muy severo, y yo me acordaba de mi abuelo Panchito, y de sus bigotes blancos y de su voz, éste va a ser un gran hombre, y por lo que hacía de joven me consiguió ese trabajo, era un puesto de recaudación de impuestos, hacía un frío que helaba los huesos, imagínate a esas alturas, en plenas punas, ¿y caía nieve?, preguntaba sintiendo frío, claro y granizo también, tendría yo unos diecinueve años y venían los contrabandistas, me trataban de niño, unos indios desgraciados, pistola al cinto, niño te traemos esto, me daban regalos, y niño para acá y niño para allá, mientras por los cerros cer-

canos trotaban las llamas cargadas de contrabando, yo no decía nada, imagínate, solo, sin nadie que me conociera, no valía la pena protestar y denunciarlos, me mataban y san se acabó, además, me trataban bien, fueron días tremendos, imagínate que una noche contaba tantas historias, algunas no creo que fueran ciertas, pero es que él lo decía con tanto entusiasmo que yo estaba asombrado de todo eso.

—Quiero hablar en secreto contigo, decía.

—Sí, papá Enrique.

Mi papá Enrique era muy buena gente. Cuando pienso en él no puedo imaginarlo muerto, y eso que ha pasado tanto tiempo. No era muy alto, estaba poniéndose calvo y engordaba. Algunas veces, después de salir al mediodía de su oficina, se reunía con amigos y tomaba sus tragos, yo lo acompañaba en tiempos de vacaciones, andábamos siempre juntos, me entregaba un cheque en blanco y yo al pagar la cuenta anotaba la cantidad, de allí partíamos a la casa y seguía tomando solo, a veces me daba a beber whisky de un vaso, y era muy alegre y nos hacía reír tanto a mí y a mi mamá, pero lo que era al día siguiente, cuando salía para su trabajo o cuando regresaba a almorzar y no estaba mareado, caramba, no le gustaba que hiciéramos el menor ruido, hasta llegaba a ser insoportable, en el fondo me gustaba verlo tan serio, leyendo, consultando libros, mi padre era muy elegante, salía con los trajes muy bien planchados y siempre nuevos y bien perfumado, quiero hablar contigo, ya eres grande y es necesario que sepas estas cosas, decía, y me hablaba de esas cosas, bueno, de las mujeres, de cómo es la vida, de que es malo esto y esto otro, y ya sabes que, sí papá, dime la verdad de amigo a amigo, ¿todavía no?, era un gran padre.

Me llamó y me senté a su lado, en la cama.

—Es un consejo que quiero nunca lo olvides.

—Sí, papá Enrique.

Y mi viejo simplemente dijo, con una voz que se ha quedado encerrada en mi cerebro:

—Nunca te rebajes, carajo.

Entró una enfermera para la inyección de las cinco de la tarde, y mi padre no dijo más, creo que tampoco iba a decir más. No sé si hasta ahora lo he cumplido, pero ése es mi lema en la vida: *Nunca te rebajes carajo.*

Prácticamente después de esa tarde no volví a hablar con él. Sólo lo veía con las manos sobre el pecho o alargadas a los costados de su cuerpo, sobre la cama, con los ojos entrecerrados y los labios moviéndose como si pronunciara palabras.

Recogimos las visas de la Embajada de México y fuimos a separar los pasajes para pasado mañana. El vuelo sería a la una de la tarde. Nuestra alegría era grande. Ya nada podía interponerse al viaje.

—Ahora sí, hermano, dijo Manuel con su pasaje en la mano.

Entramos al bar Zela, en la Plaza San Martín, y pedimos dos cubas libres.

Con Manuel y otros amigos de la universidad nos hemos emborrachado varias veces. Al principio no querían servirnos en las cantinas, después tranquilamente pedíamos y adentro el trago.

—Manuel, te voy a dar un consejo.

—Sí, dime.

Él siempre escucha mis palabras con gran solemnidad.

—Nunca te rebajes, carajo.

Y tomé medio cuba libre de un solo trago. Me miró sorprendido y levantó su copa:

—Nunca me rebajaré.

—Con el carajo, si no no vale.

—Nunca me rebajaré, carajo.

Así está bien.

“Corea del Norte, Checoslovaquia, Hungría, Mongolia, Polonia, Rumania, Viet Nam del Norte”, ¡mierda!.

Ya es hora de que vuelva a casa, mi mamá debe estar preocupada, falta poco para la hora del viaje, qué le voy a decir, mamá, tu hijo.

El cadáver del Negro debe estar repleto de gusanos, tal vez ya sólo sea esqueleto. Algo raro le ocurrió, él podía aguantar hasta hoy, y dentro de un par de horas estaríamos saliendo para Lima y podría ver quizá a sus hijitos, a sus tres hijitos negros, y a su mujer, quién sabe si volvió a la casa, quién sabe si no se fugó, si solamente se perdió, quién sabe si la negra del Negro a esta hora esté comprando pescado en Huanchaco, para freírlo y venderlo con pedacitos de limón, a las siete de la noche, frente al mar, o quién sabe si esté en Trujillo, y en Trujillo tiene un puesto de comidas en el mercado y la negra esté llorando por su Negro que desapareció, y los hijitos negros preguntando sin cesar, dónde está el papito, y la negra tendrá que conseguirse un negro para decirles a sus hijitos, ya llegó papá, y los hijitos no hallarán la diferencia, y será el mismo papá negro, que por las noches volvía del camal oliendo a sangre de toro recién sacrificado, o quizá, la negra esté de puta barata por las calles de La Parada, y a esta hora tiritando en un portón tendrá que resignarse a volver sin dinero, nadie le habrá querido pagar ni diez soles por acostarse un rato con ella, es temporada mala, es invierno, y en este instante, con otras putas, juntará unos centavos para tomar un café calentito que caliente el cuerpo, o quizá no esté de

puta y la negra del Negro este rajándose los lomos, lava que lava, de lavandera negra, para poder alimentar a sus hijitos, o quizá esté más muerta que el mismo Negro, aquella mañana salió de la casa, bajó por las tortuosas callejuelas del Cerro San Cosme y compró papas, tomates, un kilo de carne de tercera, frijoles, pan, y cargando la bolsa, al cruzar la calle un camión la atropelló y la dejó triturada en el suelo, con sus tomates y su kilo de carne entre sus carnes sangrantes, o quizá la negra se está sobando con su amante en este preciso momento, sin acordarse de su Negro, el que le cargó la canasta de pescado, aquella vez en Huanchaco, y que luego se la robó y la trajo a Lima y la embarazó tres veces y tres veces parió a tres negritos, sin pensar que el Negro que la enamoró hace tanto y tanto tiempo, está muerto y sin saber qué será de sus hijitos.

Sin embargo, el Negro y su negra y sus negritos que deben estar así y así, antes estaban así y así y así, han crecido, tres o cuatro o cinco dedos, y las ratas, las compañeras de tantas noches, que reconocían mis pies y se preparaban a morder, y los piojos desplazándose por mi cuerpo, complotando contra mí, y la cara del carcelero, tomen la comida malparidos, y el colchón ensangrentado del Negro, y las sombras y el aire lleno de respiraciones almacenadas en cinco años, todo quedará atrás, en el olvido, para nunca recordarlo.

Dentro de treinta horas más o menos estaré en Lima. Protestarán los estudiantes, me dejarán libre, saldré a las calles, todo ya pasó y estoy caminando por la colmena, ir a visitar a la novia, reír y decir que pronto nos casaremos, y llegará el día, me estoy casando, salimos de la iglesia, los amigos nos lanzan arroz y sabremos amarnos en la noche de Luna de Miel, estoy en la cama, calientes y perfumadas las sábanas, ella dormida a mi lado, fumo un cigarrillo, tocaré levemente su piel suave, olorosa, contemplaré sus senos, estoy luego en la oficina, imaginando que estuve preso en una cárcel especial para guerrilleros, ante mí hay varias facturas por hacer, revisar tres largas sumas, y en cualquier momento el jefe vendrá y me dirá, usted está soñando cuando hay tanto trabajo, y le diré, perdón señor Rivera, pero mientras no viene seguiré imaginando que estuve preso, era un campo de concentración con alambradas y perros amaestrados y soldados adiestrados para el papel de carceleros, inventaré el nombre de Susana, no, mejor de Consuelo para la mujer del Negro, el Negro tendrá que ser mi compañero de celda, todavía no imagino la forma de matar al Negro, podría ser el tema para una novela, Los Juegos Verdaderos, podría llamarse, una novela sobre las guerrillas, la vida de un guerrillero en una prisión atroz en medio de la selva, y ahí viene el señor Rivera, debo hacer como que trabajo, a ver esta suma tengo que revisar, simulo sumar, el señor Rivera cree que estoy trabajando, él es el padrino de nuestro matrimonio, era una

forma de asegurarme en el puesto y de ascender, las compañías de seguros son un negocio redondo, el señor Rivera, mi padrino, me aumentará el sueldo, pero ahora se trata de imaginar que estoy preso, una tarde, por ejemplo, el Negro se estará muriendo, vomitando sangre, convulsionándose, será una escena terrible, y yo gritaré y pediré que vengan los carceleros para que atiendan al Negro, ésa será la forma como mataré al Negro en este relato, pero al entrar los carceleros me darán una tremenda patada con sus gruesas botas en pleno culo, me romperán el coxis, se me hinchará la espalda, el dolor será terrible, y al Negro lo arrastrarán hacia fuera, y lo terminarán de matar si ya no está muerto, y más tarde las ratas bajarán del techo y todas juntas harán una mezcla horripilante, todo el piso estará embarrado de sangre, y las ratas pintadas de rojo ya no serán negras, y dará risa y reiré, pero la espalda duele, y permaneceré boca abajo, el señor Rivera dentro de unos momentos me preguntará si ya tengo terminado el trabajo y le contestaré que todavía no, que me siento un poco mal, qué tiene, preguntará, un fuerte dolor de cabeza, mentiré, le ruego que me permita retirarme a mi casa, y dirá el señor Rivera, que si me siento mal me vaya inmediatamente, y saldré, y en mi casa le contaré a mi esposa, sabes que hoy no tenía la menor gana de trabajar y estaba pensando, imagínate que estuve preso en una cárcel infernal donde torturaban a guerrilleros y tenía de compañero de celda a un negro que se murió vomitando sangre y decenas de ratas se dieron el baño de su vida en purita sangre y yo tenía la espalda hinchada por una patada que me dieron los carceleros, y le diré sería bueno para un cuento, oh, dirá mi esposita, son tonterías, y me dirá que debo trabajar más para que me aumenten el sueldo, pronto nacerá el primer hijo, qué nombre le pondremos, ya veremos, tal vez Roberto, tal vez Manuel, y sonriendo, diré, ah, Manuel era el guerrillero que me acompañaba y que murió, lo mataron acibillado a balazos los soldados, cuál guerrillero que te acompañaba, preguntará mi mujercita, pues no te digo que estaba imaginando que era guerrillero y que me apresaron y encarcelaron en una cárcel en medio de la selva, por qué no me pones atención, son tonterías, dirá mi esposita, y ahora se acerca el señor Rivera, ¿ha terminado el trabajo?, aún no señor Rivera, la verdad es que no puedo, ¿por qué?, tengo un terrible dolor de cabeza, señor Rivera, tal vez usted permita que me retire a mi casa, si está enfermo, debe ser la gripe, vaya inmediatamente a su casa y que se mejore, gracias, señor Rivera, y ahora camante camino para mi casa, debería ser actor, Rivera tenía cara de confundido cuando le dije que me sentía mal, no sería un mal actor, llego a la casa, mi esposa no está, habrá salido de compras, tengo tiempo para seguir imaginando que estuve preso, otro detalle interesante es la llegada de varios guerrilleros detenidos, a mi celda meten a un muchacho, de dieciocho años, sí, se llamará

Humberto, estará asustado al ver el pandemónium de sangre y huellas de ratas por todas partes, nos haremos amigos, me contará que vendrá un camión militar para llevar a todos los guerrilleros a Lima, a El Frontón, estará alegre el guerrillero, pero yo no mucho, mi espalda está más hinchada y la columna vertebral me duele endemoniadamente, deben habérmela roto, le digo, y dice que con una inyección o una pomada sanaré, que aguante dice, falta poco para que llegue el camión militar, en Lima todo será distinto, y yo tendré que comprender que en Lima todo será distinto, ahora estamos viajando en el camión a Lima, treinta horas de viaje, derechito a la base naval de El Callao y de allí a El Frontón, incomunicados, y en El Frontón, el muchacho que se llama Humberto, se enfermará de un momento a otro, quizá de intoxicación o veneno puesto adrede en la comida, y en el Hospital 2 de Mayo, morirá, y recordaré al muchacho Humberto que fue el que me ayudó y gracias a él puedo estar vivo en El Frontón, y no sabré cómo he podido resistir tanto.

El muchacho se me acerca, toca mi frente con su mano, dice que tengo fiebre. Y él tiene que comprender como yo comprendo que la fiebre me hace delirar.

—Tengo mucha sed, sed, sed.

El muchacho pasa la punta de su camisa por mi frente, seca mi sudor. — Espera un rato más— dice.

—Me muero, no podré... no podré esperar a que llegue el camión.

—No pienses en eso. Un médico te atenderá y ya verás que dentro de dos horas estaremos partiendo a Lima. A la hora que llegue el camión te daremos agua.

—Dame la mano, le digo al muchacho, y él me extiende su mano. Se la estrecho fuertemente.

Cuando han transcurrido veinte horas o dos minutos, aguanto un instante el dolor que no me permite ni hablar, y le digo:

—¿Verdad, Humberto, que todo esto es un sueño, verdad que no estamos presos, verdad?

Y escucho una voz lejanísima que dice, sí, sí es un sueño, descansa, descansa. Y cada vez la voz es más lejana, ya no la escucho. ¿Verdad dadad?

La bandera blanca y el sol que comienza a girar, como una bola, amarillo enorme, vertiginosamente avanzando en miles de vueltas sin dejar nada azul, y fue que yo hice la bandera anoche, no es muy grande pero lo importante es que es de paz, me hubiera gustado pegarle en el centro el símbolo de los Halcones Negros, cabeza de halcón, de perfil, dentro de un círculo amarillo, pero la imposible de Diana estaba dispuesta a saber qué era, tuve dificultades además para coser la bandera, y para encontrar la tela adecuada demoré cerca de dos

horas, luego ella apareció y no me dejó tranquilo, qué es lo que haces, las agujas no están ahí, yo te ayudo si me dices qué es, para qué quieres una tela blanca, vas a coser, si tú no sabes, déjame tranquilo, no molestes, hilos también, dime qué haces, ¡Bah!, no hay quién la gane de curiosa, pobrecita es que ella es mujer. Papá dice que a las mujeres hay que darles preferencia y atenderlas y considerarlas. Pero la purita verdad, Diana es insoportable. Ni siquiera —eso es lo peor— se contenta con averiguar sino que lo cuenta a todos. Seguro que ella le contó, si no cómo. Me dijo cuando salía de la casa:

—¿Adónde vas, Kike?

—Al... aquí, al malecón, mamá.

—He sabido que has estado cosiendo algo o cortando pedazos de tela. ¿Qué era? ¿No le cuentas a tu mamita?

Su mamá le pasó la mano por la cabeza y trató disimuladamente de ver lo que Kike escondía entre sus manos, en la espalda.

—Es un secreto de estado, mamá. Tú sabes que los Halcones Negros...

—¡Ah! Es un secreto de los Halcones Negros. Vaya. Entonces no hay que revelarlo. ¿Al malecón dices que vas?

—Sí, mamita.

—Pero no estés solo, y vuelve pronto para el almuerzo.

—Sí, mami. Ya vuelvo.

Quién más si no ella. Igual que la vez que me caí en el río y me hice una heridota en la rodilla, me encontró en mi cuarto, aguantando las lágrimas, porque eso sí yo no lloro así por así, ¿qué te has hecho?, te está saliendo mucha sangre, nada, nada, es un rasguño, no tuve tiempo de cubrir la herida, se acercó, no es nada, dije, pero ella, ella es buena a pesar de todo, me quiere mucho, se preocupó y dale a que muestre la herida, y, espera que yo te curo, traeré agua oxigenada y mercurio y te vendaré, no te va a doler, no me dolió mucho, ella es buena para enfermera y hasta podría ser la enfermera de los Halcones Negros si no fuera mujer, y me curó y vendó, pero al rato mi mamá se enteró, y ¿dónde están tus hermanos que no te cuidan?, ¿cómo es posible que te caigas de esa manera?, si ya soy grande, mamá, eso de que me cuiden, ¡Bah!, para qué me cuidó en secreto si todo lo iba a contar después, ¿ah? Ella, la Nena, es así.

Kike se aproximaba a la choza del Tuerto Zorco cuando el Tuerto Zorco apareció entre lo matorrales, cerca del río. Se ajustaba los pantalones: seguro que estaba haciendo caca. Kike avanza blandiendo de un lado a otro la flamante banderita blanca.

El palo de la bandera fue lo más difícil de conseguir. Es que no podría ser cualquier palo. Una bandera de paz tiene que ser una bandera de paz bien presentable, aunque he visto en las guerras con los pieles rojas que los cow-boys

sacan cualquier trapo blanco amarrado a una rama o a un fusil. Pero la cosa cambia en este caso. La paz con el Tuerto Zorco tiene que ser muy especial. No había más por escoger, y el palo de la escoba era la única solución. Hay varias escobas, así no se darán cuenta que falta una.

Otra vez estos mocosos, ni cagar tranquilo me dejan, todo el trigo se lo van a tragar, ni dejan que crezca, lo pisotean y ahora se atreven a hacerlo en mis propias narices, ya me lo dijo el patrón, carajo, cree que yo soy un idiota, que no vigilo, cómo es posible, de nada sirve que te tenga aquí donde estás que no miras o estás en la Luna de Paita, medio trigal pisoteado, es que patrón, nada de esques, hay que escarmienten, dales una buena paliza, sí patrón, eso haré, que sea la última vez que veo esto, es el colmo, un perro creo que serviría mejor que tú, sí patrón, ya verá usted, ni cagar tranquilo me dejan estos blanquiñocitos hijos de perra, porque sus padres tienen plata creen que todo el mundo, dónde hay una piedra, ya verás urraca, maricones come-trigo, dónde, ésta está bien.

Parece que no está. Tendré que volver más tarde o lo espero, ¿qué hago?, me acercaré hasta su choza. ¿Y si me escondiera en su choza y le diera una sorpresa? ¿Tendrá hijos el Tuerto Zorco? Siempre anda solo.

La choza del Tuerto Zorco está construida de palos y ramas de eucaliptos, junto a un árbol llorón. El tronar del río es más fuerte, a ratos, con el viento. Mas allá, el maizal, y todavía más allá, donde está ese pedrón enorme, ahí, ese pedrón enorme entre los árboles, ahí pastan las vacas y los toros y los becerros y los bueyes, después está la chacra de las papas. / Dianita, amiga, compañera, amada, amante, amantísima: hoy es un día como para no callar, para abrir bastante los brazos y agarrar agua y recuerdo, todo junto y junto todo guardarlo en el alma. / Al fondo, entre las barrancas que forma el río y entre las siluetas de los sauces que ya no son verdes sino plomizos, se recorta la armazón metálica del puente Bolívar o Puentifierro, como todos le dicen. En otros tiempos las aguas del río Chili cubrían todo lo que ahora es chacra. Debió ser un río caudaloso, lo que es a la fecha muy poco de río tiene. El cielo está despejado, sin una nube. Kike llegó a la choza del Tuerto Zorco, quedó un rato contemplando detenidamente la choza vacía: estaba sucia y revuelta, la paja está que arde. Y desalentado, comenzó a regresar lentamente.

—¿Mocoso-come-trigo, qué te has creído? Malditos hijos de perra.

Ahí está el Tuerto Zorco, ¡caramba!, parece que no ve la bandera blanca, la levantaré mas, se ha agachado, ¿se habrá sentado a esperarme?, qué le iba a decir, ¡ah! señor Tuerto Zorco.

—Señor Tuerto Zorco vengo para hacer las paces —gritó Kike—. ¿Ve mi bandera blanca? es de paz. Hoy es/

Malditos, tienen que escarmentar esta vez, yo no soy un payaso, qué se han creído, y se burla de mí, ya verá quién soy, por qué no me escucha el Tuerto Zorco, está moviendo la honda, le diré que me gustaría tener su maestría, así aprenderán a no joder, mierdecitas, y el patrón, estás en la luna de Paita, le prometeré prestarle revistas de los Halcones Negros, por qué no dice nada, parece furioso / Hoy puedo caminar a lo largo del mundo, mostrando a todos tu voz que tengo en los oídos, e ir escribiendo en cada pared tu nombre para que todos lo sepan. Qué distantes estamos. Dianita. Todo es distinto, Nenita, las calles tienen otra dimensión y diferente es el tiempo / un perro creo que serviría mejor que tú, mi patrón tiene razón, hasta dejo que se burlen de mí, ya verán, malditos come-trigo, niñitas de mierda, le diré nuevamente que quiero ser su amigo, o será sordo, o el viento no dejará que escuche, realmente está furioso, de ésta no te salvas mocoso sinvergüenza, todo el trigal aplastado como si no costara, como si fuera mierda, creo que no quiere hacer la paz, o es que la bandera es muy pequeña, si Diana no me hubiera molestado tanto, o es que estará bromeando, Kike volvió a gritar más fuerte: “Señor tuerto Zorco quiero ser su amigo”, amigo de mí, mierda, toma para que escarmientes, malparidos, creo que mejor sería que me fuera, no creo que bromeé, tal vez no entiendo, a ver si viene otra vez a robar el trigo, sinvergüenzas, jodan a sus abuelas, la bandera creo / cuando todo se tornó blanco y otra vez la bola, amarillo intenso, la honda, el sol, la piedra, las palabras, la bola tapando el cielo, amarillo, girando girando frente a la cabeza y todo rojo, y la caída.

Esa mañana, Manuel contaría algo que jamás contó, y que nunca sospeché que contaría.

El calor sofocaba porque era verano y porque el alcohol calentaba. Veía distraídamente la fila interminable de vehículos, jamás un camión, que desembocaban del jirón de la Unión a la Plaza San Martín. El cielo tenía un color de plomo mal fundido. Por los portales la gente transitaba apresuradamente. En el centro de la plaza, San Martín cabalga solemnemente.

—Deme uno, grité, y el muchacho de la chompa roja, con la cara sucia y sudorosa, me extendió el Expreso. Pagué, y abrí el periódico.

Manuel seguramente pensaba en el viaje. Debe ocurrirle lo mismo que a mí. Impaciente voy imaginando el momento de abordar el avión, la llegada a Méjico, después el viaje a Cuba. Pero lo que más trato de hacer real es la despedida. Apresuradamente veo mis pasos que se alejan de mi familia, del aeropuerto, que se acercan al avión, que suben las escalinatas, que escucho el zumbido de las turbinas, luego el aeropuerto pequeñito. Luego nada, luego sólo nubes. El instante en que nada deberá detenernos, retrasarnos.

El periódico está extendido sobre la mesa. Manuel ha escogido ese momento para hablar. Para decir lo que nunca dijo. Que ni siquiera sospechaba. Y ahí está que comienza a hablar.

Permanecemos en silencio, tomando sabiamente los cubas libres, exhalando el humo de los cigarrillos *Kent*, con placer. Callamos largo rato. Mucho antes de que el muchacho de chompa roja me vendiera el *Expreso*. Todavía antes. Después que yo dije: —Manuel, te voy a dar un consejo, y él contestó, poniendo mucha atención: —sí, dime. Levanté entonces la copa de cuba libre y dije terminantemente: —Nunca te rebajes, carajo. Y él, imitando, con su copa en alto, dijo: —Nunca me rebajaré. Yo dije, corrigiendo: —Con el carajo, si no no vale. Mucho después de que él, finalizando, repitió: —Nunca me rebajaré, carajo. Mucho tiempo permanecemos en silencio, después que él dijo, nunca me rebajaré, carajo, yo aprobé: —Así está bien.

Escogió ese momento, cuando yo leía el periódico.

—Sabes, hace tres años yo estuve en el reformatorio de Maranga.

Yo leía: “Saigón, Vietnam (AP).— Las tropas norvietnamitas de línea vaporearon hoy a una compañía de infantes norteamericanos de marina, con morteros y embestidas en olas humanas, y luego se replegaron ante la fuerza del ataque de aquéllos, en la cruenta campaña por el dominio de las altiplanicies, cerca de la frontera laosiana. (Es punto aparte). La Colina 881 Norte permanece en poder del enemigo (yo pensé en cuál enemigo), que fue obligado a abandonar la Colina 761 y la 881 Sur en otros combates, desde el /” Manuel me preguntó:

—¿Escuchaste lo que dije?

Yo no escuché lo que dijo.

—Sí, dije.

Pedí al mozo que trajera dos cubas libres más, y Manuel esperó impaciente a que trajera las dos cubas libres más. Tenía necesidad de contar algo.

—Estuve en el reformatorio de Maranga.

Esperaba que su declaración me sorprendiera, y sí me sorprendió, sin embargo yo lo miré con cara de quien pregunta ¿Y...?, para darle ánimos a contar.

Hace tres años. Estuve dos años. Cuando salí me propuse estudiar, y así ingresé en la Universidad.

—¿Por qué?, pregunté, y él sabía que yo preguntaba por qué estuve en el reformatorio de Maranga. Las dos cubas libres que trajeron ya estaban a la mitad.

—Recuerdas que yo vivía en el jirón Huascarán, ¿no? —asentí—, ya sabes cómo son los muchachos de allí. Yo estudiaba en la Unidad Escolar Melitón

Carbajal y por las noches nos reuníamos toda la collera del barrio. Creo que un día te presenté al Calicho.

Sí me presentó al Calicho. Carlos es su nombre, por algo le dicen Calicho, tal vez por la afinidad en el nombre. Fue la tarde que no logré entrada en la plaza de toros, y sin tener adónde ir busqué a Manuel. Sus amigos le dicen Chamaco. Pero se trata de Carlos, al que le dicen Calicho. Me lo presentó en la esquina de Huascarán con la calle, ¿cómo se llama esa calle?, bueno, y Manuel tuvo que retirarse un momento. Ya vuelvo, dijo. Calicho no hablada nada. No me tenía confianza. Yo estaba molesto porque los dos, sin decir ni jota, nos mirábamos y mirábamos la calle, la gente. Después de esa tarde, lo vi varias veces más. Una noche me invitaron a una fiesta que tenían. Era un cuartucho en uno de esos callejones de la cuadra. Decían que era el cumpleaños de uno de los muchachos de la collera. No sé cuál. Bailaron hasta la hora en que se fueron las muchachas, y después —yo no bailé— todos nos metimos una tranca de primera. En un momento aparecieron botellas de toda clase. Yo estaba un poco mortificado al principio. Es que la madre del muchacho que festejaba su cumpleaños, no tenía dónde estar, y la pobre viejecita se caía de sueño. Vi un catre desarmado y a un lado unas frazadas. Comprendí que en el cuarto donde bebíamos dormían madre e hijo. Luego me olvidé de la pobre madre, y sólo al salir, las cuatro, las cinco de la madrugada, me remordió la conciencia al ver a la pobre viejecita dormida al lado del pilón, apretujada en las escaleras. Al diablo, dije terminando con mis remordimientos y salí por el callejón tambaleándome. Bebimos como unos borrachines de lo peor. Y entre los chistes más colorados que un tomate y las risas, no sé cómo se inició la conversación de quién había tirado más mujeres y qué mujeres. Todos contaban sus aventuras. Yo callaba. No por avergonzarme sino porque no tenía nada extraordinario que contar. Y sale Calicho con su historia. Lo miraba, y con sólo escucharlo viendo la forma desparpajada con que contaba, se me fue media borrachera. La otra mitad sirvió para hacerme olvidar pronto lo que escuché. “¿Que cómo se movía? No hay nadie que la gane a mi hermana para moverse en la cama”, decía orgulloso. Y pormenorizó cómo fue la primera vez. “Yo estaba todavía pito y claro que mi hermana también, yo fui quien la abrió, pero me costó trabajo, no tanto por ella, qué carajo, sino por mí, ¿cómo arde, no?, mi pinga me ardió una semana”. Todos reían y seguro que yo también reía. Para qué seguir con eso. La cuestión es que el tal Calicho, esto ya me dijo Manuel, se peleó después de una borrachera y sacó navaja y el otro de un bote llazo le partió la cabeza y quitándole la navaja se la clavó varias veces. En el hospital murió Calicho. Y Calicho no tenía ni dieciséis años. Hasta cuando contó lo de su hermana, daba pena. Parecía un niño que no sabe lo que dice.

Él sabía que me presentó a Calicho. Con el Calicho y el Baboso, Manuel se fue de vaca. El Calicho dijo que tenía sesenta soles. Dijo que se los dio un maricón en el cine Odeón. Por lo menos para eso te sirve tu pintacha, le decían, y él estaba orgulloso de su pintacha. Fueron al cine, luego tomaron cerveza en una cantina por los alrededores de los corralones de "México", y cuando se les agotó el dinero, el Baboso propuso: Vamos a casa de la puta Teresa y nos robamos algo, qué dicen. En un colectivo regresaron al Jr. Huascarán. Comprobaron que no había nadie, y uno por uno se metieron al cuarto de la puta Teresa por la ventana donde tenía la jaula de su canario. Con fósforos buscaron dinero en todos los cajones, debajo del colchón, y nada. La radio, dijo alguno, y el Calicho le pasó la radio a Manuel. Ya estaban por salir, cuando la puta Teresa abrió la puerta, venía borracha y acompañada de un ladrón a quien decían el Pichis, del rumbo de El Porvenir. La puta Teresa gritó como una endemoniada, me roban, ladrones, hijos de puta, qué se han creído, y el Baboso, diciendo, nos jodimos, le metió un tremendo puntapié a la puta Teresa en pleno vientre, y la puta Teresa se dobló como un muñeco de cera y cayó al suelo, sin un gemido. Pero todo no terminaba, el ladrón Pichis que dice, carajo, me las pagan, y Manuel sin más, le lanza la radio a la cabeza, y el Calicho y el Baboso aprovechan para arrinconarlo con pura patada en los huevos. La puta Teresa y el Pichis, ladrón de los rumbos de El Porvenir, quedaron tirados en el suelo. Al día siguiente el inspector del quinto año llamó a Manuel y lo escoltó hasta la dirección de la Unidad Escolar. De allí, sin decir mucho dos investigadores lo sacaron y derecho a la policía. El Baboso y el Calicho seguramente se fueron de Lima, porque la policía no los encontró. Cuatro meses después un barrendero encontró el cuerpo del Calicho, en una callejuela del Rímac. Todavía estaba vivo, pero unos días después murió en el hospital.

Sus padres, llorando ante un juez y otro, no lograron sacar a Manuel. La puta Teresa estaba grave por el puntapié en el vientre. De la comisaría lo pasaron al reformatorio de Maranga.

Por eso estuvo en Maranga.

—Es la cosa más terrible del mundo.

Y yo sí que lo creo. Debe ser tremendo.

—Es un antro de vicio. Todos son muy muchachos, de doce, de trece años, pero también hay otros de veinte, hasta de veintiocho años. Esos hacen y deshacen dentro del reformatorio. De allí adentro uno sale peor de lo que entró. Si yo me compuse fue, en fin, no sé, por mis padres, no sé la cosa es que cambié, llegó un momento en que no podía soportar esa vida, y me dije, voy a cambiar y no sé cómo lo hicieron mis viejos para sacarme de ese infierno, estudié bastante y logre ingresar en la universidad.

Había pasado toda la tarde parado en un cuarto pequeño, a oscuras. Por la noche, a eso de las ocho, lo sacaron y en un comedor inmenso le dieron de comer. Por las ventanas podía ver los otros pabellones, y cuando al rato apagaron las luces amarillentas de esos pabellones comprendió que eran los dormitorios. Estaba solo. Tomó la sopa y un pastel de fideos. Al acabar, el que después sabría que era el inspector del pabellón cinco, lo condujo por unos pasillos mal alumbrados hasta los aposentos de los inspectores y de los curas.— El director te espera. Quiere conversar contigo. Sé atento con él para que aquí te traten bien, le aconsejó el inspector. Llegaron al segundo piso del pabellón que da frente a la costanera, y el inspector tocó la puerta. “Que pase”, ordenó una voz desde adentro. El inspector abrió la puerta, y le dijo a Manuel, “pasa”. Manuel pasó y la puerta se cerró atrás.

—Acércate, ¿cómo te llamas?

Manuel vio a un hombre alto, con la cara flacuchenta, que le sonreía desde un escritorio. Manuel se aproximó. —Me llamo Manuel, dijo. Y vio que el hombre alto y flacuchento se ponía de pie y avanzaba hacia él. Es un cura, se dijo, al mirar sobre el sillón la sotana negra; más allá una cama desarreglada.

—Tienes que portarte bien, y ya verás como todo marcha a pedir de boca.

El padre Director, le dio unas palmadas, y le ordenó que se sentara. Manuel dudó un instante, no había donde sentarse. En la cama, dijo el padre director al tiempo que se retiraba hasta una pequeña cómoda. Al volver, Manuel estaba sentado en el filo de la cama.

—Hace frío, dijo el padre director, y le extendió un vaso con un líquido amarillento. Ron, pensó Manuel. —A tu salud, para que te portes como es debido, hijo mío.

Era coñac.

—Enciende esa lámpara, ¿cómo dices que te llamas?

—Manuel.

—Padre director, corrigió el padre director.

—Manuel, padre director.

Sonó un clic y se encendió una lucecita azulada, sobre la cabecera de la cama. Luego otro clic, y la luz central se apagó. La habitación quedó entre sombras marcadas por una luz opaca, profundamente azul.

—Todo va a cambiar cambiar cambiar, y el padre director se sentó a su lado, termina tu coñac. Y cuando el padre director decía coñac sintió una mano huesuda sobre su pierna. Este es un maricón: explotó la idea en su cerebro.

Pero no era eso. Le dijo que se desnudara. Pon ahí tu ropa. Manuel puso su ropa sobre el escritorio. Volvió a la cama, tiritando. El padre director se quitaba los pantalones. Un maricón, pensó nuevamente Manuel, ni qué hacer,

a tirárselo. Pero no. El hombre flaco que era padre Director, lo abrazó, y le susurró al oído, voltéate y Manuel no entendió y se ladeó cara al padre director, mostrándole el sexo erecto, gracias a las manos del padre director. Voltéate, la voz nuevamente, y los brazos del hombre flacucho lo pusieron de espaldas, después Manuel quiso protestar, volverse, pero el hombre que era padre director le obligó a permanecer así, y Manuel, los ojos abiertos, no dejó de mirar durante toda la noche la bombilla azul, que en momentos, cuando el padre director, jadeaba sus espaldas, iba a explotar y todo era azul y quemaba cuando el padre director le hundía todo adentro y hubiera gritado y saltado y pegado. Pero no había nada por hacer. Al día siguiente, al indicársele el lugar donde debería dormir, pabellón cinco, y quién era el inspector de ese pabellón, un zambo, con más cicatrices en la cara que un mapa, lo miró largo rato y después con sorna le dijo, ya pasaste por la verga del padre director, ¿no?, y Manuel calló, ¿que tal?, pues esta noche te toca con el padre subdirector, y si mañana nadie te solicita es conmigo. El zambo rio tocándose, sobre el pantalón, el sexo. Y así fue. Y qué importaba, si pasado el tiempo, él también cogería a los recién llegados, y a los que se dedicaban a putas por cigarrillos o parte de la comida.

—Estar en el reformatorio de Maranga es estar en el infierno. Hay marihuana, coca, alcohol, purito alcohol de verdad, y todos, casi todos, están con enfermedades venéreas, otros hasta tienen sífilis. Decían que el mismo cura director tenía Sífilis. Fíjate que una noche, dos se pelearon hasta matarse, y la verdad que uno murió pero nada se dijo, creo que en el mismo reformatorio lo enterraron, y pelearon sabes por qué, por un maricón, un muchacho que vivía con uno de los que se pelearon, porque ahí viven como marido y mujer.

Manuel calló, apretando sus labios. Me miró, y casi como sonriendo, dijo:

—A mí no. Yo me hacía respetar.

—Salud, dije, y bebimos el resto de cuba libre.

Los tragos se me subían, y comprendí que Manuel era bueno, enteramente bueno, pero, carajo, qué hacer si todo está corrompido alrededor.

Olvida eso y que nos traigan otras dos cubas, ¿qué dices?

Los pasajes para el viaje estaban en los bolsillos. El padre de Manuel, cortando un traje, planchando un pantalón, pegando la manga de un saco, soñaría con su hijo que estudiaría en México, mi madre esperaría mis cartas, lloraría por el hijo lejano, contemplaría a su esposo en el cuadro, rezaría por los dos, y yo y Manuel estaríamos en la sierra peleando, de guerrilleros. Manuel con el ardor de aquella noche, con la bombilla azul metida en la cabeza. Yo desesperado, recordando todo, volviendo hasta la página uno, reconstruyendo la historia desde un calabozo, imaginando todo, moviendo las cenizas del muchacho

que fue enterrado en la huerta del reformatorio de Maranga por haberse peleado por un maricón, llorando por mi padre que se fue así así, y sacudido por esas palabras en el parque universitario, han matado a tres, han matado a tres, y besando a Rossana y más atrás, a todos los amigos de la infancia, a los que crecerían, a los que olvidarían todo, mirando mi cuerpo, sudando, creyendo que todavía era tiempo de hacer algo.

—Dos cubas más, por favor.

Del jirón de la Unión seguían fluyendo automóviles a la Plaza San Martín. ¡Qué calor! A Elsa la llamo mañana por teléfono y le digo que me voy a México. Los portales se llenaban de gente que iba a uno u otro lado con paso apresurado. Quién iba a pensar que Manuel, en fin.

(De *Los Juegos Verdaderos*, 1968).

ISAAC GOLDEMBERG

(Chepén, 1945)

II

Efraín: Chepén, 1932

¿Por qué será que el abuelo se da esos lujos y a nosotros nos tiene muertos de hambre? Yo quisiera comerme ese bisté con arroz y huevos fritos, que ni los guisos ni las menestras me gustan, pero a veces la Virginia me lleva a la fonda de doña Chepa y entonces sí que me harto de comer un montón de platos deliciosos que en esta casa ni siquiera los probamos durante los días de Pascua, porque dice la abuela que no hay plata y tamaño bisté que se manda el abuelo todos los días y a nosotros que se nos cae la baba, a mí, a la Tere, al Ricardo, que dice el doctor Meneses que le hacen falta vitaminas o lo dijo por mí que no me acuerdo... pero el abuelo que no le vengan con ésas porque la verdad a mí no me gusta el vino pero me compraría una Pasteurina para el almuerzo y otra para la comida, porque entonces tendría dos chapas al día y catorce a la semana y sesenta al mes y no habría en el colegio nadie con más chapas que yo y hasta le regalaría unas cuantas al Ricardo si me da la gana, pero no se las voy a dar si me sigue molestando, como ayer que me escondió el libro de lecturas y doña Angelita me regañó delante de todos porque no me sabía la lección... pero entonces a la Virginia se le acaba la plata y vuelta a comer garbanzos con arroz y ni siquiera una pizca de mantequilla para el desayuno que es como me gusta el pan, que con azúcar no me lo como y me tomo el chocolate no muy caliente porque si me quemo la lengua me quedo mudo y dice la abuela que la Virginia se gasta el dinero en porquerías y fuera mejor que se lo

diera a ella para comprar unas gallinas y así comeríamos huevos fritos, pasados, duros, todas las mañanas.

El abuelo un día se nos muere y nos deja su caja de caudales y lo enterramos envuelto en su frazada, porque la única que me quiere es la tía Francisca, a pesar de ser muy regañona y hacerme leer el catecismo todas las noches antes de acostarme. Se le encienden los ojos como unas lamparitas y le tiembla la barbilla cuando me dice que sólo las almas buenas van al cielo y si me muero que me entierren en una caja de zapatos con mis chapas de botellas, y que Dios no protege a los niños palomillas que no rezan sus oraciones por la noche ni van a la iglesia los domingos para que el padre Chirinos los bendiga.

La tía Francisca debe ser la única santa en la familia porque mis otras tías son unas perdidas que ya no van a misa y hace años que ya ni se confiesan. Mi tía Irma se escapó el año pasado con un sargento de la Guardia Republicana, que le sonaban las espuelas cuando venía a visitarla los domingos y dice la abuela que viven amancebados en Pacasmayo y que se van a quemar en el infierno. Beatriz y Lucinda son menores que la Virginia y se desaparecen todo el día y por la noche vuelven a casa todas borrachas, con el pelo revolcado y el vestido que parece papel celofán apachurrado. La Lucinda es la más bonita de todas mis tías porque el año pasado fue la reina del carnaval y tiene amores con el boticario, lo lindo que le quedaba el moño que parecía una española, y el abuelo feliz de la vida porque el boticario tiene plata y dice que es un tipo serio y cuando pasó la carroza real se llenaron las veredas de flores blancas y rojas y también de serpentinas que la gente arrojaba desde los balcones, y le anda preguntando a la Lucinda que cuándo se casa y que se ande con cuidado, que no vaya a ser como la Virginia que se dejó engañar y tenía un vestido rosa acampanado y una corona de perlas brillantes que parecía una princesa como las que aparecen en los cuentos de hadas que me cuenta la Tere.

A la tía Francisca le da la pataleta cada vez que ve salir a Beatriz y Lucinda todas pintarrajeadas “como si fueran unas putas”, porque están manchando el nombre de los Wilson que era reconocido y admirado por todo el mundo cuando vivían en Cajamarca en la casa de su padre, pero que ahora está peor que palo de gallinero. Yo no sé si soy de los Wilson o de los Alvarado, porque el abuelo “llegaron a estas tierras en el siglo pasado, industriuosos, gente decente, respetables”, y la abuela “nada tenemos que envidiarles a esos ingleses patilargos y desabrídos”.

Cuando le pregunto a la tía Francisca si mi padre es el abuelo o el tío Pedro, que no quisiera que fuese porque parece un alfeñique, ella me contesta que yo ya no tengo padre, que se murió hace siete años antes de que yo naciera.

No lo recuerda bien, dice, pero parece que se le quemó la tienda que tenía y se murió abrasado por las llamas igual que en el infierno. Pero yo no me voy a morir como mi padre, porque yo soy un chico bueno que va a misa todos los domingos y me confieso y colecciono estampas de santos.

El padre Chirinos me prometió darme una estampa de nuestro patrono San Sebastián que se murió acribillado por las flechas de unos bárbaros que adoraban a un Dios que no era el nuestro, porque Jesucristo es el único Dios verdadero y yo tengo que creer en Él porque si no me muero y me condeno sin remedio, como el hijo de la Matilde que nació con dos cabezas y entonces no dejaron que lo enterraran en el camposanto, y dicen que se lo llevaron a enterrar a otro pueblo en una caja de cartón con sus chapas de botellas...

Cuando consiga la estampa de San Sebastián, que está a colores y es la más grande de todas, ya voy a tener cincuentidós y la voy a poner en la cabecera de mi cama, pero me tengo que esperar porque el padre Chirinos no la regala así nomás, sin que uno se la gane por buen comportamiento, ni sin antes aprenderse de memoria todas las oraciones, que para mí son un martirio porque a veces tengo la cabeza en otra parte, como cuando tengo que rezar el Padre Nuestro que estás en los cielos, porque entonces pienso en mi padre que no está en el cielo sino en el infierno quemándose despacito, porque dice la abuela que era un hereje hijo de puta que trajo la perdición a nuestra casa, santificado sea Tu nombre, donde me llaman Efraín, pero en la calle y en la escuela me dicen jacobito, y la maestra nada más me conoce como el nieto de don Efraín Wilson o el hijo de la Virginia que dio hace algunos años un mal paso y se creyó una sarta de mentiras, y estuvo sin salir de la casa unos dos años y hasta se quiso matar como una tonta, una noche que se metió en lo más hondo del río sin saber nadar y la sacaron del agua media ahogada, gritando palabrotas y que la dejaran morir porque se le caía la cara de vergüenza y jamás volvería a poner un pie en la calle, que cómo iba a soportar que todo el mundo supiera su desgracia, vénganos el Tu reino, hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Y esa noche el abuelo hecho un atado de nervios, maldiciendo la suerte del judío, a la madre que lo parió y a todos sus antepasados, el pan nuestro de cada día dánoslo hoy. Y la abuela convertida en una furia, echándole la culpa al abuelo, viejo de mierda, que dónde carajo andaba metido cuando se estaban tirando a la hija, y ella también echándose la culpa encima por haberse cruzado de brazos, tan celestina como el viejo, a sabiendas que nada provechoso iba a resultar de esas visitas domingueras, y ya se lo había advertido la Francisca que la Virginia iba por muy mal camino, que qué clase de ejemplo era ése para sus hijas que ya estaban crecidas, con el demonio en el cuerpo haciéndoles cos-

quillas y calentándoles las vísceras, perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y la Virginia hablando sola por las noches, robándome el sueño, lloriqueando como la Tere cuando se le perdió su muñequita china. Y la rabia que me da oírle hablar de su desgracia porque después tengo pesadillas con una bruja nariguda con pelos en la cara y ojos de culebra que me fríe en un perol de aceite hirviendo, y mis gritos rebotando contra las paredes de la casa como una pelota desinflada, sin que me escuche la Virginia, que siempre está metida en sus cosas, encerrada en su mundo que no entiendo, a veces lleno de momentos apacibles, de historias de la Biblia donde todo es muy bonito, de paseos en bicicleta por la orilla del río, de eucaliptos, higueras y algarrobos, de nubes blancas y cielos muy azules como el manto que tiene la virgen de la iglesia y no nos dejes caer en la tentación mas líbranos del mal.

Pero otras veces la Virginia empieza a maldecir a medio mundo y a mirarme fijamente, los ojos llenos de un líquido rojizo, y me entran calofríos por todo el cuerpo y entonces sí que ni ganas de dormir que tengo porque ya sé que voy a soñar que me cortan la cabeza y que el padre Chirinos me tira al río para que me coman los cangrejos, que dice la tía Francisca que son igualitos a los diablos con sus cachos de acero y unos dientes muy blancos y filudos para llegar derechitos al corazón.

Entonces no llamo a la Virginia, porque sé que nunca viene a mi lado y trato de agarrarme a una roca para salvarme, pero la roca está cubierta de un moho espeso y me resbalo y me sigue arrastrando la corriente, y la roca se va quedando atrás como una cara gigantesca que se ríe de mí a carcajadas pero que no reconozco, porque tiene como una máscara de pintura que se ponen los payasos que vienen con el circo al pueblo, y todo está terriblemente oscuro para que me vaya cayendo más hondo en el pozo, que está repleto de judíos, que también son parecidos a los diablos, con unas colas puntiagudas para aguijonear a Jesucristo, que dice el padre Chirinos que es el Salvador del mundo, Hijo de Dios y Padre de todos los cristianos, y a quien puedo ir a verlo cuando quiera porque tiene las manos y los pies clavados en la cruz y entonces no puede salirse de la iglesia, que dice el padre Chirinos que también es nuestra casa y tú, Virginia, nunca vienes conmigo los domingos a ver a nuestro padre, porque dice la tía Francisca que tienes al demonio metido en el cuerpo y que te va a devorar poquito a poco hasta que no quede de ti más que una sombra y ya no existas...

Entonces me tengo que ir a misa solo, y cuando te conté que el padre Chirinos me había hecho monaguillo, te pusiste a reír como una loca, que eso era lo único que faltaba, que te gustaría verle la cara al judío, que a ver qué le

parecía su hijo convertido en monaguillo. Y yo sin saber de quién hablabas, sin saber si te referías al diablo o al señor Mitrani que es el único judío que conozco, porque ese viejo cojo no puede ser mi padre, porque eso sería morir del espanto, y además la tía Francisca dice que ni siquiera debo hablarle porque el señor Mitrani hace pastelitos de carne con los niños que entran en su tienda y después se los come con unas gotitas de limón.

Pero lo mejor es que no piense en esas cosas, porque me empiezan los mareos y me pongo tembloroso y ya sé que no podré pegar un ojo en toda la noche y ojalá que Ricardo se desvele para preguntarle si conoce otro judío fuera de Mitrani en el pueblo, porque Mitrani no es más que un viejo loco, que se la pasa los domingos predicando en la plazuela, enfrente de la iglesia, anunciando que se viene el fin del mundo, que el río inundará las casas, que moriremos todos ahogados, que la cólera de Dios caerá sobre nuestras cabezas como una espada, que en este pueblo no se salva nadie porque todos estamos condenados, pero si llega el fin del mundo entonces a lo mejor veo a mi padre...

Y el padre Chirinos se muere de la rabia, porque hay más gente en la plaza escuchando las locuras de Mitrani que en la iglesia, que es donde a mí me gusta estar, rodeado de esos santos silenciosos y sonrientes, y esos querubines rosaditos como las muñecas de goma de la Tere, que lo están vigilando a uno cuidadosamente y entonces no nos podemos meter el dedo en la nariz ni rascarnos las nalgas cuando empieza a picarnos la madera de las bancas, ni pellizcarles las piernas a las hijas de don Polo Miranda, que son unas petimetres y unas creídas de mierda nomás porque el padre tiene mucha plata y es el propietario del ingenio Santa Fe.

Entonces el padre Chirinos comienza la misa y qué gusto que da arrodillarse, alzar los ojos y mirar a Jesucristo que se parece un poco al señor Mitrani, la misma nariz y esas pestañas largas y onduladas, pero que no puede ser verdad porque el viejo Mitrani es un hereje como lo fue mi padre, y a la virgen que nos protege de todo mal y de las palabras de Mitrani que sigue dando vazzarrones fuera de la iglesia, y yo no tengo padre en esta tierra porque mi único padre es Jesucristo, que está en el cielo con la Sagrada Familia, entre nubes de algodón y su túnica muy blanca que le llega a los tobillos, no como la mía que es más bien casa de putas y alcahuetes, menos la tía Francisca que es una verdadera santa.

La Virginia me dijo otra vez que no la esperara por la noche, porque se fue a visitar a la Irma que vive en Pacasmayo y no vuelve hasta mañana, y entonces la tía Francisca me va a llevar a dormir a su casa, donde tiene unos rosales que los pone en un florero en la repisa de su cuarto y hay como un aroma que adormece y me penetra hasta el fondo del cerebro y me hace pensar en

cementerios, como cuando se murió la mamá del boticario y la Lucinda me llevó para acompañarla y le dejó unas flores rojas sobre la tumba, en su cama que tiene los soportes rotos y el colchón lleno de chinches que le caminan a uno por el cuerpo, y la tía Francisca tendrá que despertarme a medianoche muerto del susto como otras veces para lavarme el dedo que lo tengo todo pegajoso, hecho un asco, con agua fría en una palangana, y la tía Francisca que ya estoy grandecito, que tengo que dejarme de esas mañas que son de hombres cochinos y no de niños buenos como yo.

Pero cuando duermo con la Tere ella no se queja nada y se me arrima al cuerpo para abrigarse entre mis brazos y yo siento cómo me pasa las manos por las piernás, y al día siguiente la Tere ni me mira porque parece que le da como vergüenza. Pero ya veo que no voy a poder hablar con Ricardo hasta mañana en el colegio, que no sé si voy a ir porque no he hecho mis deberes y doña Angelita dijo que nos iba a hacer preguntas sobre la fundación del Imperio de los Incas, una historia donde un señor llamado Manco Kapac, que es el padre de todos los peruanos, sale con su mujer del lago Titicaca y hasta ahí nomás me acuerdo aunque creo que tiene algo que ver con el dios sol y una varilla de oro que se clavó solita en un cerro como por arte de magia, pero no salió agua ni nada, porque no he repasado el libro de lecturas, que tiene unas ilustraciones de todos los colores, con hombres barbudos montados a caballos, que dicen que son los héroes de la patria, y la bandera rojiblanca con su escudo que tiene una corona de laurel, con una llama en fondo azul, un arbolito bien verde y una cornucopia en fondo rojo, de donde salen un montón de monedas bien brillantes como si fueran de oro, pero lo voy a leer mañana por la tarde en vez de irme a pescar al río con Ricardo, y ya me empiezan de nuevo los mareos, pero mejor no digo nada porque eso es hacerle mala sangre al abuelo, como anoche, durante la cena, cuando se lo pregunté de nuevo y la Virginia me salió con lo de siempre: "Tú eres hijo de la roca". Y la abuela: "¡Tamaña piedra la que te ha tocado! ¡Lo mejor es que se vaya a vivir con el judío!". Y la tía Francisca: "¡Cállense la boca, que de todo este enredo el único inocente es este niño!". Y el abuelo: "Lo importante es que el judío te siga mandando plata todos los meses, que yo ya tengo bastante con mantener a los míos".

HARRY BELEVÁN

(Lima, 1945)

QUE EN PAZ DESCANSE ANTONIO B...

Dino Buzzati cuenta, en un conjunto de meditaciones titulado *Anécdotas de la Ciudad*, que seguramente escribiera para la prestigiosa *terza* página del “Corriere della Sera”, una anécdota llamada “Extraño Encuentro” que, aunque breve, resumiré así:

Una persona, que el autor llama “usted” ve, a la entrada del estadio en donde tanta gente se apretuja para ingresar, a otra persona, que usted reconoce “sin sombra de incertidumbre: los cabellos rubios desordenados, que caen un poco sobre el cuello, y esa cicatriz, en la nuca... la manera de llevar la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda, y el característico sombrero negro con el ala levantada como el retrato de Toscanini. Es él, absolutamente. No cabe error, aun entre un millar de personas. Usted llama: ‘¡Antonio! ¡Antonio!’.” (dixit Buzzati).

Puesto que su amigo no se voltea, usted sigue llamando al tiempo que se abre paso entre la muchedumbre, hasta que alcanza a tocarlo sobre el hombro: “¡Antonio! ¡Antonio!”. Pero, “una ondulación imprevista de la multitud” lo empuja y los separa. “Desaparece. Se disuelve en la nada... ¿Qué importa ya el partido? Se deja usted llevar hacia adelante con una atroz palpitación al corazón. Porque usted está matemáticamente seguro de que era verdaderamente él, su más caro amigo, Antonio. Salvo que cinco largos años han transcurrido desde que su amigo ha muerto”. (ibídem).

Supongamos una idéntica situación y el mismo lugar pues, como acertadamente refiere Buzzati al comienzo de esa crónica, tales sensaciones se producen frecuentemente en ambientes de gran multitud.

Usted está luchando por entrar al estadio pues juega su equipo favorito. Repentinamente, unas cuantas personas más allá, percibe la inconfundible *facha* de Antonio, su mejor amigo: los cabellos rubios, la cicatriz, esa manera tan característica de inclinar la cabeza hacia la izquierda, el obsoleto sombrero a lo Toscanini, todo le confirma, sin ápice de duda, que presenciaria usted el partido junto a la grata compañía de su mejor amigo; sin embargo, de más sabe usted que ello es imposible; pero no importa...

Se esfuerza entonces por alcanzarlo; se abre trocha entre la multitud, llamándolo: “¡Antonio! ¡Antonio!”, hasta que logra ponerse casi detrás de él; extiende su brazo por sobre las cabezas de varias gentes, le golpea entonces amigablemente el hombro —una vez más, para que se dé cuenta!— y él se voltea. Al verlo a usted, le dice: “¡Antonio, mi querido Antonio!” y usted, absorto, súbitamente sorprendido, nota, palideciendo al instante, que su amigo se asemeja a usted como una gota de agua a otra, a ese usted que todos los días percibe frente al espejo a la hora de afeitarse, ese mismo, en fin, que ¡vamos! usted conoce perfectamente. Él insiste: “¡Antonio, cómo estás! ¡Cuánto tiempo viejo!”, y usted no atina sino a saludarlo con desconcierto, con frialdad casi, descortésmente diríase si no fuera que, por suerte, su amigo no lo nota debido al entusiasmo que lo embarga.

Entran juntos al estadio, hablan del equipo —ambos apuestan sus pasiones por el mismo— comienza el partido; pero usted, aplastado por esa extraña sensación de que está sentado al lado de usted mismo, se pierde por entero en pensamientos sin sentido, en sensaciones truncadas, dejando de apreciar por completo que ya su equipo va ganando 3 a 0. Mira de reojo a su amigo varias veces y otras tantas, pero ¡no hay vuelta que darle! usted se reconoce a cada instante en la cara del otro. Entonces, se lleva una mano hacia la nuca y siente entre su ensortijado cabello, un espacio franco que, a no dudarlo, es una cicatriz pero que usted, hasta ese momento, desconocía. Se estremece mientras que su amigo, a quien no osa llamar por su nombre cada vez que él le comenta con entusiasmo la avasalladora superioridad del equipo triunfante, se deja llevar por esa victoria segura que tanto debiera entusiasmarlo también a usted.

Entonces, lentamente, secretamente, desliza usted su mano izquierda por la camisa hasta alcanzar el bolsillo interior de su saco, ese mismo en donde suele guardar la billetera y sus documentos personales; duda por un momento, retira temerosamente su mano ¡pero no! vuelve a la prueba, tiene una insólita sensación femenina de temor, pero, al mismo tiempo y con igual intensidad,

siente ese femenino impulso por descubrir un misterio. Entonces, extrae su portadocumentos, lo abre con delicadeza, con preciosismo, como si corriera el riesgo de dejar escapar alguna joya volátil; saca su carnet de identidad —¡cuarto gol de su equipo!— lo abre con sagrado respeto, mira su fotografía (la de Antonio) y lee, debajo, el fatídico nombre: Antonio B...

Sobresaltado, la respiración entrecortada, la sangre agolpada en sus sienes, se pone de pie repentinamente lo que, gracias a Dios, pasa desapercibido, pues la euforia de muchos hace que su gesto no sea interpretado sino como cerrado entusiasmo por el equipo ganador. Sin decirle nada a su amigo —quien, por lo demás, ni nota su retirada llevado como lo está por el ánimo colectivo— sale a grandes trances del estadio, alcanza la esquina, toma el primer ómnibus y luego la conexión con el trolley, desciende, camina agitadamente, corriendo por momentos, entra por la puerta lateral del cementerio, cruza las floristas que ofrecen esos ramos que siempre huelen a difunto, alcanza el lugar preciso al que le parece haber acudido tantas veces en los últimos cinco años, se detiene frente al rectángulo y lee la inscripción: Q.E.P.D. Antonio B...

A lo lejos, cree escuchar una unánime ovación y, luego, el solo rumor de ese viento, casi una brisa, que se encajona en sus oídos y que le trajo el score final. Sin embargo, ya ni eso le importa pues ¡pensar que usted no sabía que llevaba tantos años bajo esa lápida!...

LUIS FREIRE

(Lima, 1945)

V

El pirata irlandés Peter Limerlick, más conocido en las costas españolas del Caribe como Pedro Mierda, decidió purgar sus infinitos pecados en este mundo con una copa diaria de aceite de ballena —purgante efectivísimo— para llegar más o menos limpio al Juicio del Señor. No contento con ello, emprendió la noble tarea de purgar los de sus víctimas. Cada incursión suya en las costas de Santo Domingo, Cuba o Nueva España, terminaba con una docena de barriles de aceite de ballena en el centro de la plaza principal y una cola de atribulados prisioneros con su vaso en la mano. Todos, desde el alcalde hasta el último de los niños, tenían que servirse su medida de purgante, a menos que prefiriesen un sablazo en la barriga. Más se temía a Peter Limerlick por sus barriles de aceite que por su fiereza en la lucha. Por eso, cuando fuerzas españolas de refuerzo se enteraban de que era Pedro Mierda quien había tomado un puerto, retrasaban su auxilio todo lo posible, porque la pestilencia de mil diablos pedorros era poca comparada con el hedor de los ríos de mierda purgada que bajaban por las acequias y las calles. El peor y más torrencioso, producto del asalto y toma de La Habana en 1728, lo cogió desprevenido y lo arrastró con todos sus pecados hasta la playa de Varadero. Su cadáver momificado por la mierda se exhibe en el Museo Naval de la capital cubana.

VI

Las madres Honiara de las Islas Clapton (Melanesia), se cortaban un pezón humedo de leche y se lo servían al jefe de la tribu cocido en agua de coco y hierbas aromáticas, como ofrenda de perpetuo rejuvenecimiento y supremacía eterna de los Honiara sobre las aguas y tierras del mundo. “Consideran estos salvajes, que la leche materna le otorga a la carne tierna del pezón, un sabor inigualable que sólo se compara al placer del recién nacido cuando mama por primera vez” —escribía Sir James Elsinor, a bordo del “King of Kings”, en 1776, luchando por barrer de su paladar los deliciosos resabios del pezón envuelto en hojas de plátano que le había sido obsequiado horas antes por un cortejo de jóvenes Honiara en nombre del jefe Nauru, como señal de pleitesía ante el poderoso soberano blanco de la gran canoa que lleva el trueno. “Sólo comiendo íntegramente ese repugnante trozo de carne humana, podía instaurar en sus corazones la autoridad de su Majestad sobre estas islas del Pacífico. Los gritos de las mujeres de la tribu celebrando mi masticar herían mi alma como aplausos de una turba de demonios hurrando mi nombre en las puertas del infierno. Perdóneme Dios por este pecado de antropofagia, pero perdóneme más y sobre todo, por lo sabroso que encontré el pezón. ¡Dios salve al rey Jorge!”

CARLOS CALDERÓN FAJARDO

(Juliaca, 1946)

EL PEREGRINO

No dejaré de quererte jamás, jamás
(Canta Nicho Guevara)

Sapo zorro hecho toro. Hombre de la curva al camino. Y arena sapo redondo gorgojo. Te apareciste. Sapo en el arenal en charco de agua rala en la duna y tú eras hombre aguacero para la tierra cuando se junta con el camino. Sino nada sapo barrigudo de la lagunita sobrante de la lluvia. Sapo burbuja. Qué hacías tú allí sobre el helecho. Tal vez sólo eco de pradera y seguro de encontrar derrotero en la cima dormida sobre la arenilla sapo canto rodado. El camino con tu piel de cáscara por un cerro sin herradura al que en vano quisiste subir y a duras penas. Arena del arenal hecho un toro. Hombre de la cuesta al sendero. Potreros de la cañada del toro soplido bajo que embestía al viento y quieto mugido. Tus ojos abiertos como candela sobre la arena. Lejos estabas toro de tus montañas en ese establo de engorde para que te mueras. Duro como la roca. Peleaste toro por subir al cerro y por llegar a la trocha del sapo muerto. Rompiste tus astas y ni siquiera al morir tuviste atajo cielo ventisque-ro de las yerbas sapo agonizante, toro de las lomas hundidas tus pesuñas en la arena. Toro de noche quieto sobre las dunas. Y sacaste la lengua de fierro y reventaste toro fuego. Fuiste arena del arenal, hombre de la estrella a la manse-dumbre, de sapo toro te volviste zorro, zorro sólo del arenal comedor de sa-lamandras captus pedruscos y algarrobos, plomo a veces marrón como las du-nas maduras y contra el sol de la loma o bien de noche bajo la luna, pobre de ti zorro que llegaste arriba del cerro del sapo muerto y del toro roto sólo para

que duela el viento para nada más zorro. No estaba la ruta en el filo de tus dientes ni tu lengua roja hundida en el agua estaba el arenal soledad y olvido y no eras nada, zorro plomo viento de arena desierto tuyo, morada del zorro perdido por los cerros pensando sólo en morirte zorro plomo. Ya no eras ventarrón no eras mugido sino arenal plano quebrado y ventisca al amanecer, pequeño pie de los zorros, de un peregrino bajando como tú, lento el paso desde las alturas, desde el sapo desde el toro.

LADISLAO PLASENCKI

(Trujillo, 1946)

EL ARCÁNGEL DEL PUNKU

El antiguo torreón de San Francisco a la vista. Palomas encantadas. Las alas me quedaban grandes a esa hora de la noche. Parecía todo normal mientras caminaba por el empedrado. Todavía estaban ahí, con líneas de cristal los muros zigzagueantes y el atril encadenado a la puerta. El ruido de las bocinas era estridente y la ciudad vomitaba su halo invernal. Voces en círculo como flechazos, y el negro traqueteo de los curas penitentes.

Avancé hacia la sacristía y toqué con ansiedad.

El tiempo lluvioso congela los huesos. “¿Quién se mueve por ahí?”, he pensado. La luz me ablanda en silencio y siento el deseo de derribar la puerta. Pero luego me escondo entre mis plumas y mis manos arañan la madera. Detrás se escuchan unos pasos cadenciosos, seguros. Mi corazón excita sus latidos con el Prior en mis narices. El hombre enjuto envejecido de barba lechosa me hace pasar con resignación. Caminamos bordeando húmedas lilas. La negrura impone lentitud a nuestros pasos. El buen hostelero se preocupa por mi presencia mientras descendemos en un recodo de las catacumbas. Estoy un poco cansado. La bujía amarillenta aviva los ojos del Prior. Me invita a sentarme.

—Estábais en mejores condiciones —dice angustiado.

—He andado tanto y sin provecho —contesto—. ¿Ha habido alguien que haya caminado más que yo? ¡Qué terrible es la suerte de los seres alados! Unos villanos me atacaron en las faldas del Punku, cuando quise probar suerte en el

vuelo. Sé que no podré hacerlo jamás, pero mi destino es volar como el cóndor de los Andes.

—¿Pero qué te hicieron querido Jasan?

—Ah, deseo olvidar la farsa. ¿No hay suficientes heridas?

He sacado un pequeño aparato de luz intermitente. El Prior cree que se trata de un reflector. Desde el rombo de mis manos emergen los rayos helados y se cuelan en el aire.

Ellos no entendieron el mensaje de los dioses y sólo desearon atacarme. Estuve encadenado durante tres días y sus noches. Entonces mis pensamientos horadaron el éter y la ceguera exacerbó mis dientes. Corté los tensos eslabones y ya no hubo carromato ni choza ni camino. El vuelo funcionó estrepitoso, y el despliegue alado era el de un cóndor en llamas. Primero fueron los campos primaverales, luego los andenes abandonados recubiertos de maderos añosos y piedras rojizas. Hice el fortín abrasador con mis propias plumas. Hice los surcos para sembrar el vello verde. Hice mi propio cielo con nubes estáticas. Y al llegar la noche hice la dulce fogata y me fui a dormir en mi cueva sedosa.

Al día siguiente me despertó un murmullo trepidante.

Había gentes de todas las razas, pero sobre todo indios. Unos semidesnudos con plumas en las muñecas y otros hechos de bronce o piedra pómez dispuestos a enjuiciarme. Yo les dije sin miramientos: “¿Qué quieren aquí?”. La hueste errática avanzó amenazante y se detuvo delante de mí. Luego con un galimatías pastoso lanzó la primera piedra: “¡También este suelo nos pertenece!”. La música sílex llovió con potencia sobre mis lomos. Aplanó el aroma del fruto subterráneo y la nata tibia. Disgregó la maraña de ascuas sobre los buenos trebejos. Abrió grietas profundas, y en el vano de la gruta apareció un líquido herrumbroso hirviente.

Tiempo después, atosigado por el humo y el olor acre del charco, me puse de pie. Pensé entonces en la fuerza del conmutador. Atacar y vencer. ¿Cómo no? Llevaban varias horas de ventaja adheridos al humus de la cordillera. Algunos habían caído ante el desmesurado hacinamiento. Otros aún arrancaban las últimas raíces tuberosas. El ensayo del arma no fue difícil: dondequiera saltaban las chispas. He ahí el ángulo clave hacia el que mi energía gélida me llevaba con una compulsión delirante. Primero fueron los torquemada del cerro: sólo quedaron cenizas. Descendí con efecto de gloria y ataqué las ciudades. ¿Hay algo más espantoso que las ciudades de vidrio? Siempre he querido entender el lugar donde vivimos, doblgando todos los impulsos, toda la escoria. Pero el sonsonete lúdico, la caterva de esclarecedores, los acalorados sabuesos me estaban aguardando.

Subí a los prístinos collados de América y contemplé cada torre de cuarzo ante el hervidero de calles y ríos. Toqué las ventanas como ave invisible y me posé innumerables veces sobre las terrazas o acodado al mirador de palacios derruidos. Pasó el primer año sin que nada ocurriera. “Vamos —pensé— ahora no te vas a detener”. Retorné al punto inicial y hurgué otra vez en la cueva abandonada. Había un cacharro gigantesco, atravesado de ondas jeroglíficas, cuya boca estaba forrada con cuero de llama. Grité mil veces bajo la negra garganta del ande, pero nadie respondió. Entonces salí presuroso para buscar un guijarro con qué martillar. Algo resonó en el vacío: “¡Yo soy Tiki Wiracocha!” Otra vez mis pulmones se ensancharon y disgregué la roca con mi grito. Nada. Traté de escuchar el ruido, pegado a tierra, y luego me arrastré por la estrecha vereda que corona los peñascos. Arañé la nieve azulosa de las paredes y toqué una malla metálica.

Bajo la herrumbre había un cadáver en perfecto estado de conservación. Era una joven ñusta sacrificada en honor de la Virgen de las Nieves. Quité los cintillos de sus manos y cogí el pequeño cántaro que aprisionaba con dureza. Luego volví a cubrir la hornacina con el óxido de nieve. El sol dibujaba su tibieza ineluctable. No era de noche y sin embargo el tintineo azul de las rocas y el aire me laceraban la lengua.

Me puse a pensar en Tiki Wiracocha. Supe que el mundo estaba confuso con respecto al Creador. “Todos tienen sus dioses —dije—, pero es Tcheo, Tiki, Tolko”. ¿Soñaba acaso, reverendo? Las tres T estaban como una sola en la cresta de la cordillera. Repetí hasta el cansancio mi nombre: Yo el vencido de la antigua Cántrax. Regué el suelo con todos mis huesos y esperé el minuto carónico. Sólo el viento desgreñó sus zampoñas ecoicas sin que nada interrumpiera el vuelo lento y quejumbroso de las harpías del cielo. La batalla fue rápida: con guijarros y polvo. Al fin estuve martillando el vientre del túmulo rojo. El sonido din me hizo recordar las últimas noches de la música clásica: cada espectador del concierto llevaba un gong electrónico a la espalda.

¡Cuánto me costaba dar cada golpe! Examiné varias veces el cacharro por si fuera de acero. Era todo un toro de barro. Saltaron muchos pedacitos de greca y en el suelo se formó una especie de espuma sólida. Descansé un par de veces interpolando la sacra oración del sétimo grado. Pero fue en el tercer descanso cuando vi con alborozo descolgarse un hilo púrpura desde el ombligo perforado.

Me había salvado. Pero cuando empecé a bañarme bajo el chorro del impalpable tornasol, oí una voz tumultuosa que me llamaba desde la entrada. No tuve tiempo de guardar ni un grano de nada. Ellos habían invadido la cueva y buscaban entre mis ropas el símbolo del Sol. “No existe —les dije—. Pertenece

al pasado". Me echaron un grueso chinchorro para que no escapara, y me amarraron junto a la famosa estela de Súmac.

El viento helado del ande chicoteaba como verdugo. Sangraban mis labios. La noche lenta biliosa imponía su silencio estrellado. Ellos habían bebido a toneles y el grave ronquido liberaba mis movimientos. Escarbar y hallar el conmutador: en el fondo de la nieve permanecía intacto. Rompí mis ataduras y elevándome en el aire los barrí con la luz inaudita.

Sólo hace veinticuatro horas y ya no me importe el vuelo. ¿Dónde diablos esconderé este vil aparato? Aún capta las señales de mi planeta. Mis manos estaban temblando. Cuando quise entregárselo al Prior, él rehusó diciendo:

—Arroja esa arma al océano. Es la espada del demonio.

Presioné los controles. Me miraba tristemente y tenía el cuerpo lleno de puntos nerviosos. Su rostro era un amarillo de luz. Sólo quedaron cenizas.

OMAR AMES

(Talara, 1947)

CARNAVAL

Estábamos metidos en aquel sitio, un hermoso paréntesis de afecto siento yo. Era un lugar en medio de campos de pasto y potreros de almendros próximos a los bloques donde vivíamos. Desde la carretera había que tomar un camino pedregoso, casi recto, por el que se llegaba a aquel sitio. Al término del camino, guarnecido por árboles de retama, se veía la casa de huéspedes un jardín con palmeras hacia la izquierda y más allá el resto de los bloques de dormitorios ocupados por ustedes, oficinas, el establo. Hacía mucho calor y el cielo era claro, las nubes inmensas arrinconadas todo el día por los cerros que bordeaban el valle que estaría cerca al mar pensaba yo, porque siempre viví en los puertos de mi país. Sabía que ustedes, muchachos, tenían que quedarse. Tendríamos que partir pero no podíamos pensar en eso. Aquellos tres meses, iban a durar un montón de años. Iban a ser en nuestro recuerdo los muchos años que no viviríamos juntos. Recuerdo que las primeras noches cuando empezamos el trabajo nos quedábamos solos y desde la hamaca, al fondo del corredor enlozetado de la casa de huéspedes mirábamos los bloques del frente donde ustedes vivían, después del jardín con palmeras. Nos sentábamos solos en el corredor que después se llenaría de ustedes para conversar fumando o tomar un par de tragos.

Mirábamos el bloque de dormitorios donde se abrían y cerraban puertas bajo focos de luz amarilla a lo largo del techo que cubría la vereda. Hablábamos en voz baja, atentos, mientras empezaba el viento y sentíamos la bulla de alguna tormenta que de pronto aparecía, ustedes iban de los dormitorios a los

baños con los gritos rancheros de Lucho, tan loco, y ustedes se movían con sueño, fatigados, como barcos, empezaba el sonido de una guitarra y traíamos en la conversación nuestros recuerdos de Lima, pucha, a esta hora, bebíamos cerveza, pelábamos naranjas, desde una vieja grabadora el recital argentino de Susana Rinaldi aplaudiéndola con su corazón mirando al sur. Pero así fueron las primeras noches. Trabajábamos hasta tarde creando y creyendo en algo que nos pertenecía, sabiendo que partiríamos pronto sin querer reconocerlo, debo ser franco. Tristes por no haber ido a la noche veneciana, vea usted qué bello, qué belleza, se perdieron una vida. ¿por qué no fueron?, y yo los miraba jodidos, pero jodidos en el grito alegre de esa expresión que para nosotros es más dolorosa, más jodida. Estábamos metidos en ese sitio y éramos fuertes compañeros con aquel calor sofocando, un vaho caliente y las palmeras altas a las que un sábado por la tarde le sacaríamos los cocos que andaban maduros desde que llegamos allá. De pronto, como dije los gritos de mejicano que lanzaba Lucho, la guitarra de Nicho y alguna moto en plena noche arrancando, escapando, le digo que necesito sólo diez minutos, no tarde Andrés, no os preocupéis, no tardo me decía y rápido iba el escape con humo de segunda a tercera y luego cuarta de aquella moto vieja. Probamos un trago, y muchos otros, un ponche infernal por ejemplo que preparaba Saúl, desorbitante, trasnochador, fresco en toronja pegado a nuestra boca. De pronto algo ha ido quedando en mi memoria: la música jodidos, sabor a costa y le dije Clarita nosotros decimos salsero, huapachoso, y además de esa música, de ese disco repetido, estaba una voz enronquecida que cantaba canciones de amor y despecho, una voz alta, le pregunto a Clarita, le dije, es Aída, canta todo el tiempo y es que a mí me gusta mucho nos decía, quíay cosita, saludaba cogida de sus libros fumando un récord, volviendo sus ojos engreídos, sonriendo y me quedaba pensando que así saludaría siendo niña, qué dice mi amore, saludando de esa manera, cantando, levantando la voz, porque esta mujer gritaba cuando cantaba y Clara me comentaba que iríamos a algún paseo con los muchachos porque bastante le dolía no haber ido con ustedes a la noche veneciana, un carnaval de Puerto Cortés, catorce conjuntos de música, regatas y amanecer bailando en las calles llenas de gente para terminar durmiendo en la Playa de Omoa, despertarse a media mañana con aquel sol y buscar más cerveza. Esto tendría que suceder y tendríamos que inventarlo nosotros mismos viviendo un carnaval sin estar la gente apretada en toda la calle moviéndose con la música que ustedes con la resaca de su regreso seguirían cantando. Habría una noche de fiesta en Tela que nosotros inventaríamos y Clarita no se la perdería, eso sí te lo juro, por mi madre que me voy con los muchachos. Entonces para este carnaval pensé sería bueno llevar la guitarra, ¿no le parece Nicho? usted sabe tocar, un poco, me dijo pero

Lucho también toca, y cuando lo fui a ver lo encontré echado en la cama se levanto y jalándose la camiseta y arreglándose el pelo me dijo, sí, sí, la llevamos, somos perros para el canto. Entonces íbamos a Tela en Setiembre.

Una noche fumando en el corredor, muertos de medio, llovía una barbaridad. Un rayo había caído cerca donde vivíamos, yo estaba aterrado, un destello impresionante, un destello que duró un segundo paralizado ante mí, embobado, incrédulo, Clarita me muero y Saúl se reía y se reiría después Ramón Rosales, no es nada hombre, a saber cuántos kilómetros de distancia, acá no ha sido. Clarita me tranquilizaba diciéndome en Lampa, lejos en el Perú, habían rayos y truenos y ella había vivido un tiempo ahí. Ustedes corrieron hacia nosotros bajo la tormenta, estás asustado cholo, me muero, a ver Aída cantate cara de gitana, cosita, sólo para escucharla y ver el puchero de sus labios que ya cantaban y las sombras ojerasas donde giraban y se dormían sus cristales de gitana. Ella reía y pedía música de guitarra y no tenía yo entonces los recuerdos del bar que conocí una noche de hora feliz cuando fuimos al pueblo y bebíamos cerveza, mucha cerveza, cerveza bastante, alrededor de una mesa, víspera del viaje. Marco Tulio nos llevaría, en el camino van ustedes a probar la piña pero de la buena, con sal, como se come en este país. Luego el grupo detenido al borde de la pista frente al lago inmenso partiendo piñas con machetes, bañándolas con sal. Marco Tulio, Marco Tulio ¿qué tal es Tela? y él, una real playa, ya verán para semana santa no se puede ni caminar por la gente. Y antes de ese viaje, antes de esa noche de hora feliz, en la noche de la tormenta, estoy cerca a Moncho Rosales ¿qué pasa cholo? ¿asustado por el agüita? Todo el grupo cantaba en medio del estruendo y del chorreo sentados en el comedor con las llamas de las velas que tuvimos que poner a lo largo del piso y me arranco a bailar la bamba y Carmen Julia me miraba, totalmente callada, y de pronto una risa escandalosa, alguien hacía un chiste, pedían cigarros, todos aplaudiendo la bamba y Clara vamos Nicho, eso Nicho, así Nicho, Nicho quiero cantar Penélope, acompañeme gritaba Clara, y yo fumando ya había dejado de bailar, me servía un trago, y escuchaba que ustedes reclamaban a Aída, porque querían tenerla cerca y engreírla diciéndole a ver Aída cantate Adoro de Manzaneiro. Adoro, Adoro, y la veríamos mover sus manos, cantando con voz fuerte, totalmente enronquecida el bolero que las manos morenas de Nicho creaban en la guitarra. Ella dormía sus ojos, las piernas cruzadas sobre el suelo, su pecho enronquecido, y me muero por tenerte junto a mí, se ponía de pie y nosotros sentados en círculo siguiendo a media voz el bolero mientras ella se acercaba imitando una cupletista de barrio intranquilo, acariciaba a Jorge que apenas si movía los bigotes mostachos, vidita, y locos nosotros que la aplaudíamos, una artista, qué locura, y ella movía su cabeza detrás de un grito cuando

casi la voz no le daba porque la nota es muy alta Nicho, bájala un poco, cosita, no sea malito, así me gusta, y Nicho le cantaba aparejado, sostenido, buscando aquella nota hasta que ella empezaba a cantar nuevamente moviendo la maraña de su pelo colorado oloroso a Jean Naté. Todos coreábamos con la tos de Reyna con una mano sobre el pecho apaciguando sus accesos y la otra arreglándose los rulos que le alisaban el cabello. La lluvia continuó. A la medianoche el corredor lleno de puchos de cigarrillos. Había que ser cantante con coraje para coger tantas notas altas. Todos fuimos cantantes de una y otra manera. Creo que siempre pensamos serlo. Mariano por ejemplo cuando la noche de su Jota Aragonesa. Veo entonces cuando ustedes a las diez de la noche escuchaban Radiolandia la Centroamericana, nosotros en Lima todavía no pensábamos conocernos ni ir al Comal ni hablar con el dueño, un argentino porteño, ni pedirle boquitas y junto con Elías y Wil no pensábamos llegar a ser la delantera de la Salvavida, cerveza bastante. Fue setiembre ya y tuvimos que llegar a Tela un atardecer y miramos aquella playa inmensa, todos emocionados, desvistiéndonos para bañarnos, bebiendo cerveza helada, buscando medusas, oliendo dolorosamente la humedad guardada de un restaurante donde nos mandarían a reírnos más bajo si pudieran, sin escándolo, y saldríamos en plena noche a bañarnos en aquellas aguas tibias que no golpean, que Manuel, el profesor Río Lindo, conoce hace tanto tiempo. Y Tela se fue fijando en mi memoria: la radiola del restaurante tenía aquella música repetida que Moncho Orellana había escuchado y bailado en Isletas, esa música que bailamos bajo las palmeras que hacían una calle iluminada y que antes una marimba me metió en el pecho, un son merengueado que aquella madrugada en un bar lleno de espejos y redes, lo seguimos bailando sin cansarnos, inventando un carnaval hermoso para perdersnos caminando abrazados con Allan y buscar más cerveza en alguno de esos bares al borde del mar de Tela con un camino de palmeras que no podré olvidar jamás, jamás.

AUGUSTO HIGA OSHIRO

(Lima, 1947)

QUE TE COMA EL TIGRE

Eh Chunchu, despierta, le decíamos. Y el muchacho ni nos miraba, extraviados los ojos, la cabeza caída por los suelos: dibujaba corazones flechados en las paredes, en las puertas y en los postes. Agüita de colonia. Roberto, levanta la cabeza, mira bien que te puede aplastar el camión, le gritábamos al Bobby, el que vivía por Tayacaja y Monserrate; y el tipo, con la sonrisa perdida, veía mariposas, pajaritos y árboles en todas las esquinas. Ay dios. Después le mordió la enfermedad a Vitelio, y el alma se le encogió de tanto llanto y tanto suspiro. Así estábamos los muchachos, embelesados, sufriendo hasta por los huesos, rebosando de amor. Las calles nos parecían manzanas; las casas palomas y una cosa calientita salía del corazón: una pelusa primero; burbujas y flores después. Esa mujer se nos había metido en la sangre. Si hasta íbamos a esperarla todos los días, a las seis de la tarde, en la esquina de la farmacia San Martín. Ay, cuando aparecía por Huancavelica. Dios mío. Tenía un par de piernas que era un cariño de fiesta. Qué tibieza de muslos. Qué amorosa la caminada, como si le estuvieran cantando: se-va-el-caimán, se-va-el-caimán... Ay pucha. Se diría el perfume del cuerpo o la bajada de pechos que te hacía cuando cruzaba la calle. Cómo no recordar esa caída de pelo y los ojos medios dormidos y arrastrados. Nos íbamos después al bar de don Ramón. Tócame los ojos, muchacho, decíamos. Agárrame las pupilas, compadre, y méteme el dedo porque no lo siento primo, no lo siento. Esa flaquita es puro sueño, toro mata. Franco, franco, que es un cuento, toro mata. No es posible que esa mujer exista, toro mata. ¿Quién me dice que vive?, ¿Quién la vio? Tú Perico.

¿Acaso Manolo?, toro mata. Dime, ¿qué es esto, Vitelio?, porque no lo comprendo. Esa mujer es demasiado monstruo para vivir aquí, toro mata. Ahí nomás entraba el Chuncho García para decirnos que la flaquita tenía una voccecita así: entonces ponía la boca como un caramelo y desde el fondo del pescuezo sacaba un canario delgado, moviendo las manos como pinguino. Así era el Chuncho. Se había enamorado desde el primer momento, cuando se vino a vivir por la farmacia. Quién no la vio desde el principio. Quién no la espío. Quién no la esperó hasta la madrugada. Y sin embargo, qué disimulos, qué indiferencia, y nadie quería confesarse. Hasta las chicas del barrio se daban cuenta y se mostraban desconfiadas, frías, y celosas con nosotros, los papis del San Carlos, los amos del pueblo. Déjame recordar quién fue el primero en mencionarla, creo que fue el cojo José, uno que vivía por el mercado La Aurora. Estábamos parados en el portón del San Carlos y nos dice: por aquí he visto una hembra de quitarse el sombrero. Tiene una pinta pituca, hermano, y una rabadilla que se mueve así, así, como quien dice: fulí-fulá-fulí-fulá. Ahí nomás le pegábamos al cojo, le queríamos bajar los pantalones y pasearlo calato por la cuadra. Qué caray. Gran baboso. Vitelio puso una cara dolorida, el corazón sufrido y las manos temboloras: esa flaca no me deja dormir, sueño con sus piernas, y todo el día se me aparece y ya no puedo hacer nada, primo: soy hombre muerto. Sentado en las bancas del bar de don Ramón, al pie de un par de cervezas, la reconstruíamos entre sueños para festejarla y quererla. Estábamos enamorados hasta los huesos. Y ella ni nos miraba. Ni siquiera respondía el saludo. Y eso que habían pasado dos meses, viejo. Daban las seis de la tarde. Ella pasaba. Estábamos en la esquina de la farmacia. La mirábamos con caras de bestias y unos ojos malditos para enfriarla, como diciéndole, quita, quita, puta'e mierda. No faltaba algún sabido que se tiraba al suelo, muerto. Ella no hacía caso. Alguien la insultaba por detrás. Ella se alejaba tranquilamente con su ritmo natural, con toda su sequedad, sin haber parpadeado y sin mirarnos siquiera un solo segundo, como si la cosa no fuera con ella. El Chuncho García sacaba una risa loca de veinte cuadras, mientras los demás agarrábamos al tipo que se había hecho el muerto, le metíamos patadas en las orejas y lo llevábamos haciendo escándalo hasta el portón. Mire nomás, no quería hacernos caso la pituquita por más que uno le sonriera, por más que uno le esperara hasta tarde, y la muy pendejita, ni mirarte hermano, fría, fría, como el hielo. Nos depreciaba, hermano. Hasta la invitaron a la fiesta de carnavales y nos recibió como apestando. Cómo nos dolía. Y sin embargo, la queríamos con un solo cariño, como si en el mundo no existieran otras mujeres. Pasaban los días y parecía sueño: no podíamos avanzar nada. Si con decirte que ni sabíamos su nombre. Perico andaba amargado. Vitelio suspiraba. Manolo agachaba los

hombros. Nos emborrachábamos en el bar de don Ramón. Domingo, con una tortuguita en la mano y en plan de adivino, te sacaba la suerte, compadre. Entonces se acercaba el viejo don Ramón y venía con la cantaleta de si conocíamos a un tipo llamado Rosado. Vitelio decía que no. Perico se acordaba un poco. Era el muchacho que vendía revistas en los cines, agregaba Ricardo: hace tiempo que se fue de aquí. Domingo haciendo bulla estiraba las manos y se paraba misteriosamente. Nos callábamos. El tío sacaba su tortuguita y la colocaba en el centro de la mesa, entre las botellas de cerveza, y nos decía, sale muchachos, hagan sus apuestas, mírenle las piernas al monstruo, ¿se parece o no se parece?, ¿y el culito rico?, ¿no es como el de la flaquita? Nosotros veíamos sobre la mesa una tortuga medio acojudada, mientras Domingo volvía a rematar: hagan sus apuestas muchachos, va a salir calatita hacia uno de ustedes, pónganse en sus sitios, no se amontonen, a ver quién dijo yo, aquí se cayó el muerto. Y la tortuguita en el centro de la mesa no se decidía, vacilaba. Y nosotros desde las sillas la llamábamos, le silbábamos y le dábamos besitos volados. Y la tortuguita nones, ni de vainas que se movía, no quería con nadie: era como la flaquita, fría e indiferente con todos, compadre, y el colmo de las cosas llegó cuando la pituquita, sabe lo que pasó cariño, déjame que te lo cuente, da rabia. De pronto un día, la vemos bajar del carro de un blanquiñoso, sonriendo con la boca más ancha que un buzón, hermano. Cómo. Qué pasa, nos decíamos. ¿Existe el mundo o no existe, compadre? Se había llegado al límite, y después de tanto desprecio: allí sí que no hay tu tía, primo. Y todavía para mal de males, sabes lo que pasó por esa época: el Chucho García se loquea. Empezó a ver enanitos por todos lados: se tiran de las paredes, se te cruzan en el suelo, y allí están sacándome la lengua y haciéndome morisquetas a cada momento, decía el Chunchu. Son unos enanitos con caras de mono que se ríen todo el tiempo, y te insultan, patita. Y como a la semana, lo vemos nuevamente en pantalón corto, los cabellos teñidos de verde, diciendo que era el tío más hermoso del mundo, y que solamente a él lo quería la flaquita. Ay qué miseria de Chunchu. Lo tuvimos que llevar al hospital y allí le dieron calmantes y lo encerraron por tiempo indefinido, hermano. Así estaban las cosas, cómo quieres que te cuente: ya nadie la podía pasar y de algún modo teníamos que buscarnos la revancha: nos sentíamos humillados. Raquel Matute, la hermana de Perico, nos consolaba mucho por esta época. Tenía los ojos grandes y la boca angulosa, pequeña, con un cuerpo sólido, y el aspecto de una mujer apocada y pacífica. Con Vitelio y Ricardo dábamos largos paseos por los alrededores. Recuerdo las noches tranquilas en San Marcelo bajo el cielo estrellado e inmenso. Después recorríamos el mercado y comíamos frutas, parados en alguna esquina. Buscábamos una forma de aplacar nuestro orgullo herido. Sentíamos un intenso males-

tar. Así bajábamos hacia nuestras casas, sin decirnos nada y cansados de vagar por las calles. Cuando Raquel se iba, nosotros en el portón del San Carlos, con los demás muchachos, formábamos nuestra banda de música. Perico sacaba las maracas y Ricardo su guitarra. Vitelio trajo un cajón y se sentó encima. Después alguien vino con una especie de flautín que sacaba un bailongo jodido, y ahí nomás se venía el corito con el CHEVERE, QUE CHEVERE. El ritmo se iba solo, pasaba de la guitarra al cajón: QUE CHEVERE, QUE CHEVERE. Remigio se hacía un sitio, se sentaba en la batería imaginaria, agitaba el platillo y el redoble a su gusto, moviendo la cabeza para volver a decir: QUE CHEVERE, QUE CHEVERE. Se había armado la fiesta, y sin querer, como quien lo ve y no lo siente, se apareció el Rosado en medio del portón, con su cara de camote, sus bigotazos y un traje de rumbero con su corbatín michi y su boca de sapo melenudo. Yo soy para este tango, nos dice con su voz siniestra, burdelera. He venido de Nueva York y de otras partes del mundo, muchachos qué tal si les toco el saxo. Y el muy cojonudo hizo un cornetín con sus manos y nos dice, ahí va la balada de la trompeta. Hace un ensayo previo, hincha de aire su pecho como carpa de circo, luego, despacito, poco a poco, sacaba el aire con un ritmo de ECHA-ECHA-ECHA, y después se desvivía, se desprendía el corbatín, el saco y seguía una segunda parte: purí-purí-pu, como si estuviera chupando una botella. Lo mirábamos asombrados, ejecutando un ritmo extraño, sudando como bestia sancochada: era el Rosado de siempre, el que se fue a Nueva York hacía como cien años atrás, y ahora lo teníamos aquí con todo su contento, diciendo: Dios ha inventado los edificios, las carreteras y los puentes, y se los ha llevado a vivir a Nueva York, muchachos, allá está el paraíso. Las cosas son tan grandes que no me alcanza la lengua para contarles todo, primo, decía y se paseaba por las calles con sus dólares en los bolsillos, sus puros en la boca, los zapatos en punta, un pañalón rojo y los aretes colgándole de las orejas. Era la atracción de los chicos, el centro de las muchachas, en Angaraes o en Huancaavelica, o cuando se paseaba por los mercados caminando como una rumba, corpulento y grandazo, enamorando a todas las viejas que pasaban por su lado. Este Rosado, le decía don Ramón y tomaba un par de cervezas con nosotros. Raquel Matute lo quería. También Ricardo y los demás muchachos, por eso, porque te apreciábamos mucho, te íbamos a dar una fiesta en el San Carlos. Fue la época, lo recuerdo, en que ocurrió lo increíble. Cuando ya nadie iba a esperarla a las 6 de la tarde, incluso, cuando algunos muchachos la habían olvidado, aparece la pituquita sonriendo. Ahora lo veo así: estamos parados en el portón, es una tarde clara y espléndida. En el aire no se presentía nada. Lo vio Vitelio y se quedó con los ojos abiertos. Lo vio Ramiro y no lo pudo creer. Estábamos aturridos. En la acera, Perico venía serio como si fuera cualquier día,

a su lado la flaquita como si nada, los dos hablando. Quién podía admitirlo, ¿no? Vitelio, Domingo, ¿es cierto lo que estoy viendo?, ¿es magia?, compadre. No lo podíamos creer. Con todas sus partes completas, sin faltarle un solo hueso, ella sonreía junto a sus piernas amorosas, en medio del paisaje morado-naranja. No terminábamos de mirarla y ya Perico estaba con nosotros, el pecho echando humo y los hombros subidos. Dime muchacho, ponle ascensor a la luna. Ay dios, le pegábamos y nos decía: Magdalena se llamaba. Tenía una perrita Lulú y le gustaba Cantinflas para los domingos, agregaba Perico imitándole la voz y moviéndose como sirena entre las sillas del bar de don Ramón. Quién lo podía creer. Tanto tiempo esperándola y un día sale con que tiene riñoncitos y calza 38 de zapatos. Agüita de colonia. Al día siguiente fue Domingo, la acompañó hasta su casa, le habló largo rato, y más tarde en el portón del San Carlos, el muy desgraciado decía que la pituquita tenía la boca más rica del mundo, compadre, y una lengua coloradísima que te la sacaba como si saboreara el aire, primo. El Rosado nos miraba extrañado. Se paraba a escucharnos y le aclarábamos: es la hembra más hembra que se ha conocido en la vida hermano, y si no resucita muertos, Rosado, es porque ya nadie cree en esas tonterías. Le poníamos al corriente de las cosas: acuérdate de esas nalgas, compadre, son así, como quien dice, un, dos y las piernas, viejo, con decirte que vas a derramar lágrimas, paisano, porque te la vamos a llevar a la fiesta, para que veas cuánto te hemos extrañado, cabrón. Y así de ese modo, los muchachos preparaban cadenetitas, quita sueños, viandas, y la fiesta se iba haciendo sola desde el día anterior. Cuando llegó la noche, todos estábamos con los trajes domingueros y el pelo engominado. La cada quedó chiquita y hasta en el patio se bailó. Grandes, ancianos, niños, todos se movían al compás de la música. Don Ramón vino con un par de zapatos tipo submarino: saltito aquí, saltito allá. Ahora de atrás, ECHA, ECHA, y el bailongo se iba jodido, como agua y aquí no se cansa nadie. Qué se han creído, atrevidos. Ésta es la fiesta del San Carlos. Entonces venían los bocaditos, la comida y no faltaba la cerveza que te cantaba: sube, sube, la espumita, agüita de colonia. Yo estaba mirando a las muchachas, cuando en eso volteo y aparece la pituquita con Domingo. Estaba desconocida y sonreía con su traje simple: una blusa de mangas cortas y una falda que le apretaba las caderas; luego el cabello sobre la cara. Se le veía inclinar la cabeza, mientras caminaba alrededor de los bailarines con la más absoluta naturalidad. Por primera vez la sentíamos terrena, perfectamente demarcada entre nosotros con su risa palpable, inclinada en una banca, viendo la pista de baile, sencilla, con un vaso de refresco en la mano. Perico la sacaba a bailar: sonreía a cada pasito que daba, se tapaba la boca y echaba la cabeza hacia atrás, y luego seguía el ritmo concentrada en sí misma, como si el mundo le llegara a

las rodillas. Bailaba con Domingo y te hacía una bajada de hombros que nos volvía locos. Se la disputaba Vitelio. Después Ramiro y le armábamos un círculo y ella disminuía el cuerpo, se desperezaba en el centro, se hacía más suave y sus movimientos se detenían, indiferente a la gente, el calor y el ambiente. Estábamos en nuestro paraíso. Entonces nos llamó el Rosado a una esquina, y comenzó a decir, ESA, ESA, y se mataba de risa descomunalmente con su boca desgraciada, agarrándose los muslos, agachando el pecho: ésa es la flaquita, no me jodan, caracho. Esa comadrita allá en Nueva York no sirve ni para puta, nos decía a voz en cuello. Y toda la noche estuvo burlándose, sudoroso, feliz, con su corbatita michi, con su puro en la boca, borrachísimo, y diciendo que la muerte no tenía sitio allá en Nueva York, qué caray, Rosado: hasta varios días después duró tu risa cachacienta. Ahora ¿quién no salía con ella?, quién no la acompañaba hasta la puerta de su casa y se quedaba conversando con ella horas y horas: si hasta lo provocaba. Vivía con sus dos hermanos y su madre. Todas las noches, sentía un terrible aburrimento, estaba sola, nos decía quejosa, poniendo un rostro enardecido y las cejas levantadas. Llegábamos a junio y a pesar del frío y del viento, volvimos a quererla como antes y más que nunca. Nuevamente su perfume y su cuerpo empezó a sonar en todo el San Carlos. Y otra vez, con más fuerza, vimos el cielo azulado y violeta, plantamos árboles y flores en las calles, y los pajaritos volvieron a trinar en nuestras cabezas como en sus mejores tiempos. A las seis de la tarde, los muchachos bajábamos a la esquina de la farmacia San Martín, y como tantas otras veces, en el secreto de nuestra conciencia, la volvimos a amar calladamente. La veíamos pasar a veinte metros de nosotros, regalándonos con una sonrisa loquísima, saludando con sus ojos caídos, y después, caminando, te hacía una bajada de cadera, moviendo descontroladamente los muslos arriba-abajo, como para volvernos completamente muertos de alegría. Ay dios, qué guiños de ojos y qué rodillas tan ricas se le vio por esta época. Ya no cabíamos en nuestros cuerpos, locos de remate, gritábamos y cantábamos en todas las esquinas, y nos amargábamos del puro gusto, emborrachándonos en cada poste y en cada puerta. Y hasta el Rosado, burlón y atarantador, empezó a visitarla y hacía una larga cola para hablar con ella en la puerta de su casa. Esa mujer es un macho, explicaba con su bocaza y los bigotes que le caían sobre el hocico. Tiene un cruce de mirada que traspasa los sesos, agregaba, feliz de la vida. Pero lo mejor de ella es esto, decía, agarrándose el trasero y mostrándolo a todo el mundo. Agüita de colonia. Ricardo se daba cuenta y quedaba perplejo. Con Raquel Matute y Vitelio no podíamos comprender esos cambios tan bruscos ni esas iniciativas repentinas. Incluso amistó con las chicas del barrio y de vez en cuando se le veía conversar con ellas en las esquinas. Agüita de colonia. Era partidaria del amor libre y es-

taba virgen y purísima hasta la pared de enfrente. Ay dios. No podíamos con ella: hacía lo que quería con nosotros. Colocaba los ojitos, te ponía una boquita dulce, y sacaba su lengua entradora que te dejaba por los suelos, compadre. Y pero aún cuando se le vio en pantalones, con toda la felicidad derramándosele por las rodillas, y una caminada eléctrica, moviendo el vientre y los pechos como una rumba. Ay dios. Presentíamos que el amor lo tenía en el cuerpo y su cariño por la gente era grande y ancho como su corazón. Sin embargo, no salía especialmente con nadie, y rechazaba las insinuaciones particulares. Varios muchachos se sentían decepcionados, no obstante, en las noches de luna, arrojados en sacones rondaban su casa melancólicamente. Esa mujer es dura y no lo aparenta, comentaba Raquel, y junto a Ricardo se ponían a pensar. Entonces venía el Rosado, compadrito y experimentado, qué se hace, le decíamos en el bar de don Ramón, y el muy bruto nos daba clases de todas las hembras del mundo. Allá en Nueva York enamorábamos a las gringas con el puro cuento, explicaba colocándose delante de una botella. Después puso un vaso en el cuello, hizo despejar el sitio y en plan de catedrático dijo: ahí está la pituquita, y señaló la botella. Muchachos, uno pasa caminando, agregó, y miraste despreciativamente hacia la flaquita, cruzando los ojos y sacando una risa perra. Nosotros te observábamos desde atrás, junto a don Ramón. Allí quebraste cintura, acercando el cuello y como quien no quiere la cosa le cantaste sin querer: cu-cu-ru paloma. Alguién te mentó la madre desde atrás. El vaso se movió finamente encima de la botella y tintineó despreciativo. Entonces cruzaste nuevamente el camino, sudabas. Arrodillado con la cara del pendejo y una mano en el corazón, dijiste: ay mujer qué me has dado, mujer. Allí nomás echaste un suspiro grande: la naranja tiene pepita, agregaba, y dos más dos son cuatro (se escuchó un rasgueo de guitarras y un par de redobles sonó a la distancia). Se hizo el silencio. Miraste la botella nuevamente. La flaquita pasó de largo y ni siquiera sonó el vasito. Te amargaste, Rosado, quita, quita, dijiste: ya me tienes sonso. Luego, despacio, con una caminada arrabalera te fuiste acercando, suave y claculador, y como por instinto, sacaste cien soles del bolsillo y se lo ofreciste en el más puro estilo putañero, sin complicarte la vida. La botella y el vasito chocaron con un sonido agradable y dulzón, mientras nosotros, desde afuera te mentábamos la madre y nos reíamos de tus poses, desgraciado, qué gran maldito eras Rosado, monstruo y pendenciero. Ay dios. Agüita de colonia. Se paró entonces Ricardo, me sacó a un lado y me explicó lo que estaba pasando. Vite-lío llamó a Domingo y se lo dijo al oído: ambos rieron. Domingo se fue a buscar a Ramiro. Alguien le pasó la voz a Perico. Y luego el cojo José se fue a visitar al Rosado: tú lo sabes flaquito, le dijeron. Algunos no podían creerlo, ¿qué va a ser?, decían. No se podía, no iba a poderse. Allí se venían Ricardo y Ra-

quel y dale con discutir y calmar los ánimos. Fue la época en que la pituquita llegó al esplendor de su belleza y su nombre empezó a conocerse en otras cuerdas. Una turba grande la esperaba diariamente en la esquina de la farmacia y todo se convertía en loquerío cuando llegaba con su caminada, moviendo ese par de muslos, dando besitos volados a diestra y siniestra. Qué de gente venía a buscarla. Desde temprano rondaban Huancavelica, se posesionaban de las esquinas, de los postes, y se daban el lujo de enamorar a toda muchacha que pasara. Estaban cambiando los tiempos. La pituquita con los cabellos teñidos, más hembra que nunca, agarraba la costumbre de pasearse sola por las noches, y nosotros ni qué hacernos de rogar para acompañarla y contarle los chistes más groseros del repertorio, y ella se riera con su risa loca, más loca que una cabra. Agüita de colonia. Estaban cambiando los tiempos. Raquel Matute aparecía sonriente y tranquila. José convencía a Gavicho, Manuel hablaba con Rodolfo y todos decían que sí, que sí, no importaba cómo. Ricardo controlaba y la libretita crecía y crecía. Estábamos en el bar de don Ramón. Se paraba Perico, eran como las nueve de la noche, y como quien canta una canción, decía: muchachos, ¿quién lava la ropa? Había silencio. Nosotros respondíamos en coro: el marido. Se hacía una pausa. Perico insistía: ¿quién compra el café? Y nosotros respondíamos al instante: el marido. Se paseaba entre las sillas del bar, le ponía la mano en la cabeza al Rosado y le preguntaba: ¿quién hace el mercado? El Rosado abría su boca de sapo y sacaba una voz aflautada: el marido. Perico se trasladaba al centro del bar, nos miraba, entonces, ¿qué hacemos, muchachos?, decía gritando. Nos parábamos, levantábamos a Javier, y lo llevábamos en hombros por la calle, haciendo escándalo. Los transeúntes nos miraban sorprendidos y los chicos nos perseguían, hasta cuadrarnos frente a la casa de Vitelio, en el San Carlos. Gavicho pasaba revista y dirigía el coro. A una señal suya, empezaba la serenata. A la una y el tío no salía. Luego cantábamos "Víbora", y una cara sigilosa aparecía en la puerta: salían el papá, la mamá, los hermanos, las hijas, las primas, los yernos, el gato, el perro, las gallinas, y allí se armaba una bronca endemoniada, compadre, y todo el mundo salía corriendo, insultando a la gente para luego encontrarnos en la esquina de la farmacia y preguntarnos: ¿cayo la hembra? Había silencio. No, decía el Rosado, todavía no: necesitamos dinero, hay que sacarlo como sea, agregaba: porque esa mujer es nuestra y no podemos fallar, ¿no es cierto, Perico? Cuánto Gavicho: cincuenta. Ramón, ochenta. Manolo, cincuenta. Hay que traer más dinero, nos decía Ricardo: hay que juntar una casa de dinero, acaso no sienten el suspiro, quieren que les hable de sus nalgas o qué, compadre. La libretita de don Ramón crecía y crecía. Nos mirábamos, sentíamos que el cuerpo se estremecía, un cosquilleo debajo de la lengua, mientras los músculos se nos caían. El que

dé más, tiene más posibilidades de sacarse la suerte, decía Raquel. Y así fueron pasando los días, calentito, calentito. Agüita de colonia. Después fuimos a conversarle a la pituquita y se le insinuó, y ella muy ella, riéndose con la boca mas suelta, nos dijo que el amor no era pajaritos en la cabeza y que le gustaban los hombres de pelo en pecho y si tienen plata, mejor, agregaba mordidiéndose los labios, mientras nosotros la mirábamos con ganas y los nervios en punta. Desde ese día empezamos a enviarle regalos: primero un frasco de perfume. Después una caja de chocolates con cintas de colores, luego un par de zapatos. Ella nos miraba asombrada cuando la encontrábamos, ¿quién es el guapo que me envía tantas cosas? Me gusta ese estilo, decía con una sonrisa pícara. Y ya no podíamos aguantarnos, se estaban consumando las cosas. Vino setiembre entonces, y organizamos la tombola del San Carlos. Levantamos cinco quioscos en el patio, pusimos música a todo volumen, y regalamos la casa entera: rifas, carrera de encostados, palo encebado, sapitos y miles de juegos infantiles. Y para la gente grande, la yunsa y el bailongo por la noche, y más antes, con el cariño de siempre, ofrecíamos viandas y picantes, bocaditos y refrescos. Allí estaba la pituquita con todo su espectáculo en las piernas, plantada con sus ojos tentadores, apostando aquí y allá, alentándonos con sus piropos. Ay dios. La de gente que se armó esa tarde. No había ni una sola alma en el San Carlos: todos, todos, querían ver a la flaquita y sus demostraciones: se arremolinaban, se apretaban, le hacían gracias, le sacaban la lengua, y la muy desgraciada, con el corazón en los brazos, contestaba con besitos volados y una mirada perfumosa. Allí estaba el Rosado para echar candela, rey de la tómbola, organizador de los juegos, el jefe de la música y el dueño de las cervezas: te cantaba tangos con su voz de cañerías, sacaba culebras de la boca y te resucitaba paredes, viejo, que era un tormento. Agüita de colonia. Y cuando se terminó la fiesta, teníamos hartos de dinero, como para regalarle al gobierno, exclamaba Ricardo. Nos habíamos pasado, compadre. Ahora sí, que tírame la vela, tírame el limón, cantaba Vitelio, borracho de la risa. Y el Rosado, se daba volantines en el suelo y echaba despatarrado en la pista: ahora sí que nos vamos al paraíso, decía loco de felicidad. Y luego como a los tres días nomás, fue el sorteo en la casa de Domingo. Recuerdo que nos habíamos reunido entrada la noche. Estábamos callados y nerviosos esperando a la gente. Ya todo el mundo sabía las bases: el que había dado más, tenía más opción en los bonos. Don Ramón y Ricardo, parados al frente, estaban sacando las cuentas. Enternados y con gorritos, como quien va a una fiesta y se juega un albur con una hembra, así estábamos los muchachos. Va la suerte, decía José en voz baja. Salen los bonos, allí va, agregaba Manolo. Y un corito desde atrás, cantaba tranquilamente una rumba caliente, al son del cajón. Se paraba el Rosado, miren esta película, decía el muy

pendejo con su puro en la boca, su pañolón de pirata en la cabeza, y te recitaba aquello de: Tomasito-se-paseaba por-la-calle-La-Merced. Paraba un instante y entraba la segunda: Un-gitano-se-acercaba-con-su-bola-de-cristal. Y el corito desde atrás decía: Tomasito, Tomasito, tara, ri, ri, ri. Alguien insultaba y cuatro voces hacían callar metiendo más bulla. Don Ramón, entonces, pedía silencio. Apagaron las luces, corrieron los bolos en el centro, alguien se hizo la señal de la cruz, y un rasgueo de guitarra se escuchó a lo lejos. Recuerdo que Ricardo dijo muy claro: el cojo José a la primera. Pasaron unos minutos. Hubo un silencio sombrío. Ricardo volvió a decir: el cojo José a la segunda. Se interrumpió. Alguien lloró por allí. Ricardo terminó: el cojo José a la tercera. Prendieron las luces. Todos estamos parados. Miramos a la derecha y vimos al cojo con la sonrisa más grande que una ballena. Lo chapamos de los brazos, lo tiramos hacia arriba con su pata chica al aire y el tío no decía nada. Después lo sacamos calato a la calle y lo estuvimos paseando hasta la madrugada. Ay dios. Agüita de colonia. Al día siguiente le dimos un baño y lo perfumamos de pies a cabeza, le compramos terno, camisa y corbata. En la noche, con un ramillete de flores, una caja de chocolate, y todo el dinero en el bolsillo, lo llevamos al cine, donde más tarde apareció la flaquita, radiante, serena, con la misma vida del cuerpo y sus pechos abultados. Ambos se miraron y vimos al cojo José ponerle una mano sobre los hombros y después se perdieron por esas calle oscuras. Al día siguiente en la noche, apareció en el bar de don Ramón borracho, completamente sucio y con medio cuerpo desnudo, echando flores por donde pasaba y perfumando el ambiente con una colonia, sonriente, feliz y diciendo: yo creí que el amor era una paloma en el corazón...

De: *Que te coma el tigre*. Lámpara de Papel Editores, 1977

ÓSCAR COLCHADO LUCIO

(Huallanca, 1947)

EL ÁGUILA DE PACHAGOJ

“ES SU HIJO del José Blanco, ¡atatau!, brujo como su padre será. ¡Apártate cholito!”.

Yo no sé por qué a mi padre le dicen José Blanco, ¡vaya!, si de él su verdadero nombre es José Ramírez. Algunas veces cuando se me viene la ocurrencia preguntándole estoy. Pero él ni caso me hace, como si no le hablara. Si no está ocupado en alguna cosa, prefiere mirar a otro sitio o si no cambiar de conversación; pero nada de responderme. Por eso ahora último ya no le pregunto. Para qué, pues, si ya sé que va a ser por gusto.

Sólo él y yo tuvimos en este paraje solitario, en esta fea puna a la que todos conocen de nombre como La Cuchilla. Al pueblo se llega pasando esa lomada y la otra, después de una bajada todavía. Cuando estamos aburridos y queremos ver harta gente, tenemos que irnos abajo, al alto de Putaga, a ver pasar por el camino grande a los viajantes que van o vienen del Marañón. Pero eso es sólo de vez en cuando, el resto de los días yo me paso por la jalca recogiendo las ramas que mi padre necesita para preparar sus pócimas. La gente llega a veces seguido seguido nomás, otras veces se desaparece por temporadas. Cada vez que vienen traen itacados sus alforjas con papitas en su dentro, o si no ocas o mashuas o cuyes y, a veces, hasta arreando huachitos llegan. Eso nos dan en pago de lo que mi padre les ve la suerte o les cura. La que más viene es doña Corina, de Huayllabamba, con cualquier pretexto. Ya la gente está hablando que a mi padre dizque lo han visto convertido en águila, asentar en las noches en el eucalipto grande que hay detrás del corral de su casa, cerca de la

quebradita. “Es el José Blanco, han dicho, ¿y así todavía quieren aceptarlo como Capitán en nuestra fiesta de San Pedro? ¡Jesús, María!, ¿acaso se han olvidado que a su mujer, la Santosa, se la llevó el demonio? “Eso oí un día que fui a comprar coca en su tienda de don Andresito, cerca del molino. Desde entonces preguntándole estoy dónde está ella, qué se ha hecho, por qué ya no la veo; pero él no responde, como un piedra es. Ocupado en remover sus yerbas, se hace que sopla la candela o si no me ordena que vaya por más leña, que me apure, que va a faltar o cualquier otro pretexto. Sólo una vez nomás recuerdo que me dijo que se fue de viaje, que ya volvería. Pero a don Fermín Rojas, cuando estoy oyendo en el corral, clarito escuché que le contaba que mamá Shantu se había rodado en la Colpa tratando de recoger yerbas de pachacrá, y que de pena mis hermanos se fueron a vivir con mi abuelita a Punacocha y que me dejaron a mí solito para su huallqui.

YO VI con mis propios ojos cómo el demonio cargó con doña Santosa esa noche. Venía yo de la hacienda de Urcón arreando mis burros, y para cortar camino decidí atravesar la puna. Estaba chirapiando al principio, pero nadita me imaginé que horas después caería una mangada con relámpagos y truenos. Feo me asusté cuando un rayo cayó cerca nomás donde estaba yo con mis animales, incendiando el pajonal. Ni cuevas siquiera dónde refugiarse. Empapadito, viendo que la noche se venía encima, me acordé que más allá donde la puna bajada y formaba una laderita, vivía doña Santosa, la mentada curandera, con su marido y sus hijos. Ahí está mi salvación, dije. Saqué de una alforja un traguito de huashco que no me faltaba, y látigo y látigo a mis burros les hice bajar la cuesta corriendo, resbalándose en el barro, cuidando que no fueran a botar la carga. ¡Chaplacl! ¡chaplacl! sonaban todavía mis llanques en las llocllas.

En cuanto vi la choza, para que sus perros no espantaran a mis animales, llamé de lejitos. ¡Doña Santona! ¡doña Santona! Al ratito, salieron ella y su marido. A sus hijos no los vi. Estarían acostados ya seguramente. Alta, flaca, la señora, envuelta en su rebozo negro, trataba de reconocerme junto al callapo que sostenía la ramadita del corredor. Atrasito, su marido, envuelto en una frazada, procuraba con la mano libre que el viento no apagara la luz del mecherito con que se alumbraban. ¡Vengo a que me deste posadita, aho niña!, le grité en el momento en que sus perros se venían derechito a mis burros. Ella les llamó entonces fuerte como resonándoles; y los animalitos, agachando la cola, obedientes, volvieron a tirarse a su lado. No sé si me reconocerían o no; pero hacía años, cuando yo era más muchacho, le traía los recados de una señora de Santa Clara, a quien la estaba curando para el mal daño. Por ahí acomodese de cualquier manera, me dijeron señalándome un cantito del corredor. Y se entraron rapidito nomás, sin darme tiempo ni de agradecerles.

—HE VENIDO a avisarte, José, que mejor te vuelvas a Punacocha, tu tierra. La gente de Huayllabamba y Cutamayo se ha noticiado diciendo que esa águila blanca que por las noches asienta en Pachagoj, dizque eres tú. Y que a varias personas ya ha atacado queriéndolas devorar. Y hasta a mí me están levantando cargo diciendo que en el eucalipto de mi corral, te han visto asentar convertido en ese feo animal. O acaso es cierto, José; cuéntame a mí que soy tu amiga, que fui también yanasa de la Santosa, tu mujer. Has de tener necesidad de desfogarte; así como me confiaste esa tarde que llegaste tiritando a mi casa, diciendo que la Santosa se había rodado en la quebrada de las cortaderas cuando escapaba por la ladera con ese arriero que llegó buscando posada la noche de la mangada.

LA GENTE que viene de lejos a hacerse ver por mi padre, en su conversación habla que él también es entendido como mamá Shantu. Al comienzo nomás desconfiaban. Itacando sus alforjitas o sus quipis se regresaban cuando mi padre les decía que ella no estaba, que no sabía cuándo iba a volver; pero que si querían él también podía curarles. Desconfiosos se miraban nomás. Después se iban, sin dar contestación, por el camino del Marañón, sin voltear, calladitos. Pero, al tiempo, cuando se convencieron de que ella no tenía trazas de volver, después de varias vueltas que hicieron, por fin le suplicaron a mi padre a ver que hiciera dizque la prueba de curarles. Se acertaría su remedio seguro, porque desde entonces empezaron a venir seguido seguido nomás. Harta fe le tienen ahora. Ha sanado a muchos ya, sobre todo a esas personas que padecen de wiku, de mal del campo, de susto, de atacoral, de mal daño. Aparte, ve también la suerte con naipes, con cigarro, con coca. Sus bebidas las prepara a base de pachacrá, esa yerbita milagrosa que dicen que tiene dizque siete virtudes, ésa la entrevera con otras que recojo por la Colpa o si no, por abajo, por Potrero, al otro lado del río. Pero la pachacrá sí tengo que buscarla por arriba, cerca de la laguna de Cushuro; por ahí donde están las wachwas, los lic-lics y las tarukas, también los bravos de San Pedro, que menos mal ya me conocen. Quizá será la única persona al que no atacan. “Dizque solito anda esa criatura entre los chúcaros. ¡Por María Santísima, como la Shantu, su madre, tendrá pacto con el demonio!”. Los cholitos del pueblo, cuando a veces vienen a la jalca a buscar sus animales, viéndome de lejos nomás se corren o si no se esconden detrás de las lomas o se tiran entre el pajonal. ¡Zonzos!, si vinieran, yo les invitaría cancha o machca que nunca falta en mi bolsico. Los grandes también con miedo con miedo me hacen conversar cuando me encuentran poray, solito. Por eso ahora ya no les busco conversación cuando les veo. Mejor estoy jugando con los chúcaros, montándoles, sacándoles la suerte o si no tirado

panza arriba junto a los que descansan; mirando el cielo alto, azulito, sin nubes, ni nada...

SERÍA las doce de la noche o un poquito más quién sabe. Recienquito había escampado y la luna alumbraba, ¡achic!, en toda la pampa. El viento silbaba en los pajonales. De rato en rato el ¡burr! de mis animales con el frío, me despertaba. En eso escuché el cabalgar de un caballo lejano, con trotar parejo, como si fuera de paso. ¡Ja!, dije, quién pues a estas horas y por estos sitios. Será mi imaginación. Adentro se oía que roncaban todavía durmiendo. Me arropé más con el poncho y tapé mi cabeza con el sombrero haciendo la prueba de dormirme. En eso, no sé cómo, ya cerquita siento que el caballo llega a la casa y se detiene frente al corredorcito donde yo estaba. Me quedé quietito mirando, aguantando la respiración. Y hasta los perros que pensé que saldrían a ladrarle siquiera, se quedaron calladitos en su sitio. El hombre que llegó era un elegante caballero, vestido como nunca en mi vida he visto. De capa, sombrero de ala ancha y espuelas de plata, montaba una yegua fina, blanca, con aperos que, igualito a sus espuelas, relumbraban con la luna. ¡Santosa!, llamó sin hacer cuenta que yo estaba ahí al lado. ¡¡Santosa!!, volvió a llamar con más fuerza. Cuando salió ahí nomás casi su marido a ver, yo quise moverme un poquito, toser o algo así; pero me di cuenta de que mi boca se había atado por completo y no podía mover ni un nervio. El hombre, al verlo, sin decir nada, ahimismito se entró al cuarto. Te llama, apura, es el señor, oí que le decía, y después que le resonaba: Ya ves, yo siempre te dije que algún día se cumplirían los veinte años, ¡no me hiciste caso, Santosa!, ¡no me hiciste caso!; así diciendo oí que sollozaba. Al ratito salió la mujer, todo despeinada, como dormida nomás. Cruzó el corredor, y se fue derechito hacia el hombre. Apura, ya se cumplió el plazo, fue lo único que le dijo, anancándola en su bestia. Seguidamente partieron en un trotecito lento primero, con chispas que salían de los cascotes del animal; después, se escuchó el galope y un grito desgarrador lejano mezclado con carcajadas. Mientras adentro, en la choza, seguía oyéndose el llanto del hombre y más tarde el de sus hijos.

LO QUE a mí más me gusta es cuando vienen a que mi padre les vea la suerte, ¡ja!, es que ahí yo también tengo intervención. Lo que no saben es que de mí depende que se vayan alegres, tristes o colerosos. Para esto mi padre, serio, haciéndose el honrado, me llama delante de los pacientes, diciéndome: “hijo, tengo que llamar al Caballero Álvarez; ya tú sabes que él no aparece delante de las criaturas; andavete a dar una vuelta poray, más tardecito regresas”. Así diciendo se entra a la choza seguido de la persona, mientras yo me voy por atrás, por la puerta falsa, a hacer lo que ya sé. Allí adentro, calladito estoy, al tanto al tanto nomás de lo que conversan, mirando por una hendijita, esperan-

do la hora en que mi padre llame al Caballero Álvarez. Yo ya sé que antes de eso, él tiene que hacer sus rezos todavía, después darle unas tomas al paciente; hasta que cuando ya está arrojando, viendo visiones, recién ahí mi padre levanta los brazos al techo como si fuera el cielo y empieza a llamarlo haciendo medio rara su voz. Ese ratito es cuando yo empiezo a mover con todas mis fuerzas los callapos que aguantan el techo. Parece temblor. Y con el movimiento, la magana que está colgadita rozando el cuero de la roncadora, empieza a golpearlo una y otra vez produciendo un ruido igualito como cuando revienta el trueno bien lejos, en medio de la mangada. ¡Ja!, vieran la cara que ponen los pacientes: pálidos, algunos quieren llorar todavía mirando a todos lados; otros se ponen a temblar como atacados de terciana o si no se arrodillan poniéndose a rezar. Pero hay también quienes de puro susto ya no aguantan, y corriendo salen de la casa. ¡Ja!, como ocurrió con doña Laga Tomasa, su mamá del Pedro Paroy. Y eso que a ella no le dio ninguna bebida. Porque mi padre sólo les da a los que malicia que no tienen creencia o a los que vienen de lejos. Algo tendrán, pues, esas ramas; porque los pacientes aseguran que lo ven al Caballero. ¡Ja!, da risa, hasta dicen cómo es: un hombre dizque flaco, alto, de capa y espuelas de plata. ¡Jajay!, si supieran que el Caballero Álvarez soy yo, ya seguro ni vendrían.

Cansada llegó doña Laga Tomasa tempranito nomás, junto junto con el sol, a mi casa. Venía a suplicarle a mi padre que le dijera por dónde debía buscar a su toro barroso que hacía tres días ya había desaparecido de los potreros de Huayllabamba. Todo esos ya lo he buscado, don Josecito; pero nada, por ningún lado aparece, llegó diciendo. Y cuando mi padre, atendiendo a sus súplicas, se puso a llamar al Caballero Álvarez, de un brinco salió afuera, a la hora en que vio que temblaba la choza y reventaban los truenos. Apurado salió mi padre por su tras, llamándola. Abajito todavía la alcanzó. Y agarrándola de su brazo la volvió a resonrones: Qué te pasa, Tomasa, ¿no estás en tu juicio?, le dijo haciéndola sentar en la silla, ¿no ves que el Caballero Álvarez me tiene bien advertido que jamás lo llame si antes no he preparado bien a la persona? ¡Me estás haciendo quedar mal, mujer, nada te va a pasar; no te portes como una criatura! Menos mal que doña Laga Tomasa ahí nomás se tranquilizó y, como tonteada, sentadita se quedó en la silla, sin moverse. Fue ahí cuando empezamos a hablar mi padre y yo, o mejor dicho él y el Caballero. Mi padre con su voz natural, aunque haciéndola medio roncosa; y yo metido en un tremendo cántaro, desde donde salía mi voz, grande, con eco, que ni yo mismo reconocía:

—¡¡Que lo busque por el alto de Mishito, entre la vacada de la hacienda Santa Clara!!

—Por ahí ya lo he buscado, don Josecito, no aparece por ningún lado —se entremetió doña Tomasa. Eso me puso en apuros. Mi padre también no sabiendo qué decir la resonó nomás:

—¡Tomasa!, ¿vas a dudar del Caballero? No lo has buscado bien seguro. Hazlo de nuevo, mujer...

Ella se achicó, pobrecita:

—Verdá, taita, quizás tengas razón —dijo levantándose—. No lo he buscado todavía por el lado de Gachillpampa, al pie de Mishito; iré a ver, don Josecito, quién sabe lo halle poray...

Mi padre se quedó medio descontento cuando partió. Eso le pasaba por confioso, por apurado. Debió hacer como otras veces: decirle que vuelva al otro día, o más después; para nosotros ganar tiempo y averiguar bien bien el paradero del animal y poder decirle luego lo que era cierto. Yo en mis andanzas por la puna, casi siempre me topo con animales perdidos. Entonces me fijo en la marca y acordándome nomás estoy, hasta que tarde o temprano ya están asomándose a nuestra choza trayendo siempre algo. Ahí es cuando el Caballero Álvarez se porta todavía dando los mínimos detalles y hasta aconsejando. Pero cuando no es así, como esa vez de doña Tomasa, mi padre siempre tiene alguna salida:

—Mi vaca se lo habían arreado a Sihuas, don José —llegó como a la semana doña Laga Tomasa a reclamarle (hasta eso su cuycito también nos lo habíamos acabado ya). Mi padre se quedó pensativo un ratito, luego dijo:

—A veces cuando se asustan, Tomasa, el enemigo toma el lugar del Caballero, y entonces trata de confundir a la gente. Por eso ese día que me suplicaste, de mala gana te dije bueno. Es porque te vi demasiado preocupada. Debí pedirte que regreses al otro día, hasta eso ya el Caballero hubiera tomado conocimiento.

La mujer, de lo geniosa que estaba, volvió a tomar su color. Ya más calmada, dijo:

—¿Y ese Caballero que dice usted, don Josecito, no es el demonio?

Feo lo vi amargarse a mi padre entonces.

—¡Cómo vas a decir eso, Tomasa! —le respondió coleroso— ¿acaso soy brujo malero o qué? Yo sólo trabajo en la gracia de Dios, mujer...

—Ya, taita, caballero, disculpa; no he querido ofenderte...

Así diciendo se dio media vuelta y envolviéndose en su rebozo se fue bajando pensativa por la laderita.

A PARTIR de esa hora no pude ya dormir, piense y piense no veía las horas que amaneciera para irme. Había buena luna; pero, como nunca, arriero viejo que soy, tuve miedo de largarme ese mismo rato. Cuando antes que ama-

neciera bien me levanté a alistar mis aperos, me di cuenta que José Blanco también ya se había levantado y que con sus hijos alistándose estaba para salir. Haciéndome el inocente, cuando ya mis burros estaban listos, le dije: Me despido de su señora, don José; gracias por la posadita. Entonces él, que seguro había estado dudoso si yo había visto o no lo de la noche; para disimular toda sospecha, me dijo: “ya amigo, no tiene de qué, mi señora viajó, pues, hoy en la madrugada a Punacocha con su hermano; vino de urgencia porque mi suegra dizque está grave”. Pobrecita, ojalá halle pronto su mejoría, diciendo me despedí. Se quedó con sus hijos viéndome bajar la ladera. Ya lejitos, me volví. Seguían mirándome, como esperando que me desapareciera. Pero más abajo, donde empieza la hoyada, amarré mis animales entre las chilcas y, haciendo un rodeo, me fui hasta una loma desde donde se ve la choza; para ver adónde iba o qué pensaba hacer José Blanco ahora que el enemigo se lo había llevado a su mujer.

DESDE Cutamayo ha venido Nazario Chuqui, natural de Parobamba Chico, a que mi padre lo cure de su brazo. Llegando nomás le ha dicho: “quién sabe me habrán hecho mal daño, don Joshé; me duele como baldado, me lo víeraste mi suerte”. Entonces mi padre, después de pedirle prestado su pañuelo y tenderlo sobre la mesa, está que baraja los naipes haciéndose el pensativo. Ahora habla para él solito jugando sus ojos para uno y otro lado, mientras el Nazario está que lo mira fijo como si no creyera en lo que mi padre está haciendo. Ahora éste se levanta como sofocado sacándose la camisa. Tenemos, hijo, le dice al Nazario, que llamar al Caballero Álvarez urgentemente; tú estás brujado; detrás de tu casa, en Cutamayo, está enterrada la cochinada. Enseguida nomás, sin esperar respuesta del Chuqui, empieza a decir sus oraciones, y yo a mover los callapos de la casa con todas mis fuerzas. El Nazario al ver que todo se sacude y sentir el ruido como de un trueno lejano, en vez de asustarse empieza a mirar con atención a uno y otro lado, arriba y abajo. Mi padre, que a lo disimulado lo está mirando, a fin de que no se dé cuenta, le grita, ¡Rápido, Nazario, agárrate de mi cintura, ya está aquí el Caballero Álvarez; le he pedido que traiga la cochinada, ahora lo verás con tus propios ojos! Así diciendo mi padre saca de la pared dos cuchillos marca “toro” y con el Nazario bien prendido de su cintura está entrando al cuartito donde ya lo tiene preparado todo, para casos así de apuro. Adentro es oscurito, y al Nazario ya no puedo verlo ni así estuviera claro porque ahora estoy metido dentro del cántaro, atento, por sí a mi padre se le ocurra preguntarle algo al Caballero Álvarez. Oigo los pasos de mi padre como alocados; “vamos, no tengas miedo, no te desprendas”, está que le dice al Nazario. Oigo un ruido, ¡ssshhhhh!; ya sé: seguro ha hecho un ademán y ha salido del carrizo forrado con tela, que parece

una varita mágica, el polvito de carburo que hay adentro; y al caer sobre el agua de la bandeja, donde está la pelota de trapo, el agua está que hierve. Me imagino a la bolita moviéndose a uno y otro lado de la bandeja, correteando. Basta que lo topen, para que el jebe que está envuelto en un trocito de vela empiece a desenredarse y a hacerlo caminar, mientras el agua mallma. Oigo a mi padre que vocifera, que se mueve. Seguro está ahora con los cuchillos en ambas sus manos, dando vueltas alrededor de la mesa donde está la bandeja, tratando de clavarlos sin fallar en la bola de trapo. No tengas miedo, oigo que le dice, el Caballero tiene que ayudarnos por más que el agua hierva y la cochinada quiera escaparse. Los pasos del Nazario también se escuchan para acá y para allá. Debe estar bien prendido de mi padre, asustado. ¡Ya está! ¡Ya está!, grita por fin. Ya vencimos el hechizo, ¿ves? El Caballero Álvarez lo trajo desde tu casa. Ahora debe estar cortando los trapos, para sacar la figura de cera con la forma de un cristiano. Hace calor aquí adentro, pero yo no debo salirme hasta el último, por si se le ocurra llamar de nuevo al Caballero. Éste eres tú, está que le dice ahora, ¿ves esta espina clavada en el brazo?, ¡mira!, lo han hecho para que no puedas trabajar; y esta otra en tu pierna, pobre, hasta de caminar te iban a privar. Y ésta, ¿ves ésta? Clavada en tu cabeza, Dios Santo. para que toda la vida estés como tonteo... ¿Ves, Nazario? ¿Ves toda la maldad de la gente? Algo le responde el Nazario que no alcanzo a oír. Si quieres curarte, hijo, oigo ahora clarito la voz de mi padre, tendrás que pagarme treinta libras, y quedarás sano y bueno. El Nazario está que tose. No tengo plata, don Joshé, le responde, yo sólo vine a que me saque la suerte, Bueno... bueno, Nazacho, le dice mi padre, pero del trabajo que te acabo de hacer, tendrás que pagarme; son sólo diez libras. Ya de la curación depende si quieres o no. Debo salir del cántaro, estoy que sudo a chorros. Parece que el Nazario no hubiera puesto fe en lo que mi padre ha hecho; también él tiene la culpa por hacerlo apurado todo. Debe ser porque está falto de plata. Tantos días ya no ha venido nadie. Pero yo no le he pedido que saque el hechizo, don Joshé, está que le alega un poco levantándole la voz, medio faltándole el respeto. Yo sólo voy a pagarle la suerte que me ha visto con los naipes y que usted acostumbra cobrar veinte soles. No, no, dice mi padre, tienes que pagarme; tú tienes plata, sino que no quieres. Bueno, le pagaré a la vuelta, pues, cuando vuelva por los remedios, ahora necesito para otra cosa que me urge. ¡Qué buena cosa, se amarga mi padre, así que lo que acabo de hacer no es urgente! ¿Tu salud no es primero, so malagradecido? Por la hendijita estoy viendo que el Nazario ha puesto dura su cara, sus ojos están que miran colerosos. Está bien, dice mi padre poniéndose su camisa, puedes irte; pero tu pañuelo se queda conmigo hasta que vuelvas por los remedios y me pagues. De un tirón, el Nazario levanta su alfor-

ja del suelo y, sacando otro pañuelo de su bolsico de atrás, lo avienta a la mesa, diciendo: "Así que se queda con mi pañuelo, don Joshé, acá tiene éste también si quiere, se lo regalo...". Ahora se dirige a abrir la puerta para irse. Espera, le dice mi padre agarrándolo por el hombro (se nota que está aguaintando su rabia, por algo será), si no tienes plata, no voy a cobrarte un centavo de nada, ni te exijo tampoco que vuelvas a verme; y para que veas que no te guardo rencor, le dice sonriendo de mala gana, vas a llevarte un recuerdo mío. Así diciendo entra al cuarto donde dormimos y guarda sus yerbas, y se desaparece por un ratito, mientras el Nazario, desconfiado, lo espera en el umbral, mirando el día sin sol, nuboso, lleno de frío. Mi padre le entrega ahora unos paquetitos de yerbas secas, aconsejándolo cómo lo va a tomar. El Nazario lo recibe sin gracia, sólo por recibir. Gracias, don Joshé, le dice, ahora sí me voy; ya es tarde. Así diciendo se despide, y, a la carrera, como alocándose, empieza a bajar la puna; mientras mi padre, olvidándose de mí que lo estoy aguaitando, feo se sonríe, mirándolo desaparecer...

HALLARON los restos de doña Santosa en un feo sitio de La Colpa, al pie de Chullín. Lloraba el hombre con sus hijos junto a las cortaderas. Las ropas estaban despedazadas, tiradas por aquí y por allá, prendidas en las espinas o sobre la huaylla. Sólo al más chiquito de sus hijos no vi; se quedaría durmiendo en la choza seguramente. Yo estaba en la parte alta, escondido entre las peñas. Hasta allí clarito llegaban las voces y el llanto. Les oí decir que la mujer estaba sin ojos y sin lengua, y que las carnes desgarradas no tenían sangre. Recogieron todito y lo amontonaron en un solo sitio. Después lo metieron en un costal, amarraron con una piola la boca, y lo enterraron al pie de una planta de puyó, entre unas zarzas. No rezaron, ni nada, ni pusieron cruz; sólo una piedra grande que arrimaron entre todos, para señal.

—TIENES que escaparte, José; dentro de un ratito llegará la gente de Cutamayo. Están colerosos porque el Nazario Chuqui ha dicho que de pica dizque porque no te pagó lo que querías cobrarle, le diste unas yerbas que seguro eran venenosas y que él arrojó en la hoyada; y no contento con eso, en forma de águila dizque lo has alcanzado en la quebrada de Pachagoj y has intentado darle muerte. Ha contado llorando que tuvo todavía que sacar su cuchillo para defenderse. "A lo perdido, no me quedaba otro remedio; pero le he hecho una herida en el ala. Vamos, acompañenme, ha de tener alguna señal en su cuerpo". Eso ha dicho. Y los hombres se han puesto a tomar para su valor. Cualquiera rato nos hará a nosotros también igual, no estamos libres, diciendo. Así me ha contado una mujercita que es mi yanasa y que ha volado a avisarme a Huayllabamba. ¿A propósito, qué tienes en tu brazo?, ¿por qué está vendado?, ¿que te has rasmillado con un clavo? ¡Santo Dios!, qué te van a creer eso ahora. Por

María Santísima, escápate, llévate a tu hijito, no seas zonzo; hazlo por la criatura. Ya sé que eres inocente y que si te escapas van a creer que de verdad eres culpable. Pero si te quedas también será igual. Esa gente no entiende nada. Escápate, por favor. Ya deben estar por encima de Chullín, no tardarán en asomarse por la loma del frente. Yo me voy, José Blanco, adiós; si me pescan aquí van a maliciar que he venido a avisarte...

MI PADRE me ha dicho que me vaya a la puna, que no quiere que me vean los hombres y mujeres que vienen de Cutamayo. Pero yo me he quedado aquí, en esta lomita, cerca nomás de la casa, a ver qué quieren ya pues esos cristianos, por qué vienen a buscarlo tantos; porque estoy seguro que no es para que les cure a todos, como me ha dicho. Además, de cuándo acá él no quiere que yo vea sus curaciones, si sin mí ni siquiera al Caballero Álvarez puede llamar. Algo ha de haber seguro. Adentro de sus ojos he vista harta preocupación por más disimulo que ha puesto. ¡Vaya!, por allá asoman ya. Son bastantes. Parecen borrachos. Gritando vienen, trayendo machetes y cuchillos, que desde acá estoy viendo cómo relumbran los filos a la luz del Sol, que está alto y bonito. Ya están llegando junto a la casa. Adelante está el Nazario. ¡Que salga José Blanco, si es hombre, queremos verlo!, grita con voz de borracho. La puerta está cerradita como la dejé. Mi padre no sale. Tendrá miedo seguramente. Ahora empiezan a tirar piedras a la casa, sobre todo las mujeres, ¡Que salga el criminal!, están gritando, ¡sí, que salga ese brujo malero! Ahora se abre la puerta. Ahí está mi padre, caminando hacia ellos. ¡Qué pasa!, les dice, ¡Qué quieren! ¡Qué mal les he hecho yo! Por un ratito se han quedado callados; pero ahora el Nazario señalándolo, dice: ¡Miren! ¡Miren!, ¡ahí está la puerta! ¡Tiene el brazo vendado de la puñalada que le di en la quebrada! Mi padre no sabe qué hacer, ¡Esperen! ¡Esperen!, grita levantando el brazo. Pero ya se le fueron encima con palos, piedras y machetes. ¡Noooo!, grito corriendo a defenderlo; pero me detengo asustado al verlo a mi padre tendido en el suelo y que toditos se vuelven hacia mí. ¡Debe ser también el demonio!, dicen, ¡Mírenlo! ¡Tiene patas de gallo!, ¡jagárrenlo!, ¡mátenlo! Entonces corro hacia la quebrada, sintiendo que las piedras pasan rozando por mi cabeza; pero el huicapazo de un palo me da en las espaldas tumbándome sobre la huaylla. Como pueda me levanto, sigo corriendo, ya me alcanzan los hombres, más allá está el barranco, ya llego, me lanzo al abismo. Y en el aire, cuando estoy gritando, siento que unas garras me cogen fuerte de las costillas y que me alzan hacia el abismo. Reparo a ver quién es. Y ahora sí por fin lo veo, ahora que siento mi cuerpo liviano y me viene algo así como una alegría desde muy adentro: Con sus alas extendidas, grandazas, blancas como la nieve, una enorme águila me lleva por los aires como a un pollito. No tengas miedo, hijo, oigo que me dice, soy yo, ¿no me sientes? A ra-

tos me parece la voz de mi padre y a ratos la de mamá Shantu o de los dos juntos... no sé. He venido a llevarte, sigue diciendo y sus garras me acercan a su pecho blando que siento que palpita con fuerza, a lugares donde siempre seremos felices. Los hombres se han quedado abajo, boquiabiertos, con las piedras y machetes que se les caen de las manos, viendo remontarnos a lo más alto del cielo, donde lo azul puedo tocarlo. Ahí nos vamos en dirección a las eternas cumbres del Huascarán, o más allá... quién sabe.

MIGUEL BURGA

(Lima, 1947)

QUÉ SERÁ DE TI

*Cada uno de los días
que vivimos atados a la mujer
a quien ya no amamos
destruimos nuestra capacidad
de amar
y de tener la mujer
que merecemos.*

(Carta a los surrealistas. Henry Miller).

¡Ah no!, gran conversador, rey del verbo, charla, padrino del chiche, lengua rápida que leía su catastro de imágenes, sus palabras eran pop corn, y estallaban ruidosas en las pupilas de plastelina del Chicharra y el Chino Chang. Así era Rolo; sus palabras salían una tras otra como trencito, y así como trencito entraban en el campus personal de Chicharra y el Chino Chang, y se llenaban de pensamientos de colores de crayola, se dibujaban a presión de verbo rápido, seguidas de undécima cerveza; cómo Perico León corrió a la punta izquierda, cómo llegó jadeando a la línea de fondo Colgate-Palmolive, cómo hizo un giro de 850 grados dejando un hueco en la cancha, y cómo ese gol que iba a sucederse, apenas segundos después, costó la vida de docenas de hormigas que, no se sabe si aficionadas al fútbol o no, habían vivido plácidas y felices, entre la grama, que para ellas son árboles, sobre todo cuando silbaba el viento contragolpeando las graderías, a las dos de la mañana. Los riegos eran duchas

frescas y monocordes, como quien limpia los rezagos de la batalla, de la furia, de la vena hinchada que encoge la pierna, que contrae o distiende el músculo, que empuja el empeine y Perico León en alarde de cintura, vence a la naturaleza, a la ley de la gravedad y a otros decretos, deja pagando al marcador que ofendido gramputea, y ya la vida es una sola vestida de rojo y blanco, ensoñada en el dríbleo espantoso que sobre las dieciocho yardas se opera, se perpetra, se escribe con toperoles mojados en tinta de patria, el gol es inminente, porque el arquero tiene cara de y ahora qué hago, y sobre las doce yardas comienza entonces un ballet que flota terso en la velocidad de los segundos. Los zagueros son parte del coro acalambrado que buscan ofendidos sus discos vertebrales, Perico León sin despeinarse, erguido, más bien erecto, pasa el balón de una pierna a otra y, girando en un cuarto de vuelta, empuja en milagro la pelota que es el cometa Halley dejando apenas un zumbido en la triste historia del arquero, al que se le derrumbó la casa y la gloria; la pelota es una joya arrinconada a la que quince millones de gentes gritan su presencia diciendo gol, y el grito gol se mece como un columpio en la garganta de los aficionados, del mismo modo que el grito de gol baila en la garganta de Chicharra, del Chino Chang, de quienes habían escuchado a Rolo, muchos días después de lo sucedido, con la misma efervescencia y nitidez de estar viendo, con sus propios ojos, cómo las palabras se convierten en imágenes Trinitron entre el espacio que separa a Rolo, a Chicharra, al Chino Chang, al resto.

Todo es jolgorio —sobre todo después de ese gol— en el Pez de Oro a las cinco de la tarde, instantes en que las puertas son más puertas, las ventanas más ventanas, momento en que la calle es una embolia, una parturienta primeriza que gime por claxons, hora en que las ventanas se quedan solitarias cruzando los brazos en forma de balcón y los notarios comienzan a dar fe, a restregar manuscritos sobre rostros sorprendidos, a acomodarse los lentes bifocales delante de sus ojos periscopios; las cuentas bancarias ya están cerradas, las cajas fuertes han enjaulado documentos y billetes, las máquinas depredadoras descansan sus fauces, los osos se van corriendo en sus autos de figurines hacia la amante.

Rolo escoge muchas monedas, y cambia, en la barra, billetes por más monedas para poner en la rockola “Qué será de ti”, dos piscos más al limón, tres gotas de ferné, para ponerle calor a los cuentos que les dirá y dirá al Chicharra y al Chino Chang que eran ya de plastelina, ponían los ojos de arena ante la historia sin cortes de Rolo, rescatando del olvido a Ninón Sevilla con su boca besadora y sus rulos frenesí; se desanudaba la corbata y el nudo bailaba sobre el tercer botón de su camisa blanca que religiosamente era colgada en el gran ropero de tripey, colocado con estrategia delante de un forado hú-

medo, de su gran cuarto sucio y empapelado con flores de bella época, y que desteñidas no eran sino manchas tristes, conmovedoras, rodeando el foco que alumbraba el lonche donde Rolo muy pocas veces estuvo.

Ocho de la mañana y el hombre rosado cuenta billetes, encajado en su caja, paga cheques, cobra letras, descuenta más letras, paga más cheques, acusa recibos, palpita la sumadora, recibe endosos, se vuelve loco entre las once y la una, come un sánduche de jamón, se le revuelve el estómago, vomita Coca Cola en el baño acrisolado del banco, esperando a gritos silenciosos las cinco de la tarde, hora en que las puertas falsas son las más verdaderas, y los pasillos del banco se convierten en intestinos gruesos, por donde circula la gente afiebrada por poseer a su destino, a las cinco de la tarde, cogida de grises, desarbollada como Rolo, corriendo por los sótanos, subiendo-bajando en ascensores hacia el Chino Chang, que cierra finalmente los folios de los morosos, lista donde el propio Rolo figura; hacia Chicharra que apaga los microfilms de los embargos, lista donde el propio Rolo figura. Y el encuentro tiene dulzura. La sonrisa ancha ajusta los cuellos, y poniéndose de acuerdo sin palabra alguna el camino es el Pez de Oro, a las cinco de la tarde en que apremia una cita dura, un cine repetido, la necesidad de una vieja canción cómplice. Rolo llegó con su sencillo para la rockola con la disposición inmisericorde de morir delante de ella, así que puso una y otra vez

*Qué será de ti
necesito saber
qué es de tu vida
no ves que mi vida
está vacía
necesito saber...
Ven que esta sed de
amarte me hace bien
La vida nos está
dejando atrás
yo necesito saber
Qué será de ti.*

Tarareando entre dientes al principio, cantando a voz en cuello hacia las finales, cuando la lengua ya era guaipe de mecánico, y su corazón era un transistor sonador, conectado a la tecla J1.

La tecla J1 era leída por una luz computadora, la misma, accionaba engranajes que rotaban robots, dejando energías pequeñísimas en unos relays japoneses, y resistores Taiwan, los mismos a su vez explosionaban discretos en otros engranajes, más humildes por el tamaño, pero no por la convicción, por-

que inexorables accionaban más ruedas, poleas, ejes excéntricos, huachas, pernos móviles, hasta que girara el plato donde se depositaba el disco de microsurco que esperaba preñado de melodía a un brazo con un solo diente ultrasensible, que vibraba reproduciendo la canción lanzada ahora, por los conos de cartón, rellenando la cantina de pastosos bajos, de límpidas y cristalinas notas de violín que se juntaban en el espacio formando puñales de melodía, abrían el corazón sacerdotal de Rolo, del cual saltaban los pequeños equipajes que un hombre solo trae consigo: lo que se quiso ser y no se pudo, lo que pudo ser y no se quiso, lo que el poder quiso y sí fue, y todo eso, adobado en sueños que muy pocos psicoanalistas respetan, por eso, los ojos de Rolo eran girados a espacios interiores, como buscando explicaciones a esas arrugas primerizas, buscando explicaciones a la desaparición de su gran amor, el hombre tiembla en recuerdo, es que su gran amor era bilingüe, superarchimecadecaltrabugamecanógrafa, aquella que apenas le dijo gracias, sin siquiera mirarlo, en la fiestota de fin de año: le había recogido sirviente el tenedor que manchó alfombra ejecutiva y que él desapareció mágico con pañuelo ausente de iniciales. La amó toda la vida, desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la mañana. Largamente bañado, delante del espejo se echaba fragancias consonantes con los destellos de sus gemelos casaderos, en las sienes le palpitaba la secretaria, su primer amor, con sus piernas redondas envueltas en piel café con leche. Por eso decidió entrar por perfumes, reventando su primer sueldo en perfumería inaccesible, preparó abordaje para las cinco de la tarde, hora en que la secretaria ya había sido ascendida hasta alturas que sólo conocen los cóndores, y que salía del brazo con el gerente superstar, y se metía a un trasatlántico de ocho cilindros, dirigiéndose hacia restaurantes imposibles. Y claro, todo eso produjo cibalginas, antipiréticos, algias, bioflavonoides, a sus apenas veintidos años de hace ya veinte más.

Aquella meteórica carrera de su primer amor no estaba en ningún oráculo y la secretaria se hizo inalcanzable, su rostro hermoso de lejana tristeza había cambiado su vida más efectivamente que el determinismo histórico, y esto, había zanjado profundos abismos en los estilos de vivir. Su gran amor se movía junto a serpientes de cascabel, con camisas importadas, ropas de boutique, tarjetas de crédito, alabanzas perpetuas al mecanismo de la bolsa, club privado con gente bronceada por dentro y por fuera, haches mudas en medio de apellidos que diferencian a los hombres, buenos modales, y una infinita concha para hablarle a los subalternos. Y por mucho menos, en su barrio del jirón Amazonas, los nudillos abrían huecos en las cuencas de los ojos. Así pasó. El gerente superstar gritó fraudulento que no osara otra vez mirarla, así le dijo, sobre la cara cerosa de Rolo, Rolo que tenía el alma sobre precarios andamios, debido

justamente a la misma mujer, le escupió tufos malolientes al terno gris del gerente superstar, el cual le dio allí mismo los santos óleos, condenándole a vivir en los sótanos del banco, poner la lengua como perro, mojar los fajas de papel engomado y formar paquetes de billetes, todos los días, en el banco más frío del universo, rodeado de claves, rodeado de cables; su vida era una esponja, aferrada a la condena que produce más espasmocibalginas y la inevitable compulsión de cambiar más sencillo, para encender en la rockola aquel destino que tiene ojeras de monedero.

Allí nomás, en el decurso-decantamiento de cervezas, Rolo habla frenético para los oídos frenéticos de Chicharra y el Chino Chang, de cómo vio que “habían muerto cientos de miles de turistas sobre las playas de Río de Janeiro: en el responso masivo de una zamba de acordes embrujantes, la gente se movía en comparsas automáticas por espacio de días, entre rones, sudores, cachazas, orgasmos, aguas de coco, almíbares enjuagados en besos anónimos, cientos de miles de turistas en la más grande borrachera de todos los tiempos, moviéndose al compás de un vudú multitudinario, reventaban sus sueños contra las palmeras de un trópico que agonizó muchas veces” y cómo “en la lentitud de las olas del Atlántico se mojaron cadáveres que fue imposible contar; un infarto simultáneo de ron dejó a los turistas como cangrejos escupiendo burbujas, con los cerebros de zinc, con cero pulsaciones de pies zurdos, miles de hombres quedaron muertos sobre la arena gruesa y blanca de la bahía; se ha terminado la boca, se ha terminado el dedo, de nada sirven los paraderos, se ha terminado la oreja que nos es tan útil para registrar el aire de sur a sur, trayendo el olor de jugosas piñas que devorarán los mosquitos y que ahora tienen alas de helicóptero. Esos horizontes supersticiosos teñidos por un sol enrojecido y detenido, dejan oír tamborines peleando macumbas, también una guitarra anuncia el descanso que es tristeza de puerto, que es gaviota vacilante en el lomo de un viento enternecido, que repite ecos quebrados, que desdibuja las casas donde alguna vez se vivió, se comió, se culeó, se amó, que son semanas con sus días como presagios, o golpes de azar, o dos veces la vida repetida”.

*Qué será de ti
necesito saber
qué es de tu vida...*

Y allí esta otra vez el corazón de Rolo, listo para el trasplante, será además enjuagado en diferentes líquidos, hasta que llegue las dos de la mañana, como todos los días, y caminar grotesco por el camino a la casa húmeda, a la negra y amable escalera del caserón, rechinando por tablones, ahorcará al silencio que despierta a Clarabella: Sus inmensos ojos chocaron con el foco prendido que da luz de baño; en segundos repasa la catarata de improperios

que le caerán a Rolo por los hombros, por el rostro, por los costados del señor. Agredido por palabras punzocortantes trastabilla en el umbral de la puerta, se apoya de mejilla en un claroscuro, remueve el interruptor de loza que sobresale en la pared de florecitas sutiles, que hoy son verdinegras después de su azul y en la oscuridad relativa, le recuerdan lo hijo de puta que es, mal padre, mal marido, mal parido, perverso, sórdido y delincuente. Rolo contesta con respuestas guturales, a base de erres seguidas de úes dormidas combinadas con pes eructadas y equis xilófonos. Siempre la misma respuesta a la misma artillería, siete veces a la semana. Sin embargo, inmediatamente después, se hacía presente un lago de quietud. Los ojos de Clarabella brillaban de ternura imprevista, —cimbreaman las caderas— aparecieron caricias perduradas, lentísimas de Rolo sobre el pubis inquieto de Clarabella que era casi víctima de sus propios jadeos. Rolo era rey. Estableciendo allí mismo sus condados, su área andina, definiendo quién es quién con una cortísima relación lingual del mismo modo como existe en el beso.

Noche tras noche Rolo perdía silueta sombríamente. Sus dedos se amarillaron y cadavéricos pulsaban la tecla JI; tembloroso y transparente recorría las mesas del Pez de Oro cuando ya sus amigos se habían ido, sin explicarse por qué después de tantos años. Él seguía perdidamente enamorado de su primer amor —que ya estaba casada con seis hijos veraneando en playas azules con sabor a coco—, más bien, después de tantos años, con los sentidos aguzados, la lengua afilada para seguir hablando y hablando hasta el agotamiento. El amor no podía ser tan testarudo, pero allí estaba Rolo repelente por tufos de noches negrísimas y encrespadas.

Al día siguiente las mujeres del banco le hablaban de costado, los compañeros le hablaban detrás de sendos periódicos. Los rumores se alzaron como gritos y se condensaron en un puntilloso memo de suspensión. Entonces se fue quedando solo y agobiado, sin creyentes, sobre todo sin creyentes sin orejas, sin sujeto delante suyo para hacer catarsis, abrirle las compuertas a los sueños acumulados. Nadie se daba cuenta de que todo no era más que una cuestión de realizaciones imposibles. Hasta que llegó Licurgo el Raro, lo escuchó pacientemente en la cantina, mientras los gallinazos sobrevolaban los nimbos de la madrugada.

Licurgo fue siempre el Raro: comía con la zurda, peinado hacia adelante, con su mechón napoleónico, tenía un aire de desubicado resentimiento, de griego sin fortuna. Tenía un brazo más largo que el otro, a consecuencia de un accidente en una calle angosta del Cuzco: el carro en el que iba hizo un extraño y se fue rozando la pared incaica, con el brazo de Licurgo el Raro al medio. Aquel cuajo de carne tuvo que ser reconstruido, quedando encogido y casi

muerto. El brazo más largo lo tuvo enyesado durante todo el tiempo que se le vio: un resbalón inocente en las escaleras de una dirección desconocida.

Realmente era extraña tanta fatalidad, porque su poliomielitis había dejado unos fierros abrazando su pierna, sin embargo rolliza, así como todo su cuerpo, que se disponía en pisos de grasa, cuando se sentaba sobre cualquier silla, que siempre era ridícula.

Sobrellevaba la vida con una resignación que ya había dibujado en su rostro de poeta maldito, graves surcos debajo de sus ojos tiernos y húmedos. Pero su conversación era fluida, ni siquiera se notaba su enorme nariz. Sus temas eran desconcertantes y cortos, de modo que luego de unos minutos podía soportarse lo exótico y extraño de sus historias, dejaban ver una sensibilidad monacal y podía adivinarse, fácilmente, lecturas profundas y diferentes. Su hablar era cadencioso, su voz daba inflexiones exactas y armónicas, por eso mismo, ya entrada la mañana, el que hablaba en el bar era Licurgo, y por primera vez en veinte años, Rolo estuvo callado, con las orejas explosionadas, sus pupilas eran puntos que saltaban como un oscilógrafo, registrando las frases limpias y subyugantes de Licurgo.

Fascinado Rolo, siguió a Licurgo por las diez de la mañana de un día particular hacia una casa con olor a sándalo. Rolo mandó a la mierda al banco. Sus signos de vitalidad eran tan grandes como cualquier océano —al que además se le había detenido la marea— y por primera vez, Rolo dejó de temer a las alucinaciones de elefantitos, que después de cada borrachera tronaban sobre su ropo.

A las nueve de la noche del día siguiente, Licurgo había hablado de todo: de la presión de las arterias, de la infancia triste de Maquiavelo, de ciertas jirafas de cuello corto, de Juan Almonacid que tragaba sables y cagaba tachuelas, de la exacta distancia de los planetas Zahir y Volaputz, de los orígenes de la sopa de cebolla, de las claves para aprender el etrusco en horas, de las distonías neurovegetativas, de los efectos del alcohol, del espíritu translúcido que alcanza la felicidad con la concentración. Rolo llevaba 72 horas sin dormir y a pesar de ello, sus ojeras se habían teñido de una violácea sensación de paz, su tez, que por lo demás había dejado esa rosadez saludable, se había entregado a una blancura hospitalaria de resurrección; las extrasistolias habían desaparecido y los demonios se habían extraviado en los jirones de las dietas vegetarianas. Por primera vez Rolo había dejado de chupar por 96 horas, entonces, unos vapores de seguridad lo fueron apuntalando en las estacas de las referencias, y fue recuperando, simplemente, la manera de ver las cosas, hasta que se dio cuenta que era miope, y que toda su vida había girado alrededor de bultos móviles; reingresó al mundo de los olores, todo antes olía a café de frejol; palpó la tersura

del vapor que por grandes huecos las aguas de tilo iban escapándose, impregnándose en el aire. Observó el contraluz vidrioso de las ventanas cerradas hacia la tarde, descubrió que las cucarachas eran apenas insectos; vió jardines de no-meolvides, donde casi instantáneamente apuró un poema, redescubrió pisos encerados de baldosas en damero, sobre el que era perfecto un encuentro. Vaciló delante de un manojo de llaves, y le pareció un milagro que abrieran tantas puertas; sintió el calor del fuego vivo y danzarín, soñó con olores de lápiz, tomó agua limpia, y por primera vez sintió anónima una botella de pisco.

Al mes de vencida su suspensión en el banco, Rolo entró por la puerta grande: limpiísimo, lozano, sin esas manchas hepáticas en la esclerótica, había desempolvado viejos ternos Anchor y con prolijas bencinas, había recuperado corbatas de color antiguo. Le precedía una definitiva seguridad que hacía inmóvil su mirada. Ese cambio no era esperado por nadie, y mucho menos por el gerente superstar que comenzó a eructar maldiciones afiebradas. Se instaló, como ordenan los estatutos, en el mismo puesto que había dejado, y con minucioso cuidado, puso en orden todos los papeles necesarios para comenzar, otra vez, la rutina horrorosa de pagar cheques, descontar letras, recabar documentos, maldecir pagarés, sellar recibos, firmar entregas. Sus manos delicadas movían hábiles los papeles, las teclas de las sumadoras, los cálculos de los porcentajes, que tenían la exactitud de los intereses, que tenían la longitud de lo injusto; sin embargo, no dejó de querer a Chicharra y al Chino Chang con los que conversaba vaso de papaya por medio, rehusando cacofónicamente invitaciones al Pez de Oro. Sus compañeros se despedían entonces, con el respeto que le tienen a los marcianos; lo veían salir a las cinco de la tarde hacia la casa de olor a sándalo, y ya allí, Rolo ejercitaba su concentración para la dominación del espíritu, seguía rutinas de asanas y autohipnosis hasta muy entrada la madrugada, y regresaba a su casa con la misma pulcritud de hacia un mes.

Esto, naturalmente, había removido los celos de Clarabella, sus ojos mojadados de telenovela hacía un mes que se habían secado, presentimientos confusos se vulcanizaban con la piel de gallina de Clarabella, ese tipo de milagros no existen, y no se puede pensar en fortalezas de voluntad tampoco; esto debía obedecer a un enamoramiento súbito, a un seno duro, a una pierna tersa, a la mirada erótica de alguna fulana que lo había encandilado hasta ese extremo, no cabía duda, alguna putita que se había metido en su vida, recordándole que la vida también existía de la cintura para abajo. Clarabella respiró bocanadas de sobresaltos, hasta que al cabo del mes explotó con improprios —que previamente habían sido calibrados para pulverizar el alma— con erizada destilería de celos y definió que eran los mejores tufos de zocabón a la imprudencia de llegar a horas malditas, con esa siniestra palidez que dejan las mujeres vampi-

ros. Rolo comprendió que las explicaciones eran necesarias, así es que dibujó claramente en el odioso griterío que sus celos eran estúpidos, era paranoia, obsesión compulsiva, una delución frenética, una entidad patológica, un pronóstico reservado, un estado demencial, una locura precoz; prosiguió diciendo que su abstinencia, obedecía al descubrimiento de la piedra filosofal que lo sumía en el registro más alto de la pureza, posición que permitía percibir las vibraciones cósmicas, paso inicial para ingresar a la naturaleza de Dios, a su corazón, ésta era su razón de vivir, una mística que ascendía hasta lo sublime, una cosmovisión perfecta, que lo llevaba a conclusiones más estrictas y objetivas de la realidad, del ser, su existencia, de la trascendencia del hombre sobre la materia y el cuerpo, y acaso, si algún día, pudiese comprender los diferentes sistemas que alejan a los hombres. Clarabella tenía el cerebro trabado, no sólo porque no le entendió ni jota, sino porque Dios no podía estar en medio de un lío doméstico, y porque, a quién se le ocurre que toda esa patraña mística podía explicar que de buenas a primeras, se le haya ido la sed de camello que había tenido sencillamente siempre. Increíble y punto. Sus razonamientos estaban vergonzosamente encasillados en la infidelidad, es más, sus argumentos eran indecentes, su incredulidad estaba bordada por una permanente risita de fondo, y poco a poco los improperios comenzaron a borbotear más mortalmente.

Una y otra vez, en las medias noches, sobresaltada, respiraba frases de lamentaciones y reproches, chantajeadora su mirada se perfiló y se hizo uraña, se le atiesaron las manos, se volvió frígida, cruzaba los brazos como un amuleto viviente, y cuando soñaba, sus ojos se movían tan rápidamente que al día siguiente amanecían hinchados, como si hubiesen llorado para adentro.

Rolo soportó incomprendiones y desatinos, agresiones y venenos, hasta que un día decidió irse sin más trámite; con caligrafía de huida pormenorizó detalles sobre las bondades de la concentración, un listado de bienaventuranzas. Pero era que, a cada construcción teórica, la posibilidad de creer se rompía como una pompa de jabón. Pero era que, Clarabella se cansó de no creer y se situó en la quietud más insondable. Rolo estaba demasiado ensimismado, igual se marchó, igual se tomó las cosas tan en serio que reconstruyó la justicia, y sus sentimientos coetáneos. Se sensibilizó de tal modo que sorteó fácilmente las capas dogmáticas, justamente por aquella lucidez conseguida por la concentración, su mente se flexibilizó y su comprensión se hizo inmensa. Conversaba con dedicación y con franca bondad, y poco a poco se fue haciendo imprescindible en la casa de olor a sándalo, resolviendo microconflictos y vicios putrefactos.

Los hermanos de la secta fueron creciendo en número hasta achicar la enorme casa. Se distribuían en círculo, sobre alfombras, entre incienso y litur-

gia, oraban reflexivamente hasta caer en estados de ensoñación. Licurgo el Raro observaba con complacencia el crecimiento de ayer nomás una sectita; su sabiduría y su vejez ya habían señalado a Rolo como el sucesor. Rolo sería el sucesor. Y sería ordenado pronto. Pero si sólo lograba cautivar con su conversación a los curtidos oídos de Licurgo el Raro. Para eso la biblioteca de la casa de olor a sándalo había sido puesta a su disposición y Rolo por apasionamiento y por necesidad de olvidar a Clarabella se comió los libros.

Hubo todo un proceso de transformación de estilo, se notaba, incluso, hasta cuando Rolo se metía las manos a los bolsillos, dejando a su lado una sensación de caridad, giraba la mirada hacia el horizonte y daba la sensación que estaba registrando el pulso del mundo, las vibraciones cósmicas parecían posarse sobre su piel. Rolo ya era un místico, a pesar de su rostro lampiño, se reacomodaba el pelo largo y eso ya parecía la señal de la cruz, entrelazaba sus dedos y casi se veía venir un milagro. Y es que Rolo ya estaba listo.

Y el gran día llegó. Ese día llegó después de una preparación que duró curiosamente nueve meses, intensa y exigente, casi como un embarazo, Rolo fue gestando ideas y maniobras verbales, artificios alegóricos; almidonó la voz, recicló los gestos en varios acordes de sobriedad, se impregnó las manos de esperanza para que la atmósfera circundante dijera siempre que sí. Todo, todo fue preparado con sincronía, y por encima de ello, afiló aun más la imaginación que tendría que subyugar, aprisionar la voluntad del otro, hipnotizar. Licurgo el Raro, el viejo Licurgo el Raro, tenía los ojos como dos huevos fritos, esperando con paciencia de santo las historias de Rolo. Rolo se reacomodó en una poltrona espartana y desglosó con rapidez, “cómo era verdad que las lágrimas de cocodrilo no significaban traiciones ni falsedades, que aquellas lágrimas a pesar de ser saladas eran perfectamente redondas y sobre todo un acto biológico de supervivencia, el cocodrilo eliminaba sales de sodio y calcio, para luego retozar entre las aguas vírgenes de ríos furtivos...”; le habló sobre el “perfil del odio”, ese “fenómeno casi natural de los sistemas injustos”; cómo “ciertas glándulas resolvían en pocos segundos la historia de muchas muertes, después perfectamente explicadas por la justicia”; cómo “la verdad se diluía en la vorágine de la abundancia” y cómo “esta abundancia establecía sus propias lógicas de pureza en base a crueles mecanismos de poder, para su preservación y su omnipresencia”, cómo era que “el despojo era una institución”; cómo era que “existían islas líquidas”, de cómo era “que la luz era una metáfora”, de cómo “los insectos resultaban conviviendo con las plantas hasta dejarlas verdes de cansancio”, de cómo “las gallinas tienen un idioma puteril y los gallos son ingenuamente sordos”, de cómo “los cuchillos sin filo son cuchillos sin honor”, de cómo era que “existían ventanas en el espacio y de la clase de paisajes que

existían después de esas ventanas”, de cuál era “la fórmula de la Coca Cola”, del “verdadero color del manto sagrado”, de cómo “la ausencia pesa sobre la vida inanimándola”.

También le habló sobre el tiempo, partió definiendo que el tiempo era una invención relojera, ese tiempo se desvanece gastando a la edad que es su propio pariente, incursiona en la medida de lo posible para resolver recuerdos, ese mismo tiempo es culpable de hundir las pasiones como viejas anclas en las curvas rápidas de la persistencia. Sin embargo es probable que un seno guíe su pezón o un geranio se convierta en un violín, también es factible que aparezca un abrazo en el momento más necesario, o una rápida mirada recorra tu cuerpo con palabras de efectos gemelos: la ilusión del tiempo detenido y la agobiadora compulsión de ir tras él, y por supuesto todo esto en cuestión de segundos... Qué le tocaba a Rolo si no agarrarse de una canción cuando ya la melancolía se le iba convirtiendo en una pesada tarea contra el destino, cuando las aristas de lo vivido eran ya filos de hielo, metralleta de tachuelas que se levantan con el insomnio. Sí, definitivamente sí, el tiempo acostumbrado a los tics y a los tacs se apodera de la vida a plazos y sus vencimientos, hasta de la misma tristeza que no es posible compararla con la del día anterior. Y Clarabella resurgía con sus virtudes en su cinema particular, cómo dejar de recordarla si los hábitos también tienen sotanas, cómo prescindir de sus pequeñísimas ternuras acaecidas el año de la pera, cómo pretender que la mística levitante, borre de la memoria precisamente la memoria. Clarabella aparecía precedida de vapores, tecnológica y fugaz permanecía y no era su sonrisa sino su alegría lo que entristecía, no era su sabiduría sino su ignorancia lo que entristecía, no era su piel sino su perfume lo que entristecía, es la alquimia del tiempo la que entonces se encarga de poner tristeza allí donde hubo odio. Por eso, enorme y pesado yugo el de vivir rodeado de cuadros mágicos, oraciones mágicas, frugales comidas, y, al medio, siempre al medio, el silencio amplificado de la soledad.

Licurgo exhibió una sonrisa que parecía un choclo. Su satisfacción lo hizo tomar decisiones rápidas y contundentes. Previó el ritual de ascensión para apenas 24 horas después, de manera que la túnica, la sagrada y famosa túnica, después de un demorado baño de lirios y también, después de haber logrado por lo menos dos estados de éxtasis, completamente desnudo sobre el patio de baldosas debería ser preparado con esmero, diligencia y rezos. Rolo cayó en 25 estados de éxtasis: vio cómo Clarabella flotaba sobre almohadones carmín, con sus senos duros y esbeltos, con su deliciosa caída de vientre, que terminaba en una champaza de pelos que absorberían cientos de besos. Se acercó a ella y la besó frenéticamente, palpó sus caderas y amó su voz, sus pequeños asesinatos verbales, retozó como una foca detrás del resoplido embriagado por una pene-

tración profunda y perfectamente sincera. Los 25 éxtasis versaron sobre lo mismo. No había pasado en vano dos años viviendo en la casa de olor a sándalo, y por más mujeres que hubo, jamás pudo olvidar las manos de Clarabella con sus pequeños cortes por culpa de escurridizas cebollas.

Licurgo le entregó dinero y dijes para la túnica. Rolo la recibió automático y fue a buscarla. En la larga caminata la nostalgia le comenzó a sangrar y fue capturado por un piquete de confusiones y de sombras, lo dejó taciturno justo en la puerta del Pez de Oro, aquella cantina donde Rolo se había tomado hasta el pulso. Era el camino obligado hacia la túnica. Una sobrecarga de voluntad hizo que pasara por la puerta sin más trámite, un supremo esfuerzo lo hizo llegar hasta la tienda donde compró el hábito de lino. Regresó por la misma ruta improvisando pasos alemanes. Al pasar por la puerta del Pez de Oro se le calcinó la voluntad, entró rápidamente al Pez, cambió la túnica por sencillo, pidió seis cervezas de arranque, al hilo, para él solito; fue a la rockola y apretó mil veces la tecla J1. La hora del ritual había pasado hacía ya dos noches. Y en el fondo abovedado del Pez de Oro, Rolo dando espaldas a la calle seguía bebiendo ensoñado en esa especie de ideología sonora.

*Qué será de ti
necesito saber hoy de tu vida
alguien que me cuente
sobre tus días
anocheció y necesito saber
qué será de ti..."*

ROBERTO REYES TARAZONA

(Lima, 1947)

¿SE ACABARÁ LA RABIA?

*Para Pavel y Leonel,
mis hijos.*

PARA UNOS, el nuevo Oreja dice "soy la muerte, la muerte"; para otros, simplemente "la muerte, la muerte", como gozando. No sabe decir nada más. A veces ni eso; sólo procede. No tira boca ni ataranta; ni si quiera avisa. Y eso es lo que tenemos que hacer, lo que vamos a hacer. ¿Para qué decirle nada? Él entenderá. El Jesusito cree que hay necesidad de un aclare, si no previo, por lo menos después de. Yo sé que es inútil, que es por demás cruzar cualquier palabra con él antes, durante o después; aunque si eso le da más confianza o le sirve para algo, que lo haga por su cuenta y riesgo. Ya le advertí que eso es gastar saliva por gusto; lo malo es que cuando al Jesusito se le cuele una idea en la cabeza, no hay cómo espantársela. Cuántas veces no nos habrá metido en problemas su terquedad, sólo que a veces eso tiene su lado bueno. Ahora, por lo menos, sé que no se va a tirar para atrás. Ya se decidió y no hay vuelta que darle. Eso vale. ¡Cómo no hubo más gente así! Debimos haber sido más, pero somos los que somos, y sanseacabó: el Jesusito, el Rolo, el Chano y yo, el Pelao. ¿Qué dirá el Oreja cuando me reconozca? Y sobre todo ¿qué hará después? Bah, para el caso... Lo seguro, sí, es que se la va a comer solo. ¡Nunca por nunca buscará la ayuda de sus compañeros del cuerpo, ni de nadie! Eso es lo que no ha querido entender la gente; claro, no les conviene. Es por demás insistir.

Ni yo mismo sé bien por qué es así. Lo único que he podido decirles es que yo, que lo conozco más que cualquiera sé que es así porque es así, y sanseacabó. ¿Pero de qué me sirvió recordarles que yo fui el más cercano a él, casi su único amigo? Todos se portan como si no hubiera habido una época en que él era diferente. A nadie le importa preguntar qué hacía, qué pensaba. Es como si fuera alguien **enteramente nuevo**, sin nada tras él. A lo mejor no les falta razón. Sólo que yo no puedo dejar de recordar cómo era antes.

Antes, es decir hace un par de años cuando apareció por primera vez en el barrio, nadié lo empelotó. Pero poco después era común encontrarlo en muchos de los planes que armara la gente por entonces; aunque era igualito que estuviera o no. No hablaba mucho si se hacía notar; qué se iba a permitir siquiera una chacota, menos que menos una insolencia. Claro, con ese dejo traído de quién sabe qué lugar perdido lugar de afuera, todo mal hablado y duro para bailar y jugar pelota, chupado con las hembras y sin ninguna gracia particular, no podía menos que pasar desapercibido. Por eso su plan era escuchar la conversa y tomar callado sus aguas, o estar de sapo en el taco, aguaitando a los buenos jugadores, o metiéndose sólo con las hembras de los burdeles. Ni siquiera servía de punto pues no tenía ningún defecto físico o mental notorio; casi podría decirse que estaba y no estaba. Yo mismo nunca hubiera notado su presencia si no es porque una vez, encontrándome aburrido en el taco, con mi collera en vaya a saber dónde, agarramos conversa; mejor dicho yo le empecé a dar a la lengua mientras él me escuchaba atento. Conversamos ¡no!: hablé y hablé un ratazo, tragos de por medio, claro está, porque nos fuimos a lo de la tía Rufina. No sé que tanto le dije y le conté. El caso es que en otra oportunidad me habló de irnos en plan donde la Nené, y en otra, a ver una película de las buenas. Yo, para sacármelo de encima le dije una vez que no tenía plata, y como él insistió en que correría con todos los gastos, no me hice de rogar, y desde entonces no faltó alguna ocasión en que hiciéramos dupla para salir de correrías. En esas veces, aparte de conversar de lo de siempre: las andanzas y ocurrencias de la gente del barrio, el fútbol y los sucesos del momento, no hubo nada especial, al menos para mí. Quizás, forzando la cosa, lo único particular es que él parecía más animado cuando entraba al tema de las broncas, tema del que nunca me ha faltado qué contar, no tanto porque yo sea muy bronquero como porque siempre estoy en todas; y si no, lo mismo que oigo lo aderezo y recuento de tal manera que parece que quien ha estado en el sitio he sido yo y no el mismo protagonista o el que da la primera versión. Raras veces se me acaba el rollo o me canso de darle a la lengua, y como el Oreja era sólo eso: Oreja —está casi demás decir que esa chapa se la puse yo—, las cosas salían de lo mejor en estas corridas.

El cielo de la tarde tiene ya el color de la cerveza, desparramada por todos los rincones del barrio. Un olor agrio y denso se levanta de los restos mal barridos que ha dejado la paradita. Un tufo a yodo y mariscos me advierte que el Chano se acerca. Nunca puedo desprenderme del maldito humor del pescado, me confesó hace algún tiempo, por más que me sobo y refriego el pellejo con lo que sea. A las hembras no les gusta el olor. Se me corren, o si no, están que no les cabe el culo en la silla. De repente se imaginan que son ellas las del tufillo y no hay formas de retenerlas. A nadie le gusta la competencia, recuerdo que le dije en plan de chacota. Pero ahora no me dijo nada ni yo estaba de humor para ninguna salida; sólo se me había acercado de puro impaciente. Derecho el zambo. ¿A dónde irá a parar cuando todo termine? No me lo ha querido decir; tal vez ni él mismo lo sepa. Hay tantos puertos... Los otros muchachos, en cambio, parecen tranquilos, recostados allí, uno en el poste de luz con el foco tuerto, y el otro en la pared de la casa a medio terminar, como quien conversa aprovechando el fresco de la calle. Nadie ha dicho lo que piensa hacer una vez que terminemos la tarea. Me preocupa a ratos, como si yo fuera el único responsable de todo; pero quién sabe sea lo mejor.

¡La cara del pobre tipo! Alguien de fuera, claro. Aunque a cualquiera le pasaría lo mismo si de un momento a otro se diera con cuatro compadres medio sombreados a la vuelta de una esquina. ¡Y con qué jeta estaremos! Tenemos que relajarnos. Pero es que ya se aproxima la hora. Al dorado cervecero de la tarde parece que le estuvieran echando Coca Cola, y nosotros sentimos que la mancha oscura empieza a ganar terreno muy lento. Cómo es ¿no? Cuando uno tira sus tragos se le viene la noche de un cocacho. En cambio ahora parece que nunca se va a terminar la luz del día.

Es riesgoso, ahorita lo veo, estar acá así como estamos. Tenemos que hacer algo para barajarla mejor. Si hubiera sido un tomo en vez del tipo ése quién sabe cómo hubiera reaccionado. Sólo que no hay otro sitio mejor. Estar aquí es un riesgo, pero no estar también lo es. Desde esta esquina tenemos la ventaja, la gran ventaja, de que él no nos advierta cuando baje al barrio. ¿Y si alguien se presenta en el momento justo? Bah, no vale la pena pensar. Será como tiene que ser. El resto son detalles que no valen nada. Nada importa más que hacerlo. Y ahora. Tiene que ser ahora. Esperar a que todo se presente perfecto es sólo un pretexto, es dejarlo para el día de San Blando. Hasta aguantarnos hasta el próximo fin de semana, con todos estos días por delante, es un riesgo que no podemos correr. ¿Quién garantiza que a alguno no le baje el miedo o el desánimo y se tire para atrás? ¿Quién podría ser? ¿El Chano, el Rolo, el Jesuquito? ¡No! Ninguno. Pero así y todo es mejor no correr riesgos. Ya está decidido que es ahora, que tiene que ser hoy mismo, y no hay más. Todos lo han com-

prendido y aceptado así; lo he remachado tantas veces que de repente soy el único que le está dando vueltas al asunto todavía, como si dudara que todos estén convencidos que las cosas tienen que hacerse como yo mismo las he planeado. ¿No será miedo de mi parte, un miedo disfrazado? Bah, no se trata de eso. Ni yo ni ninguno puede decir que no tiene miedo, estoy seguro, pero eso no tiene nada que ve con tirarse para atrás. Y es que no hay otra salida.

El Chano, después del incidente, se retira a la acera opuesta, unos pasos más adelante, y con una seña me indica que hará de campana para no darnos con sorpresas como ésta. ¡Qué chiste! Buscamos seguridad máxima por un lado, garantías de que todo va a funcionar como se pide, y por otro lado nos metemos de cabeza en algo que nadie sabe cómo irá a terminar. Ahora que, si no sale bien la movida, no será porque no la hayamos craneado bien, hasta donde se puede cranear una cosa de éstas, claro. Todo depende de que cada uno haga las cosas como debe, y para eso no hay que pensar en lo que significa el Oreja, el nuevo Oreja. Pero ¿cómo dejar de pensar? Si ni siquiera soy capaz de desprenderme del trictrac de ese día maldecido. Lo tengo metido desde entonces y no me deja ni a sol ni a sombra. En el momento menos pensado ¡zas! ahí está, poniéndome por delante una verdad que no puedo dejar de ver.

Todo se me aparece clarito, como si estuviera de nuevo recostado en el mostrador del taco. El Panamá, el Tico y el Oreja estaban en plena minga cuando de pronto se oyó el "tarari tarari" del Sargento Baba. Todos sabíamos de qué se trataba, y el que menos empezó a sonreír esperando que asomara la jeta. Sólo el Oreja parecía tan concentrado y cerrado como siempre. No, tan hermético como desde hacía un mes atrás. Si antes siempre había sido poco comunicativo, después de su desaparición del barrio un año antes —poco más o menos— había vuelto reservado y hosco como nunca. Nadie está de acuerdo conmigo en que estuvo fuera de circulación por un año. A lo más, dicen, habrá sido un mes o dos. Para mí que al Oreja le prestaban tan poca atención que seguro recién se darían cuenta de su falta después de quién sabe cuántos meses.

Cuando regresó tampoco nadie le hizo mucho caso que se diga. Creo que sólo yo me di cuenta de su reaparición. El día que lo vi entrar al taco comprobé lo poco que se había ganado la voluntad de la gente, pues nadie lo empelotó. Era como si nunca hubiera dejado de venir seguido. Yo, como estaba jugando, sólo pude acercarme después de terminar mi entrada y saludarlo a la diabla, con cierta intencionada alharaca, tratando así de borrar de alguna manera lo que creí una fea impresión en alguien que desaparece del barrio por un buen tiempo y que a su regreso todos como si las huevas. Pero él no demostró nada especial ante mis manifestaciones, tal vez porque no fui muy convincente o porque algo le diría que todo era más de boca para afuera que de fondo, lo

cual desgraciadamente no estaba en mí evitar. El caso es que cuando terminé de jugar y lo busqué con la mirada ya no lo encontré. En la siguiente ocasión que coincidimos en el taco dio la casualidad —nada premeditado ni mucho menos— que no tenía la menor gana de ir a burdelear y tuve que decirle que mejor dejáramos el plan donde la Nené para otro día. Después, como él no hizo ademán de buscarme conversa como antes, yo —comprometido siempre con gil y mil— tampoco hice nada para volver a intentar corridas como las de antes, y sólo lo saludaba vagamente sin preguntarme mayormente el porqué del cambio.

La noche que apareció el Sargento Baba él estaba jugando, mientras yo, cosa rara, estaba de sapo. Fue entonces cuando pude notar algunos detalles que me parecieron nuevos: primero que todo, se le veía más duro para taquear, hecho que yo achaqué a su falta de práctica; segundo, usaba zapatos de suela de goma y estaba masque y masque chicle. Pero sobre todo vi que acusaba un tic, un tic que le notaba por primera vez a nadie. Parecía habersele prendido como consecuencia del momento, pues el Oreja estaba perdiendo, y si bien no mostraba ningún disgusto cuando le ganaban o le salí una mala jugada, como debe ser, su párpado izquierdo era atacado por una especie de ráfaga eléctrica; muy rápida y corta, sí, pero incontrolable. Además, al forzar algunas posiciones y estirar el antebrazo izquierdo, el que sirve de base de apoyo al taco, los músculos de éste vibraban como cuando se hace pulseadas. Nunca antes había notado lo fibroso que era. Siempre lo había visto como un compadre cualquiera, ni más ni menos que tantos del ambiente.

Cuando el Sargento Baba asomó la trompa, macerado en quién sabe qué alcohol de mala muerte, flotaba una guasona expectativa. Como hacía tiempo no se le veía, el que menos había pensado que ya, ahora sí estiró la pata. Pero como tantas otras veces, aquí estaba de nuevo. Y como siempre, también se cuadró militarmente, a pesar de que a duras penas podía mantenerse vertical.

—¡... Cion! ¡... Anso! ¡... Cion! ¡... Anso! —decía desde el umbral de la puerta, alzando o bajando un imaginario fusil. Los pantalones, quién sabe si chorreados por su propia orina, amenazaban caérsele en cualquier momento.

—¡Ahí vienen, ahí vienen! —gritó un vagazo, a la vez que imitaba el ruido de motores. El Sargento, como era de rigor, se lanzó al suelo, tomándose la cabeza entre las manos, a la vez que lanzaba su ¡ta ta ta ta! Después de un rato, no bien se hubo levantado con todas las precauciones que exige una situación de emergencia, no faltó otro pendejo que repitiera el plato: —¡ahí vienen!—, provocando otro suelazo del Sargento y los mismos detalles.

La mayoría interrumpimos la conversación, o el juego, porque ya sabíamos lo que pasaría después. Entre los pocos que intentaron no hacer caso de la

presencia del Sargento Baba estaba el Oreja, que continuó jugando hasta terminar su entrada. Luego, como el Tico no arrancaba, lo apuró a que lo hiciera, ante lo que éste, interesado más en lo que pasaba fuera del juego, le contestó distraídamente con un gesto de no jodas.

El mismo Tico gritó entonces:

—¡El pañuelo, compañero, el pañuelo!

Puesto de pie a duras penas el Sargento Baba buscó en un bolsillo un imaginario pañuelo, y procurando sacar panza y con una mano en la cintura hizo como que lo agitaba con la otra mano en alto a todo el público. Luego, dando traspiés se fue acercando a la gente del local. Sólo que, carajo, con lo que apestaba, todo el mundo se le corría.

Alguna vez escuché que de joven había estado en el bombardeo de Trujillo y que luego casi es fusilado en Chan Chan y que, como muchos apristas, se había quitado del partido a raíz de la traición del 48. También escuché que no, que sólo había participado en el conflicto con Ecuador y que jamás había pasado de ser un simpatizante del partido del compañero jefe, a quien le gustaba imitar, a su manera. Nada de eso explicaba su comportamiento, pero era lo que se comentaba. Lo franco es que de sano apenas si sabía dar razón de sí, y de borracho simplemente desbarraba.

En esas estábamos cuando le vi al Oreja dos tics casi seguidos. Estaba perdiendo y parecía molesto de que la partida no continuara. Para remate, el Sargento se le plantó delante y se le cuadró militarmente.

—Sóeeees... Miaaán.

El Oreja le dijo, apretando los labios, con un nuevo chicotazo de corrientes en el párpado inferior izquierdo:

—Lárgate.

El sargento se inclinó hacia adelante, los pies juntos. Yo lo vi irse de trompa, pero igual que un muñeco porfiado, volvió a su posición inicial. Todo el mundo reventó a carcajadas.

—Saeeto Baaaa, óeees...

—Lárgate, basura.

Todo el mundo dijo después que el Oreja había estado perfecta y absolutamente tranquilo, y nada avisó lo que vendría después. Pero lo que pasa es que todos prestaban atención al Sargento, y como el Oreja nunca se daba a mostrar, nadie lo vio alterado ni nada. Yo, a pesar de que estaba atento a lo que pasaba con el Oreja no puedo explicar qué sucedió exactamente. Sólo vi cómo de repente el rostro del Oreja desaparecía de escena inesperadamente, entreví un revuelo, un quejido, y luego un ruido jese trictrac maldito!, como el de las zacuaras de una cometa que se quebraran de repente. Los que ahora di-

cen que siguieron paso a paso lo sucedido, para mí que se lo imaginan todo. Si no ¿por qué no se ponen de acuerdo? Para unos, el Sargento lo quiso agarrar al Oreja y éste reaccionó como reaccionó; para otros, el Oreja de buenas a primeras se le fue encima. Yo no puedo apoyar a unos o a otros, atento como estaba al tic del Oreja que parecía haber aumentado de campo de acción y entrado a un ritmo de ametralladora; después: una masa en movimiento y el ruido ese como el de un lejano cohete de año nuevo, un sonido que me hizo rechinar los dientes y que no puedo sacármelo de encima desde entonces. Todo fue tan rápido que algunos juran que no hubo más que un solo movimiento, el de levantar al Sargento por encima de la cabeza para tirarlo como un costal hacia un rincón; otros en cambio insisten en que primero hubo un golpe, con el codo, y que ahí mismo, con un giro, lo levantó para ¡pandagán! mandarlo a volar y dejarlo regado como un inservible muñeco de trapo.

El cielo es ya puro ron con Coca Cola y nuestros rostros son nada más que manchas borrosas. ¡Qué buena la hizo el Rolo bajándose temprano el foco de luz! Ahora sí que ya no debe tardar. Es la hora de los tragos, de la conversa, de la música, de la alegría, y si no estuviéramos en este plan, andaríamos gozando tranquilos del mejor momento de la semana. Pero no, eso era antes, antes que el Oreja se convirtiera en quien se ha convertido ahora. Tuvo que pasar lo del Sargento Baba para que recién la gente se diera cuenta que el Oreja de hoy no es el de antes. Y uno a uno fueron saliendo los detalles: que ahora tiene el pelo cortado así, que sólo aparece los fines de semana. Y juntando datos de aquí y de allá, una suposición de uno y de otro, se vio lo que debimos haber adivinado desde un primer momento. Aunque conocer su nueva condición no ayudó gran cosa a entender lo que pasaba. Si ni a mí me sirvió de gran cosa hablar con él para ir al fondo del asunto, menos iban a poder ellos sacar algo en limpio con sólo suponer y suponer, por más bien que pudieran sonar sus ideas.

Poco después del incidente y del bolondrón que se armó en el taco, una vez que me sacudí de la impresión que me causara lo visto, no lo pensé dos veces y con las mismas traté de hablar con el Oreja para pedirle un aclare. Para mi suerte no lo encontré, pues cuando reaccioné y lo empecé a buscar, me di con que se había quitado. Y como nunca había llegado hasta la puerta de su casa y sólo sabía más o menos dónde vivía, me dije que mejor esperaba hasta mañana para hablarle.

Bueno, sólo pude ubicarlo el siguiente fin de semana, después de confirmar entre la gente de su vecindad lo que se rumoreaba en el barrio: que estaba cumpliendo su servicio militar. Para mí esto no explicaba gran cosa, pues no eran pocos los casos de gente que había pasado por este trance sin que le significara ningún cambio importante. Algunos hasta regresaban más pendejos y

traferos que nunca, pero sin dejar de ser quienes eran. Y estoy seguro que a ninguno se le habría ocurrido hacer algo así al Sargento; ni siquiera al Jíbaro, de quien dicen que desertó y se metió a la candela con un arma de reglamento. ¿Qué prestigio podría darle a nadie contrasuelear a un borrachín?

—Es que él entró de voluntario —dijo uno.

—¿Y eso qué tiene? —argumentó otro.

—Sólo los pavos son voluntarios —insistió el primero.

—Bueno ¿y qué? También hay un montón de pavos que no son voluntarios ni nunca lo serán. Tú, por ejemplo.

—Ya, ya, huevón. Para mí si tiene algo que ver. ¿No ves que sólo alguien así pudo hacerle eso al Sargento?

Con los datos que conseguí en su vecindad pude adelantarme a los demás y hablarle a solas, en el trayecto de su casa al taco, una vez que salió de franco el siguiente fin de semana.

—Compadre, ¿de vuelta al barrio? —le dije, haciéndome el encontradizo. A lo que él, sin mirarme casi, respondió:

—Ajá.

Se le veía relajado, podría decirse que hasta sereno; aunque como siempre, poco dispuesto a soltar prenda. Más o menos yo esperaba algo así. Había llegado a la conclusión que lo mejor era tratar de aparentar que no me daba cuenta de nada y que tampoco había pasado nada, no sólo respecto a lo del domingo pasado, sino al medio distanciamiento aparecido entre los dos desde su regreso. Fue todo un acierto, pues el Oreja, por su parte, actuaba como si efectivamente nada hubiera pasado nunca.

Viendo la cosa favorable me solté a lo de las otras épocas, y entre comentarios y relatos de uno y otro suceso y personaje, me fui acercando al punto.

—¡Ese pendejo del tico! Siempre quiere ganarlas todas. Pero ahora se va a estrellar. Figúrate que no le quiso pagar ni un sol al Maleño diciendo que te había arrumado todas las mesas y que tú aprovechando el pánico, te habías quitado, y que incluso le debías no sé cuánto, pero que...

En ese momento me di cuenta que estaba metiendo la pata. Algo no marchaba bien. Él había cambiado. No sabía en qué estaba ese cambio, pero yo lo sentía, lo adivinaba. Di entonces una vuelta al timón, no fuera a estar malogrado el asunto.

—Pero que, claro, todo el mundo sabe que es cochineo. Y es que, compadre, como no se hace otra cosa que hablar de ti desde el domingo, nada mejor para él que tratar de quedar lo mejor posible. Tú sabes: no aguanta estar fuera de la foto.

Cuando comenté con la mayor naturalidad del mundo que todos hablaban de él —lo cual era cierto, aunque no en el sentido que le traté de dar y que él quiso creer, o creería de verdad— mostró una expresión de satisfacción, muy breve pero inconfundible. Yo, con el trictrac golpeándome otra vez el oído, continué:

—Lo que no sé, compadre, es si estás enterado que se te pasó la mano con el viejo.

Él dijo, con expresión de asco y en voz tan baja y rápido que hasta llegué a dudar si lo hizo como un comentario a lo que dijera yo o simplemente se le saliera sin pensar:

—Esa basura.

Yo entonces no pude dejar de sentir fastidio, una incomodidad que no creo que nadie criticaría. Está bien que el Sargento Baba fuera un pobre diablo, casi una piltrafa, si bien se ve, pero lo del Oreja no estaba nada bien: ni lo que hizo ni lo que dijo. Nuevamente pues, haciendo ahora un gran esfuerzo, di otro viraje al timón.

—¿Y dónde has aprendido eso, compadre? Nunca lo había visto en el barrio.

—Allá pues, en el cuerpo —dijo simplemente.

—¿Y funciona siempre?

Él entonces, con asomo de sonrisa en camino de ser cachacienta, me soltó un:

—¿Quieres una demostración?

—No, gracias, compadre. Paso —le dije en tono de quien escucha una buena broma. Él acentuó un poco más su sonrisa por todo comentario. Luego dijo:

—¿Y cómo crees que se aprende? —quizás esperando alguna salida de las mías. Pero yo sólo respondí:

—Ah, pero yo no quiero aprender. La verdad es que me contento sólo con saber cómo es.

—¿Y qué sacas con eso?

—No sé, saber pues... No me gustaría nadita andarme a los porrazos como debes haber andado tú por un buen tiempo. ¿Cómo hiciste para aguantar?

—Bah. Lo bravo son las pruebas para el ingreso. Ahí te hacen cagar. Yo he visto llorar y pedir chepa a un zambo maceta y así de alto.

—¿Cómo que el ingreso?

—Para el ingreso al cuerpo, pues. ¿Tú crees que allí dejan entrar a cualquiera?

Después de esto último se calló la boca de la manera que ya le conocía, es decir como cuando se cierra una puerta de un tirón. Sólo que a mí me interesaba saber más.

—¿Y de qué depende? ¿Se puede saber? Tú me acabas de decir que un gorilón no pudo. ¿Cómo otros pueden?

—La vaina está acá y acá —me respondió señalándose el pecho y los cojones, disimulado orgullo—. El resto son huevadas.

Y cuando le iba a preguntar más detalles que me explicaran mejor lo que quería saber, él se me adelantó y dijo:

—Seguro que los payasos del taco están hable y hable como cotorras.

—Bueno, nadie se imaginó que pudieras hacer eso que hiciste. Yo mismo, que lo vi todo, hasta ahora no sé cómo fue, y sobre todo por qué, por qué.

—Bah.

En ese momento puso una cara de a mí qué mierda todo, que pronto se haría familiar en el barrio. Con ese seco comentario me estaba dando a entender que había cerrado el buzón y que no recibiría más mensajes, si es que algo lo conocía. Pero yo no me di por vencido.

—Franco, franco, compadre. La gente se quedó cojuda. Por eso hablan y hablan hasta ahora de lo que pasó. Seguro que se te van a pender para sacarte cómo fue el asunto.

—¡Que no jodan!

—Sobre todo qué pensabas, qué piensas de todo esto.

—¿Y qué querían? ¿Que le aguante el salto? ¿Que lo dejara seguir maleando todo? —me dijo ya medio irritado.

Y eso fue lo último que pude sacarle, no sólo porque estábamos a la vista del taco sino porque vi que la cosa no daba para más; pero sobre todo porque no sé cómo me fijé que le había aparecido el tic ése de la vez pasada.

Bueno, me dije, hasta aquí llegué. Y verdaderamente creí que todo terminaría así, como un incidente más en la historia del taco; el mismo que daría que hablar todavía por un buen tiempo, pero nada más.

Pero una vez en el taco, cuando el Tico tuvo la mala ocurrencia de querer tomarle el pelo con aquello de que se había borrado aprovechando el pánico, él no contestó nada; ni siquiera lo miró. Pero cuando el Tico, al parecer un poco picado por lo que creyó un desaire y ayudado por sus buenos tragos consumidos en la tarde, lo increpó por lo del Sargento, diciéndole que lo había despachado sin qué ni por qué, el Oreja no le respondió con palabras; lo que hizo fue echarse encima y hacerlo volar igual que al Sargento, dejándolo privado por un buen rato. En otra ocasión le toco el turno al Zurdo, que terminó con

un par de costillas rotas y la clavícula zafada; y luego a un par de muchachos más.

Desde entonces nadie le dice nada; y él, como si nada pasara, sigue yendo al taco, con una mueca de sobrada e insolencia que no se la soporto. Yo, por supuesto, indignado por todo esto no he vuelto a acercármele. Y es que nada hay en él del antiguo Oreja. Cuando entra al taco se hace el silencio, y cuando invita a jugar o pregunta si puede participar en la minga, nadie dice que no. De miedo, claro. Y yo no lo puedo aguantar ya. Otros dicen lo mismo, por lo bajo, eso sí, con temor de que él los escuche. Yo también tengo miedo, pero no voy a esperar que el barrio se pudra por completo. No podemos dejarlo, es cuestión de todos; todos debemos darle una lección, botarlo de acá, que no vuelva. Pero tiene que ser entre todos, si no, nos masaca. Eso es lo que he tratado de meterles en la cabeza. Pero se chupan. Es que el oreja es muy rápido, casi no se le ve cómo hace lo que hace. Y su forma de golpear no es la nuestra, la que todos aprendemos en el barrio; y no sólo es diferente sino que siempre busca que hacer daño. Por eso sólo me han respondido estos tres compadres que ahora me acompañan. Ellos sí han entendido que tenemos que ponerle pare pues alguien está demás en el barrio; él o nosotros. Qué importa que sea poco menos de Supermán, o uno de esos especiales, que no sé cómo les dicen, o que sea lo que sea. No tenía por qué hacerle algo así al pobre Sargento, que según dicen ahora sí se enfrió de veras, ni tener en jaque a la gente como la tiene.

Que alguno de nosotros va a recibir lo suyo ni qué decirlo. Claro que uno piensa siempre que no va a ser el premiado. Tal vez el otro pero no yo. Soy el más ágil, dirá el Chano, o el más fuerte, el Jesusito, o el más mañoso, el Rolo. Yo no sé nada más que tenemos que hacer las cosas lo mejor posible y que él se tiene que llevar lo suyo. Y no respondo cómo irá a terminar esto porque todos estamos dispuestos a ir hasta las últimas; para eso hay recursos si no son suficientes los puños y los pies y la cabeza. Qué importa que el Oreja sea lo que es. Para mí es él o yo, o nosotros. Ni siquiera por un momento pienso que alguna vez fuimos amigos. Este Oreja no tiene nada que ver con el otro, el que yo conocí de antes. Ahí está su cara, su cuerpo; pero adentro hay otro tipo, un tipo que ha puesto no sé quién o quienes, y vaya uno a saber para qué.

ARNALDO PANAIFO TEXEIRA

(Iquitos, 1948)

EL DUELO DE MACUITO

—Vine a decirte que me voy —dijo por decir Efraín Macuito y Rosalía Dubidu se dejó vencer como racimo maduro por un doloroso estremecimiento que le desgajó el cuerpo.

La puerta de fierro crujió algo dudando de la palabra de Efraín Macuito y provocó la hilaridad de la ventana de madera que, con incredulidad pagana, susurró “¿y para que viniste?”.

La Dubidu con una duda muy fuerte “¿le habrán contado algo?”, latién-dole en las sienes. Y en el pecho, el bombardear alocado de sangre, calló su amor, su tiempo, su impetuosidad y sólo pidió:

—Quédate.

—¿Para qué?—, habló Efraín Macuito, ahora más duro y más dueño de sí sabiéndose imprescindible.

—¿Te contaron algo?.

—¿De tí?. ¡Qué va...! si tú eres la más pura de las mujeres que conocí.

Rosalía sintió que el alma le volvía al cuerpo y ya cuando se dejaba poseer por la tranquilidad, como un tiro de gracia, el artero verbo de Efraín Macuito, la fulminó:

—De ti no sólo hablan los hombres en los bares, en el club, en el estadio y en los confesionarios. Hablan, de tu desabandono y tus preferencias, las botellas de cerveza, de ron, de pisco y de cañazo. También las mujeres dejan entrever su odio por ti. ¿Y sabes lo que dicen?. Que engatusas a sus maridos con tu brillante lomo bronceado de vaca marina, con tus pasitos salseros y risa fá-

cil. Y eso no es nada comparado con lo que dicen los niños. Los niños cuentan que tú como niño los envuelves en tus juegos, en tus caprichos y en tus necesidades. Ah, pero si supieras que hasta las rocas entienden tus sentimientos; que el viento habla de tu fragilidad, y la tierra misma dice engolosinarse con tu meloso cuerpo cansado de juerga en cualquier rincón del mundo. Ah, pero si malcrías lo que el agua dice de ti. No, creas que te perdona, al contrario, dice que se emociona con tu voluptuosidad y condena tu descaro por mostrarte tan ajena a Mamá rumi. Ah, Rosalía, que tienes para hacer que las hojas tiemblen de ansiedad. Qué tienes para que los árboles sufran al ver tu desgarrado caminar de chimpancé en celo.

—¿Eso dicen?—

—No sólo eso. Además, dicen que tu pasión y muerte es la eterna alegría del fuego que te consume interiormente. Dicen que no tienes paz ni tendrás salvación por santa. También dicen que es preferible que sigas así, mascullando ritmos de rock, moviendo el cucú con algún festejo o con una salsa bullanguera en cualquier parrillada o fiesta de beneficio. Sigue, así, jaranéandote de la vida con tu joven juventud, pero yo me voy.

—¿Adónde?—, le insiste Rosalía tratando de detenerlo con manos trémulas.

—Adonde no me queme tu amor, le dice Efraín Macuito, ahora con una duda en el alma y ya no sabe si partir o quedarse.

—¿Algún nuevo amor?—, susurra Rosalía con fingido celo.

—Ni viejo ni nuevo. Aún me desangro por ti Rosalía.

—A mí con esas—, le dice Rosalía, ya dueña de sí misma, con su conocimiento de mujer habilitada—. Crees que yo no sé del despertar de tu carne con la tía Jirafa cuando sólo tenías siete años. Crees que no sé que te amancebabas, al reojo de tus padres, con todas las mucamas de tu casa. Crees que no sé que cabroneabas, a la Fredesvinda Tanchiva en el punto rojo y que la única mujer que sí valió la pena para ti fue la Teresita Saquiray, pero la perdiste por puto después de regalarle un angelito en una fiesta de San Juan. Crees que no sé de qué pie cojeas o crees que soy tan mena como te pueden haber dicho tus amigos. Crees que me acuesto así por así. Crees que mi cosita está en las manos. Pues para que lo sepas tú eres el único que se deleita con mi tesorito. Ah, Efraín Macuito ya te haces viejo y sigues siendo el mismo Macuito. Entiende Efraín, por ti dejé el pasado en el pasado. ¿Acaso yo no te lo conté? ¿Acaso tú no me dijiste a partir de ahora empezamos una vida nueva?. A ver ¡dímelo!

—Sí es cierto.

—Entonces—, le llora Rosalía mientras los comejenes dejan caer, desde el techo de la casa, su caca sobre el lacio pelo de Efraín Macuito —a qué me vie-

nes con tanto cuento. Ay, hijo, si vas a creer fantasías deja que te las invente yo.

—No insistas Rosalía. Creo...mejor me voy.

—¿Que te vas?. Ja jai, no me hagas reír que no tengo ganas. Te reto a que no te vas.

Efraín Macuito había estado con una idea fija, día de días y noches de noches, en su pensamiento. Estrenó tantas disculpas que le permitieran irse de Rosalía Dubidu como un caballero. Buscó tantos pretextos que se desvanecían como idea porque no podía probarlos. La única excusa aparente era la sátira de los amigos que siempre le decían que Rosalía era una ganosa en todas sus relaciones. Pero, al fin y al cabo, decidido a romper con ese inicio, según él, de malas costumbres, llegó arrogante y presumido para decirle: "vine a decirte que me voy".

Tantas ideas dieron vueltas en su afiebrado cerebro, pero ni una pudo tomar la suficiente consistencia como para expresarla. Ya varias veces se había sentido impedido a partir. Ahora estaba convencido que se equivocó nuevamente, que el amor que creyó sentir al principio se desvaneció en sólo cuatro salidas, con ella, a contemplar la luna para deleitarse con ese su aroma que lo sabía añejo.

Maldijo el amor libre y su nacimiento en una generación intermedia, entre conservadora y liberal. Rió de su preferencia liberal para él y se dijo: "al menos las mujeres casadas deberían ser conservadoras". Aún mantenía fresca esa primera noche que la cervecita aligeró su verbo para decirle: "oye nena, qué tal si chapamos". Y sonrió al recordar su respuesta: "claro guapo, siempre y cuando no se enteren ni tu mujer ni mis padres".

Sí, esa primera noche, Rosalía Dubidu, tampoco se explicaba qué raro encanto la obligó a cantar, a contarle su pasado. No sabía si había sido el influjo de la luna verde o ese amuleto que siempre cargaba en el cuello, de una gruesa cadena de oro, Efraín Macuito. Ese amuleto, parecía tener un algo oculto en sus formas, como si a veces cobrara vida para mirar e hipnotizar al que se ponía frente a él. Sí, sólo una vez lo escuché decir, un día histórico, cuando el trago había vencido sus resistencias físicas: "Mamá Rumi, ¡protégeme!. Y con el último esfuerzo antes de caer sumido en la laxitud del alcohol, llevar con la mano derecho el amuleto a sus labios para besarlo repetidas veces.

Sí, Rosalía Dubidu no sabía cuál fue la causa que enverdeció su encallecida alma, para decirle las cosas que jamás dijo a hombre alguno. Para confesarle con todas sus virtudes y todos sus defectos, su pasado, su presente y su futuro. Para decirle que siempre había apostado a todo o nada, o mejor dicho como

solía decir: “salga pashna o berraco”, para iniciar una aventura nueva pese a sus cuatro o cinco compromisos a la vez.

Ahora no se explica por qué tuvo que contarle de Wickler, el amigo Holandés que siempre confundía la nata con el queso. A él sólo le bastaba mirarla para sentirse dueño y señor de su vida. No sabía qué le había atraído de él para *insinuarse una noche de luna llena*. No daba con la gracia del holandés que le absorbió en su tiempo, en sus vellos y en su olor a rancio. Tampoco por qué le contó del negrito senegalés, de su fineza al vestirse o de su delicadeza para decir mejor las cosas. Ahora no sabe en qué momento le habló del Francés. Sí, era para morirse de risa, el pobre Francés una noche de pascua más turroneado que parrilla china vertió en su chévere cuerpo un frasco de perfume Anais para volverlo vinagre. Si esa noche habló de él, de su rostro niño, de cara fina, de sus ojos turquesa, de sus bolsachas camisas mantel, de sus terrosos blue jeans, de sus zapatillas y de su amortiguado olor de pies. Si tuvo que confesarle a Efraín Macuito, por cierto con alma de mártir, la exigencia diaria de la esponja para quitarse el humor Francés de su coqueta piel. Ahora ya no sabe cómo habló de él así como de los muchos americanos que con tonadas de paucares expresaban un tankyuo, al escucharla contar una gracia intrascendente, o un excúseme porque de la forzada risa se les escapaba alguna indecisa ventosidad como eructo o pedo.

Todo su tiempo lo dejó detenido en el conocimiento de Efraín Macuito, como si quisiera lavar sus culpas para empezar una nueva vida. Por eso qué le puede importar ya las blasfemias de los vecinos: “valiente puta”, o la mala interpretación de los amigos de barrio que siempre le gritan cuando pasa: “pucho de gringo”.

Ahora Efraín Macuito se rebela consigo mismo, quiere partir y no puede, un algo invisible parece coger sus pies al tiempo de Rosalía Dubidu. Su cólera quiere salir por sus ojos, por sus gesticulantes manos y por los poros de su cara ruborizada. Entonces sin saber ni cómo le vino a la mente la figura de su madre, Concepción de los Santos Oleos. No sabe cómo le surgió la idea salvadora de invocarla. Necesitaba de su protección, de su heredad y de su conocimiento. Su madre. Concepción de los Santos Oleos, por las puras no heredó la sutileza y la percepción de los bandeirantes. Acaso ella no había sido la que desde el anonimato dirigió las luchas por la Santa Cruz, y llegando el momento, enarboló ese emblema blanco y verde, con la retrocarga en ristre; y se volvió también Juana de Arco. Ah, pero ella por toda coraza llevó, el alma al frente, en los labios la primera oración cantada o su grito: “a sangre y fuego”, para abrirse camino con el calor de sus polleras y sus rápidos y menudos pasos entre los usurpadores de su credo.

Ella, su madre, Concepción de los Santos Oleos, descubriría si era hechizo o amor al sentimiento de Rosalía Dubidu. Sí, Efraín Macuito, ya había maliciado en más de una oportunidad que un algo ajeno a él le iba atando la costumbre por Rosalía Dubidu.

Ahora recordaba; una vez, la madre de Rosalía Dubidu, Mamá Támara, dijo: "la pena es mala amiga Rosalía Dubidu. No te tortures y dale tiempo al tiempo", al descubrirla taciturna y cabizbaja sollozando con hipos prolongados en una esquina de la huerta.

Sí, aquella vez, él también había dicho que se iba y se fue. Rosalía Dubidu, sólo le dijo: "gracias". Y de un porrazo cerró la puerta.

De lo que sucedió después se enteró por Mamá Támara que con lujo de detalles le contó: "que se habrá creído la muy condenada. Pensó que le iba a soportar el berrinche. Ja, ya le había dicho: "¡qué vas a tener marido!. ¿Quién?. Dices que se llama Efraín Macuito. Y cómo iba a permitir que rompiera todo lo que cogían sus iracundas manos, así es que para que no siguiera jodiendo le pinté su brillante lomo de vaca marina con tres garrotazos".

Pero lo que no le dijo Mamá Támara fue que no podía permitir, según ella, que cualquier pendejo viniera a gozarse de su hija y la dejase así por así sin pagar una pequeña cuota de sacrificio.

"Y con lo camotuda que es mi pobre Rosalía Dubidu", repetía acongojada la pobre Mamá Támara.

—¿Qué hago Mamá Támara?

—Hazte la cojuda y llórale tu sufrimiento, tu amor. Nadie se resiste al halago y a la súplica.

Y así fue que Rosalía Dubidu, armada con un pedacito de shimpampam debajo de la lengua, para endulzar las palabras, llegó hasta Efraín Macuito, fingió el encuentro y toda compungida le narró su desconsolado sufrimiento desde el día que se fue. Se humilló, ofreció suicidarse y suplicó, a Efraín Macuito, se dejara amar.

Y Efraín Macuito, embebido de orgullo, se amó a sí mismo una vez más para quedar dormido en esa canoa de la cual desembarcó a tiempo, pero volvió cuando la sirena quiso volverlo al mar de presagios y sortilegios. Ahí Mamá Támara decidió de una vez por todas, poner las cosas en su sitio y con unos raros encantamientos y mariris hizo soñar a Efraín Macuito orgasmos interminables, se adueñó de su alma y mostró a Rosalía Dubidu cómo era a los dieciséis años, así cómo la abandonó a su suerte, cuándo descubrió la primera ilusión y el primer desengaño.

Ese tiempo Rosalía Dubidu no supo que las madrugadas eran húmedas, que la serenidad de los nuevos días se ahogaba con el cantar bullanguero de los

gallos cuarentones y la inocencia de los pollos adolescentes, y salió a buscar la mañana..., se encontró con la fantasía, el cabaret, los tragos cortos y largos, yates, cámaras, vuelos en jet, fines de semana en ciudades ajenas y apartamentos de lujo en hoteles cinco estrellas, hasta que casi por jugar o por agradecimiento soportó el primer peso ajeno.

Ah, pobre Rosalía Dubidu. Pobres Marzos que jugaron carnavales atrasados más allá del pica pica con flácidas cabasiñas y ventrudos tripajes. Ah, pero vaya a ver su coqueta piel al calor de su indigente infancia, y su postrero desabandono a la impiedad de cualquier lujuriosa posesión. Vaya a ver la mentira de saberse imprescindible para liar con boutiques, salones de belleza y calzatura exclusiva.

—Déjeme Rosalía. Prefiero amarte en soledad.

—¿Me amas, Efraín?

Y él no tuvo más remedio que aceptar la realidad con un agudo dolor en el pecho “sí”, pese a que un algo invisible le insistía dejar de lado su inocente sensiblería.

La miró como tratando de descubrirse indiferente, pero sus ruegos lo atraparon en a presencia del ciego Manuel, que un día de tantos, no recordaba, por casualidad se lo encontró en una cantina.

El ciego Manuel se le acercó tanteando entre las mesas. Le observó con sus gafas oscuras como si los cristales tuviesen ese raro don de identificar a las personas, para decirle:

—¿Efraín Macuito?

—Sí.

—Soy padre de Rosalía Dubidu.

—Así— se escuchó decir Efraín Macuito, aún balbuceante por la sorpresa.

Él jamás supo que Rosalía Dubidu tuviera padre, menos que fuera el más histórico de los ciegos de la ciudad. El ciego que una tarde de Junio, al calor, del verano, se batiera a punta de paraguas con el español Valera. Y lo peor, por ufanarse de su destreza, en un descuido perdió el ojo derecho. Y de pura concha, de macho, aquel honorable día, dijo: “ya me jodiste la vida”. Y se reventó el ojo izquierdo con la uña larga de despenador, del pulgar de la mano izquierda para quedar ciego de por vida sin que un ¡ay! le brotara de los labios.

—Déjala Efraín Macuito. Es mala ficha—, sentenció.

—No puedo. La amo demasiado.

Y le escuchó decir con una gran melancolía: “sólo Mamá Támara puede comprenderla. Esa vieja loca que parece no escuchar la voz de su conciencia. Ni quiere retomar el cariño que le negó, como siempre dijo, ayer nomás. Ah, vieja loca, por qué le quitó la confianza a los dieciséis años y la dejó salir a bus-

car según ella, su mañana. En vez de insistirle el estudio y decirle que debía ser profesional para que ningún mentecato borracho se erija en su amo y señor por unos intis que alcance cada fin de mes. En vez de alejarla de los sueños vanidosos como lo hice yo, el ciego Manuel, antes de ser ciego, que por esa y única vez, volví del desabandono en que tenía a Rosalía Dubidu, para rescatarla del malecón, cuando ya se estaba convirtiendo en el alimento diario de libidinosos choncholís que podían pagar la vanidad de Mamá Támara”.

Ah, cómo no reconocer en su padre, el ciego Manuel, ese maravilloso don para percibir la incredulidad, para intuir la verdad, que descubrió en ti, Mamá Támara, las veces que trataste de atraerlo nuevamente a tu mercenaria bandera, las veces que trataste de volverlo perro con los mejunjes que vertías en sus comidas. Ah, pero jamás supiste que él se burlaba de ti y el momento menos pensado te cambiaba el plato y te comías tu propio hechizo para amar más su indiferencia y el nuevo desabandono, pero esta vez para siempre, cuando te negaste a que Rosalía dejara esa maldita mañana que encontró por tu desaire.

Mucho antes, Rosalía Dubidu, ya había vivido la misma escena. No era el primer pobre que se le iba y jamás le importó. Pero con este fulano, con este Efraín Macuito, las cosas eran diferentes. Le dolía tanto su indiferencia y se sentía dueña de las nubes con sólo una de sus caricias.

—Me estás diciendo que te relega al olvido.

—Sí, Mamá Támara. No desea verme a pesar de quererme.

—Yo tengo que conversar con él. Al menos yo lo supuse algo decente y creo que su deber fue venir a decirme: “acá está su hija, prestadito no más la he tomado”.

—Más bien ayúdame a meterlo en cintura.

—¿Ay Mamá Támara, lo único que sé es que ya me cansé de ser objeto. Lo quiero.

—Y él también, por más casquivano que se ponga. Son sus últimos aleteos de gallito vanidoso. Pero su orgullo está desecho. Así es que cada vez que se te ponga melindroso endúlzale con tu palabra, háblale con un pedacito de shim-pampam bajo la lengua—, sentenció Mamá Támara.

Ah, pero si Mamá Támara supiera que Mamá Támara supiera que Mamá Concepción de los Santos Oleos, la madre de Efraín Macuito, está librando su propia batalla. Hace tanto tiempo que su gran preocupación es la carne de su carne. Ya varias veces le ha pillado lágrimas en los ojos que él trata de simular con alguna sonrisa fingida. Ella sabe que algún poder maligno tiene atrapado el alma de hijo. Pero admira su voluntad y nada puede hacer, sólo aliviarle en algo la pena para que su sufrimiento sea menos doloroso. Lo ha tratado como a

los condenados a muerte por alguna enfermedad incurable. Y él aceptó tomar el caldo frío de doce hervidas piedras negras para hacer insensible su corazón. Ha bebido la hiel de las musarañas para odiar su amor y hasta el cura José María lo ha exorcisado con esa su diabólica creencia, pero nada ha podido vencer su maligno mal y esa mañana cuando lo vio salir, sin siquiera probar alimento, supo que jamás volvería a verlo.

—A ver repítemelo—, pidió Efraín Macuito.

—A que no te vas—, pidió Rosalía Dubidu, ahora ya con plena convicción de la partida ganada, endulzando las palabras que decía al masticar el pedacito de shimpampam.

—Mejor pasemos, que la gente puede murmurar—, sugirió Efraín Macuito.

La puerta de fierro crujió al cerrarse. Los comejenes seguían cosquilleando las soleras, y la ventana de madera susurró: “ya lo decía yo. Para qué viniste”.

JOSÉ MANUEL GUTIÉRREZ-SOUSA

(Arequipa 1948)

V

Yalito, cuéntame cómo llegaron los ingleses a las haciendas de papá Francisco; ah niño que no sabe, pues le voy a decir la verdad pa que la sepa siempre y nunca olvide a su negro querido... que lo mima como si fuera el mismo dios, pues verá yo recuerdo, usted todavía estaba niño cuando don Francisco me pedía que lo acompañara... yo era un muchacho fuerzudo no enclenque como ahora, nadie se batía conmigo; pero dime Yalito cómo llegaron los ingleses al Perú; por esas épocas se construía el ferrocarril pues... y unos llegaban como empleados de la compañía inglesa, otros a trabajar en las haciendas de don Francisco, a administrar porque eran blancos, pero no crea que por ser blancos no los trataban como que no valían nada... la verdá era ésa que no valían un rial porque yo recuerdo que don Francisco cuando iba al puerto le abrían camino y él miraba a los emigrantes que venían a buscar trabajo, a todos les abrían la boca pa verles la dentadura, luego les hacían que se quitaran el pantalón pa ver si no traían sífilis; y les agarraban la pinguita; sí niño Arturo, pero su papá no hacía eso... la servidumbre que yo también mandaba porque don Francisco siempre me quiso casi como a su hijo, perdone que le diga así niño Arturo, los que llegaban eran gente pobre, venían con su atadito en la mano, gente de aventura, unos se iban a la selva a buscar dinero en el caucho pero la mayoría quedaba en las haciendas a hacer su poquito de dinero, don Francisco los alojaba fuera de su casa, junto a los galpones porque era gente de mar... como él decía, aventureros que no tenían nada de noble por más que el bigote era rubio, pero dice que en Europa abundaban, un noble no tenía por

qué venir a buscar fortuna a estas tierras, pero eso sí, sabían manejar las herramientas, las máquinas, los molinos de arroz y los trafiches de azúcar y rápido progresaban con don Francisco... era gente que se preocupaba por hacer dinero pues, mandaban luego a sus hijos al colegio y continuaban mandándolos a la universidad pa que fueran grandes; y los italianos cómo llegaron; ah niño Arturito, usté quiere saber todo pero le voy a decir pa que sepa que su negro es buena gente, pues los italianos ponían pastelerías, panaderías, otros vendían corbatas, no les gustaba trabajar con don Francisco, era gente trabajadora... hacían bailes, teatros, mataperradas, progresaban rápido con sus pastelitos que encantaban a las buenas familias; y los alemanes...; ah, éstos venían a poner herrerías para arreglar los cascotes de los caballos de don Francisco, otros ponían fábricas de ladrillos y rápido progresaban; y los turcos Yalito, cómo llegaron...; ah, los turcos... ellos vinieron trayendo circos, jirafas para los niños... telas, ollas, cuentos, libritos para... el amor pues niñito Arturo... libritos que hablaban de cosas... jajaja... vendían ropa y azafates, pailones, muchas cosas de magia, pero no les podían hacer la competencia a los italianos, éstos eran más vivos... se movían cada rato mientras que el turco a las tres de la tarde sacaba su silla a la puerta y miraba a la gente que pasaba y don Francisco cuando los veía decía gente ociosa, sí pues niño Arturito, yo me acuerdo que lo llevaba al circo de los turcos; y los chinos cómo vinieron Yalito; ah cómo... a trabajar pues el arroz. Cuenta don Francisco que su abuelito los compraba a bajo precio pero los trataba bien, dicen por ahí que su abuelo era el diablo, que hacía peleas entre chinos y negros hasta matarse; quién dice eso Yalito; la gente de por ahí... la gente pues; quiénes; la gente pues, niñito; y mi padre Francisco cómo vino; no, niñito qué está preguntando, su padre no vino, él nació aquí y el padre de su padre también, dicen pues que vinieron con espadas y con mujeres como su madre, la patrona Ele, y traían maletas, barcos enteros de cosas, de mantillas, de libros para misa para cantarle al niñito Jesús quiera como usté, pero en cambio los turcos traían libros de amor que estaba prohibido leer... Enrique tenía que esconderse para leerlos, dice que eran bonitos, su padre no vino niñito Arturo, su padre nació aquí con una espada en la mano, yo se la vi pues; pero Yalito, cómo dicen que los ingleses que vinieron eran nobles; no niñito, quién le ha dicho eso, cómo iban a ser nobles si don Francisco les hacía abrir la boca y luego les metían un fierro para ver si traían la fiebre, y les miraban el pájaro, y no venían con mujeres, era gente pobre sin nombre.

ALFREDO PITA

(Cajamarca, 1948)

EXPULSADOS DEL PARAÍSO

Hasta el final, Marcio Méndez intentó enseñarme aspectos de la vida sobre los que, según él, mi ignorancia era patética. Una tarde, poco antes de que dejase París, en uno de nuestros bares de años, frente a una cerveza, me dio algunos consejos.

—Se acerca noviembre y el “beaujolais nouveau”...

—Sí...

—Cuidate. Se trata de un vino malo. Sus defectos son una ácida y altamente alcohólica consistencia y su virtud, su precio, por supuesto. Lo demás es huachafaría de Joseph.

Marcio era así: seguro, infalible. Yo procuraba mirarlo con aire inteligente.

—¿Quieres un consejo? Por esos días no vayas a Chez Georges —sentenció.

Cuando partió, su ausencia se hizo sentir. Pese a sus manías, lo extrañábamos. Tal vez por eso, al año siguiente, precisamente el día del “beaujolais nouveau”, el grupo lo recordaba en Chez Georges, en una noche febril, propicia a la aventura, como hubiese dicho el ausente.

Marcio era famoso en París (digo, en el grupo), porque era el único de nosotros al que las mujeres “levantaban”. A ninguno nos ocurrió nunca, por ejemplo, lo que le pasó una vez en el café Dantón. Estábamos en una mesa en gran discusión. Una muchacha seguía desde la barra nuestros gestos. En cierto momento, Marcio se fue al baño. La mujer se acercó a Joseph.

—Cuando regrese tu amigo dile que en diez minutos vuelvo por él...

Pensamos que Marcio la conocía, que le había dado cita, pero no era así. Nos dijimos que era un loquilla, una bromista, pero nos equivocamos. A los diez minutos la mujer retornó, contempló un instante nuestras bocas abiertas y, luego, mirando fijamente a Marcio, le hizo una seña de “¿nos vamos?” Él avanzó, azorado, y ambos desaparecieron en la noche tibia del boulevard Saint Germain.

Pero el reino de Marcio era, sin duda, Chez Georges, un bar digno de un puerto, anclado en el Barrio Latino.

El lugar es oscuro y pequeño, y tiene viejas mesas que siempre están llenas. La gente bebe allí —vino grueso, cerveza o bourbon— apiñada junto a la barra. Georges, el dueño, un sexagenario robusto de abundante melena blanca, puede ser cordial, pero también muy hosco. Su socio, Daniel, en cambio, es indefectiblemente amable.

En su bar, desde siempre, ciertas cosas nos eran imposibles, Besar a una muchacha, por ejemplo. O pretender un pequeño crédito u otras facilidades a las que el grupo estaba habituado en otros sitios. En esto, el patrón era impecable. En Chez Georges se podía enamorar, tomar la dirección de las francesas, alemanas o nórdicas que acabábamos de conocer, también se podía discutir a gritos, comer sándwiches de jamón y queso; incluso podíamos pelearnos a trompadas, pero nunca, jamás, pedir algo fiado. Georges, era radical, nunca nadie logro conmoverlo. Nadie, salvo Marcio, por supuesto.

—Como quieras Marcio, pídeselo a Daniel —sonreía.

Nosotros no podíamos creerlo. Como en el caso de las mujeres, en las que el poder de Méndez actuaba sin que moviese un dedo, sin que hiciese un gesto, un guiño, Georges había caído bajo su fascinación. Una vez fuera de su influjo, Georges volvía a ser el filibustero jubilado y gritón de siempre.

La noche del “beajolais nouveau” en que recordábamos a Marcio, llegamos a eso de las once y entramos en Chez Georges, pese al gentío y al humo, como en nuestra propia casa. Pronto nos hicimos de una mesa, lo que no impidió que Joseph siguiese a la pesca de alguna rubia descuidada.

En una de sus idas y venidas, Joseph encontró a una profesora suya, una especialista en literatura eslava. No era bonita, pero sí llamativa. Sus ojos pequeños los compensaba una gran boca carnosa, sonriente. Su abundante cabellera color cobre, cuidadosamente desordenada, le daba una estampa salvaje. Joseph nos había hablado de ella. En la universidad era famosa por su descuido y su olor a humo. De su cuerpo, debíamos reconocerlo, se desprendía un reto animal, de hembra que no conocía ni el desodorante ni la sumisión.

Después de estar un rato con nosotros, la mujer que olía a hoguera de sacrificio, como dijo Eduardo, desapareció. Ninguno sabía ya, a esas alturas, quién iba o venía. Seguimos bebiendo y, a eso de las tres, cuando ya iban a cerrar, a mi lado sólo quedaba Elqui, hablando, semidormido, de una pintora japonesa. Antes de salir quise ir al baño y bajé al subsuelo. Allí, en la oscuridad, tendida en una banca, estaba la profesora de Joseph.

—Querido, ¿qué hace por aquí? —dijo, estirando los brazos.

Había bajado hacía mucho y se había puesto allí a soñar despierta. Me acerqué y acepté los labios que me ofrecía, extraviada y repitiendo la misma frase.

—¡Venga acá, querido!

Un instante después, viendo que la situación no podía cambiar, puesto que estábamos en Chez Georges y a la hora del cierre, le dije que entraba al baño y que luego nos íbamos. Cuando iba a cerrar la puerta vi que me había seguido.

—Déjame que te ayude, querido... —dijo.

Yo no estaba para resistir. Entró en el reducido espacio junto al lavamanos, se puso de rodillas y, terminando de abrir mi pantalón y de bajarlo, se entregó a un hábil ejercicio de succión.

—¡Qué rico!— repetía, interrumpiéndose para respirar.

Yo la escuchaba, mirando el techo, mientras acariciaba su pelo enmarañado, áspero, eléctrico. Escuchaba los chasquidos de su lengua y su voz y me sentía en el cielo, hasta que en el cielo se rasgaron las nubes para dar paso al rayo placentero.

Iba a lanzar un grito triunfal, cuando escuché lo último que esperaba: la voz de Georges.

—¡Qué está pasando aquí! —tronó.

Georges estaba en la puerta con una mirada demente. Yo lo miraba aterrado. La mujer lo miraba también con la boca abierta y más que nunca húmeda. Georges cogió una vara de hierro y la levantó sobre nuestras cabezas.

—¡Fuera de aquí! —bramó.

Me arreglé como pude y subimos las escaleras, yo adelante, la profesora atrás y, cerrando la marcha, como un dios ebrio de ira, Georges con su hierro. Cuando pasamos junto al mostrador, Daniel preguntó qué ocurría.

—¡Estaba haciéndole una pipa...! —se atragantó Georges.

Daniel sonrió. Fue lo último que vi y oí antes de cruzar la puerta. Pensé que algo así sintieron, seguramente, Adán y Eva, cuando el ángel los expulsó del paraíso. También pensé en Marcio. ¿Marcio hubiese sido tratado así, Georges?

Recordé nuestra conversación sobre el “beaujolais” y sus consejos. Ya en la calle, la profesora sollozó. La puse en un taxi y me despedí con un beso apresurado.

Meses más tarde, me crucé con Georges. Enrojecí e iba a pasar a la otra vereda, sin siquiera intentar saludarlo, pero me detuvo extendiéndome la mano.

—¿Por qué ya no vienes al bar? —preguntó, amnésico, plácido—, hace tiempo que no se te ve. Sabes bien que los amigos son bienvenidos.

Me contó que hacía unas semanas había recibido una postal del Perú.

—¡Adivina de quién! —sonrió, feliz.

FERNANDO AMPUERO

(Lima, 1949)

FLORA

Esto es así:

“¡Sí, sí, sí!”. Pero no. Yo sé bien. Ayer no te importó y hoy tampoco. E inventarás mil pretextos para persuadirme de lo contrario; porque según tú, yo soy un fanático y nada más. Y no tengo por qué ponerme así, tan nervioso. Y que la próxima vez me recetarán Valium 10 para libramme del yo y las estrellas. y seré un infeliz, despojado de mi riqueza interior y me volveré patético y ten cuidado que se te arrugó el cuello que tenemos que salir, y se va a armar el gran lío y anda, fíjate quién eres, estás reducido a tí mismo y contempla tu conciencia. Y no te pongas tan severo con eso de que no debes perdonarte nada, por una bicoca de tiempo que adelgaza tus buenas maneras y si vieras lo feo que te pones, y lo peor es que se te nota en el perfil, lleno de tapujos y tú bien sabes que ayer falté y hoy es jueves, mí único día libre por la tarde.

No creo, pues, que exista otra razón para que me tengas así. Lo que deseas es transtornarme porque nuestro acuerdo fue muy claro y eso es innegable. / Galerías Boza. Bar Dominó. Tres en punto / Y ahora aquí, encogido en un rincón analizando las roturas del mantel y mordiéndome los labios y con los boletos en la mano. Y fíjate que lo hice para ganar tiempo. Y tú sin avisarme de una posible tardanza. Como ayer. Pero ayer no viniste y fueron cuatro cafés y una torta. Claro, eso no te importa. Pero al menos podías haberme dicho. Es lo único que te exijo. Para eso te llamé y te dije que si te importunaba desistieras. ¿Y tú qué dijiste? ¡Sí, sí, sí! De todos modos. Y ya ves, así me dejas, con esta cara de zancudo agripado mascando chicle. Y luego dirás que el hom-

bre es hombre y los hombres siempre esperan. Y después te harás la resentida. Y la muy muda. Y nuestra cita qué. Y entonces una fugaz revisión de los hechos para fletarme la culpa y me quedo congelado sin objetar un cuerno, ya en el colmo de la confusión, porque sólo tendré ganas de pedirte disculpas o de aplastar mis reproches de un manazo directo al clímax de mi impaciencia infinita.

¡Ah! Y estoy seguro de que en este momento no anhelas otra cosa. Que me resigne. Que piense en ti como si fueras como si fueras algo prestado, que no me pertenece. Que yo tengo unos nervios de harina y carezco de humor linfático. Pero eso no tiene sentido. Y no es justo que por tus desdenes me revele contra el inventor del Cine y qué bruto soy, no hagas escándalo y ya ves que la vulgaridad también tiene sus principiantes y ahora te calmas, y para resistir la espera debo ablandar mi memoria y así lo hago, y te veo tan frágil como aquel amanecer cuando nos conocimos frente al Lago.

Tú estabas sentada en la baranda de troncos tirando piedrecitas en la soledad del parque que te embriagaba. El parque de República y Colón. Y yo me acerqué a pedirle fuego y tú no tenías y le tuve que pedir al hombre que recogía hojas con un trinche, porque eran mediados de otoño aquel tiempo. Y te diste cuenta que lo hacía por verte más próxima y no te enojaste. Y ya me habías visto merodeando con un geranio entre los dedos mucho antes de decirme. Y me miraste en el agua porque yo andaba bordeando la orilla y mi figura que parecía romperse y tú complacida en descubrirme así. Y luego me puse tan cerca que casi te rozaba y las palmeras se agitaron. Y el agua ya estaba quieta porque te cansaste de enturbiarla con las piedras. Entonces vi tu gesto de asombro cuando te reconociste a mi lado. Te asustaste. Y ahí vino lo del fuego y lo del hombrecito de las hojas. Y me pediste un cigarrillo y me contaste que era la primera vez. Y te atoraste y todo tu cuerpo se puso a temblar y por poco lloras. Y entonces dimos un paseo. Treinticinco pasos de frente por la trocha de tierra roja. Cifra exacta, que no puedo olvidar. Cincuentidós cruzando el pasto y quince a la derecha. Nos detuvimos en la Glorieta Bizantina y me dijiste que ya era tarde. Daban las siete de la mañana. Y te despediste y no te volví a ver hasta dentro de tres semanas, y casi me vuelvo loco, aunque tú ya pensabas que lo estaba. Y luego en la Pila a Neptuno donde te hice prometer que me verías siempre. Que no había dejado de imaginarte por las noches y que no era un tipo tan serio. Que era indispensable que nos frecuentáramos. Y tú me dijiste que sí. Claro, porque ya estabas tan segura como yo de que teníamos que estar juntos. Y que ese algo que nos diferenciaba habría de mantenernos unidos. sempiternamente y tú discrepaste muy altiva. Y discutimos. Porque tú habías tenido tus cosas como yo las mías, pero eso no venía al caso.

Ahora todo comenzaba. Y no surgirían inconvenientes. Y bien sabes que uno tiene experiencias y entonces ya no mete la pata. Mentira. La sigue metiendo más seguido, porque así estamos hechos, para fastidiarnos cuando se ofrece la ocasión. Y eso te indignó y te pusiste como un diablo. Y yo te dije que lo olvidarás, pese a saberlo cierto. Y entonces hablamos del dinero, que a ti no te parecía y que yo consideraba algo importante. Y me quedé callado. Y luego me contaste que estudiabas francés. En el edificio de Wilson que está frente al Lago. Y que cuando te asaltaba el aburrimiento te venías a ver los peces del acuario. Y te entristecía un horror verlos en ese estanque tan pequeño. Y más prisioneros que tú, que de cualquier modo podías tomar un ómnibus y visitar el mar tratando de borrar tus molestias, sobre todo los reniegos de tu madre, que te adora, pero que te inflan de furia. Y que a veces no te daban ganas de continuar y a partir de mí ya te sentías distinta. Y yo era toda una Esperanza y qué bien me sentí con eso. y reiniciamos el paseo y nos fuimos a comprar flores y te dejé frente al Museo y me despedí. Pero luego no. Unos meses después comprendiste que aún no poseíamos la felicidad completa. Y los lobos afilaron sus colmillos. Y todo saltó y vino esa cosa. El tener que hacerlo y tú inferías que lo habíamos echado todo a perder. Que lo nuestro dejaba de ser una pasión espiritual. Y yo tratando de convencerte. Y te pusiste terca. Y fíjate que te expliqué con libros, con films y con todos los epigramas que me aprendí de memoria. Y tú no entendías Flora, que me estaba preocupando para que todo saliera bien y no me hablaste en varios días, dura como una roca.

Y ahora sin aparecer. Abandonándome a esta fría desazón y meditando que podría arreglármelas solo. Y cómo crees que tendría ganas de hacer las cosas si no estás tú. Y cómo piensas que osaría respirar. Yo no soy el primero que pasa. Soy el que esperabas. Te has esfumado creyéndome un sucio. Un tipo sin escrúpulos. Y eso, porque te apasiona la equivocación. Y no estoy en pataleta y tú misma lo censuras y lo estimas irrefutable. Y que te he decepcionado. Y que me dejaste de querer cuando esa chica de minifalda me hablaba al oído. Como tú me hablabas a mí. Y eso fue lo que más te enfadó. Pero yo nunca me dormí en sus manos. Ni siquiera me interesé por su sonrisa. Y entonces qué. Si sabes bien que aquello no fue nada y jamás hubiera podido serlo porque ya te conocía. Y el mozo que da volantines de rabia porque estoy como una estatua. Y el tipo del costado que me cree loco porque al beber el café no pude contener la risa y casi lo tiro todo al suelo. Y también sus miradas. Todas las miradas. Y yo embelesado evocando aquel otoño que me decía tanto. Que nos decía. Y nadando en el ensueño y también tu modo peculiar de reír cuando salíamos del Cine y yo me hacía el muy profundo vomitando mil conjeturas enrevesadas. Y aquellas otras veces que nos mirábamos tratando de de-

cirlo todo y me ponía a jugar con tu pelo luminoso proyectado contra la araña loca del living. Y ahora aquí. Odiando el instante en que esa chica se me acercó. Esa cretina. Y escapando al martirio sumido en los recuerdos. Y sobre todo en los recuerdos especiales. Como el de esa noche que visitaste mi habitación con un grupo de amigos y te fascinaron las reproducciones de las paredes. Dos Modigliani maravillosos. Y después cuando te regresaste sola porque suponías que estaba muy triste. Porque te había dicho cosas muy duras para sentirme mal. Y luego entraste tan campante como una actriz. Y sólo te reconocí cuando te tuve desnuda y me dijiste tu nombre. Soy Flora y te amo. Y me rogaste que sepultara los remordimientos. Que estabas decidida porque te urgían recuerdos para un futuro próximo. Y a mí se me cayeron unos lagrimones y tú te sentiste rarísima ante un hombre desnudo que lloraba apretándose a la almohada. Y entonces me prometiste que no me abandonarías nunca, y yo me incorporé muy despacio y me reí, y te besé durante cinco horas hasta que nos quedamos dormidos. Pero ahora no estás. Y Mao Tse Tung sigue en el poder. Y este gobierno vale tanto como una galleta pasada. Y Arguedas se pegó un tiro. Y las cuotas azucareras. Y las canciones de Adamo. Y todo me da vueltas. Y ese mozo que me escruta de un modo horrible y no deja de retorcer las manos frente a la barra de cedro brillante.

“¡Oiga mozo, otro café!” “¿Algo más?” “Sí, ponga un disco de la banda republicana”. El café me altera y no tengo por qué desesperar. Ya suman cinco en la mesa y no le permito al mozo que se lleve ninguno. Quiero hacerte ver. Las tazas humeantes. Todas apretujadas. Esa parejita que sonríe claramente entretenida con las servilletas. Los dos hermosos. Me divierte el bochorno de ella cuando él la mira. Qué candor. Es bella la vida a través de la gente feliz. Y tú sin venir. Las tres y media. Claro, no encontrarás las madejas que te pidieron o cualquier otra tontera para disimular. Y yo que te creído siempre. Y tú afirmando que al principio no era así, que he cambiado mucho. Y cuándo lo negué. Los hombres que no cambian no tienen cerebro. Y ese tipo se ríe. Y ese otro conversa orgulloso de sus botones. Los sérvulos en las paredes. Los pálpitos. Un vaso roto y una fuente caída. Aquí está, Nace el presentimiento. Una caída. Pero no es posible que tú. Qué conversación. Tienes que venir, Flora. Hoy lo dejé todo por tí. ¿Me entiendes? Todo. No fui a ninguna parte pensando en que te vería. Si sólo me hubieses dicho. Tenías el teléfono a mano para decirme, para darme una explicación y no obligarme a vivir esta angustia. Estas. Porque ya son dos las esperas. Y ni te figuras cómo duele. Nunca te ha sucedido. Y después dirás lo de siempre. Perdón, me retrasé, qué lindo tu pelo largo. ¿Esperaste mucho? ¡Un mundo! Y luego nos sentamos en el sofá y asunto arreglado. Y una partida de juego tibetano y mira la tela de mi pantalón y

qué fácil. Claro, y yo soy un reverendo cojudo. A **kiss** y los franceses no joden más con el Pacífico Sur. ¿Eso crees? No y no. Esto no lo soporto. Nada tiene que ver que tú seas de Capricornio y yo de Cáncer. Sobre todo están los sentimientos. Eso importa. Y por eso es que me irrito. No puedo ser un maniquí como tú pretendes serlo conmigo. Claro, como viste que lo dejé todo por tí, te diste demasiada importancia. Pero no era esa mi intención. Tomaste las hojas por el rábano. O al revés. ¡Pero esto es intolerable! Un panorama terrible como lo cuadros de Bosch. Qué náuseas. Y qué cara de esclavo. Y ese otro. Y esa otra que engulle. Todos oficinistas, seguro, Rostros que huelen repugnantemente a trabajo. Pero Flora ¿dónde estás? ¿Crees que puedo resistirlo todo ¿Qué nada me va a dañar? ¿Que tengo músculos y mucho espíritu? ¿Qué no puedo ahogarme con esta cara de triunfo? ¡Redomada hipócrita! Pero quién te manda a hacer encargos. Las madejas. Las carteras. La revista. El mozo revolotea. El soplido de la máquina cafetera. La puerta. Eres... no, no eres. Podías haber sido esa chica que entró. Tiene un abrigo verde como el tuyo. Pero no es linda. Es bizca. Y además su modo de caminar haciendo sonar los tacos tan distinto al tuyo que jamás se te siente.

Y esta espera traumatizante imposible de soportar. Y el bailoteo independiente de los dedos. Y otra vez retornan tus palabras, tu voz espumosa lamiméndome la oreja cuando recitas callada un sinfín de incoherencias y luego defiendes el tabaco negro porque mis besos te saben amargos desde hace unos meses. Y entonces te excitas. Y te pones rabiosa hasta reventar. Y vienen las críticas demoleadoras contra los dinosaurios de la Casa de la Cultura que miran como insectos a los despadrinados, y en seguida un escupitajo a la Sociedad de Consumo Alienante, que nada tiene que ver con la nuestra, y más petardos al ombligo del nuevo Alcalde Quita-Carteles, que te da risa, porque la Lima Colonial siempre te pareció muy fea y el cielo blanco, y tus añosas teorías de los techos y el desierto que nos vuelven apáticos y que no llueve nunca, y te acuerdas del 15 de enero que llovió mucho y que nos miramos emocionados mientras en las barriadas la gente se moría del susto, llena de barro hasta los pelos. Y algunos tetudos sacaron sus paraguas, cuando lo que anhelaban era mojarse, llegar empapados a las siete, hora convencional de visita a la agrídulce enamorada y tú te pusiste botas y poncho y estabas muy contenta, con tu sonrisa exacta de retrasada mental y mira qué romántica es la lluvia y nuestra unión se consolidó por el agua, el Lago y la nieve de aquel paseo, y luego me confesaste ruborizada que me tejías una chompa y yo en retribución te llevé al concierto, la batuta femenina después del desayuno aquel domingo y más tarde en la Colmena al comprarte un anillo de los que vendían en la vereda. Y entonces me informaste que habías resuelto algo. Seguir tu vocación. Que no te

dejarías dominar por la pereza. Pues aún te perseguía la idea de tocar al clarinete y te soñabas solista famosa en un teatro de Europa. Y todas tus ideas se derrumbaron al día siguiente, cuando la invasión de Pamplona que tumbó a un ministro porque el clero sigue demasiado fuerte, y de golpe tropezaste con un Tío gorila que te ofreció trabajo en un banco y no te pudiste negar y ahora estás allí, pudriéndote día a día sin rechistar.

Pero de una vez, Flora. Por favor. Ya tengo los boletos del Cine. Los numerados. Tú sabes que deseo ver ese film contigo. "Z", Coco dice que es brutal, que no me la pierda. Tenemos que ir. Resopla la úlcera. Una piscina de plomo derretido hierva entre las vísceras. Un vago murmullo de iglesias. Voces sucias. Me levanto y me interno presurosamente en el lavabo. Permiso. No hay sitio Cuatro viejos en fila orinan mirando al techo. Qué manía. Ya. Dónde estás. Vamos, quédate tranquilo. Lo guardo. Pero si sólo me hubieses dicho. Qué me ibas a decir. Tú nunca me dices lo que debieras decirme. Regreso a la mesa. El mozo me espera con la cuenta y una mirada furibunda. Está bien. Su mesa no gana. Doy vueltas por la Galería. La escalera mecánica malograda desde hace diez años. Las vidrieras. Literatura clásica. Encendedores. Cortaplumas. El fastidio que me asoma a los ojos. El *leit-motiv* de mi paseo que algunos dependientes ya han descubierto. Gente en las tiendas. Alguna corbata, señor. Sí, ésa, 200 soles. Démela. Saben que te espero y lo hacen a propósito. Una corbata. No dejan de observarme. Y ahí viene el niño. El monstruo. Un vaso roto y una fuente caída. Pesco el hilo. Exceso de proteínas. Cabello rubio y medias rojas. Lindo en su carrera. Se le escapó a la madre y corre. Qué vértigo. Ten cuidado chico. Viene como un bólido. Qué soltura de miembros y qué sonrisa. ¡Ey! Detente, te vas a magullar. Y Cataplum. Caigo. Los boletos del Cine. Un zapato. Mis lapiceras. Todo en el aire. Todo en el suelo. Todo no. La corbata aún entre los dedos. Mi cuerpo es una piltrafa. Tendido y sin poder levantarme. La cabeza. Mocososo, me rompí la cabeza. Algo húmedo detrás, qué será, no, no puede ser, yo tengo que ir al Cine contigo. Vamos a ver. Hagamos el intento. Yo siempre me levanté moviendo un pie. No puedo. Se hace un corro. Una señora da de gritos, tira sus paquetes. Un torbellino de piernas. De voces. Basta, cállense. Sigo inmóvil. Los del segundo piso me miran como si fuera un gusano. Yo, boca arriba. Al pie de la escalera. Bueno; todo es inútil. Pero a ver, tratemos. El niño está sorprendido. ¡Qué empellón! Se me debe haber atrofiado un nervio. Qué susto se llevó la madre. No es nada, señora, descuide. Pero muévanse. ¿Yo? No, usted no; los demás. Hagan lo que gusten. Y tú sigues sin venir. Y yo y los boletos y la espera y mi cabeza. Dónde te habrás metido. Seguro otra vez te confundiste de bar. Y por qué esa bulla. Y el teléfono. Y un policía. Qué alboroto. Parecen bestias y todas sus muecas a mi

alrededor. No sabía que el piso era tan frío ni que hubiera tantas hormigas en pleno Centro.

Escúchame Flora, ya son las cuatro. Estoy viendo el reloj de uno de esos tipos que me vigila. Tienes que venir. ¡Sí, sí, sí! Tres se ponen en cuclillas. No pienses que he perdido mi lucidez. No, todo está muy claro. Me doy cuenta perfectamente. Tú sin venir y yo aquí en el suelo. Los hombres de blanco, el mozo curioso y la parejita que se acerca y se va. Qué suerte la de ellos. Cuatro brazos me alzan. Seis brazos. ¿Qué fue? Un golpe. Gran noticia. Salgo al Jirón, en hombros, como los toreros. Sólo me faltan orejas y ramitos de claveles flotando en el aire. Y algunos tipos se ríen. Y la música de la discoteca. Y los ambulantes que aprovechan la aglomeración para vender sus baratijas. Pero no siento nada, no me duele nada, déjenme. Quiero ir al Cine. Y de pronto tú. Tu abrigo verde al comenzar la esquina. Tú y detrás el monumento. Cómo te sienta la Plaza San Martín. Me incorporo en la camilla. ¡Flora! ¿Te das cuenta, amor? Eres tú. Has venido. No puedo creerlo. Soy yo. El canto de los gorriones. Y ves la gente y te acercas corriendo y te pones lívida. Has venido. Has venido. Entonces me quieres un poco. Todo no está roto, Flora. Ven. No me dejes. La camioneta blanca me traga por detrás. Suena la sirena. El enfermero es otro curioso. Pulso. Lengua. No se mueva. Pedazo de imbécil. Y tú subiste. Soy su novia. Ves Flora, le dijiste que eras mi novia. Y me tomaste de las manos. Y vidita.

Y brilla el sol. Y tus manos son tibias y tus ojos y otra vez estamos juntos. Porque no te he perdido. Entiendes. Por eso voy contento en la ambulancia. Y mírame, Flora. Fue la única vez. Yo no lo quise. Ella se interpuso en mi camino y yo fui un tonto en aceptarla. Una aventura insulsa. Pero ahora no importa, Flora. Y fíjate qué linda corbata. Y pónmela. Porque tú. Y porque sé que te quiero. Y no te preocupes. Ya sacaré boletos para el jueves de la semana entrante. Y esta vez te esperaré en la Plaza San Martín. Pero en punto, Flora. A las tres clavadas. Y no te olvides de ir con tu abrigo verde. ¡No te olvides!

Julio 1971.

... de la ...

... de la ...

... de la ...

...

PEDRO BENAVIDES

(Ica, 1948)

LA MALDICIÓN

Me condujeron envuelto en un abrigo de marino hasta el patio donde ella se mecía con la cabellera al viento en un sillón de Viena lanzándole uvas a sus pavos reales.

Era como me la habían descrito en mis insomnios: rusa con los ojos rojos de los lebreles y la lengua morada de tanto comer carbones encendidos.

—Sólo ella podría curarte —me susurró mi madre al oído.

El gabán salpicado de botones con anclas me oprimía como una mortaja.

Yo llevaba la nariz taponeada con algodones en un intento de contener la hemorragia. A cada bocanada la sangre se me coagulaba en la garganta.

—Acércalo para mirarle la cara —dijo la vieja— el granuja me ha arrojado piedras en la calle, ha matado a mis palomas y gatos...

—Señorita Marcovich, mírelo bien, es sólo un niño que sangra desde hace siete días —replicó mi madre.

—¿Y por qué recién me lo traes?

—Los médicos de Ica lo han desahuciado.

—Siéntalo a la luz. Si nada se pudiera hacer lo convertiré en pavo real.

Las hojas de las parras se agitaron como manos amarillas de jarjachas, las ánimas de los que fornicaron con sus hermanas, cuyos ojos colgaban en racimos de los sarmientos que daban sombra al patio.

Erizaron sus plumas los pavos blancos y tornasoles ante la contemplación de mi esqueleto sobre el abrigo extendido en el empedrado.

La bruja dijo: "Sangra sin cesar, el torrente viene desde su vida anterior".

Expuesto al sol, olía a baúl, caracoles y salitre el abrigo que un tío abuelo que había muerto intoxicado por el pisco mucho antes de que yo naciera, guardó siempre como prenda valiosa.

—“La herida fue abierta en el mar”.

Miré por encima de los portales de cal y canto, las cúpulas de la catedral, y más allá las dunas. El mar estaba al final del desierto.

Ella me tomó de las orejas. Vi sus ojos rojos muy cerca de los míos, formando el fanal de un cíclope.

Sentí su aliento a moras y dátiles de Cachiche cuando exclamó: “¡La maldición se cumple!”, soplando con las mejillas infladas como los vientos que ilustran los mapas de navegantes, tres veces sobre mi cabeza.

Apremiada por el decaimiento, la señorita se deslizó hacia la casa, murmurando malhumorada. “A punta de acero le sacaré los diablos a este chico”.

Chillaron los gatos como si les hubieran triturado las patas en las ventanas y en las estancias revolotearon las palomas.

La vieja retornó con un brasero humeante y derramó hierbas sobre los carbones.

—No resistirán los aromas —carraspeó.

Me encerré luego en un círculo trazado con agua y ungió con un aceite a mi madre. Entre conjuros me desnudaron para zahumarme con un abanico de plumas. Ella tenía las manos enjoyadas con corales y aguamarinas.

—¡Espíritus de los asesinos, abandonen este cuerpo! —ordenó la bruja blandiendo una espada, castigando con un látigo de sol a mi sombra, mientras rociaba con su boca perfumes sobre mi cuerpo.

Danzando, arrancó con el acero chispas a las piedras, persiguió a través de los portales a lo seres que sólo ella veía, espectros de marinos según vociferaba tambaleándose como si la lucha se efectuara sobre la cubierta de un buque.

Y los pavos reales erizados de espanto se desplegaron por todo el ámbito del patio picoteando el aire. Centenares de palomas fugaron por las ventanas. Descubrí que un pelícano me observaba con las alas entreabiertas desde un huarango.

No recuerdo si sentí o imaginé que me hundían un objeto metálico en el pulmón. Los algodones se salieron de mis fosas nasales debido a la presión de un chorro de sangre. Y al inclinarme a causa de la embestida noté que los carbones se apagaban y algunos pavos yacían tendidos en mi sombra.

Y cuando todo empezó a girar, vi al pelícano lanzarse como un destello hasta hundir sus patas en mi rostro y fusionarse con mi cuerpo mientras agitaba mis brazos para elevarme, librándome de la caída.

Cuando ascendía, percibí que el capote con sus insignias empapadas de sangre se retorció, acaso por efecto del viento en el centro del patio circundado de viñas, árboles y techumbres.

Abajo, automóviles y transeúntes se desplazaban por las calles de Ica. Plazuelas, bosques de palmeras y lagunas, pronto fueron cráteres, puntos en un desierto arrugado. Me diluía en un mar cerúleo.

Pronunciaron en ese instante mi nombre. La señorita Marcovich me reanimaba con una respiración boca a boca y paños de agua lustral en la frente, mientras mi madre me llamaba con un susurro: "ven..."

Los pavos reales huyeron hacia el fondo de la casa donde se espulgaban en un manto de sol.

Al advertir un nuevo movimiento del abrigo, la vieja lo levantó por el cuello, con la punta de la espada, y al trasluz descubrió que la tela estaba desgarrada en la espalda con una ranura que sólo podía deberse al filo de un hacha.

Arrojó el abrigo sobre el brasero y se tumbó extenuada en el sillón.

—Oí una vez decir que perteneció al capitán de un ballenero —dijo mi madre.

—Lo mataron por traidor —señaló la bruja, cuando el gabán por efecto del vapor producido por las hierbas que se quemaban en los carbones empezó a erguirse como un espantapájaros.

—¡Retorna a tu tumba en el mar! —chilló la bruja, deshaciendo de un salto con la espada una cabeza de humo que acababa de asomarse entre las solapas de pana azul.

Pero enseguida brotaron una tras otra con órbitas y fauces de perros que se alargaban para ahogarme con olores de ácido sulfúrico.

Entonces hundió el acero en la ranura en forma de media luna que en otro tiempo fuera abierta de un hachazo. La tela se inflamó en una llamarada hasta consumirse sobre los carbones. La señorita Marcovich danzó alrededor de la hoguera unos viejos ensalmos del sur.

Antes de decirle adiós, bebí, mirando fijamente sus ojos rojos, un vaso de leche sin el temor de que pudieran caer unas gotas de sangre en la nata.

...the most common cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

...the leading cause of death in the United States...
...the leading cause of death in the United States...

ACERCA DE LOS AUTORES

JOSÉ ANTONIO BRAVO es un narrador peruano que pertenece a la Generación del '60; durante su vida como escritor ha compartido su trabajo de Profesor Universitario, con los de narrador y crítico literario. Se graduó como Doctor en Letras en la *Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, de Lima, en la que dictó las asignaturas de Novela Latinoamericana Contemporánea así como el de Análisis Literario, además de haber sido responsable del Curso de Taller Literario de Narración durante veinte años, en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Hizo estudios de post-gradó en su especialidad en México, Francia, España y Estados Unidos de Norteamérica. Asimismo ha sido Profesor Conferencista en las universidades de Edimburgo y Saint Andrews, de Escocia; la Universidad Complutense, de Madrid; la Universidad de Deusto, en Bilbao, y su filial en San Sebastián; el Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá; ha dictado la asignatura de Novela Hispanoamericana, en el Curso Superior de Filología, de Málaga; recientemente se ha desempeñado como Profesor Visitante en la Universidad de Liverpool y en el City College de la Universidad de la ciudad de Nueva York.

Bravo ha sido director de la Revista Cultural *Cielo Abierto* y fundador y miembro del Consejo de la *Revista de Crítica Latinoamericana*; ha ejercido el cargo de Director del diario *Correo*, en Lima y colaborador en diferentes diarios y revistas del Perú y el extranjero. Es en la actualidad, miembro del Consejo Directivo del Instituto Raúl Porras de la UNMSM y ha sido dos veces miembro de la Comisión de Literatura del Consejo Nacional de Cultura para los Premios Nacionales.

Recibió el *Premio Nacional de Novela*, en 1973 por su libro *Barrio de Broncas* (ediciones en ed. Carlos Milla Batres, Lima, 1971 y 1972, así como reimpressiones en Ediciones de La Flor, Buenos Aires, 1974 en adelante); ha publicado las novelas: *Las noches hundidas* (Ed. Luz Sesenta, Lima, 1968); *Un hotel para el otoño* (Ed. El Indiano, Lima, 1970); *A la hora del tiempo* (Ed. Seix Barral, Barcelona, 1977); y, *Cuando la Glorvia agoniza* (Ed. Okura, Lima, 1989) y 1991 con un colofón de don Manuel Alvar, Presidente de la Real Academia Española de la Lengua).

Como ensayista y crítico ha publicado los siguientes libros: *Biografía de Martín Adán* (Ed. Biblioteca Nacional, Lima, 1988); *Aportes para el estudio de la narrativa* (Ed. de la Biblioteca Nacional, Lima 1988); *Técnicas narrativas* (Ed. Biblioteca Nacional, Lima, 1988); *Lo real maravilloso en la narrativa Latinoamericana contemporánea* (Editoriales Unidas, Lima, 1977, y Ediciones UNIFE, Lima, 1984); *La Generación del Cincuenta* (Editorial Okura, Lima, 1989); *Antología*

y fragmentos de teoría y creación literarias, con especial orientación a la narrativa (Ed. UNIFE, Lima, 1984).

Profesor emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

RÓGER RUMRILL (Iquitos, 1938). Autodidacta. Exhibe una sólida formación humanista. En 1968 fundó con Teddy Bendayán, Jaime Vásquez Izquierdo, Manuel Tánjar Guzmán y Javier Dávila Durand el Grupo Literario Bubinzana. Poeta, periodista y narrador de fuerte rai-gambre selvática es, en la actualidad, uno de los más prestigiados escritores de esa región. Ha publicado: *Magias y canciones* (1971), *Memorias de un otoño* (1973), *Reportaje a la amazonía* (1973), *Los condenados de la selva* (1976), *Amazonía, hoy, crónicas de emergencia* (1982), *Vidas mágicas de Tunchis y Hechiceros* (1983), y *Guía General de la amazonía peruana* (1984). En la actualidad se dedica a la defensa de la ecología de la selva peruana.

MARCO LECLERE (Chimbote, 1938). Se doctoró en Educación e Historia por la Universidad Católica, ha sido catedrático de su especialidad en diferentes universidades de Lima. Ensayista, traductor del francés, narrador, dramaturgo, director teatral y escenógrafo. Fue becado por el Gobierno francés para realizar su perfeccionamiento en la Escuela de Altos Estudios Teatrales; obtiene certificado del teatro de Naciones, con sede en París, dirigido por Jean Louis Barrault. Ganó la Beca Mundial de Teatro de la Unesco. Intelectual de sólida cultura, ha publicado *Conivaya* (Lima, 1971); *Andrés o el Puma habita en el alcanfor* (Cielo Abierto, Lima, 1980) Ha realizado, como traductor infinidad de artículos literarios y obras de teatro, del francés.

ALFREDO BRYCE (Lima, 1939). Obtuvo su doctorado en Letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y postgrado en su especialidad en la Universidad de París. Hace más de veinte años que vive en Europa, la mayor parte de ese tiempo en Francia, ejerciendo la docencia en diferentes universidades. Finalmente se ha radicado en Barcelona. Recibió una Mención Especial en el concurso Casa de las Américas por su libro de cuentos *Huerto Cerrado*. Su novela *Un mundo para Julius* recibió el Premio de Fomento a la Cultura Ricardo Palma, en 1970, y lo llevó muy rápidamente a la fama internacional por la especialísima manera de contar; de aquí en adelante su estilo se ha ido volviendo cada vez más libre, dentro del marco de una autobiografía a través de la cual se recrea él mismo. Sus siguientes novelas más representativas son: *Tantas veces Pedro* (Lima, 1977); *La vida exagerada de Martín Romaña* (Barcelona, 1981); *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (Bogotá, 1985). Sus relatos han sido reunidos bajo el título *Todos los cuentos* (Madrid, 1971). Ha publicado también un libro de crónicas *A vuelo de buen cubero* (Barcelona, 1977), en el que relata sus experiencias en un largo viaje por los Estados Unidos de Norteamérica. Su más reciente novela se titula: *La mudanza de Felipe Carrillo* (1990).

CÉSAR VEGA HERRERA (Arequipa, 1939). Trabaja en obras de teatro, literatura infantil y narración, es un autor de muy grande producción: *La noche de los sprunkos* (Premio Nacional, 1969), en literatura para niños; *Ipacankure* (Premio Casa de las Américas). Asimismo obtuvo el Premio de Cuentos Centromín Perú, en 1988. Ha publicado también *Pasakón*. Ganó el Premio Internacional de Teatro Tirso de Molina, en España (1977); y en 1976 y 1979 el Premio Nacional de Teatro convocado por el Teatro Universitario de San Marcos. Su más reciente libro lleva el título de *La riqueza del Cerro Tullu* (Lima, 1988).

GUILLERMO THORNDIKE (Lima, 1940). Hizo estudios de letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y luego de iniciarse como periodista en La Prensa, viajó a Estados Unidos para estudiar en el World Press Institute (Minnesota); participó, a su regreso en la fundación del diario *Correo*, del cual llegó a ser director, luego de una acelerada carrera periodística en la que demostró ser un profesional pugnaz de grandes recursos. Publicó *El año de la barbarie* (Lima, 1969), una crónica de la Guerra Civil de 1932. Con un registro, casi periodístico, es

cribió *El caso Banquero*, (Barcelona, 1973) basado en la vida y el asesinato del magnate de la pesquería peruana. Ha sido director del diario *La Crónica* y fundador de *La República*. Como narrador, Thorndike, ha escrito una serie de novelas históricas cuyo tema es la guerra que el Perú tuvo con Chile: *El viaje de Prado* (Lima, 1977); *1879* (Lima, 1977); *Vienen los chilenos* (197?); y *La batalla de Lima* (Lima, 197?); otra novela también de corte histórico: *Las rayas del tigre* (Lima, 1973); y un libro de cuentos *El revés de morir* (Lima, 197?). Dentro del plano de la indagación política, con pluma ágil y suelta ha escrito *Avisa a los compañeros pronto* (con Angel Avendaño) (Lima, 1976); *No, mi general* (Lima, 1976); *El evangelio, según Sandino* (Lima, 198?). Ha publicado también varios libros de recopilación fotográfica en los que se puede ver la historia de las últimas décadas del Perú a través de la imagen.

CÉSAR CALVO (IQUITOS, 1940). Hizo estudios de Literatura y Derecho en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Su trabajo como poeta es ampliamente conocido desde cuando ganó el Premio Poeta Joven del Perú, que compartió con Javier Heraud, con el título *Poemas bajo tierra*. Después vendría *Ausencias y retardos* (1963); *El cetro de los jóvenes* (1967), libro con el que obtiene una Mención Honrosa en el Premio Casa de las Américas. En 1971 gana el Premio Nacional de Poesía con *Pedestal para nadie* (1975). Su novela *Las tres mitades de Ino Moxo* (1981) contiene también relatos orales, mitos de la selva, hechicería, magia y secuencias articuladas con la estructura de una novela abierta, por su original calidad fue inmediatamente traducida al italiano.

JULIO ORTEGA (Casma, 1940). Hizo estudios de Doctorado en Letras en la Universidad Católica del Perú. Se inició como poeta con *De este reino* (1964) y luego *Tiempo en dos* (1966), a la par que presentaba sus obras de teatro con el grupo de la Universidad Católica que después se publicarían en *Retorno* (1971) y *Ceremonia y otros actos* (1976) y *Teatro* (1965). Su poemario *Las viñas de Moro* (1968) le otorgó un lugar especial en el panorama de la lírica peruana; y, en 1970, su novela *Mediodía*, publicada por la Editorial Sudamericana, lo consagró como narrador, aunque su libro de cuentos *Las Islas Blancas* ya lo había ubicado como narrador joven en la década del sesenta. Ha realizado varios trabajos antológicos, dentro de los que destacan *Imagen de la Literatura Peruana* (1968) y el de *César Vallejo*, de la Editorial Taurus (1981). Ha escrito innumerables ensayos en revistas y periódicos de América y Europa. Hace más de veinte años que radica en los Estados Unidos de Norteamérica, dictando clases en diferentes universidades de ese país.

JOSÉ WATANABE (Trujillo, 1940), Poeta, narrador y guionista de cine, de cuidadosa factura en cada uno de sus trabajos. *Album de familia* (1972) libro de poemas, fue ganador del Premio Poeta Joven del Perú. Su libro *El Huso de la Palabra* ha originado en la crítica especializada muy elogiosos comentarios.

JUAN MORILLO (Pataz, 1940). Se graduó de Profesor de Literatura por la Universidad de Trujillo, funda en esa ciudad el grupo Trilce con los hermanos Mercedes y Manuel Ibáñez Rozaza, y Eduardo Gonzáles Viaña. El empeño inicial de estos jóvenes escritores fue rebelde y contestatario al trabajo de las generaciones que los precedían. Publicó *Los Arrieros* (1964), libro de cuentos. Vive en Pekín, dedicado a la docencia universitaria.

MIGUEL GUTIÉRREZ (Piura, 1940). Licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con una aguda tesis sobre la *Ideología en Todas las Sangres*. Pertenece a la llamada Generación del Sesenta y fue actor importante para la publicación de la revista *Narración* y del grupo literario que llevó el mismo nombre. Ha ejercido la docencia superior en varias universidades del país. *El viejo saurio se retira* (Lima, Editorial Carlos Milla Batres, 1969), fue su primera novela. Como ensayista ha demostrado un muy agudo enfoque para establecer el

marco histórico y hacer un balance de *La Generación del Cincuenta* (Lima, Ed. Horizonte, 1968). Recientemente ha publicado sucesivas novelas, *Hombres de caminos* (1988); *La violencia del tiempo*, extensa y monumental novela que ha recibido elogios múltiples y varias ediciones; *La destrucción del reino* (1992); y, *Babel, el Paraíso* (1993)

LUIS URTEAGA CABRERA (Cajamarca, 1940). Hizo estudios de medicina, pero la literatura y la vida lo fueron llevando por el camino de la narración, con la que ha obtenido significativos triunfos. El año 1968 obtuvo el Primer Premio de la Revista Visión del Perú, en un concurso de cuentos. En 1969 ganó el Primer Premio de Novela convocado por la Editorial Sudamericana y la revista Primera Plana de Buenos Aires, con su obra: *Los hijos del orden*; con la misma novela obtuvo el Premio de la Empresa Good Year, en 1972. Maneja una prosa pugnaz, directa, que a veces toca el naturalismo.

CÉSAR FRANCO (Lima, 1941). Profesor egresado en la especialidad de Filosofía y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Hizo sus estudios de Postgrado en la sección de Ciencias Sociales de la Escuela de Altos Estudios de París. Escribió con Eduardo Justo Caballero una Guía Turístico-Cultural del Perú (en francés). Ha sido dos veces finalista del Premio Cope de Cuento, con "*La carta*" (1983) y *Fuentes* (1985).

MAYNOR FREYRE (Lima, 1941). Agudo animador cultural, periodista pugnaz, poeta infatigable y narrador de textos breves de estilo maduro y aguda trama. Ente 1961 y 1962 se inició publicando sus cuentos en el *Comercio Gráfico*. Ganó el Primer Premio de Poesía, por unanimidad, convocado por CIED, en 1983, con su libro *El sol parece también un puño enorme* (1984). Su libro de cuentos *Ratón de un solo hueco* (1983), lo muestra como un narrador maduro; ha publicado también *El trino de Lulú*, cuentos; y *Poligenio Psicoterapéutico*, en cuyo volumen también van poemas bajo el título: *Oraciones para un nuevo credo* (1971). Pero se convierte, reafirmando su calidad creativa, en su libro *De cuello duro*, (1991) en cuentista de estilo. En 1993 fue finalista en el Concurso de Cuentos convocado por el diario *El Comercio*.

TEDY BENDAYÁN (Iquitos, 1941). Estudió Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de la Amazonía, en la que obtuvo su Licenciatura y luego su postgrado, como Master en Antropología en la Universidad de Pittsburg. Es catedrático en su especialidad en la Universidad de la Amazonía. Fue diputado por Loreto (1980-1985). Poeta, narrador y ensayista. Ha publicado *Orillas de Hambre* (ensayo, 1985) y *Humedad ardiente* (poemas, 1964).

JORGE DÍAZ HERRERA (Cajamarca, 1941). Poeta y narrador de variados recursos para exponer su obra. Se recibió de Profesor de Lengua y Literatura en la Universidad Nacional de Trujillo. Dentro del marco de su creación poética ha editado: *Orillas* (1964); *Tunas* (1970); *Agua-fiestas* (1976). Pero es su libro de cuentos *Alforja de ciegos* el que lo consagra definitivamente, como un excelente narrador, de fino humor y de temática variada. En las páginas de *La agonía del inmortal* (1984), su única novela ha demostrado que tiene una gran soltura para desarrollar textos de temática extensa. Ha recibido los siguientes premios: Premio Nacional de Poesía (1981); Premio de Teatro para niños de la Municipalidad de Lima (1982); y, Premio de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas Francisco Izquierdo Ríos (1982). También ha representado al Perú como miembro del jurado al Premio Casa de las Américas; ha sido directivo conspicuo del Consejo de Integración Cultural Latinoamericana, desde donde ha demostrado su magnífico manejo organizativo. Recientemente ha publicado, bajo el sello Salgado Editores su novela *Por qué morimos tanto* en la que se pone de relieve el manejo de las estructuras abiertas, para el mejor manejo de una prosa fresca, novedosa.

RODOLFO HINOSTROZA (Lima, 1941). Poeta, dramaturgo, periodista y narrador. Vivió muchos años en La Habana y luego en París. Como poeta ha publicado *Consejero del lobo*

(1965); años después con su libro *Contra natura* (1971), logró el Premio Internacional Maldoror, cuyo jurado estuvo presidido por el poeta mexicano Octavio Paz y publicado en Barcelona por Barral Editores. Su libro *Aprendizaje de la limpieza* (1979) es una propuesta abierta, definida y sincera de su tratamiento psicoanalítico que duró más de cinco años y que, en total, llegó a 300 horas; se trata de su primera publicación en prosa, en la que, apelando a la ausencia de puntuación, consigue una muy especial manera de contar. Ganó también el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo, otorgado en París (1987). En teatro ha publicado la obra *Apocalipsis de una noche de verano* (1988).

WINSTON ORRILLO (Lima 1941). Doctorado en Letras por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en cuyos claustros ejerce la docencia en la Escuela de Comunicación Social. Poeta, con mucho más de una decena de libros publicados, ha incursionado hace algunos años en la prosa breve, con tres sucesivos libros que han permitido descubrir en él un universo temático de magnífica tradición urbana, ellos son: *Barrios Altos* (Lima, Editorial Causachun, 1985); *El hombre que escribía en el asfalto* (Lima, Editorial Causachun, 1966); y, *El último diario (nocturno) de Ana Frank* (Lima, Editorial Causachun, 1966). Los textos que aparecen en estos libros han sido sucesivamente publicados en diarios y revistas del Perú, Cuba, Panamá, Colombia, URSS, Bulgaria, con traducciones al inglés, francés, búlgaro, rumano, húngaro y ruso. Ha recibido el Premio Poeta Joven del Perú (1965); y, el Premio Nacional de Periodismo (1969).

EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA (Chepén, 1941). Abogado de profesión, hizo también estudios de literatura en la Universidad de Trujillo y en la de San Marcos. Se dedicó durante algunos años a la docencia universitaria en Cajamarca y en La Cantuta; ha ejercido con firme acierto el periodismo y con el mismo éxito la publicidad. Ganó el Premio Nacional Ricardo Palma en 1969 con su libro *Batalla de Felipe en la Casa de las Palomas* (Bs.As., Editorial Losada, 1970); en 1973 recibió también el Premio Universo de Novela con su libro *Identificación de David* (Lima, Ed. Universo, 1974). Asimismo ha escrito una gran crónica novelada acerca del brujo El Tuno, un chamán de las playas del norte del Perú: *Habla, San Pedro: llaman los brujos* (Barcelona, 1979), libro con el que logró en España ser informante en un curso de Antropología en la Universidad de Madrid, ciudad en la que obtuvo una beca del Instituto de Cultura Hispánica, para hacer estudios de dislectología. *Sarita Colonia*, es su último libro.

JOSÉ BENAVIDES GASTELU (Lima, 1941). Hizo estudios en la Universidad Federico Villarreal. Su inquietud intelectual la ha repartido entre la economía y la literatura, por lo que ha realizado actividades diversas, desde las sindicales, por su emoción social, llegando a ser dirigente de las Comunidades Industriales, hasta las empresariales y políticas, pues fue candidato a la Constituyente. Actualmente se dedica a promover exportaciones y a sus actividades como editor. Ha publicado *Hambre no mata hambre* (Lima, 1994), en la editorial "Puro Cuento" de la Serie: Nueva Narrativa Peruana.

LUIS ENRIQUE TORD (Lima, 1942). Hizo estudios de Letras en la Universidad Católica del Perú y terminó Antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en donde obtuvo su Doctorado. Hizo un Post-Grado en la Universidad de Lovaina. Se inició como poeta con un libro *Al dios desconocido* (1962) y luego fue ganador por los estudios e investigaciones de historia y los de su propia profesión. Ganó el Premio Nacional de Periodismo, en 1971 y el Premio a la Investigación de la Historia Peruana, por su libro *El indio en los ensayistas peruanos: 1848-1948*. Ganó el Premio COPE de cuento, con su texto "Oro de Pachacamac", que después fue título para un libro de cuentos. Dentro de sus libros importantes se encuentran: *El Valle del Colca; Arequipa*; y, Jorge Vinales Reinoso, en los que pone de manifiesto su depurado estilo y su conocimiento de cada tema.

ANTONIO MUÑOZ MONGE (Pampas, Tayacaja. Huancavelica, 1942). Estudió Letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es Profesor de Literatura y periodismo de raza, con cuyos artículos, desde hace más de veinte años, nos ilustra para conocer mejor el Perú. Fundó la revista *Coliseo* y, luego, *Festival*, ambas con especial mención en el registro provinciano y en el folclore. Ha publicado el libro *Folclore peruano: Danza y Canto* (1991); *Abrijo la esperanza* (1991), cuentos, con ilustraciones de Christine Rosenthal, provinciana con un muy especial manejo de la palabra con lo que logra edificar una atmósfera personalísima que lo coloca entre nuestros mejores narradores.

GREGORIO MARTÍNEZ (Nazca 1942). Se graduó como profesor en la Escuela Normal Superior y luego hizo estudios de Lingüística en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en donde obtuvo su título de Profesor de Lengua y Literatura. Ejerció la docencia universitaria en Perú y en Francia (Universidad de Grenoble); y ha sido profesor visitante en algunas universidades norteamericanas. Obtuvo el premio de Novela Good Year con su libro *Canto de Sirena* (Lima, Mosca Azul, 1977); pero en 1975 ya había aparecido su libro de cuentos *Tierra de Caléndula*, publicado por la editorial Carlos Milla Batres. Ha practicado, con acierto, la actividad periodística, en varios diarios y revistas, de cuya producción ha logrado una seleccionada muestra publicada en su libro: *Historia del Piturrín* (Lima 1986).

FÉLIX HUAMÁN CABRERA (Canta, 1943). Es Profesor de Lengua y Literatura, ha sido docente en la Universidad Nacional del Centro y en la actualidad, lo es de la Universidad Nacional de Educación. Tiene publicadas varias novelas: *Por la nieve habían venido* (1972); *El Pedregal de Yaname* (1974); *Agua encantada* (1978); y el libro de cuentos *Río de arena, Agomayo* (1981). Su temática se afina en los valles de su ciudad natal: Paríamarca y en el del Mantaro; maneja una prosa cuidada y a veces hasta poética, lo que se realza con el temperamento preferentemente descriptivo el manejo del contrapunto como estrategia para construir sus textos.

LUIS FERNANDO VIDAL (Lima, 1943-1993). Profesor graduado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; llegó a ser Jefe de Departamento de Literatura en la Facultad de Letras. Poeta, ensayista, editor y, por sobre todo narrador, ganó el Premio Nacional de Poesía en 1971. Preocupado siempre por la Didáctica de la Literatura, entregó estudio breves acerca de narradores peruanos, preferentemente Ribeyro, Vargas Llosa y Zavaleta. En el Encuentro de Narradores (Arequipa, diciembre de 1993) leyó un relato de modalidad de la literatura oral, mostrando su más reciente preocupación, en la que el humor se destacaba. Publicó un libro de cuentos: *El tiempo no es, precisamente, una botella de champán* (1976); y, *Cuentos limeños 1950-1980* (1982); también editó *Al pie de la letra* (1979), su mejor trabajo didáctico. Fue también editor y director de la revista *Gavabato*.

JORGE FLÓREZ AYBAR (Puno, 1944). Poeta, periodista y narrador; pertenece al grupo que animó la joven tertulia de los sesentas en el Cuzco, en el que se encontraban Pablo y Roberto Ojeda, Hugo Bonet, Luis Nieto y Raúl Brozovich. Publicó los poemarios: *Obaydina* (1969); *El vuelo de Aytie* (1970), en el Cuzco; a su regreso a Puno editó dos libros de poemas; *Oración Prohibida* (1972); y, *Poemas sin Rostro* (1977); dirigió también la revista *TTIKAKA*, que llegó a seis números. Reunió sus cuentos escritos hasta entonces en un volumen titulado *La tierra de los vencidos* (1987); y, en comandita con Feliciano Padilla Chalco el libro de cuentos *Dos narradores en busca del tiempo perdido* (1990), que obtuvo el galardón de la Pluma de Oro, otorgado por el Concejo Provincial de Puno. En la actualidad dirige la revista de la Universidad del Altiplano Universidad y Pueblo.

FELICIANO PADILLA CHALCO (Puno, 1944). Estudió en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco. Codirigió la revista literaria *APUMARKA*; y dirigió el Tríptico li-

terario *Hojas al viento*. Ha publicado los libros *La estepa calcinada* (1984); *Réquiem* (1986); *Surcando el Titikaka* (1988); y, *Dos narradores en busca del tiempo perdido* (1990), con Jorge Florez Aybar. Obtuvo el primer puesto en los Juegos Florales de la Universidad Nacional del Altiplano; Pluma de Oro, concedida por su obra *Dos narradores en busca del tiempo perdido*; y, finalista del Premio COPE de Cuento, en 1992, por su cuento *Me zurro en la tapa*. En la actualidad es docente en la Universidad del Altiplano.

EDMUNDO DE LOS RÍOS (Arequipa, 1944). Viajero incansable por América Latina, novelista de cuño, investigador de temas escondidos en la historia que él expone en sus muy interesantes trabajos como periodista de prestigio que es. Fue becado al Centro Mexicano de Escritores en 1967 y se quedó residiendo en ese país por varios años. Ganó una Mención Honrosa en el Premio Casa de las Américas, con su novela *Los juegos verdaderos* (1968), re-editada en Cuba y en México por la calidad de su estilo y la crítica que recibió, incluso, valorada por el escritor mejicano Juan Rulfo.

ISAAC GOLDEMBERG (Chepén, 1945). Después de concluir sus estudios de secundaria en el Colegio León Pinelo, viajó a Israel para realizar una estadía propia de la nacionalidad judía y de su religión; luego se trasladó a Nueva York para estudiar Literatura hispanoamericana y obtener su Maestría, afincándose en La Universidad de la Ciudad de N.Y. y dedicarse, primero a la docencia y, luego, a la dirección de la revista *BRUJULA/COMPASS*, del Instituto de Escritores Latinoamericanos, con oficina en el City College. En 1979 publicó en inglés su novela *La vida a plazos de Jacobo Lerner*, re-editada en español en 1980; novela con la que alcanzó, por la calidad de su estilo y el tono personalísimo para contar, una muy tipida crítica favorable en Latinoamérica y los Estados Unidos de Norteamérica.

HARRY BELEVAN (Lima, 1945). Diplomático de carrera, es uno de los más jóvenes embajadores de nuestro servicio exterior; en la actualidad es director del Departamento de Becas de la Organización de Estados Americanos, en Washington. Su brillante carrera como diplomático la ha alternado no sólo con su gran maestría para ejercer la prosa fantástica, cual es la naturaleza más clara de su estilo, sino también para realizar estudios críticos del tema literario que le preocupa; *Teoría de lo fantástico* (Lima, 1976), así lo demuestra. Escuchando tras la puerta (Barcelona, Tusquet Editor, 1975), es un libro de cuentos con una estrategia para el relato y un estilo y manejo de los temas a la manera borgesiana, de la más auténtica estirpe. *La piedra en el agua* (Lima, 1977), es el libro que lo convierte en uno de los puntales de la narración en el panorama de la literatura peruana.

LUIS FREIRE (Lima, 1945). Estudió Lingüística y Literatura en la Universidad Católica. Desde 1970 se dedica al periodismo, habiendo escrito para *La Prensa*, *El Observador*, la revista *Jaque*, *Monos y Monadas*, *El Idiota*, *Expreso*, el semanario *Sí* y las revistas *Quehacer* y *Debate*. Ha escrito un libro de cuentos titulado *Breviario* (Lima, 1980) y tres libros de textos de humor, que es sin dudas la clave de su estilo: *Camisa de fuerza* (Lima, 1986); *Humor* (Lima, 1988); y *Un estómago Universal*-Memorias de Obelix (Lima, 1994).

CARLOS CALDERÓN FAJARDO (Juliaca, 1946). Se graduó como sociólogo en la Universidad Católica del Perú (1970). Hizo estudios de su especialidad en París y Viena. Ha ganado varios concursos de narración: José María Arguedas, de cuento, primer y segundo premio (1970); el premio de novela de la firma Unanue con el libro *La colina de los árboles* (editado por los organizadores del concurso, Lima 1980); ganó también el Premio Gaviota Roja de novela, en 1982; y el segundo premio también de novela en el Concurso José Gálvez organizado por La Loggia Masónica. *El que pestañea muere* (ediciones La vieja Morsa, Lima 1981) es su único libro de cuentos y el más difundido de toda su obra, que ratifica su bien ganado prestigio como narrador.

LADISLAO PLASENCKI (Trujillo, 1946). Narrador de ciencia ficción, de escritura poética, ha realizado una obra brillante, no sólo como narrador sino también como pintor. En 1967 ganó los Juegos Florales Universitarios de Trujillo, con su cuento "El manso éxtasis", donde ya se vislumbra el acento real maravilloso en el tratamiento de tema. Desde entonces su búsqueda se ha centrado en la unidad del tiempo y el espacio en el relato, para dar, igualmente, unidad a la realidad y la fantasía, produciendo lo que él denomina: Arte cósmico. En 1982 obtuvo el Premio Accésit de Novela de la Municipalidad de Lima, con su obra *La Edad de Bronce* (1990). Realidad Maravillosa, surrealismo, ciencia-ficción y literatura fantástica, son su sustento creativo, con un marco histórico destacable. Dentro de la misma tónica ha publicado *La Edad de Hierro* (1992).

OMAR AMES (Talara, 1947). Animador literario con su sello editorial, logró, a lo largo de la segunda parte de la década del setenta, publicar libros de poesía y cuento de jóvenes escritores peruanos; llegó a ser finalista en el Premio Planeta de Novela, en 1973. En su libro de cuentos *Al ritmo de Celia Cruz o Roberto Ledesma* (1978), demuestra la gran soltura que tiene para contar historias ficticias, sacadas de la realidad popular, por medio de infinidad de recursos: entrelazando letras de boleros, guarachas, referencias laterales, olores, perfumes, situaciones múltiples, apoyaturas, descripciones cortas, sensaciones. Muchos narradores jóvenes y cineastas siguieron la propuesta de Ames para contar sus historias.

AUGUSTO HIGA (Lima, 1947). Se graduó en Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es un narrador de raigambre popular; como Omar Ames, soporta la estructura de sus relatos con apoyaturas venidas de la música popular, con un magnífico dominio de las tensiones. Ganó el Concurso de Cuentos César Vallejo del Ramo de Loterías de Lima y Callao en 1968; La revista cultural *Imagen*, de Venezuela le otorgó el Primer Premio en su concurso el año 1969; y fue miembro del Grupo Narración con Miguel Gutiérrez y Gregorio Martínez, entre otros. Ha publicado los libros de cuentos: *Que te coma el tigre*; (1977) y *La casa de Albaceleste* (1986).

Su primera novela *Final del Porvenir*, ha recibido una crítica más que elogiosa en los diarios y revistas especializadas.

OSCAR COLCHADO LUCIO (Huallanca, 1947). Es Profesor de Literatura y, como él lo asume, un preocupado serio de los problemas del hombre de nuestro mundo andino; ha sido comparado con Arguedas, Alegría y Meneses. Escribe temas para niños, es poeta, y por sobre todo, narrador. Ganó el Concurso Nacional de Cuentos José María Arguedas en 1978 organizado por el Instituto Nacional de Cultura de Trujillo. Publicó *Tarde de Toros* (novela); *Tras las huellas de Lucero* (Novela corta); *Cordillera Negra* (cuentos; y, *Aurora tenaz* (poemas). Ha ganado honores en el Concurso de Cuentos COPE, desde donde se ha difundido mucho su obra y su especial estilo.

MIGUEL BURGA (Lima, 1947). Estudió psicología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, ahí obtuvo una mención en Psicología de la Comunicación Social. Desde muy joven se incorporó al Movimiento Literario Hora Zero.

ROBERTO REYES TARAZONA (Lima, 1947). Estudió Sociología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es catedrático en la Universidad Ricardo Palma y también investigador en el Instituto Nacional de Desarrollo Urbano. Ganó el Concurso de Cuentos "José María Arguedas", en 1973 y ha sido finalista repetidas veces en el Concurso de Cuentos COPE. Ha publicado un libro de cuentos, titulado *Infierno a plazos* (Lima, 1978); y, una novela: *Los veranos de años del billar* (Lima, 1986).

ARNALDO PANAIFO TEXEIRA (Iquitos, 1948). Periodista graduado y Perito Forestal, locutor de radio y televisión. Ha publicado poesía y narración: *Cuentos y algo más* (1981);

Pescador de sueños (1982); *El ocaso de Ulderico el multiforme* (1986); *Julio Zumba, la nodriza reina* (1986), que recibió El Premio Nacional de Cuento; *El parpadeo insomne* (1987), Premio nacional de Cuento; *Piñón a Babor* (1991), Premio Internacional José María Arguedas; *Shamiro* (1991); *El vuelo del Paucar* (1991); *Esta noche la eternidad* (poesía), entre otras publicaciones. Ha ganado también premios en Argentina: Poesía, otorgado por la Fundación Givre, de Buenos Aires (Medalla de Oro, en 1983); y, el de la Ciudad Comodoro Rivadavia, por un cuento en homenaje a los caídos en la Guerra de Las Malvinas.

JOSÉ MANUEL GUTIÉRREZ-SOUSA (Arequipa, 1948). Estudió filosofía y Letras en la Universidad San Agustín de Arequipa. Viaja por el mundo desde 1968: toda América Latina, hasta radicarse en Canadá. Luego de unos años, pasa a México, donde estudia los Codices Mayas. Ha vivido por años en Londres, La India y París, ciudad en la que radica desde hace varios años. Sus textos más conocidos son *Totem Park* (poemas); *Ezra*; *Los hombres de aquí abajo*; *Ontología del cielo verde* y *Chiara*, novelas. Obtuvo el Premio Blasco Ibanez de novela, en 1968 por su libro: *Así me dijo Arturo*.

ALFREDO PITA (Cajamarca, 1948). Sociólogo de profesión, viajó a Francia para seguir sociología de Literatura en la Escuela de Altos Estudios de París y luego de los Post-Grado en el Instituto Francés de Prensa y también en el Centro de Formación y Perfeccionamiento de periodistas. Ganó el Primer Premio de Poesía de Chiclayo. Fue finalista en el Concurso de Cuentos COPE y obtuvo el Primer premio en el concurso de Cuentos de la Revista *Caretas* (1992).

FERNANDO AMPUERO (Lima, 1949). Periodista y narrador. Llegó a tener un programa de televisión de gran audiencia por la pugnacidad en el manejo de la noticia. En la actualidad es uno de los directivos de la revista *Caretas*. Desde muy joven sintió la necesidad de viajar y lo hizo por América y Europa, con especial interés en Grecia; luego hizo estudios en la Universidad de Budapest, en Hungría. Cuando regresó a Sudamérica, se afincó por algunos años en las Islas Galápagos. Como narrador ha publicado *Paren el mundo que acá me bajo* (1975); que después re-editó bajo el título *Deliremos juntos*, agregando otros cuentos. En 1974 publicó su novela *Mamotreto* (1974); después vino *Miraflores Melody* (1980); en 1993, la novela negra *Caramelo Verde*; y, recientemente *Malos Modales* (1994); panorama de constantes publicaciones con las que ha logrado comentarios cada vez más favorables por parte de la crítica especializada.

PEDRO BENAVIDES (Ica, 1948). Periodista. Dramaturgo. Estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el Instituto de Arte Dramático y la Academia de Teatro de Arte Histrión. Su última puesta en escena fue el drama *Pisco y Nitrógeno*. Ha publicado cuentos y relatos en diversos diarios.

El presente informe tiene como finalidad informar a la Junta Directiva del Comité de Defensa del Consumidor (CDC) sobre el desarrollo de las actividades realizadas durante el periodo comprendido entre el 1 de enero y el 31 de diciembre de 2023. El informe está estructurado en secciones que detallan el contexto, los objetivos, las actividades realizadas, los resultados obtenidos y las conclusiones finales.

El CDC se constituye como un organismo esencial para la protección de los derechos de los consumidores en el Perú. Su misión principal es velar por el cumplimiento de las normas que rigen el comercio y garantizar que los consumidores sean tratados con equidad y justicia. Durante el periodo analizado, el CDC ha trabajado en estrecha colaboración con las autoridades competentes y los actores del mercado para promover una cultura de consumo responsable y transparente.

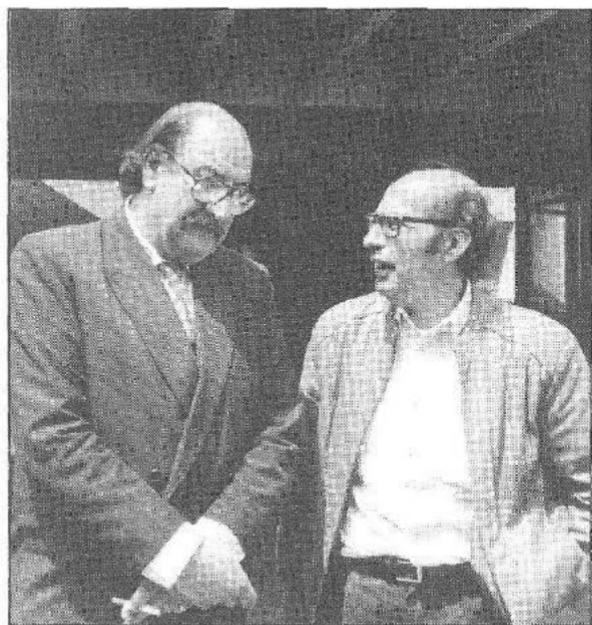
El presente informe se divide en tres partes principales: una introducción que establece el contexto y los objetivos del informe; un desarrollo que detalla las actividades realizadas y los resultados obtenidos; y una conclusión que resume los hallazgos y propone acciones futuras. El informe está dirigido a la Junta Directiva del CDC, quien es responsable de la supervisión y gestión del organismo.

El informe comienza con una introducción que establece el contexto y los objetivos del informe. A continuación, se detallan las actividades realizadas durante el periodo, incluyendo la atención a las quejas de los consumidores, la realización de campañas de sensibilización y la colaboración con las autoridades competentes. Los resultados obtenidos se presentan en forma de estadísticas y gráficos, lo que permite visualizar el impacto de las actividades realizadas. Finalmente, se concluye con un resumen de los hallazgos y se proponen acciones futuras para mejorar el desempeño del CDC y fortalecer la protección de los derechos de los consumidores.

El informe concluye con un resumen de los hallazgos y se proponen acciones futuras para mejorar el desempeño del CDC y fortalecer la protección de los derechos de los consumidores. El informe es un documento confidencial y su contenido no debe ser divulgado sin el consentimiento expreso de la Junta Directiva del CDC.

FOTOGRAFÍAS

FOTOGRAFÍAS



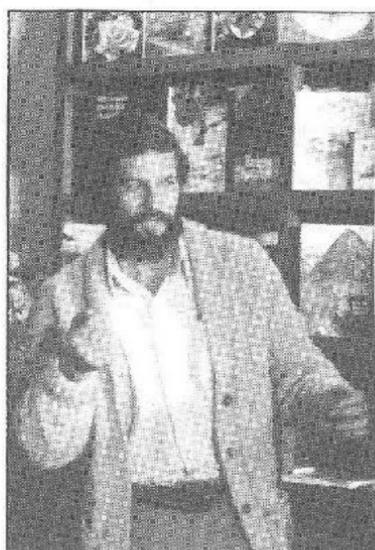
José Antonio Bravo, autor de la presente antología, con Miguel Gutiérrez, en el Congreso de Narradores de Arequipa en diciembre de 1993.



Ladislao Plasencki, muralista, pintor y también novelista.



Maynor Freyre, periodista,
poeta y narrador



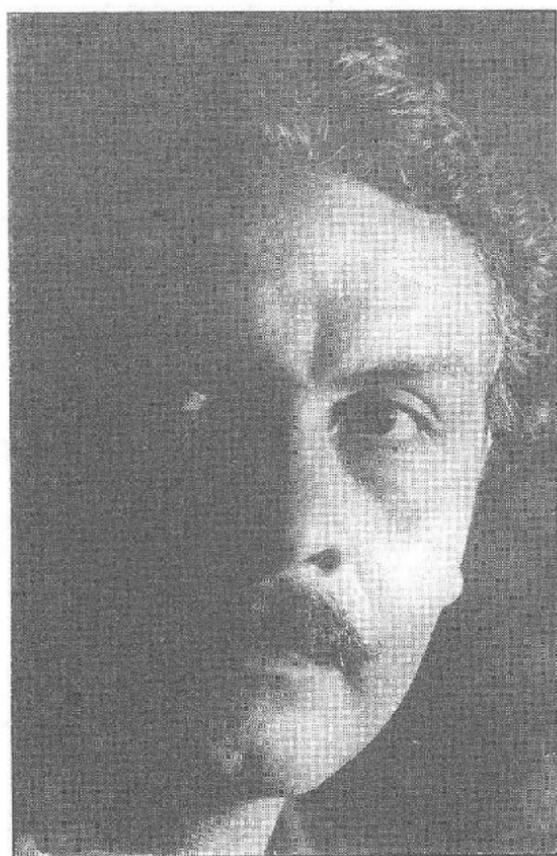
Luis Freire, periodista, cuentista y
autor de textos humorísticos.



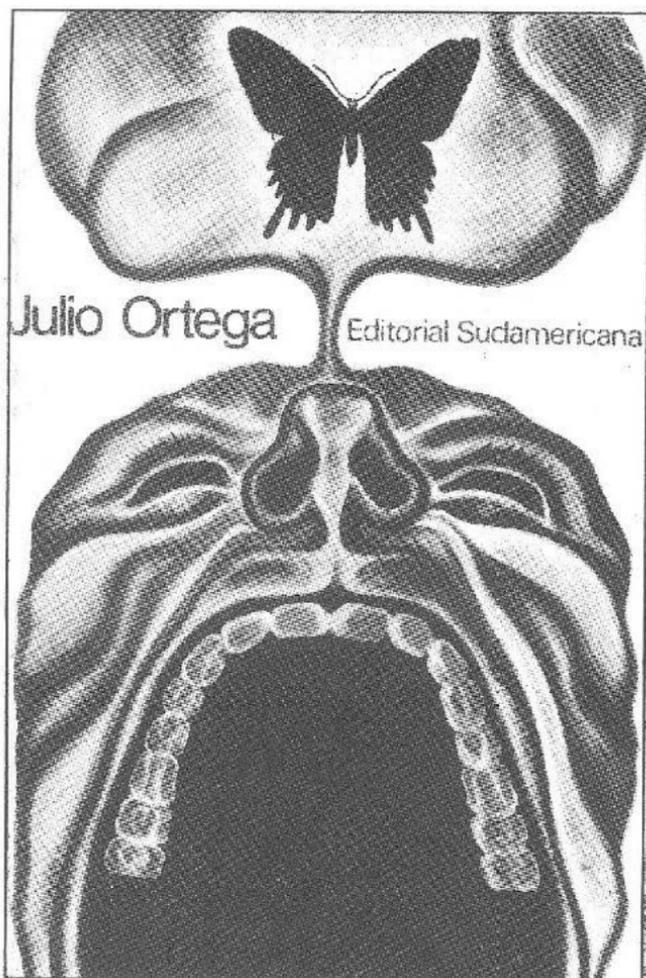
Arnaldo Panaifo Texeira,
narrador de temas de nuestra selva
peruana.



Feliciano Padilla Chalo (anteojos)
y Jorge Flores Aybar, narradores
del altiplano.

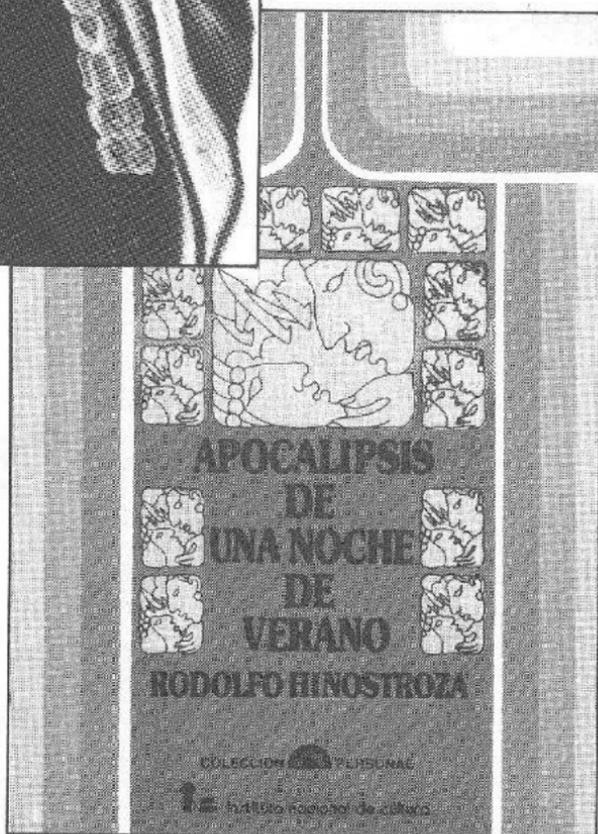


Pedro Benavides, periodista, narrador
de textos breves y dramaturgo.



Julio Ortega

Editorial Sudamericana



APOCALIPSIS

DE

UNA NOCHE

DE

VERANO

RODOLFO HINOSTROZA

COLECCIÓN PERSONAL

Editorial Trilce

Roger Rumrill, narrador
autodidacta, preocupado por los
temas de la ecología amazónica.

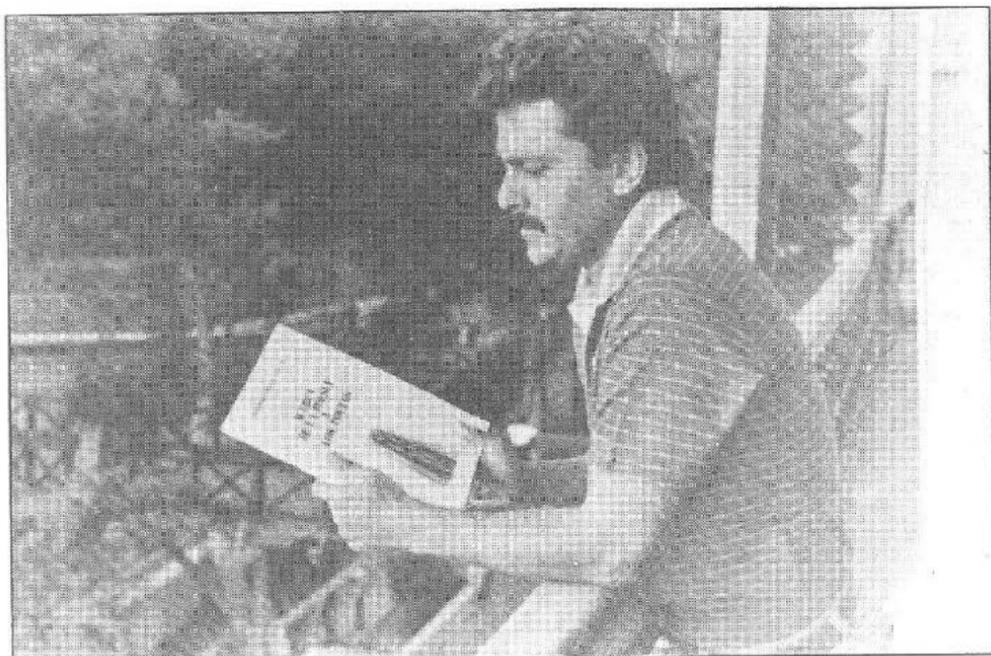


Félix Huamán Cabrera,
narrador de temas andinos.

César Calvo, poeta y narrador.



Winston Orrillo, periodista, poeta,
narrador y destacado ensayista.



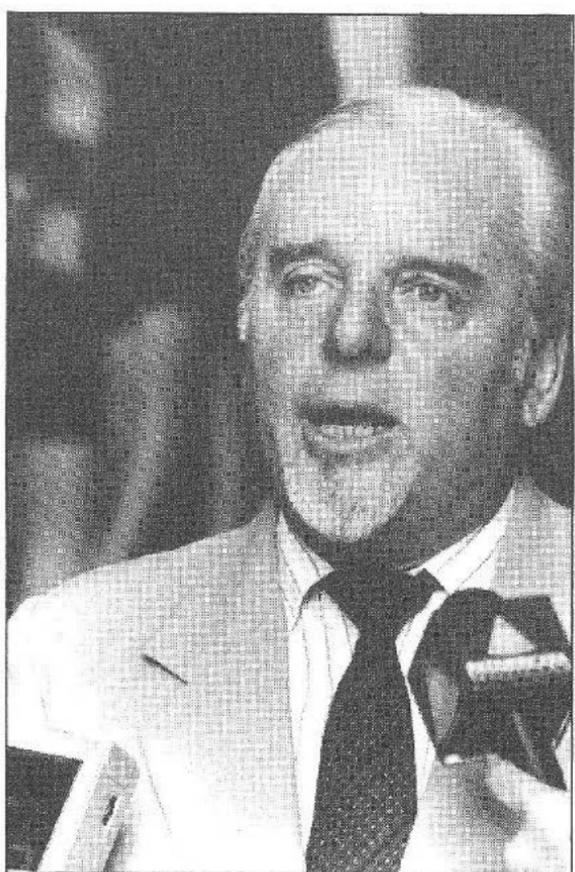
Omar Ames, narrador y editor.



Luis Fernando Vidal,
educador y cuentista.



Julio Ortega, periodista,
narrador, dramaturgo,
ensayista, autor de antologías.



Luis Enrique Tord, poeta,
cuentista, crítico de arte y
ensayista.



Harry Beleván, cuentista e
investigador literario.
Diplomático de carrera.
Funcionario de la OEA.



Alfredo Bryce, cuentista, novelista y
autor de crónicas periodísticas.

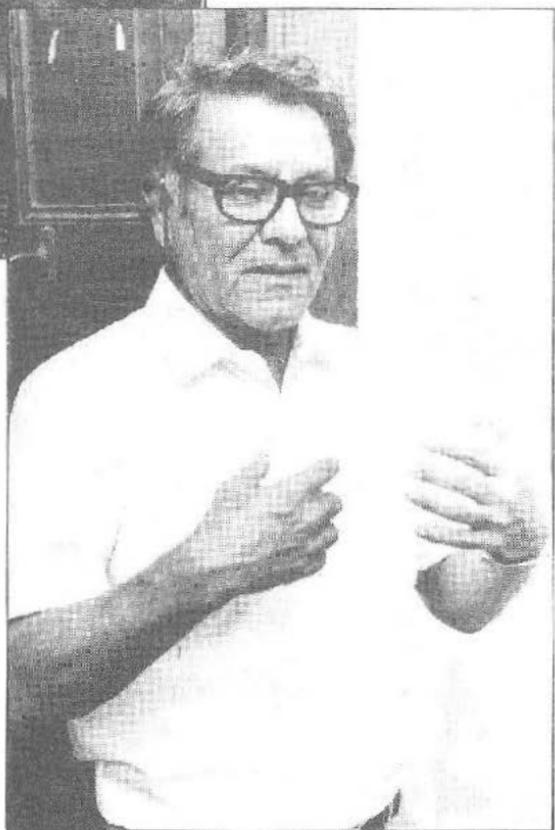


Carlos Calderón Fajardo,
novelista e investigador social.



José Watanabe, poeta,
narrador y guionista de cine.

Augusto Higa, cuentista y
novelista.



César Vega Herrera, poeta,
narrador de textos infantiles,
cuentos, novelas y obras de
teatro.

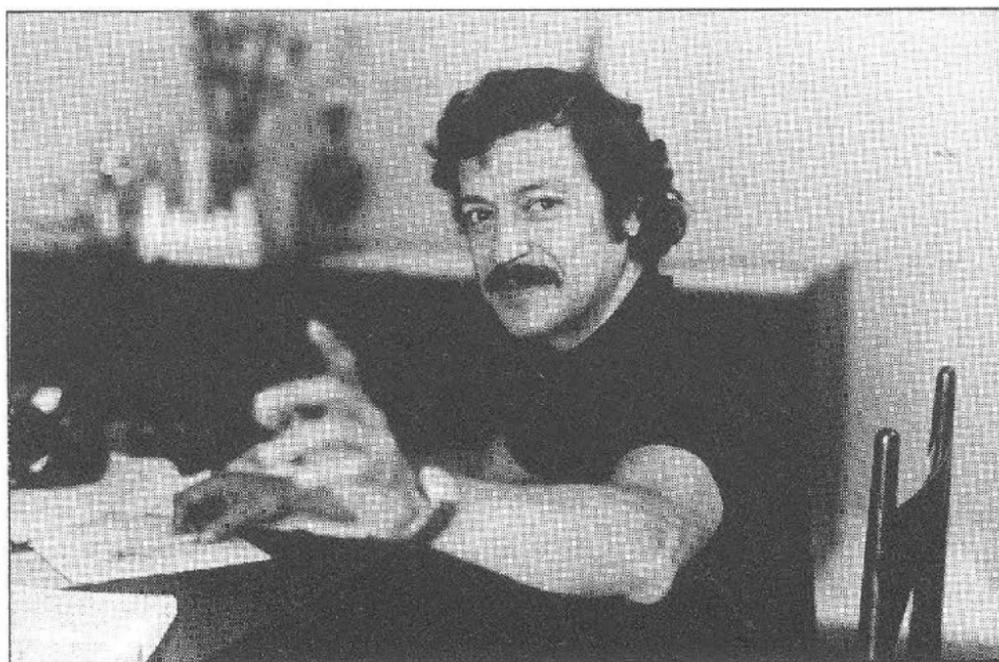
Gregorio Martínez, periodista,
autor de novelas y cuentos.



Antonio Muñoz, periodista,
autor de crónicas de los
pueblos peruanos y cuentista.

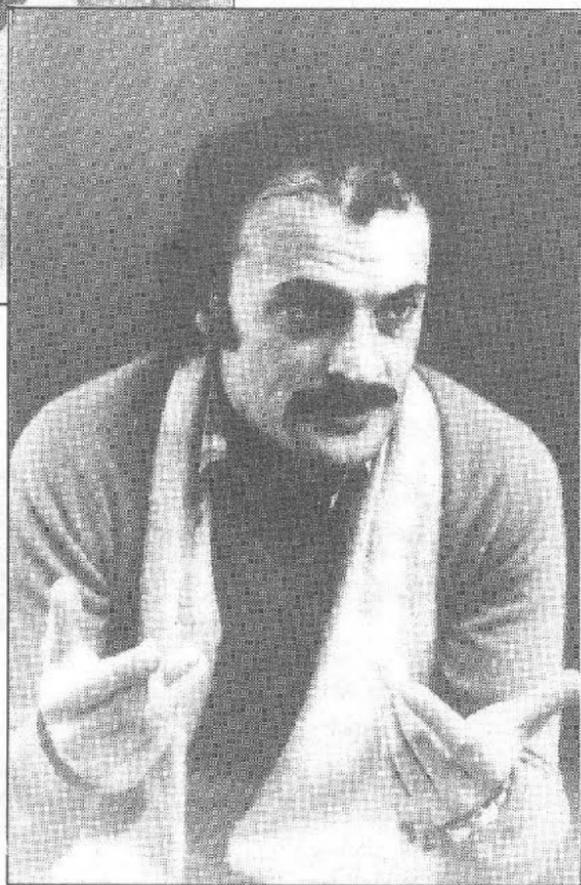
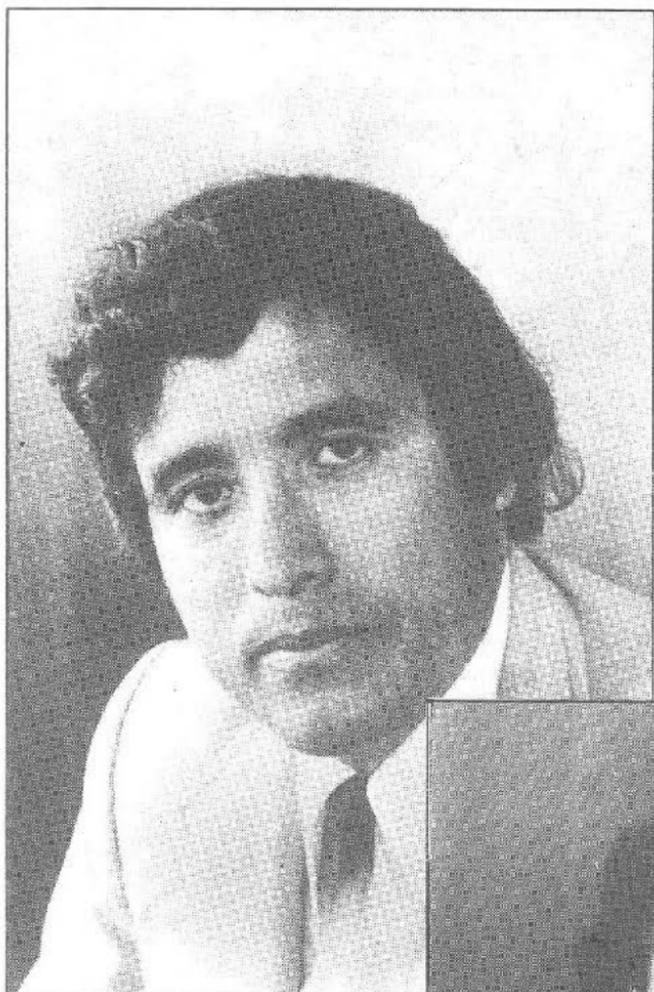


Guillermo Thorndike, periodista y novelista con Raúl Vargas, periodista y educador y José Antonio Bravo, en la exposición de fotografías de los Cien Personajes Importantes de la Cultura Peruana, exhibida permanentemente en el Patio de Letras de la Casona de San Marcos, en el Parque Universitario (la señorita que aparece junto a Thorndike es su hija).



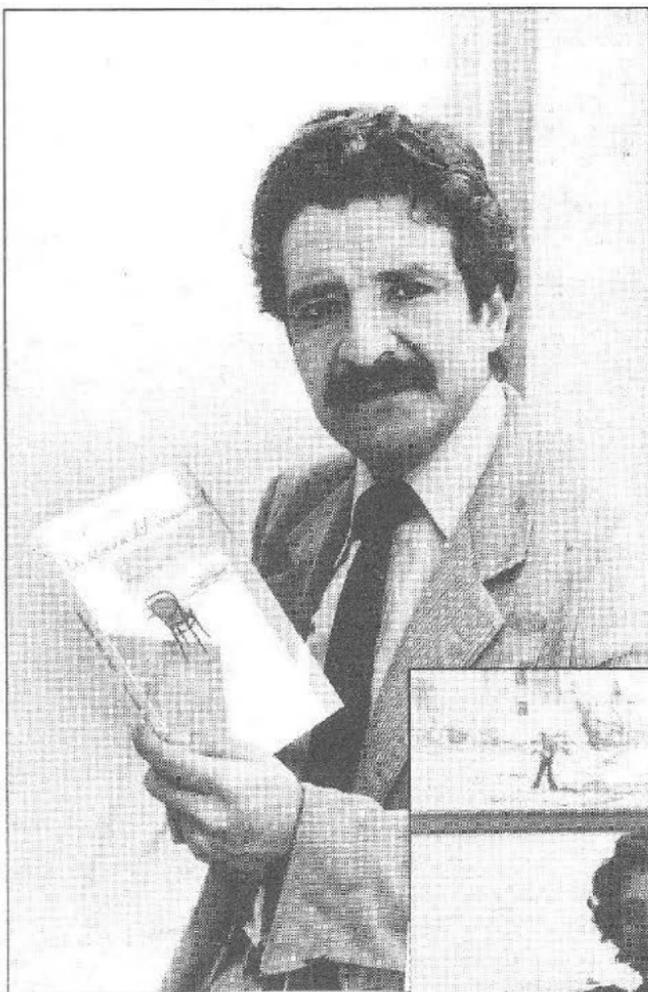
Luis Urteaga Cabrera, novelista e investigador de narraciones orales.

Oscar Colchado, narrador de temas andinos.



Fernando Ampuero, periodista, cuentista y narrador de novelas.

Jorge Díaz Herrera, narrador
de cuentos y novelas, así como
animador cultural.



Isaac Goldemberg, poeta y
novelista.



En Club Premier usted suma kilómetros como jugando.



Toda persona mayor de 18 años que viaja en AEROPERÚ puede ser socio de "Club Premier".

Porque en "Club Premier" de AEROPERÚ los kilómetros de vuelo se acumulan y se obtiene con ellos pasajes-premio de regalo.

Por ejemplo: con 20,000 km acumulados usted obtiene gratis un pasaje ida y vuelta a cualquier punto del Perú. 32,000 km dentro de Sudamérica ida y vuelta.

Y con 48,000 km usted vuela gratis ida y vuelta a México o Miami.

¿Cómo se suma el kilometraje?

Así:

1. Con sólo ingresar a "Club Premier" de AEROPERÚ usted recibe 6,400 km de regalo.
2. El kilometraje de cada uno de sus vuelos nacionales o internacionales en AEROPERÚ se suma a su cuenta.
3. También el kilometraje de sus vuelos en las aerolíneas afiliadas: Aeroméxico, Mexicana, Aerolitoral, Aeromar, American West, Air L.A., Japan Airlines y Delta Airlines.
4. Usted recibirá 1,000 km de bonificación cada vez que se hospede en los hoteles Fiesta Americana, Fiesta Inn, Holiday Inn, Crowne Plaza, Radisson International e Intercontinental (Internacional).
5. Recibirá otros 1,000 km de bonificación cada vez que alquile un automóvil de Avis, Dollar o Budget en México. En USA, Europa y Sudamérica recibirá únicamente 800 km.
6. Al volar en "Clase Premier" de AEROPERÚ, usted recibirá un 50% de bonificación sobre el kilometraje de su vuelo.

Y recuerde.

Ser socio de "Club Premier" de AEROPERÚ es gratis.

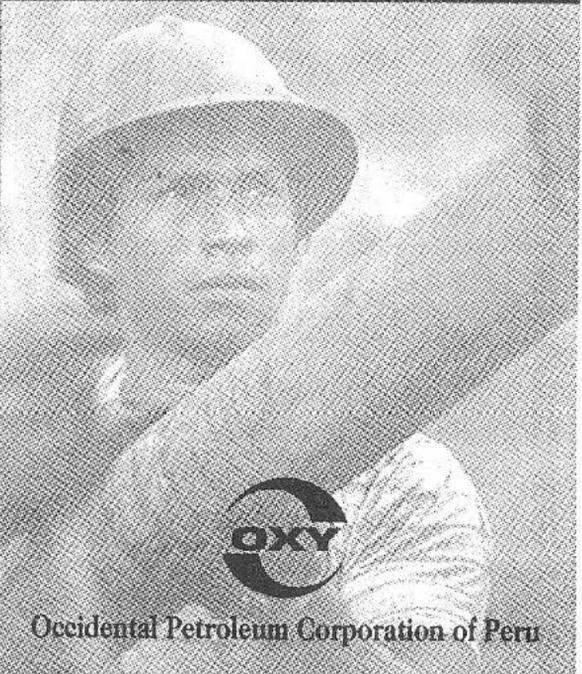
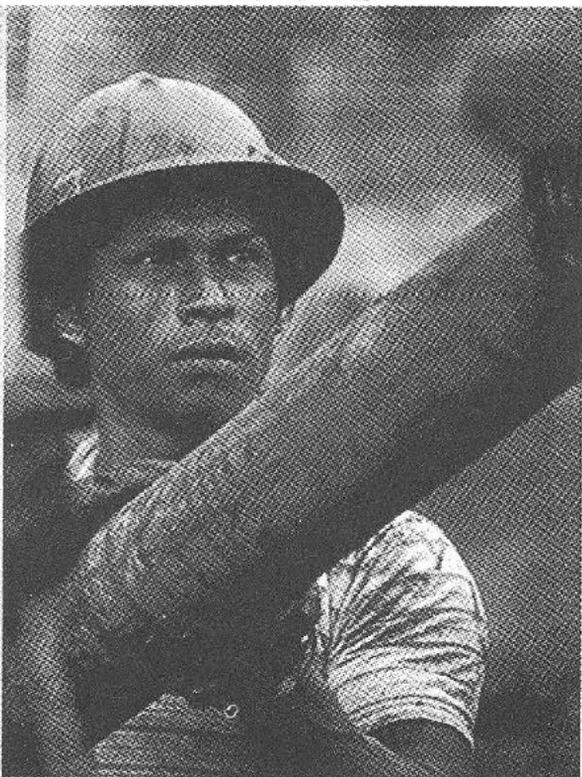
Lo esperamos en cualquier oficina de Aeroperú o en el Teléfono: 478920 - Fax: 479064

CLUB
Premier

aeroperu 
cuenta con nosotros

Conserve sus pases de abordar y contratapa de boleto.

23 AÑOS
GENERANDO TRABAJO
Y PRODUCIENDO
PETROLEO
PARA LOS PERUANOS,
NOS IMPULSAN A
SEGUIR APOYANDO
EL DESARROLLO
DEL PERU.

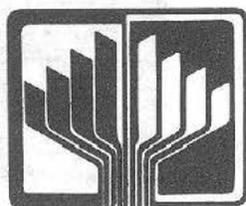


Occidental Petroleum Corporation of Peru

UNMSM-CEDOC

Apoyando la Cultura Nacional

signa



COFIDE

CORPORACION FINANCIERA DE DESARROLLO S.A.

Augusto Tamayo 160 - San Isidro. Teléfono 422550

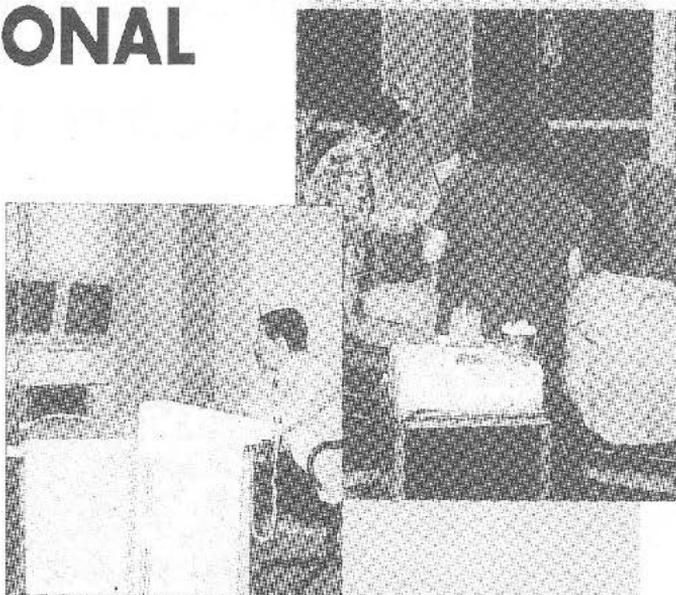
UNMSM-CEDOC

AVANZANDO CON TECNOLOGIA MODERNA EL IPSS LLEGA A NIVEL NACIONAL

Con la Tecnología Médica Computarizada más moderna a nivel mundial, el INSTITUTO PERUANO DE SEGURIDAD SOCIAL avanza y llega a todo el País brindando a sus asegurados una atención oportuna, eficiente y completa.

A nivel nacional el IPSS es más seguro.

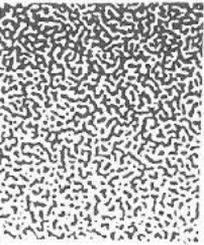
Dirección General de Imagen Institucional



TU SEGURO MAS SEGURO

AVANZANDO

UNMSM-CEDOC



PUERTOS PERUANOS:

COMPETITIVIDAD Y EFICIENCIA

AL SERVICIO DEL COMERCIO INTERNACIONAL



enapu s.a.

EMPRESA NACIONAL DE PUERTOS S.A.

UNMSM-CEDOC

Popular y Porvenir asegura el patrimonio de su empresa en las mejores condiciones.



Porque nuestra
Póliza Integral
es la más
conveniente
para el sector
de la Pequeña
y Mediana Empresa.

Cubrimos en una sólo Póliza los siguientes riesgos:

Accidentes Personales
Rotura de Maquinaria

Robo y/o Asalto
Robo Electrónico

Responsabilidad Civil
Incendio y Líneas Aliadas



POPULAR Y PORVENIR
Compañía de Seguros

90 AÑOS A LA VANGUARDIA DEL SISTEMA ASEGURADOR PERUANO

Av. Cuzco 177 Lima Telf.: 27-6220 28-3880 Fax: 28-5570
Augusto Tamayo 125-2do Piso Centro Comercial San Isidro Telefax: 42-4080 22-7523

Arequipa, Cajamarca, Cuzco, Chiclayo, Chimbote, Huacho,
Huancayo, Huánuco, Ica, Ilo, Iquitos, Piura, Pucallpa, Tacna y Trujillo.

UNMSM-CEDOC

50

OFICINAS INTERCONECTADAS EN LIMA METROPOLITANA Y CALLAO

Al servicio del contribuyente y público en general.

- 50** Oficinas conforman la nueva Red Bancaria del Banco de la Nación a partir de este 25 de mayo, en Lima Metropolitana y Callao.
- 50** Oficinas para brindarles nuestra reconocida experiencia y atención especializada.
- 50** Oficinas en el corazón de las actividades comerciales, industriales y productivas y cerca de su domicilio y centro de trabajo.
- 50** Oficinas interconectadas lo esperan en sus horarios habituales.

● SUCURSALES

1. **Callao**
Av. Sáenz Peña No. 209 - Callao
2. **28 de Julio**
Esq. 28 de Julio y P. Thouars - Lima
3. **Miraflores**
Esq. José Pardo y Mártir Olaya - Miraflores
4. **Plaza Pizarro**
Jr. Conde de Superunda No. 700 - Lima
5. **Javier Prado**
Esq. Javier Prado y Av. Arequipa - San Isidro
6. **Lima**
Av. Abancay No. 491 - Lima

● AGENCIAS DE PRIMERA

7. **Aeropuerto**
Aeropuerto Internacional J. Chávez - Callao
8. **Barranco**
Av. Grau No. 258 - Barranco
9. **Breña**
Av. Arica No. 1015 - 1017 - Breña
10. **Centro Cívico**
Av. Garcilaso de la Vega Cdra. 13 - Lima
11. **Comas**
Av. Túpac Amaru No. 1159 - Comas
12. **Chama**
Av. Benavides Cdra. 37 - Santiago de Surco
13. **Chorrillos**
Av. Olaya y Tarapacá 524 - Chorrillos
14. **Extranjería**
Av. 28 de Julio No. 1114 - La Victoria
15. **Jesús María**
Jr. Horacio Linares No. 1264 - Jesús María
16. **La Colonial**
Av. O. R. Benavides No. 5177 - Carmen de la Legua

17. **La Perla**
Centro Comercial La Perla No. 101 - La Perla
18. **La Victoria**
Av. Iquitos No. 761 - La Victoria
19. **Lince**
Av. Arenales No. 1799 - Lince
20. **Magdalena**
Jr. San Martín No. 641 - Magdalena del Mar
21. **Mcd. Mayorista**
Av. Aviación Cdra. 2 - La Victoria
22. **Monterrico**
Av. Primavera No. 1800 - Santiago de Surco
23. **M. de Educación**
Av. Abancay y N. de Piérola - Lima
24. **Pueblo Libre**
Av. Sucre 552 - Pueblo Libre
25. **Salamanca**
Edif. Los Recaudadores - Ale
26. **San Borja**
Av. Aviación No. 2699 - San Borja
27. **S. J. de Miraflores**
Av. Los Héroes No. 516 - San Juan de Miraflores
28. **S. Martín de Porres**
Av. Perú No. 2098 - San Martín de Porres
29. **Santa Anita**
Av. Las Aboncas No. 389-391 - Santa Anita
30. **Santa Beatriz**
Esq. Bral Córdova y C. Camilo - Jesús María
31. **SUNAT - Lima**
Av. Garcilaso de la Vega No. 1478 - Lima
32. **SUNAT - Miraflores**
Av. Alfredo Benavides No. 222 - Miraflores
33. **Surquillo**
Av. Rep. de Panamá No. 4450 - Surquillo
34. **Terminal Marítimo**
Av. Guardia Chiriaca s/n - Calleo

35. **Villa El Salvador**
Av. Revolución s/n Sector 2 - Villa El Salvador
36. **Villa María del Triunfo**
Av. Salvador Allende No. 699 - Villa María del Triunfo
37. **Zárate**
Jr. Los Amaulas No. 182 - San Juan de Lurigancho

● AGENCIAS DE SEGUNDA

38. **Base Naval**
Av. Contramirante Mora No. 791 - Callao
39. **CC.CC.AA.**
Av. Escuela Militar s/n - Chorrillos
40. **Chacabayo**
Av. Las Moreras No. 360 - Chacabayo
41. **Las Palmas**
Escuela de Oficiales FAP - Santiago de Surco
42. **Lurín**
Jr. Bolígrafos No. 240 - Lurín
43. **M. de Aeronáutica**
Av. La Peruvianidad s/n - Lima
44. **M. de Guerra**
Av. Boulevard s/n - San Borja
45. **M. de Industria y Turismo**
Calle 1 - Urb. Córpac - San Isidro
46. **M. de Marina**
Av. Salaverry Cdra. 24 - Jesús María
47. **M. del Interior**
Esq. Canaval y Moreyra s/n - San Isidro
48. **Palacio de Justicia**
Miguel Ajovín s/n - Lima
49. **Puente Piedra**
Av. Buena Aires No. 318 - Puente Piedra

50. Oficina Principal: Av. Nicolás de Piérola 1065 - Lima



BANCO DE LA NACION
A SU SERVICIO

Impreso en los talleres gráficos de
EDITORIAL MONTEERRICO S.A.
Los Tapiceros 280, Urb. El Artesano - ATE
Telfs.: 436-5782 - 436-5783 Fax 475-7011
Lima - Perú

